


[redacted]
G868.73 C8182 C1 LAC
G868.73
C8182
C1
SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS
LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS
THE GENARO GARCÍA
COLLECTION



Octubre de 1912

$$(p = a + b)$$

SOLILOQUIOS.

Lic. José M. Cortés.

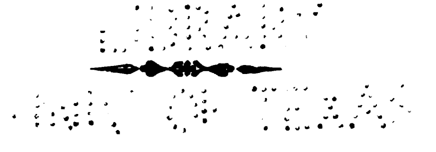
SOLILOQUIOS

ó sean

Los Grandes Hombres

Caracterizándose ellos mismos y caracterizando sus épocas;
con las notas
más precisas para el comun de los lectores.

Indocti discant, et ament meminisse periti.



OAXACA.

Tipografía del Estado en la Escuela de Artes y Oficios,
A CARGO DE IGNACIO CANDIANI.

1888.

MOISES EN EL MONTE OREB,

ó SEA

MOISES LIBERTADOR.

Veni et mittam te ad Pharaonem, ut educas populum meum, filios Israel, de Ægipto. Ex. c. 3. v. 10.

¿Posible que de Abram el Dios clemente
Haya venido á visitar mi gente,
A su pueblo infeliz, esclavizado,
Para hacerlo subir de tierra odiosa
A otra buena, espaciosa, (1)
Y haya puesto en aqueste desterrado
Sus ojos y su lumbre
Para hacerme romper su servidumbre?
¿Posible es que un pastor con su cayado
Frente haga á Faraon, en ira armado?

[1.] Descendi ut liberem eum de manibus Ægiptiorum et educam de terra illa in terram bonam et spatiosam. Exod. 3, 8.

Posible, sí, la llama
De aquesa zarza aun miro todavia
Que intacta y sin quemarse ardia, ardia;
Estoy oyendo aún la que me llama
Voz tan solemne que de allí salia
Y alma y cuerpo á la vez me estremecia:
¡Moisés, dijo la voz, Moisés! tu planta
No acerques aquí, osado,
Si antes no desatares tu calzado,
Que estás en tierra santa.
Soy de tu padre el Dios, en tu consuelo,
De Abram, Isac y de Jacob tu abuelo.
He visto la afliccion de tus hermanos
Y vengo á libertarlos de tiranos.
Ven, ven, á Faraon á tí te envio,
De Egipto sacarás al pueblo mio;
Llevaráslo á la tierra chananea,
Donde de leche y miel corriendo vea
Arroyos, en que abunda
Esa tierra tan fértil y fecunda.
Si preguntan mi nombre y quién te envia,
Díles: *El es quien es*, él quien me guia,
Y otra vez á Israel dí con agrado
El Dios de vuestros padres me ha enviado;
Y los ancianos lo darán por cierto,
Y con ellos al Rey dirás: "llamado
Nos ha ya nuestro Dios para el desierto,
Para ofrecerle un sacrificio. En vano

Le hablaréis á mi nombre
A Faraon insano,
Que ha menester extienda yo mi mano
Y con prodigios al Egipto asombre."

Así me habló el Señor, y, yo dudando,
Temiendo no me oyeran,
Mi divina mision desconocieran
Y quedárame yo tartamudeando:
"La vara de tu mano arroja en tierra"
Díjome, y, la arrojando,
Se convierte en serpiente
Que me turba y aterra;
Mas inmediatamente
Mandóme por la cola la tomara,
Tómola y luego convirtióse en vara.
Y mi mano......¡oh portento!
¡Señor, Señor, oh colmo de paciencia!
Perdóname mi ciego pensamiento
Perdóname mi torpe resistencia.
¡Qué soy sino tu siervo, y así indino
Escogerme te plugo por tu enviado
Y hablarme de contino!
Mírame ya sumiso y entregado
A tu arbitrio y tu mano poderosa.
Tomo ya mi camino,
Volveréme á Jetró y á él tu divino
Mandato contaré, cosa por cosa;

Y tomando á mis hijos y á mi esposa,
Trasladaréme á Egipto, y congregando
A todos los ancianos israelitas
Tus palabras benditas,
Todas, les contaré, y el pueblo atento
Veráme obrar portento tras portento·
Y á Faraon entrando, sin rodeo,
Hablaré, y á su burla y su dureza
Opondré tu poder y terribleza,
Hasta sacar á nuestro pueblo hebreo.

Mas ántes, al llegar y contemplarme
Exaltado entre todos mis hermanos,
Motivo no será para gozarme,
Será para en piedad arrebatarme,
Y con los sacerdotes, los ancianos
Y las gentes sencillas
En cántico solemne y fervoroso
Ensalzaré con ellos, Dios piadoso,
Así tu gran poder y maravillas.

CÁNTICO.

Entona, Israel, tu canto, que ya el Señor me envia
A romper tus cadenas, como libertador,
Alégrate, ya llega el anunciado dia
De la que ansiabas tanto visita del Señor.

Alégrate y exúltate, que el Dios de nuestros padres
Escuchado ha tus quejas, movióse á tu opresion;
Ya á sus hijos sin susto estrecharán las madres,
Sin temer los arranque de su seno Faraon.

Ya breve en remolino iréis, cual golondrinas,
Saliendo de esta tierra de esclavitud fatal;
Y las Egipcias tristes desde techos, colinas,
Os verán ir cantando himnos de libertad.

Y huyendo del tirano y tomando el desierto,
!Cuánto de hambre y fatiga y sed nos rodeará,
Hasta asentarnos, fuertes, á orillas del mar muerto
Y pasar y bañarnos en aguas del Jordan!

En su orgullo y dureza irguiéndose el tirano,
Como el cedro del Líbano, me verá con desden,
Y oirá mis amenazas, como el murmullo vano
Del pueblo envilecido que se postra á sus piés.

Pero ¡ay de su soberbia y su grandeza suma!
¡Qué serán de mi pueblo ante el potente Dios,
Sino humo de montaña y de la mar espuma
Que no bien aparece cuando á su soplo huyó!

¡Ante El qué los rugidos de ese leon salvaje,
Cuya melena aterra, si moviéndose está!
¡Qué, si cielos y tierra anuncian su coraje
Al dar mi mano trémula la espantosa señal!

Cuando mi vara tienda y estremecido el cielo
Comience truenos, rayos y granizo á lanzar,
Y sangre y peste y llagas infestaren el suelo,
Y tinieblas espesas cubran su triste faz;

Y agólpense las gentes en llanto y con aullidos
Pidiendo al Rey que salga el pueblo de Abraham;
Y el Rey, soberbio siempre y sordo á sus gemidos,
Lo ofrezca y no lo cumpla, se obstine más y más;

Y entónces ya la copa de la ira del Dios fuerte,
Colmada, se derrame sobre el Monarca infiel,
Y descienda, cual rayo, el ángel de la muerte
Y vengue el exterminio de los hijos de Israel;

Y entónces los que fuertes y viles opresores
Burlábanse del pueblo que, humilde, los sufrió,
En su crujir de dientes y bárbaros dolores
Dirán: ¿Do nuestros Dioses, en dónde está Faraon?

Y entónces los esclavos con frente levantada,
De gozo rebosando el triste corazon,
Dirán á sus verdugos: nuestra hora es llegada,
Conoced de nosotros al verdadero Dios.

¿Qué hará Pharaon entónces en su despecho, fiero,
Si él, su ejército y magos ante mí temblarán? . . . .
¡Qué puede el hombre, el mundo, el universo entero,
Si todo es nada, nada ante El, que es y será!

De Dios el dedo, insano, al fin reconociendo,
Cuando desmenuzado á Egipto mire ya, [2]
Se rendirá cual polvo ante el Señor tremendo
Y volverá á su pueblo su amada libertad.

Cantemos la grandeza del Dios que *Omnipotente* [3]
Nombróse al descubrirse al padre Abram, á Isac,

[2.] Et narres in auribus filii tui et nepotum tuorum, quoties contriverim Ægiptios et signa mea fecerim in eis Exod. 10, 2.

[3.] El Ilustrísimo Scio, comentando el verso 1.°, capílo 17 del Génesis: "Apparuit ei Dominus dixitque ad eum, *Ego Deus Omnipotens,*" se explica así: "La primera aparicion en que el Señor tomó un nombre particular es la presente." Despues, cuando apareció por la noche á Isaac, Génesis, 26, 24, dijo abiertamente: "Yo soy el Dios de Abraham vuestro padre." Cuando apareció á Jacob y le mudó el nombre en Israel, Génesis, 35, 11, dijo: "*Yo soy el Saddai,*" esto es el Dios Todopoderoso; y lo mismo se lee en el Génesis, 43, 14; 48, 3 y 49, 25. Todos estos lugares sirven para entender aquel del Exodo, 6, 36; en donde Dios dijo á Moisés. "Yo soy el Señor que ha aparecido á Abraham, á Isaac, y á Jacob en Dios Todopoderoso *in Deo Omnipotente;* mas no me les he mostrado bajo el nombre de Jehová; quiere decir: nombrándome el Dios Todopoderoso; mas no les he hecho conocer mi nombre *Jehová;*" dando á entender con aquellas palabras *en Dios Todopoderoso* que en las apariciones precedentes habia tomado la cualidad y el nombre de Dios Todopoderoso; y no el nombre de *Aquel que es*, como lo hacia entónces, cuando Moisés le preguntó su nombre. Exodo 3, 14.

El mismo que adoraron Jacob y nuestra gente,
Y el mismo que á este siervo nombrósele *Jehová*

¡A Jehová gloria! al padre que amónos de tal suerte
Que entre sus hijos somos prole de bendicion,
Miéntras la tierra toda en tinieblas de muerte,
Adorando su hechura, desconoce al Criador.

Miéntras doquier degradan esclavizado al hombre
Sus Dioses y sus Reyes, los vicios y el error,
Israel sólo tiembla de su Adonai al nombre
Y libre en su cabaña le eleva su oracion.

Al Dios de nuestros padres, la más preciosa herencia
Que en aqueste destierro pudiéronnos dejar,
Haciendo caminemos firmes en su presencia [4]
Y seamos tan perfectos, como El, en santidad.

Al Dios que concebirlo al alma es imposible,
No obstante que de El viene y en El ha de parar:
Que no es el Dios que el mundo representa sensible
Y en ídolos encarna, cual si fuera su igual.

Es espíritu puro, y si habla á los mortales
Un ángel es su medio, vestido de fulgor;
Y aun así no podemos los rayos celestiales
Sufrir, sin que la carne se estremezca en pavor.

---

[4] Ego Deus Omnipotens; ambula coram me et esto perfectus. Génesis, 17, 1.

Pues qué si de su esencia un rayo fulgurara,
¡El universo cómo quedar pudiera en pié!
Cual humo, la materia toda se disipara,
Y lo que no es no fuera con *El, que sólo es.*

Tal es el Dios que enseña nuestra doctrina hebrea.
¡Bendito nuestro único y sumo y santo Dios!
¡Bendito el pueblo y santo que con nosotros crea
Que él es del universo el único Señor!

Ya se acerca el instante en que de extremo á extremo
Del orbe reconozcan su rayo vengador,
Y en que todas las lenguas de su poder supremo
Canten las maravillas que obre por nuestro amor.

En que cese el oprobio y la saña maldita
Con que oprímenos tanto el impío Faraon;
¿Dó está tu Abram, diciendo, al mísero israelita,
En dónde están tus fuertes, en dónde está tu Dios?

¡Ya viene de ira santa y de amor rebosando,
Ya viene á visitarnos como nos lo juró!
Y ¡ay de Faraon entónces! El es, dirá temblando,
Es Adonai terrible que á Israel escuchó.

Y, rendido el tirano y rotas las cadenas
Saldremos libres, libres, do nos lleve Moisés,

Y con manos y alforjas de egipcias joyas llenas
Y á la espalda los restos de nuestro gran José;

Marcharemos alegres y unidos, de tal suerte
Que formemos un cuerpo que obedezca á una voz,
La de nuestro caudillo, que escudará el Dios fuerte,
Y ¡ay del que estorbe el paso al pueblo del Señor!

Y ya bajo sus alas por el desierto ó playa
O por oscura senda él nos alumbrará;
Y cuando pan nos falte ó manantial no haya
El, como nuestro padre, sustento nos dará.

¡Su infinita grandeza, su bondad cantaremos
Y los cielos y tierra pasmados quedarán!
Y los cielos y tierra cuando á Chanan lleguemos
Ensalcen con nosotros las glorias de Jehová.

MOISÉS EN EL MONTE SINAÍ,

BAJANDO CON LAS TABLAS
DE LA LEY,

Ó SEA MOISÉS LEGISLADOR.

Ne sibi homines aliquid defuisse quererentur scriptum est et in tabulis quod in cordibus non legebant; non enim scriptum non habebant, sed legere nolebant. S. Agustin, Salm. 57.

¡Pobre pueblo! No pudo la espantosa
Vista sufrir de esta tronante cumbre,
La nube que envolvióla tenebrosa,
El humo que subia como de un horno,
Y aquella viva lumbre
Que en rayos mil se despeñaba en torno,
Y aquella voz terrible, voz divina
Que apagaba el fragor de la bocina;
Amenazando todo un cataclismo

Lo anonadó á tal punto, y á mí mismo,
Que, Moisés, exclamó: no, no me es dable
Resistir esa voz; á tí te oiremos,
Que el Señor no nos hable,
Si tú no eres su medio, moriremos. (1)

Y no volvióse á oir ni voz, ni trueno,
Que el pueblo me creyó de pavor lleno, (2)
Y al monte yo subia
Y solo, con Jehová yo me entendia.

Mas ahora que desciendo presuroso
Con las que renové tablas de piedra,
Escritas por su dedo misterioso,
¿Qué es lo que ven en mí que los arredra
Y rehusan acercarse? Que ven rara
Y con cuernos espléndidos mi cara (3)
Dícenme con gemidos,
Los ántes de cerviz endurecidos,

[1.] Cunctus autem populus videbat voces et lampades, et sonitum bucinæ, montemque fumantem: et perterriti ac pavore concussi, steterunt procul, dicentes Moysi: loquere tu nobis, et audiemus: non loquatur nobis Dominus, ne fortè moriamur. Exod. 20, 18, 19.

[2.] Ait ei Dominus: jam nunc veniam ad te in caligine nubis, ut audiat me populus loquentem ad te, et credat tibi in perpetuum. Exod. 19, 9.

[3.] Videntes autem Aaron et filii Israel cornutam Moysi faciem, timuerunt propè accedere. Exod. 34, 30.

A los ídolos ántes entregados,
Y en terrible matanza quebrantados.
Tal me les mostraré. Cuando del cielo
Esta señal contemplen compungidos,
El rostro cubriréme con un velo, [4]
Y, ardiendo en santo celo,
Iré en tono ya duro y ora blando
Los santos mandamientos promulgando.
¡Los santos mandamientos! No os asombre
Esta promulgacion que el cielo os hace,
Que sólo en recordaros se complace
Esa primera ley del primer hombre,
Que es el mismo que ayer en cuerpo y mente,
Y á la que está obligado desque nace:
Ley que, grabada en su alma reverente,
No olvidó, ni en cumplirla fué remiso
Allá en el paraíso,
Miéntras en su obediencia fué inocente.
Pero cuando el pecado
Lo hubo en modo fatal desfigurado;
Pervertidos así los corazones
Que en rebelion abierta las pasiones
Sofocaron la voz de la conciencia
Y ofuscaron la humana inteligencia;
No quisieron leer los hombres duros

[4.] Impletisque sermonibus posuit velamen super faciem. Exod. 34, 33.

Los que llevaban mandamientos puros
En su sensible corazon escritos:
Y brotaron de allí los infinitos
Desórdenes, errores, vicios, males
Que afearon tanto, tanto á los mortales.
Desconocióse á Dios y con insulto
A las criaturas tributóse culto;
Tomado fué su venerando nombre
En vano y con desprecio por el hombre;
El deshonor de inmaculado el padre
Vió con desden y el de la casta madre;
Mátanse sin piedad padres, hermanos;
Y á la fornicacion ¡oh! tan insanos
Los hombres se entregaron
Que los brutos, pasmados, los miraron.
El hurto, la calumnia y la codicia
Manos y lengua en libertad jugaron
Y en mal deseo cifraron su delicia.
Tanta era la maldad, maldad sin nombre,
Tanto su estrago, que miró de reojo
A su bella creacion el Dios clemente;
Y, arrepentido de haber hecho al hombre,
A punto estuvo de estallar su enojo
Y hacer desparecer todo viviente.
Mas por un justo sólo fué salvada,
Por uno nada más, la humana gente,
¡Esta prole de Adan, desventurada!

Por eso fué que el irritado cielo,
Para purgar la iniquidad del suelo,
Sus cataratas despeñó; sus sañas
Apenas las altísimas montañas
Contrastaron, irguiendo sus cabezas,
Cantando del Señor las terriblezas.
Y se salvó Noé, y en ese justo
Y en la estirpe de Sem el nombre augusto
De un Dios único y sumo y la divina
Ley natural, que á todo hombre ilumina,
Brillaron; y de Abram hasta nosotros
Han seguido brillando
En uno que otro justo. Mas vosotros
Y los pueblos vecinos con su infando
Proceder é impiedad, que os arrebata
A vuestro Dios y vuestro culto mata;
Así ellos cual vosotros que con dura
Cerviz desconocísteis la infinita
Bondad de Dios que alumbra vuestra mente;
Necesitabais ya la ley escrita
Que hiriera vuestros ojos, cual ardiente
Rayo de luz que sin cesar fulgura,
Y lleváraisla atada en brazo y frente. [5.]

[5.] Et erit quasi signum in manu tua et quasi monimentum ante oculos tuos: et ut lex Domini semper sit in ore tuo. Exod. 13, 9.

Los judíos, entendiendo estas palabras segun la letra, escribian en pequeños pedazos de pergamino, que hacian de

Aquí tienes la ley, tiemble el impío,
El idólatra pueblo, el delincuente,
¡Ya inexcusables ante tí, Dios mio!
Aquí la ley, la voz que, como un rayo,
No pudo soportar vuestro desmayo,
Que bien del Sinaí pidió el estruendo,
La majestad de vuestro Dios tremendo,
Que quiso al quebrantar vuestra dureza
Dejaros ver su paternal terneza.
Aquí la tienes: tanta maravilla
Canta ¡oh pueblo! doblando la rodilla.

CÁNTICO.

Canta conmigo ¡oh pueblo! que ya Dios no te aterra
Con su espantoso trueno y su terrible voz;
Que ya sereno el Cielo y tranquila la tierra
Ensalcen con nosotros las leyes que nos dió.

Que en ellas reconozcan la suma Inteligencia,
Y admiren, adorando, la suma Santidad,

---

pieles de animales puros, algunas sentencias de la ley que tomaban de este capítulo del Exodo y del 4.° y 13.° del Deuteronomio; y se las ataban á las muñecas y á la frente entre las dos orejas, cuidando de que el lazo donde se contenia lo escrito correspondiera al medio de la frente, para no perderlo de la memoria, teniéndolo siempre delante de los ojos. Scio.

Y al lerlas anonádense, al creerse en la presencia
Del único, el inmenso, el Supremo Jehová.

Que á ese santo decálogo, que la moral encierra,
Y con letras de fuego mirais grabado está,
En vano las pasiones y el mundo cruda guerra
Haránle, oscurecerlo no lograrán jamás.

Que es la naturaleza la que en el mismo habla,
Y al hombre débil miéntras se estudie más y más
Veráse que ese Código será la única tabla
Que salve en su naufragio la triste humanidad.

Que los hombres y pueblos, hasta do el genio alcanza,
Daránse sabias leyes en su bendito afan;
Mas en olas del tiempo y su eterna mudanza
Pueblos, costumbres, leyes, todo naufragará.

Y sobre ruina tanta de la obra de los hombres
Quedará resonando esta divina ley;
Y todas las naciones, bajo diversos nombres,
Tendrán por ley suprema las tablas de Moisés.

Y si el mundo llegare á verse en sus quebrantos
Otra vez en tinieblas y con incierta luz,
Del Sinaí el fuego y mandamientos santos,
Eternos, volveránle la vida y la virtud.

Y tú, que el primogénito entre los pueblos fuiste,
Oh prole venturosa de Abram y de Israel,
Que libertad y bienes de Jehová mereciste,
Y hoy recibes en prenda las tablas de la ley;

Que al pié de los altares con la sangre bendita
Sellaste la solemne alianza del Señor,
Y obedecer juraste su santa ley escrita
Y cuanto en su alto nombre os prescribiere yo;

¡Oh pueblo! Graba en tu alma, recuerda noche y dia
Tan altos testimonios y tan inmenso amor;
No más dioses ajenos, no más idolatría
Te aparten del regazo del verdadero Dios.

¡Guay del pueblo escogido, si con ejemplo infando
A los desheredados llega á escandalizar,
Y al verlo inobediente, el pacto quebrantando,
De nuestra ley se burlen, se burlen de Jehová!

Tremenda la amenaza y los castigos crueles
Jehová irritado entónces á efecto llevará;
Y en su espanto, temblando, aun los mismos infieles
Dirán: ¡Justa es la ira del terrible Adonai!

Bendito, Israel, si observas las palabras divinas;
Sobre alas de las águilas tu Dios te llevará.
¿No ves en el desierto bajo sombra caminas,
Ni en la noche luz fáltate, ni el agua, ni el maná?

¿Cómo heridos de un rayo tus enemigos fieros
No ves cual desaparecen, ó se hunden en el mar?
Así de triunfo en triunfo irás con tus guerreros,
Hasta poser bendita la tierra de Chanan.

Ensalza ¡oh pueblo! ensalza de Jehová los favores,
Ensalcemos su alianza, ensalcemos su ley,
Bendice su justicia, respeta sus rigores,
¿Quién, quién en sus consejos estar pudo con El?

¡Oh! ¿Quién en los abismos de su sabiduría
Y Gobierno del mundo á penetrar llegó?
¡Cómo la niebla impura al sol le pediria
Cuenta de su carrera, disipante fulgor!

Cual las hojas que el viento llévase en remolino,
Los pueblos y naciones caminando así van.
¿Adónde? ¿En qué concierto los lleva su destino?
Sabrémoslo tan sólo allá en la eternidad.

Tal vez á esta ley dura, digna de vuestros pechos
Rebeldes al extremo, suceda ley de amor,
Cuando, los falsos Dioses burlados y deshechos,
El mundo ya mas dócil creyere en solo un Dios.

En tanto ¡oh pueblo! ensalza de Jehová los favores,
Ensalcemos su alianza, ensalcemos su ley.
¡Bendita su justicia, benditos sus rigores
Y bendito el gobierno del pueblo de Israel!

MOISÉS EN EL MONTE NEBO,

Ó SEA

MOISES PROFETA.

> Prophetam de gente tua et de fratribus tuis sicut me, suscitabit tibi Dominus Deus tuus: ipsum audies. Deuter. 18, 15.

Josué ¡Dios lo ha mandado!
Hágase en mí su voluntad suprema;
Hasta aquí nada más llegar me es dado,
Hasta esta tierra, de Chanan no extrema;
Subir hasta este monte que, elevado,
Permíteme mirar, aunque de léjos,
Del Jordan y mar Muerto los reflejos
Y en medio de llanuras deliciosas
De Jericó las palmas y las rosas.

4

¡Oh tierra en cuarenta años tan soñada
Y con tantos trabajos alcanzada,
Y tanto más hermosa y más querida
Cuanto más anhelada y prometida!
¡Tierra de los Patriarcas, mis abuelos,
Derrama sobre mí santos consuelos!
Allí miro á Sichem, primer morada
Del padre Abram y de su Sara amada;
Allí está Bersabé, donde ella un dia
A él dió con Isac tanta alegria;
Phanuel allí, do el nombre de israelita
Valió á nuestro Jacob lucha inaudita.
¡Y Sodoma allí fué! Su grande estrago
Recuérdame ese sulfuroso lago.
¡Y Salem y Bethel y tantos otros
Nombres tan dulces, sí, para nosotros!
¡Qué de historias tan santas! ¡Cuánto encierra
Esa abundosa tierra
De esperanzas, promesas celestiales
Para el pueblo israelita,
Para esta prole, en Abraham bendita!
Para los que de secos arenales
Venimos, como el ciervo en los calores,
Estas selvas buscando y manantiales,
Estas palmas y flores
Que cubren los sepulcros venerados
¡Ay! de nuestros mayores,
Por idólatras pueblos profanados.

Do vivamos con ellos....¡Ah! me engaño,
Do vosotros vivais, que bien tamaño
No es para mí, que el cielo me lo niega
Y á tan grave dolor mi pecho entrega;
Sin que mi humilde ruego
Haya podido desarmarlo luego; [1.]
Y *de contradiccion*, gota por gota,
El agua ante mis ojos brota, brota. [2.)
¡Perdóname, Señor, si me anonada
Esta tu pena al fin de mi jornada!

[1.] Transibo igitur et videbo terram hanc optiman trans Jordanem et montem istum egregium, et Libanum.

Iratusque est Dominus mihi propter vos, nec exaudivit me, sed dixit mihi: sufficit tibi: nequaquam ultra loquaris de hac re ad me. Deuter. 3; 25, 26.

(2.) En estas aguas de contradiccion fué privado Moisés con su hermano Aaron, por faltas de fé y de fidelidad que los intérpretes explican de diversos modos, de entrar con su pueblo en la tierra prometida; permitiéndosele solamente verla con sus ojos y no pasar á ella. Los Números 20; 12, 13. Dixitque Dominus ad Moysem et Aaron: quia non credidistis mihi, ut sanctificaretis me coram filiis Israel, non introducetis hos pópulos in terram quam dabo eis.

Hæc est aqua contradictionis.

Dixitque Dominus ad eum: hæc est terra, pro qua juravit Abraham, Isaac, et Jacob, dicens: semini tuo dabo eam. Vidisti eam oculis tuis et non transibis ad illam. Deutóron. 34, 4.

Perdóname, perdona, si semeja
Mi suspiro profundo á injusta queja;
Injusta sí, que ¿quién á Moisés nombra
Que en él no mira á Dios y no se asombra?
Injusta sí. ¿Fuí digno por ventura,
De ser libertador de tu escogido
Pueblo de Israel, y obrar prodigio tanto,
Y en cuarenta años dominar su dura
Cerviz, y entre enemigos conducido,
Triunfando por doquier, sembrando espanto,
Traértelo hasta aquí, donde ya mira
La tierra de Abraham, porque suspira?
¿No es por tu gracia sólo, por sola ella
Que el pastor de Madian tanto descuella?
¿Qué otra gloria mayor caberme puede?
¿Quién en más gracias á Moisés excede?
¡Dichoso aquel que en su feliz carrera,
Si es verdad que no alcanza
Llegar al fin que espera,
No sufre de la suerte la mudanza:
Es su obra duradera
Y muere en el Señor con su esperanza!

Así moriré yo. Josué, tú el justo
Y digno Capitan que Dios señala
Para llevar á cabo la conquista,

Esfuérzate con él y sé robusto; [3.]
A una gran fé tu gran valor iguala
Y nada, nada habrá que le resista
En esa final guerra:
El Jordan y los muros en el suelo,
Y hasta el sol en el cielo
Obedecerte han; y en esa tierra
Ansiada, tantas veces prometida,
Meterás á Israel con mano fuerte:
Nuestra grande mision será cumplida
Y él entónces responda de su suerte.

Israel, Israel, á Dios da gloria,
Y con tus hijos guarda en la memoria,
Y en el dia y en la noche canta, canta
Esta doctrina santa
Del cántico inspirado,
Que á enseñarte voy ya, de Dios mandado. [4.]

(3.) Vocavitque Moyses Josue et dixit ei coram omni Israel: confortare, et esto robustus: tu enim introduces populum istum in terram quam, daturum se patribus eorum juravit Dominus suus, et tu eam sorte divides. Deuteron. 31, 7.

(4.) Nunc itaque scribete vobis canticum istud et docete filios Israel: ut memoriter teneant et ore decantent et sit mihi carmen istud pro testimonio inter filios Israel. Deuteron. 31, 19.

CÁNTICO.

"Oid cielos lo que hablo, oiga la tierra atónita [5]
Palabras de mi boca, abrid el corazon;
Condénsese cual lluvia mi doctrina benéfica;
Cual lluvia sobre yerba derrámese mi voz.

Cuando conmigo el nombre del Santo Dios invóque-
[se
Dadle magnificencia, su grandeza cantad;
Perfectas son sus obras, y sus caminos, díganlo,
Todo en ellos justicia, ninguna iniquidad.

Los que contra él pecaron no fueron sino idólatras,
No fueron hijos suyos, los hijos del Señor.
¡Oh pueblo mentecato, pueblo necio así págasle!
¿No es él tu padre acaso, el que te hizo y te crió?

De los tiempos que fueron, de esos tiempos acuérda-
[te,
Y las generaciones todas te ayudarán,
De una en una subiendo: á tu padre pregúntalo,
Pregunta á tus mayores y ellos te lo dirán.

(5.) Audite cœli quæ loquor, audiat terra verba oris mei, y siguientes. Deuteron. 32, 1, hasta el 43

Cuando todas las gentes dispersaba el Altísimo,
Y cuando separaba á los hijos de Adan,
Y á los diversos pueblos fijó diversos límites,
¡Ah! Jacob fué su pueblo, cuerda de su heredad.

En tierra yerma y triste, en lugares tan lóbregos,
En vastas soledades á su pueblo encontró;
Y si para enseñarlo andar rodeando hízolo,
Cual niña de sus ojos él siempre lo guardó.

Cuando á volar enseña á sus polluelos la águila,
¿No la ves revoleando sobre ellos con calor?
Así extendió sus alas sobre su pueblo mísero
El y sobre sus hombros tomólo y lo llevó.

Fué su caudillo solo el Señor, y no éralo
Dios ajeno en su ayuda; bastábale con él,
Y estableciólo en tierra alta, fecunda y próvida
Para que de las piedras sacara aceite y miel.

Con manteca de vacas, de ovejas leche cándida,
Grosura de corderos, carneros de Basan
Y macho de cabrío, del trigo con la médula
Mantúvolo y con pura sangre de uva además.

Engrosóse el amado y tiró coces, pérfido,
Engrosado, engordado, abandonó á su Dios,
Y con dioses ajenos entónces provocáronle
Y moviéronle á ira con su abominacion.

No á dios, sino á demonios, á dioses alienígenas,
Que jamás adoraron sus padres, ni Jacob,
A ellos sacrificios, infieles, ofreciéronles,
Olvidándose, ingratos, del Señor su creador.

Vió esto el Señor y á ira movióse, porque hiriéronle
Sus hijos y sus hijas su tierno corazon;
Y dijo: ya mi rostro, desde hoy, de ellos escóndase,
Porque raza perversa, hijos infieles son.

Ellos me provocaron con aquel vano ídolo,
Y tanto me irritaron con tanta vanidad,
Que á celos los provoque yo tambien, cuando míren-[me
Con aquel que no es pueblo entrar en amistad.

El fuego que se encienda en mi furor terrífico
Hasta lo más profundo del infierno arderá;
La tierra con sus plantas y los montes que elévanse
En sus entrañas mismas abrasados serán.

Y todas mis saetas y males amontónense
Sobre ellos; con el hambre yo los consumiré;
Y devoren las aves sus pútridos cadáveres;
Y bestias y serpientes contra ellos armaré.

Por fuera á desolarlos caiga la espada fúlgida
Y dentro los consuma tembloroso pavor,
Lo mismo que al anciano así á la vírgen cándida,
Al inocente niño y al viejo pecador.

¿En dónde están? ¿en dónde? ¿no pudiera yo, díjeme,
Hacer que entre los hombres desparecieran ya?
Mas de sus enemigos la arrogancia detiéneme,
Porque cual triunfo suyo pudiéranlo cantar.

Es gente sin consejo, que la prudencia fáltale.
¡Oh si de la sapiencia los bañara la luz!
A sus ojos presentes tuvieran los novísimos,
Y nunca se apartaran de Dios y la virtud.

¿Cómo á mil persiguiera sólo uno, aunque fortísimo,
Y cómo dos en fuga pusieran á diez mil?
Si su Dios no los pone en sus manos y entrégalos,
Concebirse no puede cómo eso fuera así.

¿Es nuestro Dios acaso como sus dioses débiles,
Y nuestros enemigos nuestros jueces no son,
Ellos que en tanto daño en la pasada época
De Jehová los castigos sintieron y el rigor?

Su viña es de la viña de Sodoma, la fétida,
Y egidos de Gomorra: sus uvas son de hiel,
Sus racimos amargos y veneno de áspides:
¿De nuestros padres estas son las viñas de miel?

Juntas con mis tesoros y con sellos enciérranse
Todas aquestas cosas: mia la venganza es,
Su perdicion se acerca, el plazo está ya próximo,
Ya llegará y entónces resbalará su pié.

Verá el pueblo que aquellos que al Señor fieles [fuéronle
En sus misericordias consolados serán;
Verá que no salvaron nada sus manos débiles
Y que aun los encerrados consumidos están.

Dirá el Señor ¿sus dioses, dónde están, cuyas víctimas
Con su grosura hartaban su vientre, y del altar
Los alegraba el vino? ¿Do sus dioses? Levántense,
Y vengan y os amparen en la necesidad.

No hay otro Dios, yo solo, ved que soy el Dios único,
Yo quien quito la vida y el mismo que la doy,
Yo el que hiero y que curo, y no hay quien de mí [líbrese,
Y yo quien digo al Cielo, por siempre vivo yo.

Si cual rayo mi espada acicalare rígido
Y mi mano se armare para hacer juicios yo,
Sentirán mi venganza mis enemigos pálidos
Y los que me aborrecen sentirán mi furor.

Haré que mis saetas en sangre espesa embriáguense;
Y en sangre de los muertos mi espada se hartará,
Y en sangre de enemigos que, prisioneros míseros,
Desnuda la cabeza en cautiverio están. [6]

(6.) Rapada la cabeza á navaja á manera de esclavos, como lo hicieron con los israelitas sus enemigos los gentiles. Menochio.

Los Cielos y los ángeles con él en uno alegrénse,
Alégrense las gentes, á su pueblo alabad,
Que vengará la sangre de sus hijos indóciles,
Y porque ya propicio á su tierra expiará."

***

Acércate, Israel, y no me aparte
A dormir con mis padres en el cielo,
Sin que os declare yo parte por parte
Lo que á las tribus toca en este suelo.

Sin que derrame yo mis bendiciones
Sobre vosotros, como amante padre:
Abrid vuestros sensibles corazones,
Como en el seno de la tierna madre.

"Viva *Ruben*, no muera, aunque pequeño. [7]
Oirá Dios de *Judá* la voz, sus manos
Combatirán por él, y con tal dueño
Triunfará siempre de enemigos vanos.

Leví, tú varon santo y bien probado
Enseñarás á Israel su ley y juicios,

(7.) Deuteron. 33, 6 y siguientes.

Por tu incienso el furor será aplacado.
Y aceptables serán tus sacrificios.

Contigo, *Benjamin*, siempre amoroso
Habitará el Señor, y en él confia,
Entre sus hombros hallarás reposo,
Morarás como en tálamo en el dia.

Tierra de bendicion, muy regalados
Frutos para *José* daràle el cielo,
Frutos daránle eternos los collados,
Las aguas que se ocultan en el suelo,

Y de los montes las antiguas cumbres.
Cual del Rhinoceronte son las astas,
Los millares serán, las muchedumbres
De *Ephraim* y *Manassés*, fuertes y vastas.

Tesoros hallarás, y nunca pares
En tus salidas, aprestando velas,
Zabulon: regocíjate en tus mares,
E *Issachar* en sus quietas cabañuelas.

Bendito *Gad* en extension, bendito:
Como leon que el brazo y la cabeza
Arrebató y quédase ya ahito,
Reposando despues cabe su presa.

Cachorro de leon, sus garras tiende,
Las aguas del Jordan busca sediento,

Corre *Dan* por el Líbano, y se extiende
Siempre hazañoso, remudando asiento.

Nephtalí, *Nephtalí*, con qué alegría
Sentirás de la mar el fresco halago,
Y lleno de abundancia, al medio dia
Genezareth te ofrecerá su lago.

Posteridad de *Aser*, ¡oh cuán hermosa!
El hierro y cobre tu fortuna sea.
Como tu juventud corre dichosa,
¡Oh si así tu vejez tambien se vea!"

***

Venerable Jacob, estoy mirando,
Cual tú miraste, entre las tribus una
Que el cetro mantendrá con gran fortuna
Hasta que venga Aquel. [8.]

(8.) Non auferetur sceptrum de Juda et dux de femore ejus, donec veniat qui mittendus est, et ipse erit spectatio gentium. Génesis, 49, 26.

De eternos los collados el *deseo*, [9.]
De las gentes con ansia el esperado
Que vea á la viña su pollino atado, [10.]
El Santo de Israel.

Más hermosos sus ojos son que el vino, [11.]
Más blancos que la leche son sus dientes;
Cuando aparezca correrán las gentes
En tropas de El en pos. [12.]

¡Oh Profeta bendito, nazareno
Que de entre mis hermanos te levantas!
¿Yo semejante á tí? beso tus plantas,
Adórote, Señor.

En esa tierra de Chanan, bendita,
De Judá nacerás, y tu reinado
De justicia y de paz será llamado,
Como ninguno fué.

(9.) Donec veniret desiderium collium æternorum. Hasta que venga el deseado por todos los Santos y Patriarcas del Antiguo Testamento, que allí son llamados *collados eternos.* Scio, allí.

(10.) Ligans ad vineam pullum suum et ad vitem. Génesis, 49, 11.

(11.) Pulchriores sunt oculi ejus vino, et dentes ejus lacte candidiores. Génesis, 49, 12.

(12.) Véase la nota 15 del verso 10 del cap. 49 del Génesis por el P. Scio.

Más ¡ay de tí, Israel! ¡oh pueblo mio!
Que ya en tu obcecacion te miro, insano,
Desoïr al Profeta y la impia mano
Levantar contra él.

Todas las amenazas que mi boca,
Las maldiciones que, terribles, lanza,
En nombre del Señor y su venganza,
En tí se cumplirán.

Y de esta tierra de Chanan, tan bella,
Que adquieras con tu sangre, irás saliendo,
Y ni abrigo en el mundo en tu tremendo
Castigo encontrarás.

Hasta que en cautiverio largo, largo,
Y caída la venda de tus ojos,
Con tu arrepentimiento los enojos
Calmes ya de Jehová.

Y, como la gallina sus polluelos,
Así de entre los pueblos te congregue,
Y aunque á los polos tu destierro llegue [13.]
De allí te sacará.

(13.) Si ad cardines cœli fueris dissipatus indè te retrahet Dominus Deus tuus. Deuteron, 30, 4.

Y te lleve á la tierra de tus padres,
La que ellos poseyeron, tú poseas,
Te dé su bendicion y haga que seas
En número mayor. [14.]

Tu corazon circuncidando entónces
Y el de tus hijos, en su amor te inflames,
Y á él ya nada más tan sólo ames
Con alma y corazon. [15]

(14.) Et assumet atque introducet in terram, quam possederunt patres tui et obtinebis eam: et benedicens tibi, majoris numeri te esse faciet quàm fuerunt patres tuî. Idem, 5, idem 5.

(15.) Circumcidet Dominus Deus tuus cor tuum et cor seminis tui: ut diligas Dominum Deum tuum in toto corde tuo et in tota anima tua, ut possis vivere. Idem, idem 6.

RUTH AL PARTIR PARA LA ERA,

ó

LA SENCILLEZ INOCENTE EN LA MAS PROFUNDA OBEDIENCIA.

Lavare igitur, et ungere, et induere cultioribus vestimentis, et descende in aream. Lib. de Ruth. c. 3, v. 3.

Lávate y me he lavado,
Ungete, me dijo ella, y ya me he ungido,
Vístete lo mejor y me he vestido,
Tan bien como le es dado
A ésta su dócil y obediente nuera
Que así ataviada se encamina á la era.
Y allí debo esconderme
Y hacer de tal manera
Que Boz no pueda verme,
Hasta que la comida sea pasada
Y la noche llegada;
Y despues do se fuere iré atisbando,

6

Hasta llegar do duerma, y, ya dormido,
Me arrimaré yo entónces, y al descuido
La capa con que cúbrese iré alzando
Por los piés, me echaré y allí tendida,
¡Ay! ¡cuál será mi suerte!
¡Cuál será mi salida
Cuando el Señor despierte!
¡De Noemí los intentos satisfaga
Y él me dirá, él me dirá lo que haga!

Mas yo no sé que siento, madre mia,
Yo tiemblo y yo no sé....cómo podria
Todo esto hacer sin... pero yo qué entiendo,
No sé si en esto al Dios de Israel ofendo.
Sólo sé que eres justa y que eres buena
Y de malicia ajena,
Que es para mí tu voluntad sagrada
Y debo obedecerte resignada.
Que por eso dejé patria, parientes,
Gentes amigas por extrañas gentes,
Por seguirte y vivir donde tú quieras
Y morir yo tambien donde tú mueras,
Siempre colgada de tus santos labios
Para hacerme dichosa
Con tus consejos sabios.

Sí, voy á hacer, voy á cumplir gustosa
Cuanto Noemí previene
A esta su hija amorosa,

Y cuanto Boz me ordene,
¡Es tan bueno el señor! ¡que Dios lo guarde!
Que desde que me vió en aquella tarde,
A mí tan pobrecita que seguia
Con tanta timidez y trasudores
A esos sus segadores
Y las espigas caidas recogia,
Con qué dulzura díjome, hija mia,
No vayas á otro campo, ni á otra siega,
Aquí con mis muchachas tú te agrega
Y con ellas irás por donde fueren
Segando y las espigas recogieren:
Segura de que ya nadie te inquiete,
Y si tuvieres sed al hato vete,
Y aquí vendrás despues de las labores
A comer con aquestos segadores.

Y al verme agradecida y prosternada,
Bendiciendo mi suerte, afortunada,
¡Díjome tantas cosas! que él sabia
Cómo yo con Noemí luchado habia
Por no dejarla, no; que habia venido
A este pueblo que yo no conocia,
Mis parientes dejando y patrio nido;
Que conforme á mis obras muy cumplido
Del Dios de Israel un galardon reciba,
Y pues bajo sus alas me he acogido
Con él y para él por siempre viva.

Al corazon me hablaron
Estas palabras santas que bajaron,
Como rocío del cielo,
Derramando la dicha y el consuelo.
Y siendo así tan bueno y tan piadoso
No temeré acercármele: reposo
Ayer dijo Noemí procuraria
Darme y bienes y estado más dichoso;
Y, como que es pariente, bien podria,
O más bien deberia,
Llegar á ser mi esposo,
Segun la ley hebrea;
Y la humilde moabita,
Ya vuelta en israelita,
Exaltada tal vez así se vea;
Y más aún y más si madre sea....
¡Madre! que en este pueblo tan bien suena,
Da tanto honor y de esperanzas llena,
Que trae á las mujeres siempre inquietas
Y que á la vírgen pone entristecida,
Todas cual más, cual ménos prole ansiando,
Porque segun la ley y los Profetas
Ha de haber una estirpe bendecida,
Estirpe de Judá que, el tiempo andando,
Dará á luz al Mesías,
Y de ventura llegarán los dias
Que el mundo está esperando.

Así piensa esta gente, y cada una
De las hijas de Israel tanta fortnna
Prométese al casar; pero....moabita,
Por tu orígen tú no eres israelita....
¡Yo no sé, yo no sé qué estoy diciendo!
¡Ay! tales esperanzas concibiendo!
¡Cómo á tanto me atrevo!
Vamos, que entera debo
Obediencia á Noemí, y en ella fío
Al ponerme de Boz hoy en las manos.
Anciano y justo, sus consejos sanos
Reduciránme al bien, si me desvío....
¡Dios de Israel, mis pasos encamina,
A tu sierva ilumina;
Hágase en mi tu voluntad, Dios mio!

SAFO AL PRECIPITARSE,

ó EL AMOR

EN EL PAGANISMO.

Negra mi alma, cual la noche, se halla.
Hierve mi pecho, como el mar que miro.
Como las olas, desgarrado, lanza
Hondos bramidos.

Sola, conmigo y con mis fieras ansias
Desfalleciendo, me levanto y corro,
Vuelvo, lo busco y ni una voz, ni un eco
Mísera oigo.

Ni un eco extraño en soledad tan honda,
Sólo los mios que destrozan mi alma,
Pues de mi Fáon venerado el nombre
Flébiles cantan.

¡Cómo las parcas en mi mal hilaron
Que á ese, más bello que el crinado Apolo,
Jóven divino, maravilla lesbia,
Vieran mis ojos!

Víme de entónces de su amor esclava;
Bella su imágen con buril de fuego
Grábase en mi alma y en la tierra toda,
Como en el cielo.

Desde que vílo ¡ay! con él á solas
Mírame el dia y la noche hablando;
Beso, despierta, sus divinas huellas,
Donde las hallo.

Desde que vílo, sin Fáon no vivo;
Loca y dichosa, cuando me habla, bebo
Dulce su néctar, y al Olimpo y mundo
Yo lo prefiero.

Mas el ingrato, miéntras más lo busco,
Cual si buscara desprendida mi alma,
Y más me enciende su recuerdo sólo,
Más se me aparta.

Loca yo entónces sus pisadas sigo,
Dulce su aroma me conforta y llego,

Tiendo los brazos y al tocarlo mírola....[1]
Siento que muero.

¡Ella me roba de su amor la dicha!
¡Ella lo torna para mí cual roca!
Ella felice....en mi desgracia ella
¡Cómo se goza!

¡Oh si la llama que mi ser consume
Tal yo apagara, como en agua brasa!
Mas es mi sol y como sol ¡oh! nunca,
Nunca se apaga.

Ni los desdenes de Fáon ingrato,
Ni la vergüenza de mi amor, la burla,
Ni los tormentos que incesantes sufro,
Nada me cura.

¿Réstame un rayo de esperanza acaso?
Fria la tierra á mi dolor creciente
Este, que miro, su piadoso abismo,
Sólo me ofrece.

[1.] Allá en Sicilia, donde la desgraciada Safo llega á encontrar á su insensible amante, despues de haberlo seguido así por mar como por tierra; y al ver que Fáon la desprecia y prefiere á su rival se vuelve despechada á Lesbos y pára en que en Leucade acomete el salto fatal y perece en las aguas del olvido.

Vuelvo á los dioses mis llorosos ojos,
Y ellos responden á mi ruego triste:
Como nosotros, al destino cede,
Cede, infelice.

Cedo, y al verme en desamparo tanto,
Sin que remedio á mi pasion encuentre,
¿Que es lo que resta á mi desgracia? Sólo,
Sólo la muerte.

Muerte, no olvido, que, Leucade, ofreces
A los amantes que consume el llanto,
Y, la luz dulce de la vida huyendo,
Buscan tu salto.

Tal, en mis llamas abrasada, busco
Frescas tus aguas, como ciervo herido;
Fiera, yo busco tus peñascos blancos,
Negro tu abismo.

Mírolo y brota de mis ojos la última
Lágrima tierna que por él despido.
¡Dulce su nombre, que al caer invoque,
Vuelvan los riscos!

Lesbos ¡oh patria, de sensibles almas,
Música y danzas delicioso nido!
Nunca más dulce me sonó tu nombre,
Nunca más rico!

¡Lesbos, oh Lesbos, tu cantora váse!....
Pero mi lira quedará en tus mirtos.
¡Oh si repíta, al agitarla el viento,
Sáficos ritmos!.

¡Oh si las lesbias, que mi tumba busquen
Y que me niegue mi destino adverso,
Den á mis manes en anuales fiestas
Cántico eterno!

Juno piadosa, tu socorro imploro, [2]
Iris me manda en tan terrible trance,
Animo sobra, pero el cuerpo.....temo,
Temo desmaye.

(2.) Invoca á Juno en ese supremo esfuerzo por salir de una vida que le era tan penosa: á Juno que toma su nombre de *juvando*, porque favorecia no solamente á los que salen á luz del útero materno, sino á los que de la luz se ocultan en el sepulcro. *Præest omni juvamini*, dice Luis de La Cerda. Así Virgilio nos presenta en el libro 4 ° de la Eneida á la poderosa Juno, compadeciéndose de la infeliz Didó, que espirante se revolvia en su lecho, y enviándole á Iris, su mensajera, para que la ayudase, acabando con su vida, que la hacia despedazar de dolor.

Tum Juno omnipotens longum miserata dolorem,
Difficilesque obitus, Irim demisit Olimpo,
Quæ luctantem animam nexosque resolveret artus.

Anadyomene, si Fáon el bello [3]
Pudo hechizarte con sus ojos zarcos,
Compadecida, mira tú su víctima,
Mísera Safo.

Tú mis despojos con tus sacros mirtos
Cubre, recibe mi postrero canto.
¡Lánzome, Vénus! ¡Ya, salvada ó muerta,
Voy á tus brazos!

(3.) Anadyomene, del verbo griego *anaduomai* salgo del agua. Sobrenombre que dan los mitógrafos á Vénus cuando nos la representan saliendo de la espuma del mar.

JUNIO BRUTO

LA VÍSPERA DE MANDAR EJECUTAR Á SUS HIJOS,

Ó SEA LA VIRTUD ROMANA.



¡Conque es verdad, verdad! ¡oh! ¡quién diria
Que en la lista fatal de los malvados,
En que todos los ojos están fijos,
Este padre, este cónsul hallaria
A Tito y á Tiberio, infortunados,
Sus dos únicos hijos!
¡Conque ellos rebelados!
Ellos, en cuyas venas
Corre mi sangre, y cuyas almas, llenas
De mi amor á la patria y mis consejos,
Llevar debieran ese amor tan léjos
Que de la Roma libre al padre mismo
Eclipsaran en gloria y patriotismo,
Dándome por feliz con sus reflejos!

¡Ellos de mi justicia en la balanza
Y la patria pidiéndome venganza!
¡A mí! ¡Cómo la tierra,
Abriéndose, conmigo no se cierra!
¡O de Jove tonante
No me destroza el rayo en este instante!
¡Padre desventurado,
Qué extremo no te aterra!
¡Tus hijos ó el Estado!....

¡Sangre, sangre en mis manos!
¡Sangre de mis entrañas! ¡Los tiranos!
¡Maldicion! ¡Los traidores!
¡Mis hijos!....¡Los lictores!
¡La segur!....¡Ya, ya ruedan
Las cabezas!....¡Oh dioses,
Libradme de tormentos tan atroces
Que á mi valor y resistencia excedan!
¿Pero qué es esto, Bruto?
¿Tú déliras y tiemblas, tú, que hirsuto
A la naturaleza
Debes ser sin igual en la fiereza,
Qué de tu alma salvaje en las batallas
A tu razon así todo avasallas
Que si el orbe en pedazos se desploma
Impávido te hallas?
Tú, que de esta República de Roma
Eres el padre, el alma, la esperanza,

Que en memorable dia
Juraste de Lucrecia la venganza
Contra aquesos Tarquinos tan audaces
Y estirpar de raíz la tirania,
Estirpa á todos, todos sus secuaces
Y en su sangre te harta.
Sean tus hijos, no importa,
Que la patria lo exije y ¡Roma corta
Cómo ante la República de Esparta
Quedar pudiera en patriotismo y gloria
Y á los ojos del mundo y de la historia!

No, perezcan mil veces,
Si con su sangre en patriotismo creces,
Si con su sombra y sus fantasmas vanos
¡Oh patria tan querida!
Tiemblen y desparezcan los tiranos.
Y así la libertad, robustecida,
Y en tus grandes virtudes cimentada,
Virtudes propias de romana gente,
Que apénas la natura las consiente
Y que á la tierra dejarán pasmada,
Lleve á nuestra República á la alteza
De eterna juventud y de grandeza
Que los dioses le tienen señalada.
¡Tal es su voluntad y esa es la mia!
Mañana cuando luzca el nuevo dia
Y suba al tribunal, cual juez severo,
Ellos serán mi guia,

Y con su apoyo mostraréme entero,
Cumplido ciudádano,
Antes que padre, Cónsul y romano.
Y si la faz del magistrado fiero
Una lágrima empañe,
O un suspiro sus voces acompañe,
Dejando ver su conmovido pecho,
Diga el pueblo que Bruto
Dió á la naturaleza su tributo
Y á la patria su triunfo en su derecho.
Y con la sangre de Tiberio y Tito
Quede por siempre escrito:
Que Roma será libre sin los Reyes,
Pero grande y Señora de la tierra,
Si á sus virtudes y severas leyes
Sujétase en la paz como en la guerra.

¡Oh patria, patria mia!
Vendrá, sí, vendrá el dia
De la posteridad y sus rigores.
¿Cómo entónces mis hechos redentores,
Y este esfuerzo supremo de mi alma,
Que me va á dar la no envidiable palma
De triunfar del amor de los amores,
Veránse? A una ansia inmensa de loores
Se atribuirán tal vez, á vanagloria

Con que inténtese ajarse mi memoria. [1]
Pero tú me defiende, tú que miras
Mi corazon ¡oh patria! que lo inspiras
Y llenas de tu amor, amor profundo,
Que hace que, entero, en tí se reconcentre
El tan variado mundo,
Y que en tí nada más mi gloria encuentre.

[1.] Virgilio, al hablar de este padre *infeliz*, si hace entrar como móvil en esos hechos estupendos esa ansia inmensa de loores, pone tambien como causa primera el amor de la patria, segun se colige del órden de esas dos razones que alega en defensa de Bruto en los siguientes versos:

¡Infelix! utcumque ferent ea facta minores:
Vincet amor patriæ, laudumque inmensa cupido.

La humanidad pasmada todavía, como quedó el pueblo romano al ver al Cónsul y padre, sentado en su tribunal, juzgando á sus dos hijos y mandándolos ejecutar en su presencia, no acierta á calificar esa accion extraordinaria y sobrehumana. La razon abrumada no puede en su severidad sobreponerse á los afectos más tiernos y profundos del corazon humano. Por otra parte, se necesitaría poder leer en el alma de Bruto hasta qué punto influyeron en su determinacion el amor de la patria y el amor de la gloria; pero si juzgamos por las apariencias y suponemos con sus apologistas que el primer amor lo dominó en esos momentos y lo hizo decidirse; si tenemos en cuenta hasta dónde elevaron el patriotismo los antiguos griegos y romanos, que hacian desaparecer al individuo en el Estado; si consideramos el derecho que las le-

Tú me defenderás cuando tus hijos,
Teniendo siempre en mí sus ojos fijos
Y de mañana en el sangriento dia,
En qué espire la inicua tiranía,
Y tu salud y libertad los llamen,
Veloces acudiendo, ellos exclamen:
¿Despues de Bruto y su hecatombe fiera,

---

yes reconocian en los padre sobre sus hijos, hasta de poderlos castigar con la muerte; entónces esa accion que á primera vista nos horroriza merecerá tal vez nuestra aprobacion.

"Hagamos alto, dice el célebre y piadoso Rollin, para examinar si la accion de Bruto contra la vida de sus hijos es en él entereza ó insensibilidad, y veamos tambien si debemos alabar su celo por la patria ó si detestar de la crueldad con que trata á sus hijos. Bruto hace en este caso dos papeles, el de Cónsul y el de padre, y debe igualmente cumplir con las obligaciones de ambos. Como hombre público sólo atiende á los intereses del Estado. El peligro extremo que habia corrido su patria: y de que sólo se libró por una proteccion del cielo, que parecia casi milagrosa, habia hecho en él una fuerza imponderable. El nuevo Gobierno era de gusto de todos, y Tarquino tenia en la ciudad muchas hechuras, prueba de ello la conjuracion. Si Bruto hubiera perdonado á sus hijos no podia despues castigar á ninguno de los cómplices, y la misma indulgencia que les hubiera salvado la vida, podia tambien hacer que se les levantara el destierro, y su restitucion á la ciudad, dar que temer de parte de unos mozos de tan alta gerarquía, llenos de vicios y que habian sido capaces de formar una conspiración, que á nada ménos se enca-

Con que ha asombrado al mundo Roma sola,
Por la patria hay romano que no muera?
¿Y quién lo más sagrado no le inmola
Si su ventura y libertad espera?
¡Patria, oh patria, tremola
De libertad la enseña! ¡Ya impotente
Será la saña y los esfuerzos vanos

---

minaba que á hacer perecer á su padre y á su pátria. Bruto quiso al mismo tiempo aterrar los ánimos é inspirar á los romanos un odio irreconciliable contra el trono y contra el Tirano. Un simple destierro no podia producir estos efectos; pero un padre, forzado á derramar la sangre de sus hijos, era un espectáculo, cuya memoria no podia borrarse, y cuyo horror debía pasar á todos los siglos futuros. Esta fué efectivamente la impresion que hizo en los ánimos esta sangrienta ejecucion, que se puede decir en cierto modo que la tuvieron siempre presente los romanos. Qué ella costó mucho á la ternura paterna, es indubitable; y esto es lo que Tito Livio explica admirablemente en estas palabras: *eminente animo patrio inter publicæ pœnæ ministerium.* Esta ternura se manifestó sensiblemente en sus ojos, en su rostro y en sus acciones, *eminente animo patrio.* Hubo una lucha muy recia entre el amor de un padre por sus hijos y el de un Cónsul por su patria; pero en fin venció este, aunque no le costó poco este vencimiento, porque quien dice victoria, dice que ha habido lucha y resistencia. Es menester que esto fuese así, porque de otro modo la accion de Bruto no hubiera sido entereza, ni valor, sino fiereza, barbaridad.» Historia antigua de los romanos, lib. 16, p. 1.

De tus viles tiranos,
Que de mis hijos con la sangre ardiente
Manchada quedará su altiva frente,
Seco su corazon, secas sus manos,
Seca tambien su estirpe y maldecida;
Y la nueva progenie, convertida
En un gran pueblo rey, pondrá su solio
En aqueste sagrado capitolio,
Donde tanto presagio te asegura
Que has de llegar á sin igual altura;
Y con Júpiter, Término y la diosa
Juventud sujetando la espaciosa
Tierra á su culto y venerandas leyes, [2]
El perdon á los pueblos doblegados
Y sangre y muerte á los soberbios Reyes

(2.) Cuando Tarquino el Soberbio construyó el Capitolio, como este templo estaba consagrado exclusivamente á Júpiter, se trasladaron á otros templos las estatuas de los demás dioses que tenian sus altares en la colina en que aquel se levantó; mas los agoreros declararon que el dios *Término* y la diosa *Juventud* no habian podido moverse de sus puestos, conjeturando de ello que el Imperio seria eterno, que Roma defendería sus límites contra el enemigo y que gozaría de una juventud vigorosa y floreciente; resultando de este prodigio que fué preciso darles lugar á dichos dioses en el recinto del nuevo templo. Dionisio, libro 4.° Tito Livio, libro 1.°, cap. 55.

Proclamen sus pendones victoriosos, [3]
Que en lo futuro se verán alzados
Más allá de los tirios industriosos,
En los mares remotos de Occidente,
En la Britannia y en la Libia ardiente.
Y así se cumpla tu feliz destino,
Que los augures con asombro cantan,
¡Oh Roma!....Ya los dioses tu camino
Benévolos con flores te lo esmaltan.

(3.) Tu regere imperio populos, Romanæ, memento;
Hæ tibi erunt artes, pacisque imponere morem,
Parcere subjectis et debelare superbos.
Virg. lib. 6 de la Eneida, v. 851.

Léonidas en las Termópilas

LA VÍSPERA DE SU GLORIOSÍSIMA MUERTE,

Ó SEA EL TRIUNFO DE LA LIBERTAD EUROPEA.

Fuerza es desaparezca de la tierra
En esta desigual, infanda guerra,
Lacedemonia ó yo, su Rey ahora,
Nos ha dicho la Pitia agoradora. [1]
Y yo, yo que no en vano

(1.) Habiendo consultado á la Pitia los lacedemonios al principio de la guerra respondió: que ó seria destruida Esparta por los bárbaros ó perdería á su rey. Esta respuesta en versos hexámetros traducida al francés por A. J. Miot, es como sigue: "Habitans de Sparte et de son vast territoire, votre ville, si grande et si celebre serà devastée par les enfants de Persée, ou, s'il n'en arrive pas ainsi, Lacedemone pleurera la mort de son roi, descendent d'Hercule. La force de lions et de taureaux n' opposerait qu'une résistance inutile, car la colèr de Jupiter subsiste encore, et je prédis qu'elle ne s'apaisera pas, avant que l'une de ces deux choses ne soit arrivée. Herodoto libro 7, cap. 120.

Soy de Lacedemonia ciudadano,
Que educado en la escuela
Del gran Licurgo, cuya fama vuela,
Y último de sus Reyes
Hoy represento sus severas leyes;
Por ellas me inmolé, desque sañudo
Salí de Esparta con aqueste escudo
Que á los oidos de la raza doria
Desde la cuna y sin cesar vocea:
La muerte ó la victoria
Sea tu divisa en la feroz pelea.

Por eso, sí, cuando de allí partimos
Yo y estos mis trescientos, á mí iguales,
Para honrar nuestra muerte que previmos
Y tranquilos marchar, nos despedimos
En juegos funerales,
Que celebramos en reunion piadosa,
De hijos, padres, esposa,
De la patria querida,
Con eternos adioses,
Ante ellos protestando y nuestros dioses,
Volver triunfantes ó dejar la vida. [2]

(2.) Algunos dias despues, dice Barthelemy, se vió en Lacedemonia un espectáculo que no se puede recordar sin espanto. Los compañeros de Léonidas honraron de antemano su muerte y la propia con un combate fúnebre, al cual asistieron sus padres y sus madres. Concluida esta ceremonia, salieron de la ciudad seguidos de sus parientes y amigos de quienes recibieron los adioses eternos. Viaje de Anacharsis tomo 1, p. 178.

Dejarémosla, sí, ¿pues qué nos resta
Cuando vemos del Œta por la cresta
Desprenderse ya el persa á nuestra espalda
Y tenderse sus huestes por la falda?
Si ya la astucia, si el valor es vano,
¿Qué resta á un espartano,
Cuando su mal destino es manifiesto,
Sino permanecer, firme, en su puesto,
Hasta morir é inmarcesible gloria
Álcanzar, si nó palmas de victoria?
¿Qué más puede exigirse á este puñado
De hombres libres, peleando cual leones,
Contra enjambres de persas á millones? [3]
Su puesto defender, miéntras fué dado
Luchar con esperanza en este estrecho.
¿Y qué gloria mayor que haber deshecho
A los medos, aquí, los que primero
Nuestro valor guerrero
Intentaron probar, los que ofrecian
Con tal seguridad y orgullo tanto

(3.) Cuéntanos Plutarco en sus apotegmas de los lacedemonios: que asustado uno de ellos al ver la generosa resolucion que habia tomado Léonidas, le dijo: "¿Es posible, señor, que penseis en marchar apénas con un puñado de gentes contra un ejército sin número? Si hacemos esa cuenta, le respondió, toda la Grecia entera no basta, pues apénas iguala la más mínima parte del ejército de los Persas; pero si se trata de valor, mi pequeña tropa es más que suficiente.

Que vives ante el Rey nos llevarian
Y en su fuga llevaron el espanto?
¿Y no fueron tambien los *inmortales*,
Con los medos iguales,
Por nosotros deshechos, sin tardanza,
Ellos que eran de Jerjes la esperanza?
¿Y al ver nuestra victoria y su destrozo
Ese Rey hasta el colmo presuntuoso,
Que en su locura y torpes arrebatos
Al mar castiga y amenaza al Athos,
No exclama, confundido y tembloroso,
Ante los pocos griegos que lo afrentan:
¡Oh Demarato! cómo me amedrentan
Tus presagios que en este primer paso
Miro cumplirse con tan gran fracaso? [4]

Mas ¡ah! ¿por qué me exalto,
Si en vano la victoria
Comenzó á sonreirnos, cuando Efialto
De su patria enemigo y de su gloria

[4.] Demarato era un espartano, desterrado de su patria, que venia en la comitiva de Jerjes, quien le preguntó si creia que la Grecia, siendo tan pobre, resistiría á un monarca tan rico y poderoso como él. La Grecia, replicó el espartano, es pobre, pero virtuosa y lo arrostrará todo por evitar la servidumbre. Aun cuando quedasen solos los espartanos, con mil hombres y aun ménos, pelearían, porque la ley les prohibe huir y temen más á la ley que los persas á tí. Herodoto, bro 7, c. 102 y siguientes:

Con traicion tan horrenda
Descubre al persa la funesta senda?
No hay remedio, no lo hay, ¡oh mis aliados,
Dignos hijos de Grecia que conmigo
Habeis despedazado al enemigo,
Que ante su inmensidad nos creyó inertes!
Habeis mostrado ya que sois tan fuertes
Como libres soldados
A esas masas de siervos degradados:
Salvad, salvad vuestra preciosa vida,
Vosotros que, sin mengua, la partida
Podeis hacer: que nuestra buena suerte
Tal vez reserve vuestro brazo fuerte
Para ahuyentar en más felices dias
Estas nubes mortíferas, sombrias,
Que el despotismo asiático nos lanza,
Oscureciendo nuestro bello cielo,
Para matar en nuestro fértil suelo
Nuestra naciente libertad, que avanza
Y con su fuego y sacrosantas leyes
Amenaza á los sátrapas y reyes.

Recorred nuestros campos y ciudades,
No en fuga, sino en guerra permanente;
De los pueblos calmad las ansiedades
Con esos que llevais en vuestra frente

Frescos laureles y gloriosas palmas;
Y así desaparezcan los desmayos;
Y así encended las abatidas almas,
Hasta que en fiera tempestad y rayos
Estalle Grecia al fin; muestre á esa tropa
De esclavos en espléndida victoria
Que el cetro del valor y de la gloria
Pasa al pueblo primero de la Europa.

Decidles que este Jefe, á quien no en vano
Se le dió tal honor, como espartano,
Con sus trescientos compañeros fieles,
Quédase aquí; no á recoger laureles
De una final victoria,
Sino á morir con gloria
Y haciendo estrago tanto
Que sienta el persa, en vez de gozo, llanto,
Y al mirar desde luego
Un héroe en cada griego,
No avance, sino pálido de espanto.

¡Mis espartanos! si dudado hubiera
Del gran valor que nuestra patria os diera,
Al educaros para Marte fiero,
En aqueste banquete postrimero
Bien probais que vivís sólo para ella
Con el marcial contento que destella

Hoy en vuestro semblante
En tan solemne y tan supremo instante. [5]

¡Oh Esparta, de la Grecia la primera
En patriotismo y en virtud austera,
Que con sabios afanes y prolijos
Con tal acierto educas á tus hijos
Que tu vida, tu bien, tu gloria pura
Es su vida, su bien y su ventura!
¡Oh patria! Aquesta *mora* mira ufana [6]
Que, cual víctima santa, se engalana,
Y entonando patrióticos cantares
A inmolarse ya corre á tus altares.
Cuanto puede el valor, cuanto la audacia,
Y la virtud guerrera

[5.] Retirados los aliados del desfiladero, se dispuso Leónidas á la empresa más atrevida. No es aquí, dijo á sus compañeros, no es aquí donde debemos combatir: es preciso marchar á la tienda de Jerjes, quitarle la vida ó perecer en medio de su campo; y habiéndolos invitado á una comida frugal, añadiendo que á la noche comerían todos juntos en la mansion de Pluton, fué tal la alegría, que con un grito universal manifestaron, que parecia que los invitaba para algun gran festin. Rollin. Historia de los Persas y Griegos. lib. 5. c. 2, par. 4.° Viaje de Anacharsis, tomo 1.° p. 188.

[6.] *Mora*, entre los lacedemonios se daba ese nombre á un cuerpo de infantería que constaba desde trescientos á novecientos hombres.

De heroico inspira inmensa en la desgracia,
Tanto hicimos ¡oh patria! y tanto espera
Hemos de hacer en el fatal momento
De volar de Pluton al alto asiento.
Si hoy la fortuna adversa se nos muestra,
Mañana, si el oráculo no miente,
Te alzarás sobre el persa, prepotente,
Que á morir voy y la victoria es nuestra.

¡Oh libertad, oh libertad! ¡Oh diosa!
Tú me inspira y sosten en mis acciones,
Tú que á Grecia mi patria, patria hermosa
Preferiste entre todas las naciones.
Sí, tú que desdeñando el viejo Oriente,
Tus miradas volviendo al Occidente,
Escogiste sus montes y sus mares,
Sus islas, á millares,
Sus fértiles llanuras
Y sus brisas tan puras,
Su entrecortado suelo
Y su brillante cielo,
Para hacer tu mansion, y á los mortales,
Desde aquí, bendecida,
Alumbrar con tus rayos celestiales,
Regenerando su alma envilecida
Con tu vigor, tu movimiento y vida.

Y miéntras del Oriente los imperios
Y el sabio Egipto, envueltos en misterios,
Yacen en ominosa servidumbre,
Soportando la inmensa pesadumbre
Con todos los ultrajes
De sátrapas y déspotas salvajes,
Parándose los pueblos oprimidos;
Los nuestros, Libertad, por tí impelidos,
Con frente levantada,
Llenos de fuego y con audaz mirada,
Como las olas de la mar se agitan,
Y del progreso en pos se precipitan.

Tú, como el sol, recorrerás la tierra,
Pero en giro de siglos y de siglos,
Y ganando batalla tras batalla,
Que en incesante guerra
De la ambicion y errores los vestiglos
Te han de oponer muralla tras muralla.
Mas ¿qué te importa su impotente saña,
Si tú con la verdad que te acompaña
Y te alumbra y despeja tu camino,
Has de triunfar; si el carro del destino
Por sobre la cerviz de los tiranos
Ha de pasar, rompiendo las cadenas
De los pueblos que, ufanos,
Y libres de unas penas y otras penas,

En cada edad tus nuevos triunfos canten
Y nuevos monumentos te levanten?....

Tal vez mi sacrificio digno sea
De mi patria y de tí, sublime diosa,
Y en él el mundo tus prodigios vea.
Tal vez esta hecatombe que, espantosa,
Comience la defensa gloriosa
De Grecia libre en la tenaz pelea
Más espléndida gloria
A Esparta dé, que la mayor victoria.

¡Oh libertad, tu imágen, que ya asoma,
Mirando estoy en la troyana Roma:
Brotó del pecho que rasgóse fiera
Una mujer, de allí brotó, guerrera,
Como saltó Minerva amenazante
Del cerebro de Júpiter tonante.
Muero feliz, porque extenderse miro
Tu reino, libertad, por quien suspiro,
Porque ya miro de los pueblos rotas
Las cadenas, del Tíber al Eurotas;
Y si en las sombras del futuro me hundo
Libre contemplo al oprimido mundo.
¡Salud, hijos del Tibre!
¡Salud, padre de Roma, Bruto fiero!

RETAZOS.

Más vale buen amigo, que pariente ni primo.

El arroz, el pez y el pepino, nacen en agua y mueren en vino.

Más gana el que suerte le ayuda, que quien sin ella mucho madruga.

y severo,
riotismo,

sí mismo,
entrega!
mortales,

la tiranía,
frente,
anhelo;
modelo
ó guerra,
Miéntras nutriere déspotas la tierra.

¡Mas dónde estoy! Los últimos instantes
Acercándose están con la sombría
Y prefijada noche, que ya avanza.
Mirando estoy en todos los semblantes
Algo más que valor, como alegría,
Sed de sangre y matanza.
No esperemos aquí la triste muerte
Del débil en su lucha contra el fuerte.

¡Busquémosla! ¡Marchemos, compañeros!
Como los tigres, fieros,
Cual la pantera, atroces,
Como rayo, veloces,
Sobre el persa dormido que tremenda
Nuestra furia al sentir, tantos estragos,
Mírese al despertar de sangre en lagos,
Hasta llegar de Jerjes á la tienda.
Y la luz y la luz del nuevo dia
Que alumbre, horrorizado,
Tanta ruïna y cuerpo destrozado
Y miembros palpitantes y agonía,
Encenderá los grandes corazones
De Esparta, y con orgullo en tus pendones
Grabarás nuestros nombres, patria mia. [7]

[7.] A la media noche salen del desfiladero los griegos, y Leónidas á su frente, avanzan en la llanura á pasos redoblados, arrollando los puestos avanzados, y penetran hasta la tienda de Jerjes, que habia huido ya: entran en las tiendas inmediatas, se derraman por el campamento y, se hartan de carnicería. Reprodúcese á cada paso, á cada instante el terror que inspiran, con las circunstancias mas espantosas. Rumores sordos, gritos terribles, anuncian que las tropas de Hidarnes estaban derrotadas, y que todo el ejército lo seria luego por las fuerzas reunidas de la Grecia. No pudiendo los más valientes de los persas oir á sus generales, no sabiendo

Y entónces y tan sólo así ya abierta
Quedará al enemigo aquesta puerta,
Sobre nuestros cadáveres pasando;
Al universo y á mi patria dando
El más fecundo y más sublime ejemplo:
Sirviendo las Termópilas en tanto
De confusion á déspotas y espanto,
Y á la alma libertad de augusto templo.

---

adonde dirijir sus pasos y sus golpes se arrojan al acaso en el monton, mueren los unos á manos de los otros, cuando los primeros rayos del sol manifiestan á sus ojos el corto número de vencedores. Viaje de Anacharsis, tomo 1.° pag. 189.

ALEJANDRO,

ÀLA

AMBICION, EN BABILONIA.

Busca, busca, hijo mio,
Reino más digno de tu genio osado,
Que de tu alma llenar pueda el vacío,
Me dijiste una vez, padre adorado,
Cuando Jove de santas alegrías
Tu enternecido corazon colmaba
Y al abrazarme lágrimas vertias.
Y vesme ahora excelso, sublimado,
Si no más aun de lo que yo esperaba,
Sí más allá de lo que tu creías.

Los enemigos de tu reino, todos
Los que fé en su impotencia te juraron,

Así como tú fuiste, ellos se alzaron
Contra mi juventud, en torpes modos;
Pero ántes que, cayendo astros y cielo, [1]
Oprimidos quedaran en el suelo,
Temblaron cual beodos
Al estallar las iras del Rey nuevo,
Y deshechos, rendidos,
Fueron por siempre uncidos
Al carro del mancebo.

Entónces fué mi más ardiente empeño
Dar realidad á tu dorado sueño,
Al impulso de los hados vencedores.
Y como corre el huracan rugiente,
Arrollándolo todo en sus furores,
Tal me precipité sobre el Oriente,
Y ¡ay del persa insolente!
Tendí la garra al Norte y Mediodía,

(1.) Imaginándose Alejandro que la fama de su nombre habia llenado de espanto á los pueblos bárbaros que su padre habia avasallado y unido á su corona, y que á su advenimiento al trono se habian unido para recobrar su libertad, preguntó á sus embajadores, ¿qué cosa temian más en el mundo? Ellos le respondieron con arrogancia, que nada temian más que la caida del cielo y de los astros.

Véase á Rollin, reducido por D. Francisco X. de Villanueva, tomo 4, p. 177.

Incorporélo todo al Occidente;
Y ya nadie resiste en su porfía
Mi empuje furibundo,
Que triunfador, de un polo al otro polo
Resuena de Alejandro el nombre solo,
Como único Señor de todo el mundo.

Cual tempestad deshecha y fulminante
Que de aterrar y deslumbrar no cesa
Al espantado pueblo, que en pavesa
Teme ser convertido á cada instante:
Mi espíritu y mi mano, en incesante
Agitacion y guerra,
En continuo temblor toda la tierra
Han tenido hasta aquí......Mas el destino,
Que este término puso en mi camino,
Hace que ella y mis leales
Falanges hoy se encuentren en reposo,
Engolfadas en fiestas, bacanales;
Y Rey de Reyes yo, tan poderoso
Cual ninguno entre todos los mortales,
Que postrados aquí tengo á mis plantas
Cuantos pueblos y cuantas
Naciones en el orbe alzan la frente; [2]

---

(2) Al acercarse Alejandro á Babilonia los astrólogos caldeos por medio de una diputacion de ancianos le suplicaron no entrase en ella, porque le esperaba allí la muerte; pe-

Yo, devorado de una sed ardiente
De gloria y de poder, no hallo sosiego,
Ni momentos siquiera de alegría
En la continua, estrepitosa orgía.
De ambicion insaciable siento un fuego
Que moderar intento en vano, en vano...
Volvedme ¡oh macedonios! os lo ruego, [3]
Volvedme al océano,
Que vencida y postrada ya la tierra,
Quiero mover inusitada guerra,

---

ro los filósofos griegos de su corte le demostraron la falsedad de semejantes predicciones; y sabiendo sobre todo que se hallaban en esa capital los Embajadores de todos los países del mundo, esperándolo para tributarle á porfía sus homenajes, como á quien debia ser su soberano, lo que lisonjeaba la más ardiente de todas sus pasiones; desechó todo temor, y se dió prisa á entrar en esa gran ciudad, como para tener en ella los Estados generales del Universo. Justino Libr. 12, 13.

(3.) Así habla á sus queridos camaradas, los macedonios, á cuyas murmuraciones y súplicas habia cedido, no sin gran pena allá en el Ganges, suspendiendo sus conquistas, y regresándose para Babilonia; en donde no cesaba de formar proyectos, y en nada ménos pensaba, que en dar la vuelta por mar á la Africa; en el descubrimiento completo de todas las naciones que están al derredor del mar Caspio; en la conquista de la Arabia; en la guerra contra Cartago y en apoderarse de todo el resto de Europa. Rollin, tom. 4, pág. 223.

Estremecido de placer intenso,
A ese enemigo inmenso,
De mí digno; luchar con los furiosos
Aquilones, las olas bramadoras,
Las sirtes rugidoras
Y monstruos espantosos
Que surgen de su seno tan profundo;
Dando la vuelta al asombrado mundo,
Dejando, cual Alcídes, por doquiera,
Sembrada de prodigios mi carrera.
Sí, que no en vano en mi interior yo siento
De un semi-dios abrasador aliento;
Y en mi memoria y mis escritos fijo
Tengo siempre de Ammon el nombre de hijo.

¡Hijo de Ammon! ¡Ah! no, delirio sólo,
No eres hijo de Ammon, ni eres de Apolo,
Alejandro, y aun tienes
Tan loca aspiracion! ¡Oh padre mio,
Perdóname, Filipo, tal desvío!
Soy, como tú, mortal. ¡Oh Calistenes! [4]

(4.) Aun se trató de que fuesen los macedonios á doblarle la rodilla, como acostumbraban los persas. Esta idea se formó entre bajos cortesanos, poetas, aduladores, sofistas y otros hombres que trafican con el juicio por el favor de los grandes. Resolvieron que fuese Alejandro un dios y se le rin-

Tú con tu voz severa,
Que dominó con general asenso,
Desparecer hiciste de mis sienes
Los divinos fulgores,
El culto externo y el sagrado incienso
Que el mundo con placer dádome habiera;

---

diesen homenajes divinos: esta proposicion se hizo á la mesa por el mismo Anaxarco, aquel descarado adulador. El filósofo Calistenes, amigo de Aristóteles, y afecto desde la infancia á Alejandro, viendo que los macedonios pasmados se quedaban en silencio, toma la palabra, distingue los honores que se deben á los dioses y á los hombres, por grandes que sean. "Templos, altares, libaciones, sacrificios é himnos son de los dioses; á los hombres se deben los elogios. ¿No se irritarán con justo motivo los dioses si á unos simples mortales se les tributa adoracion, cuando no la tuvo Hércules, sino hasta despues de su muerte, y aun se esperó á que la declarase el oráculo de Delfos? Alejandro, no olvideis la Grecia. ¿Podreis por ventura cuando allá volvais forzar á los hombres libres á que os adoren como á un dios? Si me decís que Ciro fué adorado por sus vasallos, y que desde entónces se ha conservado esta costumbre entre los monarcas medos y persas, cuyo trono ocupaba, traed á la memoria cómo los escitas, pueblo rústico y pobre, reprimieron su orgullo quimérico, y cómo otros escitas hicieron conocer á Darío que no era más que un hombre. ¿Xerjes, Artaxerjes, reyes honrados de sus vasallos como dioses, no se les ha visto huir delante de los ejércitos griegos, como ahora nuevamente Darío de Alejandro."

Y mis adoradores
Burláronse de mí, y esa postrera
Ilusion de mi vida,
Que hasta en estos momentos fué mi encanto,
Que ambicioné y acariciaba tanto,
Mírola ya por fin desvanecida.
¿Y qué me resta, qué hago?
¿Cómo el ansia de gloria satisfago
Si cuanto pude hacer que al mundo asombre,
Consumé ya, como mortal, como hombre?
¿Qué otra gloria mayor....ni qué enemigo
Alzará el brazo y luchará conmigo,
Cuando al blandir mi espada vencedora
Tiembla el Oriente y el Ocaso llora?

El amor propio del Rey padecia infinito, oyendo discurso tan atrevido: mas no quiso ó no se atrevió á precisar á los Macedonios sus convidados, y hubo una especie de composicion, por la que se decidió que aquellos á quienes el Rey hiciera la honra de brindar, debian levantarse, saludarle y acercarse á que les diera un beso. Empezó Alejandro por los señores Persianos, que le saludaron á su modo con adoracion. De los macedonios unos eludieron la ceremonia, otros abiertamente se burlaron. A un persa que tocaba la tierra con la frente, le dijo un macedonio: *da mas fuerte.* Ya llegó su turno á Calistenes; y como no se postró le rechazó Alejandro con aspereza, y Calistenes se volvió diciendo: *yo he perdido un beso;* mas pagó bien caro este chiste. Anquetil, traducido por Don Francisco Vázquez. Tomo 3. pag. 59.

El mundo todo en paz, bajo mi mano:
Fundirlo en semejanza hasta tal punto,
Que el indio, el persa, el cita, como hermano
Mire al griego y romano,
Y un solo imperio y unas solas leyes
Dominen desde el Ganges á Sagunto, [5]
Déjolo yo á otros reyes
Que puedan lentamente y sin presteza
Llevar á cabo tan grandiosa empresa:
¡Goces indefinibles para otra alma

(5.) Un sistema de educacion uniforme, la lectura de Homero y de los trágicos, el teatro, el servicio militar y el comercio debian facilitar la asimilacion, sobre la cual fundaba los mayores designios que jamás concibió hombre. Elegidas por él Babilonia y Alejandría con tanta oportunidad, debian convertirse en el doble centro del comercio, en el cual meditaba una vasta revolucion, sustituyendo la marina á las caravanas: ya habia dispuesto explorar de una manera más exacta los golfos Pérsico y Arábigo; limpiar el Tigris y el Eufrátes de las barras y bajos que los obstruian, y regularizar su curso. Era su intencion ocupar todas las costas del Mediterráneo y hacer á la India accesible: forzar á los árabes á entregarle sus puertos y el país de los aromas; fundar en Asia y en Europa, en los puntos más favorables al comercio y á la defensa, varias ciudades, además de las que en efecto hizo construir, y poblar las primeras por europeos y las segundas por asiáticos. Cesar Cantú, hist. univ. Edicion de Boix, tomo 1. pag. 823. Diodoro, 17.

Que guste tras tormenta de la calma,
Y que de su ambicion al punto llega!
Mas no para la mia que se entrega
A su furor tremendo,
Que, cual la tempestad, vive de estruendo
Y agitacion inmensa; á quien la tierra,
Si toda junta su valor provoca,
Aun le parece poca,
Al saborear los goces de la guerra,
Y su fiereza es tanta
Que, como á Ayas furioso, no la espanta,
Con tal de pelear, aunque en su ayuda
Júpiter mismo acuda. [6]

Mas el mundo está en paz, ¡oh paz odiosa!
¡Miserable de mí que en mi impotencia
Consumo tristemente mi existencia!....

(6.) Alusion al célebre pasaje de la Iliada. Cant. 17, v. 145 á 47. *Zêv pater*, que nuestro Alegre tradujo elegantemente así:

......O genitor Divumque hominumque
Redde diem saltem miseris, Cœloque sereno
Perde, Pater, lubet argolicam si perdere gentem.

Y Boileau con más libertad, pero con no ménos energia:

Grand dieu, chasse la nuit qui nous couvre les yeux
Et combats contre nous á la clarté de cieux.

Dadme la copa de Hércules famosa, [7]
La apuraré dos veces, no sólo una,
Que yá el curso llené de mi fortuna;
Que ha llegado á tal punto mi grandeza
Que, siéndole ya estrecho todo el orbe,
Sí al Olimpo no absorbe,
Y si de la humanal naturaleza
No acaba el linde y otro linde empieza,
Si no hay gloria más alta, ni renombre,
Si no soy semi-dios.... ¡Vivió ya el hombre!

(7.) *Muerte de Alejandro.* Despues de una noche empleada en la intemperancia de un convite, apuró la copa llamada de Hércules, que hacia seis pintas, la volvió á llenar, y cuando la apuró por segunda vez cayó sin conocimiento. Segur, traducido por Lista, edicion de Galvan, tomo 1. pag. 176.

MARCO BRUTO,

Ó LA LIBERTAD

EN EL ULTIMO ROMANO.

Digna, Porcia, digna eres
No sólo, sí, de disfrutar conmigo
Los cívicos honores y placeres
De mi vida política en la calma,
Sino tambien de compartir contigo
Las borrascas y penas de mi alma,
Que ocultártelas ya ¡cómo podria,
Cuando, á una prueba impía
Sujetándote, fiera,
Me asombras y me obligas, de manera
Que á revelarte voy, esposa mia,
Cuanto encierra este pecho, que has mirado

En el sueño y vigilia atormentado! [1]

Yo que del padre de la libre Roma
El espíritu llevo y sangre hirviente,
Cuya noble altivez, que no se doma,
Luce en mi adusta frente;

(1.) Veia Bruto que pendia de él lo más excelente de Roma en saber, én linaje y en virtud, y se le representaba todo el peligro; mas con todo, fuera de casa procuraba encerrar dentro de sí mismo su cuidado, y componer su semblante. Dentro de ella y por la noche ya no era el mismo, sino que de una parte la grandeza del cuidado le descubria contra su voluntad durante el sueño, y de otra, embebido en la idea y agitado de dudas, no podia ocultar á su mujer, compañera de su lecho, que traia una inquietud desacostumbrada, y que revolvia en su ánimo algun proyecto peligroso y difícil.

Era Porcia, hija de Caton; y siendo mujer dada á la filosofía, amante de su marido y llena de prudencia y cordura, no se resolvió á preguntar á este acerca de su secreto, sin haber hecho ántes en sí misma la siguiente prueba. Tomó una navaja de aquellas con que los barberos cortan las uñas, y habiendo hecho retirar del dormitorio á todas las criadas se hizo en el muslo una cortadura profunda, tanto que fué muy grande el flujo de sangre que se siguió, y se le levantaron vivos dolores y violenta fiebre de resulta de la herida. Angustiábase Bruto y lo sentia profundamente, miéntras que Porcia en lo más recio de su incomodidad le habló de esta manera: "Yo, Bruto, siendo hija de Caton, vine á tu casa, no como las concubinas á participar sólo de tu mesa y de tu lecho, sino á

Yo que, de Servilio Ala descendiente, [2]
Por Caton educado,
Y en la escuela del Pórtico enseñado,
Aborrezco y detesto á los tiranos;
Al escuchar de honrados ciudadanos
Con reproches, que en vano yo refuto,

---

participar tambien de tus satisfacciones y de tus pesares. Por lo que hace á tí no tengo de qué quejarme; pero de mi parte ¿qué prueba ó qué retribucion te puedo dar, si ni siquiera divides conmigo tus secretos y un cuidado que al parecer exije fidelidad? Bien sé que la naturaleza femenil es débil para poder guardar secreto; pero alguna fuerza tienen, oh Bruto, la buena educacion y el honesto trato. En mí con ser hija de Caton, se reune el ser mujer de Bruto; y si ántes podia desconfiar de poder corresponder á estos títulos, ahora ya estoy cierta de que aun al dolor soy invencible:" y al decir esto le muestra la herida y le refiere la prueba que habia hecho. Quedó Bruto pasmado, y tendiendo las manos pidió á los dioses le concedieran salir bien de la empresa, y comparecer como marido digno de Porcia, tomando despues disposicion para la curacion de aquella heróica mujer. Plutarco en Bruto.

(2.) "El linaje de su madre Servilia, dice Plutarco hablando de Bruto, subia á Servilio Ahala, quien, aspirando Espurio Melio á la tiranía y moviendo con esta mira sedicion en el pueblo, tomó un puñal bajo la ropa, y bajando á la plaza se puso al lado de Melio, como que tenia que tratar con él algun negocio, y al inclinarse este para oirle le hirió y mató. En este punto no hay disputa."

Que soy indigno de llamarme Bruto, [3]
Resistirme no puedo
Y al patriotismo y á su instancia cedo.

Tú sabes ¡oh vergüenza! Porcia mia,
Que se murmura que tal vez podria
Ser el tirano....¡oh madre!
No, no es César mi padre.
Sí, como á tal, cual bienhechor respeto;
Y, si á él en gratitud estoy sujeto,
A mi patria estoy más, á Roma entera,
A sus dioses, sus leyes, su bandera;
Mi interés desparece y mi persona
Ante la causa pública que abona
La justicia, que sigo donde quiera.
¿Pompeyo el Magno mi enemigo no era,
Cual asesino de mi padre amado,
Y con sorpresa no me vió á su lado
Ofrecerle mi espada por venganza,
Porque era de mi patria la esperanza?.... [4]

(3.) Bruto ¿duermes? en verdad que tú no eres Bruto, decia uno de tantos billetes que le arrojaban á cualquier lugar que fuese y aun en su mismo tribunal, increpándole su indiferencia.

(4.) Cuando ya la República estuvo dividida en dos parcialidades, habiendo tomado las armas Pompeyo y César, y el gobierno se puso en desórden, parecia cosa cierta que Bruto seguiría el partido de César, porque su padre habia sido

¡A Julio César amo, odio al tirano!
¿No miras cómo, insano,
Allá en el Rubicon, en negra hora,
Hundió con sus virtudes sus laureles,
Y en el fango su espada vencedora?
¿Y á los patriotas, sus amigos fieles
Dejó en desolacion; en guerra impía
Envolvió nuestra patria, y una á una
Las libertades huella, en su fortuna
Confiado; y cómo ya á la tiranía
Aspira ¡oh Porcia! y con audacia estrema
De Rey pretende la fatal diadema?

¡De Rey! y en su ambicion no se estremece
Con nombre tan fatídico en el Lacio!
¡Rey! que todo romano, no rehacio,
No tan sólo maldice y aborrece;

---

muerto poco ántes por Pompeyo; pero anteponiendo el interés comun á los personales y propios, como juzgase que la causa de Pompeyo para la guerra era más justa que la de César, abrazó la de aquel; y eso que ántes cuando se encontraba con Pompeyo ni siquiera lo saludaba, teniendo por grande abominacion dar la palabra al matador de su padre; y se dice que contento y maravillado Pompeyo cuando fué á presentársele se levantó de su asiento y le abrazó como á persona muy distinguida y aventajada en presencia de todos. Plutarco ib.

Más aún, obligado le parece
Estar al juramento que en el Tibre
Pronunció, ensangrentada, Roma libre!
¡La fiera palidez de Bruto y Casio; [5]
Tanto presagio y amenazas tantas,
No han detenido sus osadas plantas,
Ni apartádolo un punto del camino,
A dó lo empuja su fatal destino!

En vista de conducta tan infanda,
¿Qué debo hacer entónces, qué me manda
Mi patria y la doctrina
Que dirige mi mente y la ilumina?
¿Qué debo hacer cuando de mí pendiente
La más patriota y distinguida gente
De mi virtud austera
La palabra no más, ardiente, espera?
¿Vano fantasma la virtud es sólo,
En la que he creido y por la cual me inmolo? 6

(5.) Advertian un dia á César que se guardase de Antonio y de Dolabela, y él respondió: no son esos mozos gordos, bien mantenidos y rizados los que me dan cuidado, sino los otros descoloridos y flacos, aludiendo á Bruto y á Casio. Plutarco ib.

(6.) Sí, creyó en ella y la amó con tal ardor que la llevó más allá de lo extraordinario: asegurándonos Ciceron haberse colocado él mismo de su parte por su virtud *singular* é

¿No es ella la que impera
En el mundo moral, en nobles almas,
Nacidas para el bien y eternas palmas?
¿No es ella la que en este valle inmundo
Nos ha de conceder ¡quieran los dioses!
Los únicos perfectos, puros goces,

---

increible, que tan respetable le hacia á los ojos del pueblo; y si al morir parece que dudó de ella en aquella exclamacion tan censurada, oigamos la defensa que hace de tan virtuoso republicano Pierre Larousse en su gran Diccionario en el art. Bruto: Mais ce mot fameux est-il bien authentique? Voici une version nouvelle qui tend á modifier l'idée qu'on se fait généralment de la suprême exclamation de Brutus. Nous l'empruntons á un ouvrage du savant M. Bonvalot, ancien professeur au Lycée Charlemagne. Alors levant les yeux au ciel Brutus prononça ces deux vers de la *Medée* d'Euripide:

O Júpiter ne perds pas de vue l'auteur de pareils maux!
Vertu, vain nom, vain ombre, esclave du hasard; helas! je (cru en toi.

Ainsi, ce mot que l'on á tant reproché á Brutus; *vertu tu n'est qu'un nom!* ne serait point un mot, ne serait point une maxime de Brutus, mais une simple citation d'Euripide. L'idée reste, mais bien loin d'être aussi energiquement accentúe; ce n'est plus un blasphéme, ce n'est qu'un cri de suprême defaillance, qu'on pardonne á l'austèr républicain, qui á vu crouler de toutes parts l'edifice de ses fières et genereuses aspirations.

Cuando el saber iluminare el mundo
Y alta filosofía
Convierta en realidad la ilusion mia?
¿No es ella la que armó contra Tarquino
De mi progenitor la mano fiera
Y de Scévola el brazo diamantino?
Ella es, ella es, es la virtud severa
De augustos nuestros padres, ornamento
De nuestra gran República y cimiento,
Y á la que debe su sin par fortuna.
Aun ella *todavía* meció mi cuna
Y me da de los libres el aliento,
Pone en mis manos el puñal sangriento
De Caton inflexible, el gran romano,
Y me señala al Dictador tirano.

¡Echada está la suerte!
¡O libertad ó muerte!
Ya se acercan los idus, tan temidos, [7]
Y en el Senado, ¡oh Porcia! allí reunidos,
Con el terrible Casio y Casca fiero,
Bruto y Caton tendiéndonos los brazos

(7.) El adivino Spurina, durante un sacrificio habia advertido á César: que se guardara del peligro que corria en los Idus de Marzo. Suetonio en César, 81.

Ante Pompeyo ¡qué feliz agüero! [8]
Enciendan nuestro pecho en sus abrazos,
Acecharemos el fatal momento,
Y, apretando el acero,
La libertad bendiga nuestro intento. [9]

Los dioses proveerán. Nuestra obra sea
Digna de esta República famosa,
Justa como la ley, limpia la vea
De accion que manche empresa tan gloriosa.

(8.) Hasta el lugar parecia designado por los dióses, y que les era favorable, porque era un pórtico unido al teatro con asientos al rededor en el que habia una estatua de Pompeyo, erigida allí por la República, cuando este embelleció aquel sitio con los pórticos y el teatro.

Para aquel pórtico se habia convocado el Senado que habia de tenerse á mitad de Marzo, en el dia que es llamado los Idus por los Romanos; de manera que parece que algun genio condujo allí á César, para ser inmolado en desagravio á Pompeyo.

(9.) Sobre esta accion de Bruto, ya ensalzada como una hazaña heroica y bella, ya vituperada como un delito detestable, oigamos á un sabio crítico de la escuela conservadora y poco admirador de los héroes del paganismo. "Distamos mucho de admirar á aquellos héroes regicidas, porque sabemos cuánto se compromete la causa de la libertad con elogios sin discernimiento. Sabemos, no obstante, que un hom-

Los dioses proveerán. Los funerales
Quizá á los de Alejandro sean iguales,
Que otros nuevos y pérfidos tiranos
De César con la túnica en las manos
Contra la libertad, en cruda guerra,
Ensangrienten frenéticos la tierra.

Mas si es verdad que *ya no es más que sombra*
Sin cuerpo la República, que asombra
Al mundo aún, *y sólo nombre vano*, [10]
Sepúltese en la sangre del tirano,
Vístase el mundo liberal de luto,
Y exclame airado: que el segundo Bruto
¡Tal vez, tal vez el último romano!
Vástago del primero,

---

bre debe ser juzgado con arreglo á las ideas de su país y de su tiempo; ahora bien, bajo este punto de vista, César fué el tirano de su patria. La ley de Roma declaraba el asesinato de un usurpador como un acto exento de delito. El Senado aplaudió á los conjurados: Ciceron decia abiertamente que á él habian cooperado todas las personas honradas; que tenia vergüenza de volver á una ciudad que habia abandonado Bruto; decia haberle visto despues del asesinato del dictador, elevado por la conciencia de una accion excelente y bella, no afligido en nada por su suerte, aunque sí mucho por la de su patria. César Cantú, Hist. univ., libr. 5, c. 19.

(10.) Palabras de César en Suetonio, c. 77.

Con no ménos virtud, ni ménos fiero,
Estoico, vivió libre con los sabios,
Romano, Roma fué su pensamiento.
¡¡Libertad!! á vengar voy tus agravios,
Y con tu nombre cerraré mis labios,
Dando por tí mi postrimer aliento.

Y tú, Porcia, de estirpe tan romana,
Que has probado con tanta fortaleza
Que hay gran virtud en la mujer liviana,
Que ya por su saber y grandes hechos
Es digna de llegar á la grandeza
Del hombre y la igualdad en sus derechos;
Grandeza que vendrá cuando domine
La libertad al mundo y lo ilumine,
Y entónces tus virtudes, tus acciones
Canten entusiasmadas las naciones;
Ayuda ahora á tus amigos fieles,
Comparte con nosotros los laureles. [11]

Mas si el azar, que ensalza ó que derrumba,
Desgraciare mi plan y, ya deshecho,
Haga que yo sucumba,

[11.] Fué la única mujer que tomó parte en esa gran conjuracion.

Hundiéndome el puñal dentro del pecho;
Digna hija de Caton, de Bruto esposa,
Tu sangre verterás sobre mi tumba, [12]
Antes que desdeñosa
Compasión excitando en los serviles,
Se burlen de tus hechos varoniles

(12,) La vertió en efecto, luego que recibió las cenizas de su esposo. Plutarco en Bruto nos dice: "Envió Antonio las cenizas á la madre de Bruto, Servilia; y de Porcia mujer del mismo Bruto refieren el filósofo Nicolao y Valerio Máximo, que queriendo darse muerte, y no dejándole lugar ni medio para ello sus amigos, que la observaban y guardaban continuamente, se tragó una ascua encendida, y cerrando y apretando la boca, de este modo pereció."

Díjolo tambien Marcial en un epigrama, que es el 42 del libro primero, lo que prueba que así lo conservaba la tradicion; epigrama que tradujo en estos términos Ranz Romanillos:

Al oir Porcia de su esposo Bruto
El hado infausto, en su dolor buscaba
Armas que le robara un celo amigo;
Mas ella entónces, ¿ignorais les dice
Que el impedir la muerte empeño es vano?
¿De mi padre el ejemplo no os lo enseña?
Dijo; y cual agua bebe ardientes brasas.
Ve ahora y quita á mi resuelta mano,
Turba molesta, el homicida acero.

Y en tí se venguen de mi accion gloriosa;
Antes que la cerviz á la odïosa
Inicua tiranía
Dobles, manchando tu prosapia y mia.
Y así, de la República eclipsada
Recordando su orígen con la muerte
De Porcia, con Lucrecia ensangrentada,
Temblarán los tiranos por su suerte;
La libertad se regocije ufana
Y el mundo admire á la mujer romana.

AUGUSTO,

O LA ERA NUEVA.

Vuélveme á ler, Mecenas, del Mantuano,
Vuélveme á ler, esa égloga divina,
Que tanto grande encierra y vaticina,
Que en penetrar y descubrir me afano,
Y mi imperio ilumina.

Hay algo en ese vate más que humano,
Es el soplo de un Dios el que en su boca
Anima y embellece cuanto toca;
Convierte su palabra en celestiales,
Armoniosos, dulcísimos raudales;
Le descoje algun tanto el velo oscuro
Del vedado futuro;
Tan modesto y sencillo,

Cual simple pastorcillo;
Como cándido lirio en selva inculta
Que más sorprende cuanto más se oculta;
Y en su humildad es su grandeza tanta
Que el pueblo-rey al verlo se levanta,
¡Ah! y espontáneo, en homenaje justo
Lo venera, lo iguala con Augusto. [1]

¡Oh divino Maron! más que la mia
Es excelsa tu gloria y muy más pura.
¡Tu virtud cómo envidio y tu ventura!
¡Tu suerte con mi suerte trocaria!
Vendrá, sí, vendrá un dia
En que, miéntras mi gloria palidezca,
Con mayor esplendor la tuya crezca,
Y en tanto que en las almas tú reinares
Derribados veránse mis altares.

---

[1] Alusion á aquella modestia suma de Virgilio que lo hacia ocultarse en la primera casa, para evitar las miradas y aplausos de sus admiradores y al grande honor que le rindió el pueblo romano, levantándose en masa al entrar él en el teatro, como lo hacia á la llegada del Emperador. Donato en la vida de Virgilio y Policiano en estos versos:

Ipsa illi, quem vix ducibus largiris honorem
Sponte feres, totoque assurges Roma theatro.

¡Conque la última edad de la Cumea [2]
Ya viene y aparece ya conmigo,
Mensajero divino! ¡te bendigo!
¡Que tu gran prediccion cumplida sea!
¿Será tal mi ventura que yo vea,
Siquiera en lontananza y lentamente,
Pasar, desparecer la férrea gente,
Los vicios, las maldades
Que no tienen, no tienen precedente
En las otras pretéritas edades?
¿Será qué yo, inconsciente,
Y ciego, obedeciendo á un plan divino,
A esa renovación que se predice
Con la paz general abra camino
Y mis leyes severas, correctoras,
Que tal vez mi conducta contradice,
Pero que á todas horas
Me persiguen, de mí, de mí exigiendo
Que impere la moral, que cambie el mundo,
Que cese la maldad y el vicio inmundo
Y de hierro la edad vaya muriendo?

[2.] Ultima Cumei venit jam carminis ætas.
Egloga 4ª de Virgilio, v. 4.

Segun el Vaticinio de la Sibila de Cumas, se dividió el tiempo en cuatro edades ó siglos: la de oro, la de plata, la de cobre y la de hierro, añadiendo despues la quinta en que se renovaria la edad de oro que debia durar eternamente.

¿Doble persona en mí persona llevo,
Octavio, en quien el mundo antiguo acaba, [3]
Y Augusto en quien empieza el mundo nuevo?
¿Vuelve la Vírgen ya que tanto ansiaba [4]
El mundo y la edad vuelve peregrina
De Saturno? ¿De Jove la divina
Progenie de él amada,
Hombres justos, piadosos, celestiales
Que á vivir rectamente á los mortales
Enseñen, y se goce, enagenada,
La madre tierra con tan gran ventura
Y de Neptuno inmensa la llanura? [5]

[3.] No hay duda que hubo un cambio en Augusto; y con sus virtudes de Emperador queria borrar la memoria de Octavio, virtudes que si no estaban en su corazon brillaban en todas sus acciones, presentándolo como un celoso reformador de las costumbres y como un gobernante amante del bien y la justicia. Tres veces mandó cerrar el templo de Jano, dando la paz al mundo y á Roma, que sólo lo habia visto cerrado otras dos veces, desde su fundacion: una en tiempo de Numa y otra despues de la primera guerra púnica.

(4.) Jam redit et virgo, redeunt Saturnia regna.
Ib., v. 6.

[5.] . . . . quo ferrea primum
Desinet ac toto surget gens aurea mundo.
Ib., v. 8, 9.

¿Quién es y dónde está maravilloso
Ese niño divino,
Gran vástago de Júpiter piadoso, [6]
Que como Rey del alto cielo vino
A esta tierra infeliz, que trasformada
Por él será en el tiempo, en tal exceso,
Que con mayor razon será llamada,
Sobre la ya anterior tan renombrada,
De oro la edad y general progreso?
Corred por tales siglos, sí, veloces,
Ya á sus husos dijeron las fatales

En el libro 8 de la coleccion de los versos sibilinos se leen los siguientes:

Tum demum surgens magni præclara Dei gens,
Qua duce mortales omnes bene vivere discent.
....
Tunc hominum tandem surget gens sacra piorum.
....
Atque iterum magni florebit amata Dei gens,
Divitiis, aureo atque argento purpureoque
Ornatu *tellusque parens gaudebit et æquor.*

[6.] Cara Deum soboles, magnum Iovis incrementum. Virgilio, egl. 4ª, v. 49; y aquel verso de la Sibila:

Kai tote de theos...

Tum Deus é magno Regem demittet Olympo.

Parcas, concordes en hilar el hado. [7]
¡Dónde ese niño está, que de los dioses
La vida está viviendo entre mortales! [8]
¡Oh, si á mí conocerlo fuera dado,
Y fuera entre sus héroes yo contado,
Cómo rendido yo ló adoraria
Y mi imperio á sus plantas yo pondria!
¡Corred años, corred! Dadme que vea
Ese órden nuevo de ideal pureza,
Esos humanos, sublimados seres;
Cuando la carne dominada sea,
Y alzada nuestra vil naturaleza,
Cedan, cedan brutales los placeres
De la alma castidad á la belleza....
Algo yo en mi ignorancia presentia;
Algo de tal grandeza,
¡Oh mi Julia, mi Julia! yo queria
Para honra y gloria de la casa mia. [9]

[7.] Talia sæcla suis, dixerunt, currite fusis
Concordes stabili fatorum numine Parcæ.
Virg. eglog 4ª, v. 47 y 48.

[8.] Ille Deûm vitam accipiet.
Ib., v. 15.

[9] Habiase complacido Augusto en velar por sí mismo en la educacion de Julia, aquella su hija única, á la cual inspiraba principios de moral y amor á las letras, acostumbrándola á los

La sencillez y la humildad que hicieron
Con mi Cayo y mi Lucio mi desvelo, [10]
Virtudes que, del cielo
Descendidas al Lacio, enantes fueron
De nuestros padres el más bello aliño,
Volverán con los héroes de ese niño,

---

trabajos domésticos, á hilar por su propia mano lana, con que hacia sus vestidos: se tenia por feliz cuando los hombres de letras hacían elogios de su discípula querida y le escribian de este modo: *¡Oh castidad, diosa tutelar del palacio, tú velas de continuo sobre los penates de Augusto y cerca del lecho de Julia!* Pero hubo un momento en que estas lisonjas no estorbaron que llegaran á oídos de Augusto rumores escandalosos hasta para una ciudad tan corrompida. Acordándose entónces ménos de su título de padre que de su investidura de tutor oficial de las costumbres, resolvió hacer morir á Julia; luego retrocediendo á sentimientos más dulces le señaló un lugar de destierro,, prohibiéndole el uso del vino y de todo manjar delicado. César Cantú, Hist. univ., libro 5, c. 21.

[10.] Dispuso que fueran educados esmeradamente los dos hijos de Julia, Cayo César y Lucio César, á quienes instruyó por sí mismo, aspirando á preservarlos del orgullo, sentimiento de harto fácil desarrollo en el que creciendo en medio de ese fausto y de las adulaciones de una corte debe creerse más que hombre. Su sitio en la mesa era á los piés de su lecho, y le precedian en litera siempre que viajaba: expresó al pueblo su descontento porque los llamaba señores, y jamás los proponia á los sufragios de los comicios sin añadir: con tal de que lo merezcan. Idem.

Y otras virtudes volverán con ellas,
Virtudes muy más bellas
Que mi agitada, iluminada mente,
Si alcanzarlas no puede, las presiente.

Sí, tanto amor al bien, á la justicia,
Que en mí ha formado mi mayor delicia
Y armado de rigor mi alma sensible,
¿Cómo explicarlo me seria posible,
Cuando al hombre carnal no lo remedia,
Si no es que, á impulso de secreto fuego,
Yo, cual ministro ciego,
Represente en el mundo una comedia, [11]
De justo conquistando la apariencia,
Mas así despertando la conciencia
Y tambien preparando así el camino
A ese Dios-Rey que del Olimpo vino?....

***

Salve, salve, varon escogido,
De los dioses semilla inmortal,
Una vez y otra vez bendecido
Sea tu reino de dicha y de paz.

[11.] Hallábase Augusto en Nola cuando conociendo que su fin se acercaba, pidió un espejo, mandó que lo vistieran como para una ceremonia, y volviéndose á sus amigos les dijo: *¿He representado bien mi comedia?* Y sin aguardar su respuesta añadió: *aplaudidme.*

Ah! tu vienes del tiempo en la cima,
Dividiendo la eviternidad,
Ahuyentando las sombras que arrima
En su curso *de hierro la edad;*

Y de luz nuevos rayos, más puros,
Nueva aurora, cual nunca brilló,
Nos anuncian de siglos futuros
De justicia y verdad nuevo sol.

Vengan luego, que vengan contigo
La abundancia, la paz y la union,
Y la oveja y el leon enemigo
Juntos vivan y coman los dos. [12]

¡Y los árboles, tierras, ganados
Qué contentos al hombre darán!
Que sus frutos benditos, sobrados
Sin gran pena mostrársele han. [13]

---

(12) . . . . Nec magnos metuent armenta leones.
Virg., eglog. 4., v. 22.

Lactancio en el lib. 7, c. 24 trae traducidos estos otros versos sibilinos:

Nec lupi cum agnis in montibus dimicabunt
Herbamque lynces pariter cum hœdis pascentur,
Ursi cum vitulis simul, omnibusque animalibus.
Carnivorus leo comedet paleas ad præsepia.

[13.] Non rastros patietur humus, non vinea falcem;
Robustus quoque jam tauris juga solvet arator,

Morirá la serpiente engañosa;
Las encinas la miel manarán,
Y tan fértil la tierra, asombrosa,
Que toda ella, sí, todo dará. [14]

Las sibilas así nos cantaron
Tantas dichas de esa última edad;
Y ¡oh ventura! de hierro pasaron
Las edades y no tornarán.

Que en progreso constante la tierra
Hasta el fin de los siglos irá;
Y no importa que nubes ó guerra
Se interpongan, que al fin triunfará.

¡Quién me diera gozar tal ventura!
¡Oh qué niño, qué generacion!
Y viviendo una vida más pura,
Ser entre ellos el último yo.

Nec varios discet mentiri lana colores.
Ipse sed in pratis aries jam suave rubenti
Murice jam croceo mutabit vellera luto.
Sponte suâ Sandyx pascentes vestiet agnos.
Virg. eglog 4ª., vv. del 40 al 45.

[14.] Occidet et serpens. . . . .
Et duræ quercus sudabunt roscida mela.
. . . .Omnis feret omnia tellus.
Idem 24, 30 y 39.

¡Bendita era que vienes conmigo
Y has brotado en mi siglo de paz!
Si no ver tus prodigios consigo,
Anunciarlos mi gloria será;

Y que el mundo feliz, renovado,
Canto en himnos de eterno loor,
Celebrando á ese niño adorado,
¡En el siglo de Augusto nació!

CONSTANTINO

EN EL PUENTE MILVIO,

ó

LA PAZ DE LA IGLESIA.

¡Qué es lo que estoy mirando, más fulgente
Que el mismo sol, á cuya rubia frente
Sírvele de corona, y semejante
Al símbolo sagrado de esa gente
Proscrita tantas veces y triunfante!
Símbolo que con letras de diamante
Díceme claro y lo dirá á quien lea:
Que alcanzaré victoria,
Cubriéndome de gloria,

Si me acompaña en la feroz pelea. [1]
Miradlo todos y decid si miento
Y confesad tan singular portento.
¡Vedlo! es la cruz, la cruz de la Judea,
La cruz de los cristianos,

[1.] *In hoc signo vinces.* Fleury en su historia eclesiástica, libr. 9º, c. 42 y 47, nos narra esa vision en los siguientes términos:

Constantin se servant de tout son courage, et resolu á tout évenement, aprocha de Rome avec toutes ses troupes; et campa vis á vis du pont Milvius.

Comme ses forces étaient moindres que celles de Maxence, il crut avoir besoin d'un secours superieur, et pensa á quelle divinité il s'adresserait. Il considera que les empereurs qui de son temps avaient été zélés pour l'idolatrie et la multitude des dieux avaient peri miserablement: et que son pér Constance qui avait honoré toute sa vie le seul Dieu Souverain, en avait reçu des marques sensibles de protection. Il resolut donc de s'attacher á ce grand Dieu; et se mit á le prier instamment de se fair connaître á lui, et d'étendre sur lui sa main favorable, L'empereur Constantin priait ainsi de toute son affection, quand vers le midi, le soleil commençant á baisser, comme il marchait par la campagne avec de troupes, il vit dans le ciel au dessus du soleil une croix de lumiere et une inscription qui disait: *Ceci te fera vaincre.* Il fut étrangement surpris de cette vision, et les troupes, qui l'accompagnaient et qui virent la même chose ne furent pas moins étonnées. L'empereur long temps aprés racontait cette merveille, et assurait avec serment l'avoir vûe de ses yeux, en presence d'Eusébe évéque de Cesarée, qui en a ecrit l'histoire.

Que de hoy más, no enemigos, sino hermanos
Serán ya para mí. ¡Bendita sea
Tan prodigiosa enseña
Que á punto estuvo de adorar mi padre
Y que ha abrazado mi piadosa madre
Y en que la adore yo tanto se empeña!

Sí, yo la adoraré, que desde niño
Y de mi padre tolerante al lado, [2]
Al ver de los cristianos la inocencia
Y su conducta, blanca cual armiño,
Transido de dolor, quedé pasmado,
Mirando que en su sangre su creencia
Queríase ahogar, y combatir al hado,

[2.] Constancio, no queriendo resistir declaradamente á los dos Augustos Diocleciano y Maximiano, publicó el edicto de persecucion, mas no lo ejecutó sino con mucha moderacion. El culto proscrito en público fué tolerado secretamente: aun hizo más, en lo más sañudo de la persecucion dió asilo á los cristianos, cuya gratitud le ensalzó hasta las nubes; y si hemos de dar crédito á Eusebio, fingiendo Constancio querer perseguir tambien á los cristianos intimó á los oficiales del palacio y á los gobernadores optar entre su fé y sus empleos; algunos por haber abjurado, oyeron sus reconvenciones y fueron destituidos, en atencion á que habiendo sido traidores respecto de Dios, debian hacer traicion al Príncipe más fácilmente; al contrario, otorgó su confianza y los empleos superiores á aquellos que habian escuchado la voz de la conciencia con preferencia á sus intereses.

Muestras dando de bárbara demencia.
Y despues, de Galerio y Diocleciano
Aquel odio, furor tan inhumano,
Que de Dalmacia á Oriente y Occidente
Extendiéndose, al Norte y Mediodía,
No perdonó tormento ni agonía,
Para estirpar á la cristiana gente,
No pude comprender, me resistia,
Y amparé á los cristianos, fuí clemente.
Mas hoy ya para mí, ya es evidente,
De esa cruz prodigiosa á los fulgores,
De nuestros dioses patrios la impotencia,
De nuestros grandes sabios la falencia:
Que en tres siglos de prueba y de furores
Ni amenazas, ni bárbaros rigores,
Ni el hierro y fuego, ni el atroz tormento
Han podido agotar el sufrimiento
Y el valor sobrehumano
De ese mundo cristiano,
Tantas veces segado y renaciente,
Que al Ocaso desbórdase de Oriente.

Tuve un sueño ¡oh Elena, madre mia!
Su recuerdo fatal aun me estremece
Y el sol me nubla de este hermoso dia.

De Jove ante el altar aun me parece,
Cual entónces soñé, por turba impia
Verte arrastrada con horrendo ultraje;
Y negado que hubiste el homenaje,
Su instancia amenazante siendo vana;
Y como confesaste ser cristiana:
¡A las fieras! gritaron;
Y allí en el anfiteatro te miraron
Estos ojos ¡qué horror! girones hechos
Tus vestidos reales, y desnudos
Los que me amamantaron blancos pechos;
Y azuzando frenéticos, sañudos
A feroces, famélicos leones,
Tus miembros destrozar cómo veia,
Y, destrozada mi alma,
Crujir mis huesos á la vez sentia;
Y tú, tan fuerte, en religiosa calma,
En medio de fervientes oraciones
Y santas bendiciones,
Decíasme tierna: "que mi sangre sea
De la sangre cristiana la postrera
Que derramar se vea
De mártires en esta gloriosa era,
Constantino; en tus manos
Dios en breve pondrá de los cristianos

La suerte; y haz que cese la violencia
Y la persecucion de la conciencia;
Da la paz á la Iglesia, así lo espero,
Y por eso contenta en paz yo muero."
Y espirabas, á tu hijo bendiciendo.....
Y piadosas mujeres recogiendo
Tus miembros y tu sangre por el suelo,
En coro con los ángeles del cielo,
Que ví bajar de blancas vestiduras,
Cantaban ¡gloria á Dios en las alturas!
¡Gloria á su Cristo aquí, cese la guerra,
Vuelva la paz á la afligida tierra!

Sí, gloria á Cristo; cesará la guerra;
Daré la paz á la afligida tierra:
Que con aquesa cruz, lábaro santo,
Que al frente llevaré de mis legiones,
La victoria cantando,
Pondré la Italia en confusion y espanto;
Y, ardiendo los cristianos corazones,
Y vueltos mis soldados en leones,
Libraré á Roma del inicuo bando
Y Maxencio, el tirano;
Y, ya triunfante el lábaro cristiano,
Lo clavaré en el viejo Capitolio
Y haráme sombra en mi esplendente solio.

Dioses de mis abuelos, al estrago
Del tiempo vuestro imperio se sujeta,
Cual sujetóse Nínive y Cartago,
El Lacio antiguo y venerable Creta;
Mostrando en tal mudanza que, cual ellos,
Del hombre sois hechura,
Que en la continua evolucion no dura;
De aspiracion divina sois destellos,
Que satisfacen sentimientos bellos,
Mas que se extinguen ante luz más pura
Que eclipsa vuestro Olimpo y lo desploma.
¡Oh del pio Numa religiosa Roma,
Patria de Cincinatos y de Fabios
Espejo de virtudes y de sabios!
En desamparo tal ¡á quién tu suerte
Podrás confiar, si no es á Jehovah el fuerte,
Al terrible Jehovah del israelita,
Que á Faraon hundió con su precita
Turba en el mar profundo!
¡A quién sino es al Redentor del mundo,
Al Cristo de mi madre idolatrada
Que, con esa falanje venerada
De mártires que armados de paciencia
Doquiera están y de constancia santa,
Triunfando va de nuestra vana ciencia,
De nuestras armas y feroz violencia,

Tenaz persecucion que al orbe espanta!
Triunfando va, que de esa sangre es tanta
La virtud que doquiera que gotea
Una cruz luminosa se levanta,
Que mil atletas misteriosa crea:
Atletas que se extienden de tal modo
Que ya lo inundan y lo invaden todo:
Y si ellos son la fuerza del imperio,
Y si yo he de captarme corazones
Y el aplauso de pueblos y naciones,
Para afianzar la paz de este hemisferio
Y consumar reformas que medito;
Del apoyo cristiano necesito;
Y que esa religion y nueva idea
De progreso moral y nueva vida,
Esa revolucion tan combatida
Triunfe y la gloria de mi imperio sea.

¡A la Iglesia la paz! y, pues ligada
La grandeza de Roma al vacilante
Olimpo, en su naufragio,
Pudiera ser con él arrebatada,
Cumpliéndose de Rómulo el presagio, [3]

[3.] Al fundarse la ciudad de Roma, habiendo consultado el vuelo de los pájaros para saber á cual de los dos hermanos pertenecia el honor de la fundacion y el gobierno, Remo descubrió desde el monte Aventino seis buitres y Rómulo vió doce desde el Palatino. Estos doce buitres, dijéronle los adivinos, significan los doce siglos que ha de durar la ciudad.

Protejeré á la Iglesia, ya triunfante;
Que su oprobio conviértase en honores,
Su oscuridad en santos resplandores,
En gozo su amargura,
En prudencia y en gloria su locura;
Sea la Roma cristiana la Señora
Del nuevo mundo que á su Cristo adora;
De los Obispos que su Obispo sea
El Pontífice Máximo; y se vea
Siempre acatada con el más profundo
Respeto de un estremo al otro estremo,
Gozando siempre del poder supremo,
Y siendo siempre Capital del mundo.

Y de este antigüo imperio de Occidente
Yo, recogiendo cuanto vida tiene
Y aun subsiste con gloria y se mantiene,
Trasladaréme hacia el remoto Oriente;
Y allí, más libre yo, con nueva gente,
En suelo estraño y nuevos elementos,
Zanjaré los cimientos
De un nuevo imperio, sí, de Constantino;
Un grande imperio que mi buen destino
Hará que sobreviva á la ruïna
De este imperio romano
Que desparecerá con el pagano
Mundo que ya á su ocaso se encamina.

Tales mis votos son, si la victoria
Ciña á mi frente su laurel de gloria.
Tú entónces á mi lado, madre mia,
Tambien como del mundo la Señora,
Mis tesoros abriéndote y mis manos,
De ellos, cual dueña y como madre pia,
Serás la liberal dispensadora
En favor de los pueblos y cristianos.
Y tu nombre bendito resonando
En los templos y tiernos corazones;
Y mis victorias, tu virtud cantando
Aquestas y otras mil generaciones:
Será tal vez nuestra ventura tanta
Que te adore la Iglesia á tí, cual *Santa*,
Y á mí me llamen *Grande* las naciones.

ATILA A LAS PUERTAS DE ROMA,

Ó

LA EXPIACION DEL IMPERIO ROMANO.

Sonó por fin la hora fatal, ¡oh Roma!
Ya del Asia salvaje la alimaña
Afila ante tus puertas garra y diente,
Y tu estrella maléfica ya asoma
En el cárdeno Oriente;
Te está anunciando la celeste saña,
El estrago y la ruina de tu gente.
Ya los buitres de Rómulo en tu cielo [1]

[1.] Los doce buitres que vió Rómulo y que representaban, segun los augurios, los doce siglos de duracion de la Roma pagana. Los romanos entónces en vista de tantas calamidades y en su situacion desesperada recordaban con espanto ese presagio y creian inminente la ruina del imperio.

Torneando están, el águila se queja,
Gime al cantar siniestra la corneja
Y encréspase el Astur, tendiendo el vuelo. [2]
Ya me siento mayor, tanto del suelo,
Como entre mimbres la robusta encina,
Como se alza entre cerros la montaña,
Así tambien yo levantarme siento.
Tiembla el mundo ante mí, su frente inclina;
Y tú, su reina, tú, cual débil caña
Se abate al soplo de ligero viento,
Tú, tan soberbia con grandezas tantas,
¡Así al destino inexorable plugo!
Tú te abátes, rastrera, ante mis plantas
Y tus ojos del suelo no levantas;
Tú, con tal de vivir, doblas al yugo
La altanera cerviz, mísera esclava,
¡Con qué vergüenza tu soberbia acaba!

Como corre el Dánubio y se acrecienta
Con los rios que va al paso recogiendo
Y rápido y terrible se presenta,
Como un mar, en el Ponto, que amedrenta;
Tal yo, pueblos sin número absorbiendo....
Yo, como el huracan, como el torrente,

[2.] El Astur era un pájaro pintado en las banderas de los hunos; el Sehongar de las naciones tártaras.

Por fuerza superior precipitado,
He venido del Asia, despeñado,
A este imperio remoto de Occidente,
Arrasándolo todo en mi camino
Con el poder inmenso que el destino
Puso en mis manos. Mis terribles huellas,
Míralas, Roma, y tiembla. ¿Serán ellas
De un mortal simple sólo las pisadas? [3]
Dirántelo esas vastas soledades
Que un dia fueron naciones celebradas;
Esos páramos tristes y desiertos,
Do se alzaron magníficas ciudades;
Esos imperios que quedaron yertos,
Y esos pueblos que pávidos huyeron,
Cual tímidas palomas,
Cuando los ecos de mi nombre fueron
Rimbombando por campos y por lomas,
Y estremecidos, en su espanto, vieron
En la tierra temblor, fuego en los montes,
Sangre en los horizontes
Y el galópar de mi caballo oyeron;
Esos lagos de sangre, que aun humea;
Los cúmulos de cráneos que se chocan,

[3.] Todos los héroes del Norte, que eran terror de Europa y Asia, temblaban en presencia de Atila, y convencidos de su divinidad, decian: *Que les era imposible sufrir el fuego de sus miradas.*

Cuando el norte furioso los menea;
Y las cenizas de incendiaria tea
Que en nube suben y hasta el cielo tocan;
Te dirán quién soy yo, quién es Atila,
Y cuál tu suerte, lamentable, sea,
Si en cólera se enciende mi pupila,
Y suelto mis caballos, impacientes [4]
Por nadar en la sangre de tus gentes;
Te dirán quién soy yo: tipo no tengo
Del mundo en los recuerdos y la historia,
Riquezas no ambiciono yo, ni gloria;
No cual Sesóstris, ni Alejandro vengo
A subyugar al espantado mundo,
A imponerle mis leyes
Y á ser entre los Reyes

[4.] Los hunos que estaban siempre como pegados al caballo. "Ceñido el casco á la cabeza, nos dice César Cantú, cubiertas las piernas con piel de macho cabrío, calzados los piés tan toscamente que apénas podian andar, rara vez se apeaban del caballo, y permanecian montados dia y noche, ora cabalgando sobre la silla, ora sentados. En esa actitud comian, bebian, se congregaban en consejo y para dormir se inclinaban sobre el cuello de su cabalgadura. Arrojábanse contra el enemigo, prorrumpiendo en ahullidos feroces; volvian riendas y desaparecian si encontraban resistencia y luego tornaban á la carga, veloces como el relámpago, echando todos los obstáculos por tierra.

El primero de todos, no el segundo;
No, soy ministro del airado cielo,
De Dios azote, maldicion del suelo; [5]
Las plagas todas viénense conmigo;
No vengo á traer el bien, sino el castigo,
No luz, sino tinieblas, llanto y duelo....
¡Sólo con sangre y muerte,
Con el amargo llanto que se vierte
Sobre escombros y ruinas se me calma
Esta fiereza que devora mi alma!

¿Pero cómo hoy se calma y se reprime,
Y siento mi alma á compasion movida
Hacia esta presa que en mis garras gime?
¡Oh presa de mí tanto apetecida!
¡Oh Roma! ¿Quién te salva y te redime?
¿De Atila el corazon pudiera acaso,
Léjos de mí tal mengua y tal bajeza,
Conmover de Alarico el pueril caso? [6]
El antiguo esplendor y la grandeza,
Que el consular Avieno representa,
¡Oh Roma! tu grandeza ya pasada,

[5.] Habiéndole denominado un ermitaño *Azote de Dios* adoptó como un augurio ese sobrenombre y se jactaba de él.

[6.] Uno de tantos adivinos, como llevaba siempre consigo, le pronosticó que si tomaba á Roma como Alarico, le imitaria tambien en morir poco tiempo despues de su victoria.

De maldiciones, crímenes cargada.
De que el mundo te pide estrecha cuenta,
Ese fantasma vano,
No, no suspende mi sangrienta mano.
¿Será el gran sacerdote que á mi vista
Con corona real se me presenta,
Y es tal el fausto, el oro que relumbra
En su veste soberbia que conquista
A mis huestes salvajes, y deslumbra
A mi caballo fiero, que vacila?
A mi caballo, sí, pero no á Atila, [7]

[7.] En medio del universal desaliento la orgullosa Roma que en otros tiempos se rehusaba tratar con los enemigos que se acercaban á sus puertas, entónces salia al encuentro del bárbaro Atila, humilde y suplicante, dispuesta á pasar por cualesquiera condiciones, por duras que fuesen, por no verse en la necesidad de defenderse, y con tal de alcanzar su salvacion.

Fueron los embajadores el venerable Pontífice Leon que deslumbraba con la majestad de sus vestiduras sacerdotales y la pompa de su acompañamiento; y Avieno, opulento romano y personaje consular, quienes, en nombre de la religion el uno, y el otro representando la antigua grandeza, suplicaron á Atila se retirara, prometiéndole sumas inmensas por vía de dote de Honoria. Añaden algunos escritores de aquella época que se le aparecieron los apóstoles San Pedro y San Pablo, y le amenazaron con la venganza divina si persistia en querer destruir el Imperio romano; narracion inmortalizada por el pincel de Rafael y el cincel de Algardio.

No á mí que toda pompa me es extraña,
Que tengo por palacio mi cabaña,
Mis armas por adorno,
Y no hay, sino madera, de mí en torno.
No á mí que esas grandezas no apetezco,
Y si de avaros reyes yo recibo
Los tesoros que exijo y no agradezco,
Es en pena, los doy, no me engrandezco,
Pues sin ellos feliz y libre vivo. [8]

Pero hay en las palabras de ese anciano,
Su aspecto venerable y soberano
Y sus blancos cabellos
Notable semejanza con aquellos
Varones que vi en sueño y me dijeron
Llamarse Pedro y Pablo y me pidieron,
No sin amenazarme, que salvara
A esta su Roma, que les era cara.

[8.] *Los generales de Atila, que eran emperadores, miéntras los generales de los emperadores eran esclavos*, en testimonio de sus triunfos se complacian en ostentar una gran riqueza de oro y pedrerías, adornando con ellas sus personas, sus armaduras, sus espadas y hasta su calzado y sobrecargando sus mesas de vajillas de oro y de plata cincelada.

Al reves, Atila afectando la mayor sencillez en su persona, no tenia más adorno que sus armas. Servíase en la mesa de copas y de vasos de madera y no comia pan ni carne. César Cantú. Hist. univ., en Atila.

¡No temo su amenaza, ni el coraje
De ese su Cristo, no; mas ese traje
Sencillo en que los ví, mas su doctrina
Algo tiene de rústico y salvaje,
Algo que me conmueve y me fascina.
Yo ví en grandes ciudades y desiertos
En el polvo vivir, medio cubiertos,
Con legumbres y pan y algunas frutas
En casillas humildes ó en sus grutas,
Hollando el lujo y los placeres vanos,
A esos hombres que llámanse cristianos;
Y su vida sencilla y tan modesta
Me hace entender que Religion es esta
Tal vez la natural y semejante
A la que yo, inconsciente, tal vez siga
Por instinto nomás y no por liga.
Religion que del campo es más amante
Que de estas grandes cortes, de manera
Que al hombre reducir tal vez quisiera
De aquesta sociedad tan corrosiva
A la naturaleza primitiva.
¡Oh! por tal semejanza,
Y por esa esperanza
Que tanto halaga mi alma, Roma viva.

Déjote salva, Roma; con mis hunos
Vuélvome á mi Danubio; pero advierte

Que de ellos á tus puertas quedan unos; [9]
Que echada está tu suerte;
Que un instante nomás de la fortuna
Podrás gozar, que herida estás de muerte;
Y con tu mano tocarás la luna
O torcerás el curso del Eufrátes,
Antes que á tu destino te arrebates.
¡Tus Cónsules y Césares, que aun nombra
El mundo con pavor, ménos que sombra
De tu antigua grandeza son ahora!
¿Tus legiones? no son, nó, ni vislumbre
Del terrible fulgor, sí podredumbre
De la disolucion que te devora.
Tus templos ya destruidos ó desiertos,
Tus oráculos mudos, casi yertos
Tus sacerdotes, y al desprecio dados
Con sus fiestas y juegos celebrados;
Huyendo ya tus dioses y con ellos

(9.) Uno de ellos Odoacro, huno de origen, quien entregado á las aventuras y al pillaje, llegó á ser Jefe de los Hérulos y á destronar á Augustulo, dando el golpe de gracia al imperio romano: siendo tal la suerte de Roma que debió su ruina á un Jefe de bandidos, como habia debido á otro su fundacion y su engrandecimiento.

De tu única esperanza los destéllos:
¡Oh! ¿Qué te resta agonizante Roma....?
Pero de entre tus sombras ya se asoma
Otra Roma cristiana, que te absorbe,
Y predícese ya: que es su destino
Tanto durar cuanto durare el orbe.
¡Quién sabe! Mas yo sigo mi camino,
Y espero que mi nombre será eterno;
Que ha de durar miéntras el crudo invierno
Lance sus avalanchas que, rodadas,
Sepulten á las turbas espantadas;
Miéntras la tempestad rasgando el cielo
Con sus retumbos estremezca el suelo
Y partan los peñascos fieros rayos;
Y caigan los mortales en desmayos,
Si se despeña el huracan sombrío,
Si vomita el volcan hirviente rio,
Si las aguas inundan, impetuosas,
Hasta palacios desde campos, chozas;
Miéntras devaste el hambre, peste y guerra
Con el temblor la desolada tierra;
Devoren los incendios las ciudades,
Tornándolas cenizas, soledades;
Miéntras haya esas plagas, yo con ellas

Seré terror y espanto,
Hasta que, el sol cayendo y las estrellas,
Estalle el final grito y final llanto
Del destrozado mundo, hecho favila,
Y en sempiterno olvido sepultado
Quede el nombre execrado
Del Azote de Dios, del fiero Atila.

El Cid en Ubeda.

O LA

CABALLERIA NACIENTE.

¡Y tú lloras, Jimena, tú que un dia,
Cuando abatida mi alma
Tras tanto batallar ya sucumbia,
Tal vigor le inspiraste y valentía
Que arrancar pude la dudosa palma
De la victoria en el feroz combate!
¿Y hoy de la dura suerte á los rigores
Tu corazon magnánimo se abate?
¿Y la esposa del Cid, que sin mancilla,
No sólo en la belleza y los amores
Ha eclipsado á las damas de Castilla,

Sino en fuerza y virtud, débil ahora
Daria achaque á la envidia detractora?

No, mi Jimena, no, si se te saltan,
Cual de los mios, de tus bellos ojos
Lágrimas, sí, que tu belleza esmaltan,
Lágrimas son de hiel que se derrama
En explosion de enojos
Y del odio impotente que me inflama
Contra Alfonso el ingrato, á quien yo haria
Morder el polvo, si mi rey no fuera,
Si vasallaje, fiel, no le debiera
Siempre, y en aras de la patria mia
No sofocara mi venganza fiera.

Tú sabes cuántas veces
El cáliz del dolor hasta las heces
Me hizo apurar contigo, y que hubo un dia,
¡Presente miéntras duren nuestros lazos!
En que te me arrancó de aquestos brazos,
Hundiéndote en prision con saña impía,
Y á mis hijos contigo,
Cual bárbaro enemigo. [1]

(1.) Segundo destierro del Cid.—Juçef con un ejército poderoso compuesto de sus almoravides y de las fuerzas de los reyes tributarios suyos, se puso sobre la fortaleza de Hálaet, lla-

Tú sabes cómo entónces, desterrado,
Y por segunda vez, el hecho ultraje
Ni me abatió, ni del deber sagrado
Que con Alfonso me tenia ligado
Pudo apartarme un punto, y mi coraje
Otra vez quedó en mi alma sepultado.

---

mada *Alid* por los árabes, que hacen mencion de este sitio en sus historias, y hoy dia conocido con el nombre de *Aledo*. Alfonzo, que prevenia en Toledo tropas para marchar contra Jucef, avisó á Rodrigo que viniese á juntarse con él, y le dió órden de que le esperase en Beliana, hoy Villena, por donde habia de pasar el ejército castellano. Pero aunque Rodrigo se apostó en parte donde avisado pudiese efectuar su union, sea descuido, sea error, esta no se verificó, y el rey con sólo su presencia ahuyentó á los sarracenos. Aquí fué donde sus enemigos, hallando ocasion favorable al rencor que le tenian, se desataron en quejas y acusaciones. Pudieron ellas tanto con Alfonzo, que, no contento con desterrar otra vez al Cid de sus Estados, ocupó todos sus bienes y puso en prision á su mujer y sus hijos. Rodrigo envió al instante un soldado á la Corte á retar ante el Rey á cualquiera que le hubiese calumniado de traidor. Mas su satisfaccion no fué admitida; bien que ya más apaciguado el ánimo del Príncipe permitió á Doña Jimena y á sus hijos que fuesen libres á buscar á aquel caudillo, el cual tuvo segunda vez que labrarse su fortuna por sí mismo.

Quintana en el Cid.

Y, cual la vez primera, [2]
Izando por mi cuenta mi bandera,
Con mis amigos y vasallos fieles
Por las tierras me entré de los infieles,
Con tal empuje y próspera fortuna
Que á mis plantas cayó la media luna

(2.) *Primer destierro del Cid.*—En ella, en su patria, le aguardaba ya la envidia para hacerle pagar las ventajas de gloria y de fortuna que acababa de conseguir. Tuvo Alfonzo que salir de Castilla á sosegar algunos árabes alborotados en la Andalucía, y Rodrigo, postrado por una dolencia, no pudo acompañarle. Los moros de Aragon, valiéndose de la ausencia del Rey, entraron por los Estados castellanos y saquearon la fortaleza de Gosmar; lo cual sabido por Rodrigo, aun no bien cobrado de su enfermedad, salió al instante á ellos con su hueste, y no sólo les tomó cuanto habian robado, sino que, revolviendo hacia Toledo, hizo prisioneros hasta siete mil hombres con todas sus riquezas y haberes, y se los trajo á Castilla. Era el Rey de Toledo aliado de Alfonzo VI, y por lo mismo éste y toda su Corte llevaron á mal la expedicion del Cid. "Rodrigo, decian los envidiosos, ha embestido las tierras de Toledo y roto los pactos que nos unian con aquella gente, para que irritados con su correría nos cortasen la vuelta en venganza, y nos hiciesen perecer." Alfonzo entónces, dando rienda al encono que le tenia, le mandó salir de sus Estados, y él abandonó su ingrata patria con los pocos amigos y deudos que quisieron seguir su fortuna.

Quintana en el Cid.

Y castillos, ciudades, fortalezas,
Ebro y Tajo cantando mis proezas,
Y los Régulos parias me rindieron,
Y los cristianos respirando un tanto
Cual padre de la patria me aplaudieron
Y defensor del cristianismo santo:
Así tu Cid, errante caballero,
En su Babieca fiel lánzase fiero
Otra vez á campear; y con su fama
Atrae á sus pendones tanta gente
Que cual rey vagamundo, independiente,
Veslo acudir al moro que lo llama
Y á quien lo salva y lo mantiene en gloria;
Ora de Barcelona
Al arrogante Conde

El valeroso castellano obedeció, nos dice Lista, y resuelto á ganar gloria por sì mismo, reunió un pequeño, aunque valiente escuadron, de sus parientes, amigos y vasallos, con el cual hizo entradas en las tierras de los moros, conquistó plazas, arrasó fortalezas y obligó á los régulos del mediodía del Ebro y de las fuentes del Tajo á que le rindiesen parias y vasallaje. Sus hazañas andan mezcladas con bastantes fábulas; pero el nombre de Cid ó señor, que le dieron los mahometanos, prueba sus victorias, así como su lealtad el cuidado que siempre tuvo de remitir á su rey, aunque enojado contra él, una parte del botin que conseguia de los enemigos. Al fin Alfonzo VI se reconcilió con el héroe. Traduccion de la historia de Segur, c. 30 de la historia de España.

Con su enorme tizona
Desbarata y arranca la victoria;
Adonde quiera que mi fé y adonde
El honor y la patria me han llamado,
Allí con la victoria siempre he estado.
Y jamás en mis glorias, tú lo has visto,
La lealtad á mi rey he quebrantado;
Tú con tus propios ojos
Has presenciado, cuando yo conquisto,
Cómo enviole en tributo los despojos.

Pero llegó la vez en que el ingrato
Marchaba, débil, á la real Granada;
Vuelve á pedirme mi triunfante espada;
¿Resístome yo acaso á su mandato?
¿Deténgome yo en Liria que rebato,
Estando para caer la fortaleza?
No, todo lo abandono en mi presteza,
Vuelo....y en Martos con honores vanos
El rey me tiende las falaces manos.
Y luego....¡la prision por recompensa! [3]

(3.) La suerte al parecer mejoraba entónces sus cosas para volver á Castilla. Alfonso marchaba contra los almoravídes, que habian ocupado á Granada y buena parte de la Andalucía. La reina Doña Constanza y los amigos del Cid le escribieron que sin detenerse viniese á unirse con el Rey, y le auxiliase en su expedicion, pues de este modo volveria á su favor y su gra-

¿Cómo explicarme tan inicua ofensa
Y tan tenaz encono?
¿Tanta perfidia en castellano trono?
¿Dó de Fernan González la hidalguía?
¿Dó la grandeza de alma de Fernando?....

---

cia. *Sitiaba el castillo de Liria* cuando le llegó este aviso y *aunque tenia reducida aquella fortaleza á la mayor extremidad*, levantó el sitio al instante, y marchó á toda prisa á juntarse con el Rey. Alcanzóle en el reino de Córdova junto á Martos; y Alfonzo, oyendo que venia, salió á recibirle por hacerle honor. Uno y otro se encaminaron á Granada: el Rey colocó sus tiendas en las alturas, y el Cid acampó más adelante en lo llano, lo cual al instante fué tenido á mal por el rencoroso monarca, el cual decia á sus cortesanos: "Ved cómo nos afrenta Rodrigo: ayer iba detrás de nosotros como si estuviera cansado, y ahora se pone delante como si se le debiera la preferencia." La adulacion respondia que sì; y era por cierto bien triste la situacion de aquel noble guerrero, el cual no podia ni ir detrás ni ponerse delante sin que moviese un enojo ó motivase una sospecha.

Los berberiscos no osaron venir á batalla con el ejército cristiano; y Jucef, que estaba en Granada, salió de ella, y partió al Africa, donde el estado de sus cosas le llamaba. Alfonzo se volvió á Castilla, siguiéndolo Rodrigo: al llegar al Castillo de *Ubeda* el Príncipe dió rienda á su enojo disimulado; ultrajó al Cid con las palabras más injuriosas, le imputó culpas que no tenian realidad sino en su encono y en la envidia de sus enemigos; y las satisfacciones, en vez de aplacar su cólera, la avivaban más á cada momento. Rodrigo que habia sufrido con moderacion las injurias, sabiendo que se trataba de prenderlo, miró por sì y se separó una noche con los suyos del real castellano.

Quintana en el Cid.

Es el rencor eterno de aquel dia
¡Oh mi Jimena! ¿lo recuerdas? cuando
Búrgos en duelo acerbo maldecia
Á aquel traidor, que mi dolor no nombra;
Y veiase cruzar siniestra sombra
Por la frente de Alfonso, que ofrecia
Disiparla con grave juramento. [4]
¿Quién, sino tu Rodrigo, tuvo aliento

(4.) Llegó el Rey D. Alfonzo á Zamora, donde fué recibido con la mayor alegría, y concurrió toda la nobleza de Leon, Galicia, Asturias y Portugal, que le juró por rey. Los castellanos estaban resueltos á hacer lo mismo; pero habiéndose esparcido el falso rumor de que Vellido Dolfos habia dado muerte al rey D. Sancho por instigacion de D. Alfonzo, los castellanos le ofrecieron la corona bajo la condicion de que purgase con juramento aquella voz popular. D. Alfonzo admitió esta condicion y partió á Búrgos, acompañado de sus hermanas y caballeros de su corte y fué recibido con grande aplauso. Habia de hacerse el juramento y la proclamacion en la parroquia de Santa Gadea; y hallándose todos presentes para la ceremonia, Ruy Diaz del Vibar, que se habia encargado de tomarle el juramento al rey, por no atreverse los demas caballeros de Castilla á ejercer una comision tan delicada, se presentó y el rey hizo el juramento que se le pedia; pero el castellano le obligó á que lo repitiera otras dos veces. Esta nimiedad, para la cual no estaba preparado D. Alfonzo, le ofendió en gran manera, y poco despues de elevado al trono de Castilla mostró su resentimiento al de Vibar mandándole salir de sus Estados. Liste, traduccion de la historia de España de Segur, cap. 30.

Y de ánimo tan firme y tal presencia
Para obligar al rey ante sus plantas
A jurar veces tantas
Y protestar así de su inocencia
Allá en Santa Gadea?
En Dios y mi conciencia
Que tan sólo del acto la grandeza
En la augusta jornada,
Y no, indigna de mí, mezquina idea,
De mi Sancho la sombra venerada,
Diéronme tal rigor, tal entereza.
Pero el monarca fiero
Con ademan severo
Clavóme de tal modo la mirada
Que, á no ser la del Cid, anonadada
Dejado hubiera otra alma,
Y entónces.... ¡oh mancilla!
¡Ah! no hubiera llevádose la palma
La imperiosa nobleza de Castilla.

Y desde entónces, desde aquella hora
En la corte, en el campo, en la batalla,
Doquier conmigo se halla
Siempre esa su mirada vengadora,
Rayos lanzando á mi serena frente,
Amenázala, sí, no la avasalla,

Que mi alma en su elacion no lo consiente.
Y, leal caballero,
Si ante mi rey inclino la cabeza
En homenaje, moriré primero
Que rebajar un punto mi nobleza.
¡Tiempo, de nuestros hechos fiel testigo,
Que das la gloria y marcas la vileza,
Llegarás á poner de manifiesto
Quién fué más caballero, Alfonso sexto
O el campeador Rodrigo!

¡Adios, Castilla, Adios! ¡Adios, Ubeda!
Al despuntar la aurora fulgorosa
Me buscarás en vano; mas te queda
En prenda mi tizona ponderosa.
¡Oh! que ese talisman de la victoria,
En colmo de tu gloria,
Otros más que los mios robustos brazos,
Eclipsando mi nombre y mi memoria,
A blandir lleguen; y con fuertes lazos
Unidos los iberos, prepotente
Levantándose hispano el occidente
Que, si bien dividido, en santa guerra
Tiene en pasmo á la tierra,
Destruyan para siempre el yugo infando
Que sacudió Pelayo, el gran Fernando;
Y llegue, luego el venturoso dia

Que tanto ansiaron ver nuestros mayores,
Cuando, vencida la morisma impía,
De la cruz á los santos resplandores,
Se alçe libre y feliz la patria mia.

¿Adónde, mi Jimena, nuestra planta
Dirigiremos, léjos de Castilla?
No á buscar el reposo que quebranta
La ley de Caballeros, que mancilla
Seria para Rodrigo,
Miéntras haya de Cristo un enemigo
O un laurel en los campos de la gloria,
Su vida consumir en ocio blando,
Su carrera de hazañas olvidando
Y las hermosas palmas de victoria:
No, que retumbe mi clarin guerrero,
Y á sus aires marciales yo camine,
Do el cielo me destine,
Tiñendo en sangre mi pesado acero,
Que donde quiera que Rodrigo se halla
Su ley y su descanso es la batalla.
Volemos, mi Jimena, hasta Valencia, [5]

(5.) Muchos de sus compañeros abandonaron entónces al Cid en Ubeda por seguir al rey; y él, triste y desesperado ya de toda reconciliacion con su patria, se entró en las tierras de Valencia con ánimo probablemente de adquirir allí un establecimiento donde pasar respetado y temido el resto de sus dias. Quintana en el Cid.

Y al ruido de los mares
Cálmense mis pesares
Y algo más se prolongue mi existencia.
Allí, donde la gente mora es mucha
Y los cristianos gimen, fiera lucha
Encienda mi presencia;
Y si infiel la victoria no me fuere,
Si de Valencia la conquista hiciere,
Y de ella enseñorearme yo consigo,
Bendecirás conmigo
Nuestra última mansion, Jimena bella,
La nueva patria de tu Cid Rodrigo,
Nuestro infortunio y mi feliz estrella.

HELOISA

Ó EL AMOR

En el Cristianismo.

¡Quince años! ¡y por qué silencio tanto, [1]
Silencio semejante al de la tumba!
¡Por qué tan largo olvido y tan profundo
De tu esclava, á quien vió, no sin espanto,
Encerrarse en aquesta catacumba,
Cuando en su gloria la admiraba, el mundo!
Por qué, por qué hasta ahora

[1.] Sin embargo, habian trascurrido *quince años* en estas ambiciones de saber, de gloria, de santidad, y en estas tribulaciones de la vida para Abelardo, sin que hubiese dado una sola señal de recuerdo hacia aquella á quien habia sepultado en Argenteuil con el corazon jóven todavía. Heloisa no se quejaba

Vuélvesme tu presencia encantadora,
Si bien nublados, tus hermosos ojos,
Y tu habla, si bien dulce, ya insonora,
Mustia tu altiva frente,
Mostrando en vez de lauros, sus sonrojos;
Todo ¡ay de mí! de nuestro amor ardiente,
Todo, nomás tristísimos despojos.
¡Cómo despareció de tu semblante
El fuego hermoso que aun mi pecho siente
Y no ha cambiado el tiempo un solo instante!
¿En dónde está Abelardo, aquel amante? . . .[2]

---

ni de esta dureza, ni de este silencio; respetaba como una virtud esta negligencia y este desprecio de su esposo, creyendo que la tierra y el cielo y su propio corazon, no eran buenos más que para ser sacrificados á este más grande y más adorado de los hombres. Abelardo permanecia intacto en su adoracion sobre el altar que ella le habia elevado en su alma. Todos aquellos suspiros eran dirigidos á Dios para él; pero los encerraba entre Dios y ella, temiendo que uno de sus recuerdos ó uno de sus sentimientos no escandalizara al mundo ó no turbase la contemplación sublime de su esposo. Las puertas del monasterio de Argenteuil no revelaban nada de este inmenso amor que sobrevivia detrás de las paredes. Lamartine en Heloisa, p. 10.

[2.] Hé aquí el retrato de Abelardo que nos ha dejado Lamartine, en *Heloisa:* su corazon apasionado y su imaginacion impresionable no se contentaron con estas lenguas muertas: escribió y hablaba en griego y en latin, pero cantó en francés.

¡Quince años! ¡Cómo mi alma,
Viviendo tú, bien mio,
Ha podido vivir en cierta calma,
Soportando tu ausencia y tu desvío!
¡Cómo mi corazon, cómo ha podido,
Sin verse con sus llamas consumido,
Resistir años tantos
Privado de tu luz y tus encantos!

Las poesías, cuya música él mismo componia, para que la pasion de que estaban animadas se comunicase por dos sentidos á la vez en el alma, fueron el manual de los poetas; se esparcieron con la rapidez de un eco que se multiplica por todos los corazones, fueron las delicias de las letras, el encanto de las mujeres, la lengua secreta de los amantes, el intérprete de los sentimientos no expresados, el canto popular de las ciudades, de los castillos, de las cabañas, llevaron el nombre del jóven músico y del poeta familiar á todas las provincias de la Francia. Tuvo su gloria confidencial en el secreto del alma de todo lo que amaba, soñaba, suspiraba ó cantaba en la primavera de su vida. Una voz melodiosa que añadia la vida y la palpitacion á las palabras y á la música, una adolescencia precoz en renombre; una belleza griega, una estatura elevada y flexible, un andar majestuoso, una modestia, donde el pudor de la edad en contraposicion con la madurez del talento le daban nuevos atractivos para la gloria. Era el sueño de los ojos, el oido y el corazon de las mujeres que le habian visto ó que solamente habian oido pronunciar su nombre. De esta manera lo retrata Heloisa mucho tiempo despues de la ruina de sus ilusiones y de su amor.

¿Será que, aunque apartado y de mí léjos,
Me lleguen de tu gloria los reflejos?
Que el eco de tu nombre, tan sonoro,
De este monasterio al alto coro
Llegue de tarde en tarde resonando
A mí, cual tortolilla, suspirando?
¿Que tu imágen tan bella, cual ninguna,
Que grabada en mi alma centellea,
Ora la mire en la apacible luna,
O ya en el rayo de la luz febea,
Ya en férvida oracion, llorando á mares,
Mírela aparecerse en los altares?
¡Donde quiera conmigo,
En sueños ó despierta estoy contigo!
Sí, tus ecos, tu imágen, Abelardo,
Han sido en mi desierto el dulce nardo
Que ha confortado mi marchita vida
Y que aun mantiene mi ilusion querida.

Tal, tal ha sido mi martirio oculto;
Pero tú, mi Abelardo, esposo mio,
¿Cómo, cómo has pagado el desvarío
De este mi ardiente amor, que raya en culto?
¡Cómo, desde aquel dia,
¡Oh recuerdo tirano!
En que tú de Argenteuil á la sombría

Mansion, tú mismo con tu propia mano
Cortándole el cabello, condenaste
A tu jóven esposa, y la dejaste
En amargura tanta! [3]
Apágase la voz en mi garganta,
Las lágrimas se agolpan á mis ojos,
De ternura más bien que no de enojos,
Mis miembros, como entónces, desfallecen
Y con ellos mis huesos se estremecen,
Al recordar ese angustioso dia

[3.] El tambien se entregó al estado monástico y al sacerdocio, y una vez investido de este carácter sagrado, invistió con sus propias manos á Heloisa el hábito de las servidoras de Cristo, le cortó el cabello y se despidió de ella, no teniendo ni el valor de revindicarla para esposa, ni el valor de dejarla en el siglo, al cual renunciaba para siempre. Heloisa, por inmolar su vida á aquel á quien habia inmolado su reputacion, se prestó á todo como una víctima que se tiende ella misma sobre el altar de los sacrificios. Todo le era dulce, hasta el suplicio que sufria por la voluntad y por el amor, ó más bien por el orgullo de su esposo.

Las puertas del monasterio de Argenteuil se cerraron por causa de la Safo del siglo XII. Belleza, genio, amor, todo fué sepultado en aquellas catacumbas, sin que se oyera durante *quince años*, los más floridos años de la víctima, una recopvencion, una queja, un suspiro salido del sepulcro. Lamartine en Heloisa, p. 6º

De tu estoico valor y mi agonía;
Cuando rompiendo del amor el lazo
¡Tú! tú me diste el postrimer abrazo,
Y me sentiste yerta,
Y tú oíste, al cerrarse la gran puerta
Que tronó resonando en este seno,
Como en la selva el trueno,
Aquel furtivo adios que en un suspiro
Te dí al hundirme en mi eternal retiro.
Y miéntras yo quedéme en mi desierto
Para mí el mundo muerto,
Y yo muerta para él en la memoria,
Sólo para tí viva y tú conmigo,
Tú buscabas los lauros de la gloria,
Viviendo para el mundo y él contigo; [4]
Y atento y arrullado á los clamores
De tu fama y sus ecos seductores
A la jóven y mártir olvidaste,
Sin que mi sacrificio, y tu recelo
Con que, sin murmurar yo, me injuriaste,
Te arrancaran ¡oh Dios! algun consuelo

[4.] Abelardo, libre y purificado á los ojos de sus discípulos, volvió á emprender con ardor y con nuevo brillo el curso de sus lecciones y el imperio de su popularidad; pero la indignacion de Fulberto meditaba una venganza. El mismo, ib. p. 7

Para aquesta tu sierva, que inmolaste.
¡Oh! ¡tánto fuego convertido en hielo!
¿Cambió con tu *desgracia* el bello cielo
De poeta y de sabio que yo acaso
Pude alumbrarte con mi genio escaso
Y encenderte con mi alma apasionada
Con aurora risueña y nacarada?
¡Cielo de amor y de las almas centro,
Allí, ingrato, te busco y no te encuentro!

¡Ah! lo sospecha el mundo,
Y hoy se escapa de mi alma en un profundo
Gemido; ¡no es tu amor cual lo es el mio! [5]
¡Ingrato! no, cual yo, puro, me amaste;
Por eso de tu lado me arrojaste
Con desden tan impío;
A mí, con tal pasion y desvarío

[5.] "Os he hecho mucho mal, y sin embargo, sabeis que soy inocente, dice Heloisa á Abelardo en una de sus cartas: Decidme, ¿por qué desde que yo me he cautivado en el claustro por vuestra voluntad, me habeis castigado descuidándome, olvidándome y hasta privándome de vuestra presencia y de vuestras cartas? . . . . Decidlo si os atreveis. ¡Ah! yo lo sé y el mundo lo sospecha; porque vuestro amor no es tan puro, tan desinteresado como el mio; desde que habeis dejado de desear una felicidad profana, habeis dejado de amar.

Que más que al mismo Dios temí ofenderte,
A mí, que, á condicion de no perderte,
A las llamas ó abismo
Arrojado me hubiera en mi heroismo; [6]
Que hasta de esposa el anhelado nombre
Renunciaba en tu bien, por tu renombre. [7]

[6.] Decia Heloisa á Abelardo en una de sus cartas: "Si es menester confesar la debilidad de mi alma no me arrepiento por ello. ¡Fué tan dulce mi felicidad! En mi sueño, en medio de las ceremonias donde el rito debe ser más puro, los lugares, los tiempos, las felicidades de nuestros años pasados se me representan. Me llaman santa los que no saben lo que gimo, me alaban delante de los hombres, pero no merezco estos elogios delante de Dios que penetra los corazones! En todas las circunstancias de mi vida, vos lo sabeis, más he temido ofenderos que ofender á Dios"

En medio de una disertacion difusa sobre el Cántico de los cantares encuentra Abelardo algunas notas penetrantes para su respuesta. "¿Quereis, dice Abelardo á Heloisa, quereis pues ser la compañera de mi felicidad, y no de mis penas? ¿Sufrireis vos por estos recuerdos criminales que yo vaya al cielo sin vos, *vos que me hubierais seguido*, deciais vos entónces, *hasta á los infiernos?*

[7.] En una carta de Abelardo, escrita á uno de sus amigos, y en que le habla de sus amores con Heloisa se expresa así: "Creyendo haber obtenido el perdon de Fulberto vuelvo á Bretaña al lado de Heloisa, para casarme con ella. Ella resiste: hay peligro, me dijo, en que llegues á ser mi esposo. Yo conozco á mi tio; jamás se reconciliará contigo, y tarde ó temprano

¡A mí tan fácilmente me olvidaste!
¡Porque, carnal, sólo el placer buscaste!

Por eso alguna vez pedazos hecho
Mi pobre corazon, en mi despecho,
Mi razon perturbada y casi loca
Y devorada de profundo tedio,
Aun suspiré, como único remedio,
Por aquella de Safo blanca roca

---

estallará su venganza. Hay tambien en esta union más que peligro, deshonra. Me honra tu amor; es el orgullo de mi vida. ¿Quieres, pues, privarme del precio de mi sacrificio, quieres tú perder tu gloria? ¡Cuál será el sufrimiento de tu esposa al disminuir ella tu renombre! El mundo maldecirá á Heloisa, cuando Heloisa se haya apropiado á Abelardo, arrebatándolo al Universo; la Iglesia quedará desolada cuando haya perdido á su servidor; la filosofía quedará viuda de tu genio. ¿Cómo podrás tú conciliar los gritos de los niños y el silencio del estudio, los cuidados de la familia y la consagracion á la ciencia? Cítame un hombre eminente en la ciencia que haya reposado en otro seno que no sea el de la sabiduría? Así han pensado los paganos; así han pensado los seglares; y tú, un eclesiástico, un canónigo, querrías tú ser eclipsado por ellos en virtudes y que tuvieran en sus tumbas que avergonzarse de tí? Tú eres clérigo, piénsalo; tú eres filósofo, recobra tu dignidad! No, tú no volverás á Paris, tú no me llevarás allí como tu esposa; los peligros se ligarán á tus pasos; allí te tenderia la muerte un lazo. Heloisa será la amiga de Abelardo, élla le salvará el honor: nos veremos poco, pero así nos amaremos mucho más; no nos inmolaremos en el altar del amor, pero nuestros amores se empeñarán en una santa confraternidad en el seno de los cielos."

Do hallaban los amantes el olvido;
O bien con la infeliz, Sidonia Dido,
Ansiaba preparar fúnebres teas
Y sepultar en la tronante hoguera
Este volcan de mi pasion primera
La ingratitud de mi *piadoso* Eneas. [8]
Mas de mi Dios la religion severa
Que doma el corazon, no lo consiente,
Cual de Safo y de Dido el delincuente.
Olimpo, ó religion al dolor muda,
Tan santa religion vino en mi ayuda,
Y, confortada mi alma,
Volvió bendita la cristiana calma,

Más que Heloïsa míseras, paganas,
¡Quién más que yo de vuestro amor atroces

---

[8] El *pius Æneas* de Virgilio. Eneas seduce á Dido, como Abelardo sedujo á Heloisa, y uno y otro seductor abandonan luego, desapiadadamente, so pretesto de religion, á esas amantes desgraciadas, cuyo corazon de fuego hubiera tenido el mismo fin trágico, á no haber sido diferente la religion que profesaban.

At pius Æneas, quamquam lenire dolentem
Solando cupit et dictis avertere curas,
Multa gemens, magnoque animum labefactus amore,
Jussa tamen divûm exsequitur classemque revisit.
Virg. Æneid, libr. 4, v. 393.

Los estragos lamenta, que en mí siento!
¡Qué fueron ¡ay! vuestras plegarias vanas
Que á vuestros falsos dioses
Elevasteis, postradas, veces ciento!
¡Qué fueron sino voces
Tristemente perdidas en el viento!

Nó así los que en la lucha
De esta batalla, que se llama vida,
Cuando lloramos la ilusion perdida
Y en nuestro rededor ya no se escucha
El concierto del mundo que convida
Á gozar y reïr, en que se olvida
El tirano dolor; cuando ya es mucha
La hiel de la amargura
Que en la diurna copa el labio apura;
Y arrecia en este mar tan proceloso
La tormenta, y se escucha el espantoso
Crujir de nuestra nave, que, azotada
Por furioso aquilon, ya destrozada
Vemos que se hunde y vuela y que ya toca
De una roca á otra roca......
Entónces los cristianos como cierto
Tenemos alcanzar seguro puerto:
¡La Cruz! que enseña en el dolor al alma
A sufrir y á morir en santa calma;
Entónces de este mundo y sus abrojos
A Dios volviendo los llorosos ojos

En su seno otros goces celestiales
Nos hacen olvidar los terrenales,
Dándonos tal virtud y tal aliento
Que triunfamos del mar y crudo viento.
¡Oh santa Cruz! ¡Benditos los cristianos!
¡Gracia divina! ¡Oh míseros paganos
Que no esa Cruz y gracia conocieron,
Que el cielo con la tierra confundieron
Y llegaron á hacer, trocando nombres,
De hombres dioses y de dioses hombres!

¡Oh! si yo más perfecta y más cristiana
Con esa gracia y goces la mundana
Llama de amor, en que aun me gozo y ardo,
Templar pudiera, hacer que mi Abelardo,
Grabado aún en este firme pecho,
Al fuego de Jesus fuera deshecho,
Y así, abrasada del amor divino,
Seguir de perfeccion, libre, el camino;
¡Oh! feliz, muy feliz! Que ese recuerdo,
En que del mundo en la ilusion me pierdo,
Quede purificado
Con ese amor sagrado;
Y mi pecho sensible y ardoroso
No mire en Abelardo ya al esposo,
Al ídolo mundano,
Sino á mi padre espiritual y hermano.

Mas si en la lucha fiera
De la carne y espíritu no impera
Sobre el carnal el celestial esposo,
Porque mi corazon, aunque piadoso,
No pueda renovarse en tal manera,
Ni alcanzar gracia tanta;
No moriré cual santa,
Triunfando en esa lucha, más que humana;
Mas no sucumbiré como pagana;
Que siguiendo al Cordero y su doctrina
Me he de purificar en su piscina....
Moriré cual amante y cual cristiana.

—◇◇—

San Luis, ó las Cruzadas,

ESTANDO PARA RENOVAR SUS VOTOS EN PRESENCIA DE SU MADRE Y DEL OBISPO DE PARIS.

¡Cómo respiro aún, y por quién vivo,
Y volvió de los reinos de la muerte
Esta alma peregrina,
A reanimar el cuerpo fugitivo
Y llevar á su fin mi mortal suerte! [1]
¡Luz del Oriente fué, luz que, divina,
De mi cuerpo, ya helado,
Mi espíritu arrancó y á Palestina
Sentíme trasportado!

(1.) Peu de jours avant que le pape arrivât á Lion le roi Saint Louis tomba malade á Pontoise d'une grosse fiévre accompagné d'un violente dissenterie. Il avait été á la derniere extrémité, et si bas qu'une des dames qui le gardait le croyant passé, lui voulut couvrir le visage d' un drap: mais une dame qui etait de l'autre côté du lit ne le voulut point souffrir, ni qu'on

¡Oh si lo que allí ví fuérame dado
Pintar, siquiera en pálidos colores!
¡Cuánta profanacion, cuántos horrores,
De esos nuevos infieles que levanta
Contra Cristo y su gloria el incesante
Y comun enemigo! [2]

---

l'ensevelit: disant qu'il etait encore en vie; et là dessus la parole lui revint. On l'avait crû mort jusques á Lion, oú le pape en fut sensiblemet affligé. Le roi étant revenu á lui, demanda l'évêque de Paris, et quad il fut venu il le pria de lui mettre sur l'épaule la croix de pelerin pour le voyage d'outre-mer. Les deux reines sa mer et sa femme le priaient d'attendre qu'il fut entierement gueri, et qu'alors il ferait ce qui lui plairait: mais il declara qu'il ne prendrait aucune nourriture qu'on ne lui eût donné la croix; et l'évêque de Paris n'osant le refuser la lui attacha *fondant en larmes*, aussi bien que l'évêque de Meaux et tous les autres qui etaient presens. Fleury histoire ecclesiastique, libr. 82. pár. 18.

(2) Los Khárizmios, meros bárbaros que invadieron la Tierra Santa en 1244, cuyos estragos y horrores se describen en una carta que escrita en Acre por Roberto, Patriarca de Jerúsalem, Henrique, Arzobispo de Nazareth, y otros prelados del pais está dirigida á todos los prelados de francia y de Inglaterra. De élla nos dá un resúmen Fleury en los siguientes términos en el lugar citado, pár. 19.

"Les tartares detruisant la Perse ont tourné leurs armes contre les Kharizmiens et les ont chasser de leurs païs, en sorte que n'ayant plus d'habitation certaine ils en ont demandé á plusieurs Princes Sarrasins sans en pouvoir obtenir: mais le Sultan

Casi desierta vi la Ciudad Santa;
Y allá en el gran Sepulcro, no bastante,
Como en el más seguro y santo abrigo,
El resto de cristianos apiñados,
Temblando ante el kharismio, ya triunfante.
Y allí ¡Gran Dios! los miro traspasados

---

de Babylone ne voulant pas les recevoir chez lui leur a abandonné la terre sainte, les invitant á s'y établir, et leur promettant son secours. Ils sont donc venus avec une grande armée de cavalerie, menant leurs femmes et leurs familles, et si subitement, que ni nous, ni ceux qui etaient proches n'ont pû les prevoir: ils sont entrez dans la province de Jerusalem du côté de Saphet et de Tiberiade, et se sont emparez de tout les païs depuis le Tourion des chevaliers jusques á Gazare. Alors de l'avis unanime des maitres du Temple, de l'Hopital et de chevaliers Teutoniques et de la noblesse du païs, nous avons résolu d'apeller á notre secours les Sultan des Damas et de la Chamele nos alliez et ennemis particuliers des kharizmiens. Mais comme ce secours tardait á venir et que Jerusalem est sans ocune fortification: les chrétiens qui etaient dedans se trouvant trop peu pour resister au kharizmiens ont résolu d'en sortir au nombre de plus de six millé pour venir chez les autres chrétiens laissant très peu des leurs dans la ville.

Ils se sont donc mis en chemin par les montagnes, avec leurs familles et leurs biens: se fiant aux treves qu'ils avaient avec le Sultan de Carac et avec les païsans sarrasins des montagnes. Mais ceux-ci sortant contre ces chrétiens en ont tué une partie, et pris une partie esclaves, qu'ils ont vendus á d'autre sarracins même les religieuses. Quelques uns s'etant échapez et descen-

Con la punta acerada;
De los ministros que celebran ruedan
Tronchadas las cabezas, y no quedan
Libres niños, ni ancianos;
Y, si se cansa la sangrienta espada,
Arrancan en su furia con las manos

---

dus dans la plaine de Rama, les kharizmiens ont fondus sur eux et les ont tuez: en sorte que de ce grand peuple á peine s'en est il sauvé trois cens. Enfin les kharizmiens sont entrez dans Jerusalem presque deserte; et comme les chrétiens qui y restaient s'etaient réfugiez dans l'église du Sainte Sepulcre, ces barbares les ont tous éventrez devant le sepulcre même et ont coupé la tête aux prêtres qui celebraient sur les autels: se disant l'un á l'autre: repandons ici le sang des chrétiens, où ils offrent du vin a leur Dieu, qu'ils disent y avoir été pendu. Ils defigurerent en plusieurs manieres le Sainte Sepulcre, arracherent le marbre dont il était revêtu en dehors, profanerent le Calvaire et toute l'église par toutes sorter d'ordures; et envoyerent au sepulcre de Mahomet les colonnes qui étaient devant celui de Nôtre Seigneur. Ils rompirent les tombeaux de rois qui étaient dans la même église, c'est-à-dire de Godofroi de Bouillon et de ses successeurs, et disperserent leurs os. Ils profanerent le mont de Sion, le temple, l'église de la vallée de Josaphat où est le sepulcre de la Sainte Vierge: ils commirent dans l'eglise de Bethlehem et la grotte de la Nativité des abominations que l'on n'ose dire. En quoi ils furent pires que tous les sarracins, qui ont toujours conservé quelque respect pour les saintes lieux.

Ne pouvant souffrir de si grands maux et voulant empêcher les kharizmiens de détruire tout les païs, nous resolûmes de nous opposer á eux avec les deux Sultans qui ont été nommez."

Mármol, columnas del sepulcro santo;
Rompen las tumbas de los grandes reyes
Que allí recuerdan las cristianas leyes
Y que fueron de infieles el espanto.
Las vírgenes.. ¡qué horror! me arranca el llanto
Su lamentable suerte, al dolor cedo,
Tanta abominacion decir no puedo.
Y en los otros santísimos lugares
Yo ví correr de fieles, á millares,
La sangre y derramarse hasta los muros;
Ví cuerpos insepultos, devorados
Por los buitres impuros;
Y, de tantos horrores espantados
Los mismos mahometanos,
Los ví unirse y luchar con los cristianos.

Harta de sangre ya la turba impía,
Y pasado ese negro, infausto dia,
Yo ví en desolacion y en duelo acerbo
Á la Madre Santísima del Verbo
En el santo sepulcro, profanado,
Goteando sangre aún y destrozado,
¡Ay! sobre sus escombros reclinada,
De caballeros mil acompañada,
Tan graves y dolientes,

Que era sombra su faz, sus ojos fuentes.
Distinguíase en su talla celebrada
Entre ellos Carlo Magno y Pedro el Justo,
Y Godofredo, y Luis, Felipe Augusto.
¡Oh de mi Francia grandes caballeros
Que á librar á Salem, que gemia esclava,
Acudisteis vosotros los primeros!
Tal respeto esa corte me inspiraba
Que celestial, no humana la creia;
Tan profundo silencio allí reinaba
Que un süave sollozo de María
A intervalos nomás lo interrumpia:
Y el aire tristemente suspiraba
Y todo el arteson se estremecia.
Cuando, estático yo, súbito oia
Una voz, si en la uncion y la dulzura
A voz humana compararla debo,
Seria á la de mi madre tierna y pura,
Que en mi alma resonando siempre llevo;
Una voz que: ¡de Francia oh Rey! me dijo,
De la Iglesia de Cristo el mejor hijo,
¿Sus ultrajes no ves, estremecido?
A vengarlos el cielo te ha escogido;
Si no acudes, meneando ya las manos,
¡Ay de Jerusalem y los cristianos!

Como á la voz de Pedro resucita
Moviéndose en su cónclave Tabita,
Así yo abro los ojos en mi lecho
Y me incorporo, en lágrimas deshecho,
Exclamando: ¡Jesus! si tú me has vuelto
La vida que ya huia,
A derramar mi sangre estoy resuelto
Por tí, y otras mil vidas yo daria....
¡La santa cruz, la cruz del peregrino!
Dadme que bese signo tan divino,
Ponédmela en aquesta espalda fría,
Que en vano luchareis con mi destino....

Y tú me la pusiste ¡oh mi Prelado!
Cual yo, tambien en lágrimas bañado:
Pero dícese y tú dices ahora,
Que mi alma entónces en aquel estado,
Que mi alma soñadora
Ligada no quedó....pues ya te entrego
Aquesta cruz que recibí yo en vano;
Devuélvemela, pónmela tú luego,
Por tu amor, tu bondad yo te lo ruego,
Que libre, entero y sano,
Sobre el pecho la mano,
De nuevo juro: ¡á los infieles guerra,
Miéntras respire el aura de la tierra!

¡Y tú tambien, tambien tú, madre mia,
Blanca paloma, que en tu seno santo
Y con tu leche pía
Abrasaste mi alma en celo tanto
Por la gloria de Cristo! ¡Quién diria
Que tú tambien opóneste y me niegas
La gloria de blandir en mi cruzada
La de mi abuelo Augusto regia espada
Y á cruel vacilacion á tu hijo entregas!
Yo te obedezco á tí, madre adorada,
A tí, modelo de cristianos Reyes,
A tí, cuyos consejos fueron leyes
Para mí ya en la infancia ó en el trono,
Cuando el mio con tu juicio perfecciono.
Pero cuando obedece el pensamiento
A un impulso divino
Y no soy más que ciego su instrumento,
Perdóname, perdona mi insistencia,
Que tú me has enseñado de contino
Y me lo está diciendo mi conciencia
Que ántes que al hombre á Dios debo obediencia. 3

(3.) Luis habia oido siempre los consejos que le daban, y él mismo, á pesar de su juventud, enseñaba á los otros con sus lecciones y ejemplos; pero el deseo de reconquistar el sepulcro del Salvador le hizo inaccesible á las representaciones de sus ministros; á los votos de sus pueblos y á las súplicas de su madre.

No temo, miéntras vivas
Y de mi Dios su proteccion recibas,
Por mis hijos, pedazos de mi alma,
Ni por este mi Reino tan amado,
Que ahora te dejo en calma:
Reino tan sabiamente gobernado
Y con tanto vigor por tí, salvado
En recia tempestad, así de afrenta
Como de la nobleza turbulenta.

No obstante, Blanca hizo el último esfuerzo para impugnar su resolucion, y juntó un gran número de Señores y Prelados que encargaron al Obispo de Paris representar al rey sus temores y su dolor: que siendo el Imperio víctima de la guerra civil y religiosa, y cuando apénas estaba terminada la querella entre los Condes de Poitou y de la Marcha, amenazada la paz interior por los manejos de los ingleses: la agitacion de los Normandos y los movimientos de Languedoc y de Aragon; la ausencia del monarca y de sus mejores tropas exponia al reino á los peligros más inminentes y á las más espantosas calamidades. "En fin, le dijo el venerable Prelado, si habeis de corresponder á los votos de vuestra familia y de vuestros Barones y calmar los temores de vuestro pueblo, ningun escrúpulo debe conteneros. Vuestra conciencia no está ligada por el juramento que hicisteis en un estado tal de cuerpo y ánimo que apénas gozabais de vuestras facultades." Luis, entendido del amor que dictaba aquellos consejos, no por eso se mostró ménos inflexible en su determinacion, y poniendo la mano sobre su pecho dijo: "esta es la cruz que tomé, segun decis, en un momento en que mi espíritu

No, mis pueblos te adoran y te miran
Como madre; los príncipes cristianos
Tus virtudes respetan, las admiran
Y con ellas atónitos se inspiran.
Y aun los santos Pontífices romanos
Que en estos dias de turbacion, aciagos,
Nuestra Iglesia y poder con sus amagos
Pudieran inquietar....en tí hallarian
Una hija fiel, cristiana verdadera,

---

no estaba libre; os la devuelvo, pues; pero ahora, que indudablemente tengo el conocimiento necesario para contraer una obligacion, la recibo de nuevo, jurando pelear contra los infieles. Esta cruz es la prenda de mi vida: dádmela, porque estoy resuelto á no tomar alimento alguno sin llevarla puesta. En vano me pintais con terribles colores los peligros que amenazan al reino. La prudencia acreditada de mi madre, el amor de mis pueblos y el valor de mis soldados, son para mí fiadores ciertos de la tranquilidad de Francia."

Luis tuvo que sostener otro ataque más terrible: Blanca, su madre, llenos de lágrimas los ojos y de pesar el corazon, le dijo: "Dios cuando me impuso el deber de velar por vuestra infancia, me concedió tambien, hijo mio, el derecho de recordaros las obligaciones que os impone el cetro; pero más me agrada haceros oir la voz de una tierna madre, que los discursos de la política. Vuestra partida me presenta sólo la imágen de una eterna separacion. Me robais toda mi felicidad. Y si sois insensible á mis pesares ¿podreis olvidar vuestros hijos? ¿Habeis tomado irrevocablemente la cruel resolucion de abandonarlos en la cuna y privarlos de vuestras lecciones y apoyo?

Pero á la vez tambien en tí verian
Una reina tan firme y tan entera
Que si en lo espiritual ciega obediencia
Rinde, no así en lo temporal, severa,
Sabe oponer cristiana resistencia.

Quiero tambien, y cese tu quebranto,
Oh madre, tan piadosa como sabia,

¿Os son por ventura ménos amados que los cristianos de Palestina por los cuáles vais á pelear? Si los facciosos en vuestra ausencia suscitan peligros á vuestra familia, ¿no dejareis al punto el Asia para venir á libertarla? Pues esos peligros que os obligarian á volver, sólo vuestra partida los produciría. ¿Por qué vais tan léjos á dar testimonio de vuestro valor y piedad? Diós os proporcionará bastantes ocasiones, sin que os separeis del trono, para mostrar vuestro afecto á la religion, vuestras virtudes régias. El Señor, decis, exige que se liberte su sepulcro. Prodigad, pues, vuestros tesoros: enviad al Asia numerosos ejércitos. Dios bendecirá vuestras armas; pero así como no permitió que Abraham consumase su cruento sacrificio, tampoco os permite, creedme, que cumplais el que quereis hacer de vuestra vida, de la cual pende la suerte de vuestra familia y la salvacion de vuestro reino." Luís amaba á su madre; pero á este cariño y á todas sus razones sólo respondía las palabras de una voz interior, que habia oido durante su enfermedad, y eran éstas: "Rey de Francia, ves los ultrajes que sufre la Ciudad de Jesucristo: el cielo te ha escogido para vengarlos." Segur, Historia de Francia, cap. 25.

Que como yo, quererlo debes tanto?
Mejor que verme con el Padre Santo
Ligado en la cruzada contra Suabia,
Antes morir, morir en Palestina,
En guerra que, por santa, me domina;
Más bien que con mi ejército y mis hechos
Causar de Federico la rüina,
Coadyuvando á usurparle sus derechos. [4]

[4.] Estos dos implacables enemigos, Gregorio IX y Federico II, solicitaron en vano, cada uno por su parte, interesar al Rey de Francia en su querella. Luis permaneció neutral; pedianle el auxilio de sus armas, y él ofreció solamente su mediacion, que no fué atendida. Sus embajadores representaron, tambien en vano, cuán escandalosa era esta guerra, y cuán necesaria la paz. Los legados de la Santa Sede, mirando á todos los monarcas como vasallos de Roma, cobraron subsidios en sus Estados. Estos subsidios ascendieron á una suma muy cuantiosa en Inglaterra. Un legado quiso hacer lo mismo en Francia; pero San Luis no lo permitió, y prohibió toda salida de dinero fuera del Reino. Su religion era ilustrada y sabia cumplir los deberes del cristiano y de Rey. La Corte de Roma le ofreció para su hermano Roberto la corona imperial, de que procuraba despojar á Federico. Luis, despues de representar al Papa que admitiendo la oferta obraria contra la caridad y contra los derechos de los Soberanos, juntó los Barones para consultarles acerca de la proposicion, quienes se explicaron con más vehemencia que el Rey; y por fin, cuando Inocencio IV, sucesor de Gregorio, consumó el despojo, deponiendo solemnemente á Federico en el Concilio de Leon y mandando á los electores del Imperio que nom-

¡Dios lo quiere! Partamos. ¡Dios lo quiere!
¿Quién no combate por Jesus y muere?
La cruzada predíquese al instante,
Y la Francia cristiana se levante,
Como de Pedro á la mocion divina;
Y á ejemplo de su humilde soberano
Que no haya caballero vacilante
Que no cambie su capa en esclavina,
Y, el bordon en la mano,
Que no marche conmigo á Palestina,
Hacia el santo sepulcro que nos llama; [5]

---

brasen otro Emperador, San Luis desaprobó la deposicion de Federico y declaró á Inocencio que usurpaba los derechos de los Soberanos y por tanto obraba contra el espíritu del Evangelio. Segur ib.

[5.] *Preparativos de la Cruzada de San Luis.* Perdida toda esperanza de que Luis renunciaria su empresa, sólo se trató ya de buscar los medios para asegurar el triunfo. El Cardenal de Túsculo, legado del Papa, predicó la cruzada en todo el Reino. Una parte de los Barones, animada por su elocuencia, y aun más por el ejemplo del monarca, se alistó en esta belicosa peregrinacion. Otros fueron movidos por un artificio singular y poco conveniente á la gravedad del asunto: pero todos los autores coetáneos refieren el hecho; y manifiesta muy bien el carácter del Rey, que sin dejar de ser santo y monarca, sabia mostrarse con sus amigos y cortesanos jovial, sencillo, alegre y familiar. Era entónces uso que en las fiestas solemnes diese el Rey á los Señores de su Corte capas aforradas, y como él mis-

Y bajo mi oriflama
Sean tantos los Prelados y Barones,
Con sus mesnadas, gruesos batallones,
Que al divisarnos claman los infieles:
¡Las iras del Señor y su venganza!
Y en su placer los oprimidos fieles:
¡Es Luis, nuestra esperanza! [6]
Y, enjugando su llanto,
Resuenen las iglesias con su canto.

---

mo las daba, tomaron el nombre de *libreas*, [*livrés*, entregadas.] Luis mandó en secreto que las que se hiciesen para la víspera de Navidad llevasen cruces muy grandes. En medio de la noche vinieron los Barones, segun la costumbre, á dar las pascuas á Luis: las luces estaban apagadas en su cuarto. Repartióles las capas y apénas se las pusieron, fué con ellos á la Iglesia. Quedáronse admirados cuando á la luz de las hachas vieron las cruces que todos llevaban. Esta piadosa burla en vez de irritar á aquellos valientes guerreros los divirtió mucho. Los más consintieron en que se les mirase como aliados de la santa milicia, y dijeron riéndose á San Luis que, merecia el título de pescador de hombres, pues acababa de sacar tan linda redada." Segur ib.

[6.] Tan luego como San Luis quedó restablecido de su última enfermedad en que hizo voto de ir á la Tierra Santa, escribió á los cristianos de ultramar, alentándolos: haciéndoles saber que se habia cruzado y recomendándoles que defendiesen vigorosamente sus ciudades y fortalezas para que fuera él mismo en su socorro.

***

Y tú, Jesus, que miras cómo abrasa mi alma,
Sin interés mundano, tu amor, tan sólo tú,
Bendice mi cruzada y dame tú la palma,
Y canten en Solima el triunfo de tu Cruz.

No busco yo la gloria que busca el caballero
Cuando en el campo ostenta su ciencia y su valor,
Atento de la fama al eco lisonjero:
La gloria de tu nombre sólo busco, Señor.

Cuando de las cruzadas miro que desparece
El entusiasmo santo que en otro tiempo fué,
A la fé de cristiano que falto me parece,
Si no vuelo en defensa de tu Jerusalem.

Si en guerras divididos á los príncipes miro,
A príncipes cristianos ¡ay! sordos á tu voz,
Sus discordias lamento y, lanzando un suspiro,
Con mis armas acudo y con mis gentes yo.

Tal vez de los cristianos mi esfuerzo último sea
En esa guerra santa de nuestra religion;

Y, al pensar que por siempre profanado se vea
Nuestro santo sepulcro, se me abre el corazon.

Tal vez no me conceda el cielo tanta ayuda
Que á rescatarlo alcance de la infidelidad,
Y, ya libre y abierto, á visitarlo acuda
Con entusiasmo ardiente toda la cristiandad.

Tal vez á las fatigas y combates sucumba,
Falto de genio y fuerzas, pero nunca de fé;
Y léjos de mi patria encuentre allí mi tumba
Y de mi pobre madre el temor real haré.

¡Mas qué pasion más santa, ni más gloriosa muerte
Un ardiente cristiano pudiera apetecer
Que seguir de su Cristo las huellas y la suerte
Y por su gloria y nombre llegar á fenecer!

¡Morir en aquel Huerto que guarda los gemidos
Y las gotas de sangre del Cordero de Dios,
O cabe el gran sepulcro, do fuimos redimidos,
Do se oye de los ángeles la mística oracion!....

¡¡Qué tránsito tan dulce!! ¡oh bendita cruzada
Que ansiaba tanto, tanto mi pobre corazon!

Ya vuelo á tí, Solima, que mi alma apasionada
Contigo vivir quiere en tal contemplacion.

Mi patria, hijos y madre, que desolados dejo,
Bajo tu amparo quedan, sosténlos, tú, Señor;
Son carne de mi carne, no extrañes si me quejo;
Pero su amor ya cede á tu divino amor.

¡Oh sacrificio inmenso! ¡Colmo de humana gloria!
¡Abandonarlo todo para tomar tu Cruz!
¿Quién sobre el mundo puede alcanzar tal victoria?
¡Sólo el que á tí se entrega, entero á tí, Jesus!

ISABEL LA CATÓLICA

EN SANTA FE,

ó

EL DESCUBRIMIENTO DE LA AMÉRICA.

¡Oh Fernando, Fernando!
¡Cómo dejaste que Colon partiera
Y con él tanta gloria
Que tal vez nos estaba reservando
Tan liberal el Cielo, que nos diera
Sobre Granada la mayor victoria! [1]

[1] Colon, seguro del continente que ofrecia á España, queria, por respeto á la misma grandeza del presente que iba á hacer al mundo y á sus soberanos, estipular para él y sus descendientes condiciones dignas, no de él mismo, sino de su obra. Careciendo de un legítimo orgullo hubiera creído carecer de fé en Dios y de dignidad en su mision. Pobre, aislado, trataba como soberano de las posesiones que no veia.

¡Cómo despues de tan penosa espera
Al huésped que nos sigue año tras año
Hundirlo en tan amargo desengaño!
¡Cómo dejar que á la nacion vecina,
Adonde ya sus pasos encamina,
En despecho tan justo cual profundo,
Le lleve un nuevo mundo
Y la felicidad de hacer cristianos
A esos pueblos paganos
Que ofrecido nos ha con insistencia
Y hoy se escapan ¡oh Dios! de nuestras manos!
¡No lo sufre mi honor, ni mi conciencia!

---

todavía más que en su pensamiento. "Un mendigo, decía Fernando de Talavera, Jefe del Consejo, hace las condiciones de un rey á los reyes." Exigía él título y los privilegios de almirante, el poder y los honores de virey de todas las tierras que uniese por sus descubrimientos á la España, la décima parte en perpetuidad, para él y para sus descendientes, de todos los productos de estas posesiones. "Singulares exigencias de un aventurero, exclamaban sus adversarios en el consejo, que le atribuirían probablemente el mando de una flota y la pension de un vireinato sin límites si salía bien de su empresa, y que nada arriesga si no sale airoso con su proyecto, puesto que su miseria actual no tiene nada que perder."

¡Cómo mi corazon con tal agravio
A ese hombre y á mi Dios ofenderia!
¿Qué nos importa que del mundo el sabio
De Colon la doctrina
Llegue hasta desecharla como impía,
Si el cielo nos la envía
Y si al mundo ilumina? [2]

Cuando yo á ese hombre miro
Yo no sé lo que siento, yo respiro

Se admiraron en un principio de estas exigencias y concluyeron por indignarse; le ofrecieron condiciones ménos onerosas para la corona; pero á pesar de su indigencia no quiso ceder. Cansado, pero no vencido, por diez y ocho años de pruebas desde el dia en que se mostró con su pensamiento que ofrecía á las potencias de la tierra, se hubiera avergonzado de rebajar el precio del donativo que Dios le habia hecho. *Se retiró respetuosamente de las conferencias con los comisarios de Fernando, y cabalgó solo y desnudo sobre una mula, presente de la reina, y volvió á tomar el camino de Córdoba, para dirigirse desde este punto á Francia.* Lamartine en Colon. Civilizador, part. 1.ª, p. 22.

[2] Fernando, despues de haber oído á Colon, nombró un consejo de exámen en Salamanca, bajo la presidencia de Fernando de Talavera, Prior del Prado. Este consejo se componía de los hombres más versados en las ciencias divinas y humanas de los dos reinos. Reunióse aquella capital litera-

Una aura celestial que me enagena
Y de estupor me llena.
Su majestad y venerable gesto,
Su porte tan sencillo y tan modesto,
Sus palabras que en mi alma resonando,
Como en un templo la oracion sagrada,
La dejan extasiada
Y vanla encadenando;
Su constancia de mártir, su mirada
De profeta que anuncia lo futuro,
Su persistencia y ademan seguro;
Todo esto y algo más, á que yo cedo,
Y que en palabras esplicar no puedo;

ria de España en el Convento de los domínicos, donde Colon recibió la hospitalidad. Los sacerdotes eran los que á la sazon lo decidían todo en España, porque la civilizacion estaba en su Santuario. Los reyes no reinaban más que sobre los actos, pero las ideas pertenecían á los pontífices. La inquisicion, policía sacerdotal, vigilaba y castigaba hasta cerca del trono todo cuanto tenía relacion con la heregía. El rey añadió á este consejo profesores de astronomía, de geografía, de matemáticas y de todas las ciencias profesadas en Salamanca. Este auditorio no intimidó á Colon, porque se lisonjeaba con la idea de ser juzgado allí por sus correligionarios; pero fué juzgado nada más que por sus competidores. La primera vez que compareció en el salon del monasterio, los frailes y

Como de Dios enviado
Preséntanme á Colon, predestinado
A revelar al mundo lo que ignora:
Y esa mision tan alta mi alma adora. [3]

¿Qué mucho entónces que la pobre ciencia,
La ciencia que hoy domina,
Condene como absurda su doctrina,
Superior á la actual inteligencia?

---

los pretendidos sabios, convencidos de antemano de que toda teoría que iba más léjos de su ignorancia ó de su rutina, no era más que el sueño de una imaginacion enferma ó soberbia, no vieron en ese oscuro extranjero más que un aventurero, buscando fortuna con sus quimeras. Nadie se dignó escucharle, á excepcion de dos ó tres religiosos del Convento de San Estévan de Salamanca, religiosos oscuros y sin autoridad, que se entregaban en su claustro á estudiar, despreciados por el clero superior. Los otros examinadores de Colon le confundieron con citas de la Biblia, de los Profetas, de los Salmos, del Evangelio y de los padres de la Iglesia, quienes pulverizaban de antemano con textos indiscutibles la teoría del globo y la existencia quimérica é impía de los antípodas. Lamartine ib. Parte 1.ª, p. 18.

[3] Hé aquí el retrato que hace el mismo Lamartine de Colon: "Uno de ellos era un hombre que apénas había llegado á la mitad de su vida, de elevada estatura y de formas robustas, de posicion majestuosa, de noble frente, de franca

¿No vimos de los sabios la conciencia
Allá en la Grecia, cuyo brillo enluta,
Pronunciándose en juicio temerario,
Dar á Sócrates bárbara cicuta;
Y en aquella teocrática Judea
Arrastrar á Jesus hasta el Calvario,
Porque ella comprender aun no podía
Su celestial doctrina y nueva idea
Que al hombre un nuevo mundo descubría?

¡Oh mi Fernando! Si, cual yo, tú vieras
Los fulgores del genio en esa frente,
Si al escucharlo, como yo, sintieras
No tan sólo el encanto
De su palabra sabia y elocuente,

---

fisonomía y de mirada penetrante, todo lo cual constituia una persona simpática. Sus cabellos de un subido ligeramente oscurecidos, se teñían ligeramente sobre sus sienes con aquellas manchas blancas, que precipitan la desgracia y el trabajo del espíritu. Su frente era elevada, su tez, primitivamente colorada, había palidecido por el estudio y se había bronceado por el sol y el aire del mar. El ruido de la voz era varonil, sonoro y penetrante como el acento de un hombre acostumbrado á proferir pensamientos profundos. Nada de ligereza ó irreflexion revelaban sus gestos; todo era grave

Sino un respeto indefinible y santo,
De altas virtudes esa luz que inflama
Y orna su frente con celeste llama,
Algo que maravilla
Y ante lo que mi frente real se humilla;
Una voz interior que me asegura
Que mayor gloria, que mayor ventura
Que la que ese extranjero,
Al parecer mendigo,
Nos promete y augura,
No la hubo ni la habrá en lo venidero;
Entonces á Colon comprenderías
Y tu mano conmigo
Generoso tambien le tenderías.

---

y simétrico en sus menores movimientos; parecía que se respetaba modestamente á sí propio, obrando con la reserva de un hombre piadoso en un templo, como si se hubiera encontrado en la presencia de Dios." Era Colon, segun la expresion feliz de otro célebre escritor: "un conjunto admirable de las más grandes cualidades, digno de ir á personificar el mundo antiguo en ese otro mundo desconocido que él iba á pisar antes que nadie, y de llevar á esos hombres de otra raza las virtudes del viejo continente, sin uno solo de sus vicios."

Abre tu corazon, Fernando mio,
No te muestres severo y siempre frio
A esa influencia divina
Que, más que la razon, al alma inclina,
Y con que siempre dota el cielo pío
Al hombre superior que predestina.
Abrelo, y la grandeza
De Colon medirás y su alta empresa;
Así comprenderás si los honores
Y títulos que pide ser podrían
El precio de un sin precio;
¡Y cómo del consejo los rigores
Y tanto menosprecio
Su noble corazon destrozarían!

Mira, Fernando, inspiracion divina
Mi pecho enciende, mi razon domina.
Millares de almas no es posible vea
Que yacen en las sombras de la muerte
Y que al infierno nuestra fé destina,
Si posible me sea
Cambiar en gloria su futura suerte.
¡Qué fortuna mayor que esa fortuna!
¡Despues de derrotar la media luna,
Y reducir su abominable imperio,

Si el astro que nos guía nos acompaña,
¡Cosa estupenda que jamás se ha visto!
Descubrir y alumbrar otro hemisferio,
Dilatar hasta allí la heroica España
Y allí plantar la Cruz de Jesucristo!
¡Oh! qué empresa tan santa,
¡Qué alma grande con ella no se encanta!

No, si el real tesoro escaso fuere,
Los gastos de la empresa no sufriere,
Y la penuria es tal cual se presenta,
Tómola por mi cuenta;
Y si de mi corona de Castilla
Los tesoros aun no fueren bastantes
Están ahí mis joyas y diamantes; [4]

(4) Isabel, al saber la partida de su protegido, tuvo como el presentimiento de las grandes cosas que se alejaban para siempre de su lado con este hombre predestinado. Indignóse contra sus comisarios que ajustaban con Dios, exclamó ella, *el precio de un sin precio*, y sobre todo el precio de millones de almas entregadas por su culpa á la idolatría. La marquesa de Moya y Quintanilla animaron con su elocuencia sus remordimientos. El rey, más frio y más calculador, titubeaba; el gasto de la empresa en un momento de penuria del tesoro le detenía. "Y bien, exclamó en un arranque de generoso entusiasmo

Que cosa muy sencilla
Es á mi corazon tal abandono;
Que no es el rey más grande el que más brilla
En un soberbio y esplendente trono,
Sino aquel que ante Dios tiembla y se humilla,
Que cuanto tiene y puede á su servicio
Pónelo y lo dedíca en sacrificio;
Aquel que en su nacion y los humanos
Vierte más bienes de sus regias manos.

En nombre de Dios vivo,
Venga luego, que vuelva el fugitivo; [5]

Isabel, yo me encargo sola de la empresa, por mi corona personal de Castilla. Yo daré mis joyas y mis diamantes para subvenir á los gastos del armamento." Este arranque de corazon de una mujer triunfó de la economía del rey, y por un cálculo más sublime, adquirió incalculables tesoros de riquezas y de provincias para estas dos monarquías. El desinterés inspirado por el entusiasmo es la verdadera economía de las almas grandes y la verdadera sabiduría de los grandes políticos. Lamartine en Colon, parte 1ª p. 23.

[5] Corrieron al punto detrás del fugitivo: el mensajero que la reina le envió para llamarle le encontró á algunas leguas de Granada, en el puente de Pinos, famoso desfiladero situado entre las rocas donde los moros y los cristianos habían

En su alcance que parta un mensajero,
Y sepa que esta vez serán colmados
Sus votos, sus trabajos compensados:
Que la mujer que desde el dia primero
Que lo oyó, lo creyó, le dió su mano
Y le ofreció su auxilio soberano,
Esclava fiel de la hidalguía española,
Por su cuenta, ella sola:
Darále hoy cuanto bastante sea
A realizar su portentosa idea. [6]

---

frecuentemente confundido su sangre con las aguas del torrente que separaba las dos razas. Colon enternecido volvió á echarse á los piés de Isabel. Esta obtuvo por sus lágrimas del rey Fernando la ratificacion de las condiciones exigidas por Colon. Sirviendo la causa abandonada de este hombre grande creia servir la causa de Dios, á quien no conocia aquella parte del género humano que iba á conquistar á la fé: veia el reino celestial en las adquisiciones que su favorito iba á hacer á su imperio, y Fernando miraba allí su monarquía terrestre. Lamartine ib.

[6.] En la primera audiencia que se dió á Colon Fernando lo escuchó con gravedad; Isabel con entusiasmo, y concibió á la primera mirada y á los primeros acentos de este enviado de Dios, una admiracion que rayaba en fanatismo y un atractivo que se confundia con la ternura. La naturaleza habia dado á la persona de Colon la seduccion que

Y sepa el mundo que la grande España
Que por sí sola, sin ayuda extraña
En siete siglos de tenaz pelea,
Y arrancando laureles tras laureles,
Deshizo para siempre á los infieles;
Hoy por sí sola al genovés, al loco
Que, dando un mundo, recorrió la tierra,
Y tuviéronle en poco
Italia, Portugal, Francia, Inglaterra;
Hoy, confiada en sus genios tutelares,
A echarlo va por los ignotos mares,
Sin más luz que su genio y su prudencia.
Absorto el mundo temblará de miedo,
Miéntras yo, orando, resignada quedo
Al designio de la alta Providencia.
  Parte, Colon, sí, parte: el Océano,

---

nos ciega, tanto como la elocuencia que persuade al entendimiento. Se hubiera dicho que ella le destinaba á tener por primer apóstol una reina, y que la verdad con la cual iba á dotar á su siglo debia ser recibida y alimentada en el corazon de una mujer. Su constancia en favor de Colon no se desmintió ni aun delante de los indiferentes de su corte, ni delante de sus enemigos, ni delante de sus reveses; creyó en él desde el primer dia y fué su prosélita sobre el trono, y su amiga hasta la muerte. Lamartine ib. p. 18.

Que inmenso y fiero asusta al navegante,
Tu corazon no espante
Y ceda dócil á tu experta mano.
Tal vez los elementos
Obedezcan mejor á tus intentos
Que los que lleves turbulentos hombres,
Que con tu audacia temeraria asombres;
Y perdidos del piélago en los senos,
Temblando el corazon, de espanto llenos,
No comprendan tu genio y tu destino,
Pongan en riesgo tu gloriosa empresa,
Contra tí rebelándose ¡oh Dios mio!....
Mas de tu frente ese fulgor divino,
De tus ojos el fuego, tu grandeza
Domeñarán su corazon impío.
Y te he de ver, me lo asegura mi alma,
Volver á mí con victoriosa palma,
Triunfante de los hombres y las olas,
Ostentando en las playas españolas
Los trofeos inmortales de tu hazaña.
Cual semidios, de gozo enagenada,
Te adorará la tierra prosternada;

Miéntras mi heroica, idolatrada España,
Contigo en las naciones bendecida,
Se verá sobre todas exaltada;
Suya será tambien tu inmensa gloria,
Y en mármoles y bronces esculpida
Contigo eterna vivirá en la historia.

— ⟡ —

COLON EN SU NAVE ENCADENADO,

Ó

EL TRIUNFO DE LA ENVIDIA.

Dejadme estas cadenas, que destrocen
Mi cuerpo débil, pesen sobre mi alma,
Y apure hasta las heces de amargura
El cáliz, y dejad que así se gocen
Mis enemigos, y la negra palma
Alcance sobre mí la envidia impura. [1]

[1.] Al llegar Bobadilla á la Española, y prevenido contra el almirante, le intimó que compareciese cómo acusado á su presencia, y haciendo traer cadenas mandó á los soldados que las pusiesen á su general. Los soldados, acostumbrados al respeto y al amor de su Jefe que se habia hecho más venerable á sus ojos por su edad y por la gloria, vacilaron y permanecieron inmóviles, como si les hubiera mandado un sacrilegio. Pero

¡Tal es la condición de los humanos!
Por más que un bienhechor abra sus manos,
Fuere ángel, no sólo hombre,
Y aun un Dios, no os asombre,
Y sobre ellos mil bienes derramare
Y su alma con su ciencia iluminare,
Y arrastrarlos, dulcísimo, pretenda
A nueva vida y más hermosa senda;

Colon, tendiendo él mismo sus brazos á las cadenas que su rey le enviaba se dejó aherrojar de piés y manos por uno de sus servidores, verdugo voluntario, vil asalariado de su domesticidad, llamado Espinosa, cuyo nombre ha conservado Las Casas como un tipo de insolencia y de ingratitud.

Encerrado Colon en el calabozo del fuerte de Isabela, sufrió allì por espacio de muchos meses miéntras se instruia su causa, en la que todos sus rebeldes y todos sus enemigos le imputaron á porfia las más negras y absurdas acusaciones. Convertido en objeto de la burla y del furor públicos oia desde el fondo de su prision las chanzonetas feroces y las amenazas de sus perseguidores, que iban todas las noches á insultarle en su cautiverio.

A cada momento esperaba ver entrar á sus verdugos; sin embargo, Bobadilla no se atrevió á consumar el último crimen y mandó que el almirante fuese expulsado de la Colonia y enviado á España á la justicia y á merced del Rey. Alonzo de Villeja fué el encargado de su custodia durante su travesia. Era este un hombre de corazon, obediente por deber militar, indignado y misericordioso hasta en la obediencia. Al verle Colon entrar en su calabozo creyó que habia llegado su última hora, á

Siempre la ingratitud y la perfidia,
La bárbara ignorancia y fiera envidia
Se opondrán á su paso, y cuántas, cuántas
Espinas herirán sus nobles plantas.

Dejadme estas cadenas, y en presencia
De mis augustos Reyes
Probaréles con ellas mi obediencia,
Que acato á sus ministros y sus leyes.
Dejadme estas cadenas, mi inocencia

---

la que se habia preparado con la inocencia y la oracion. Sin embargo, la naturaleza se resintió en él.

—¿Adónde me conducís? dijo interrogando con la mirada y el acento al oficial.

—A los buques, en donde vais á ser embarcado, Monseñor, respondió Villejo.

—¿A embarcarme? repitió Colon, no atreviéndose á dar crédito á aquel mensaje que le devolvia la vida ¿no me engañais, Villejo?

—No, Monseñor, respondió el oficial: os juro por Dios que nada hay más cierto. Villejo sostuvo los pasos del almirante y le hizo subir en el buque cargado con el peso de sus cadenas, y perseguido por los insultos de un infame populacho.

Pero apénas se hicieron los barcos á la vela, Villejo y Andrés Martin, comandantes del que servia de calabozo flotante á su Jefe, se acercaron con respeto á él, igualmente que toda la tripulacion, y quisieron quitarle sus cadenas. Colon, para quien esos

Por doquiera en llevarlas se recrea;
Y cuando libre de la envidia sea
En mi sepulcro yacerán conmigo.
¡Eterno monumento, fiel testigo
De lo que espera el hombre en recompensa,
Que á tanto llega la mundana ofensa!

Así quiero volver, encadenado,
A esa España que un dia
Me recibió en sus brazos, fuí llevado
En carrera triunfal, cual lo pregona

---

hierros eran á la vez una señal de obediencia á Isabel y un signo de la iniquidad de los hombres, y que atormentaban su cuerpo, pero de que se gloriaba su espíritu, les dió las gracias, rehusando obstinadamente que se los quitasen.

—No, dijo, mis soberanos me han escrito que me someta á Bobadilla, y en su nombre me han puesto estas cadenas. Las llevaré hasta que ellos mismos me las quiten, y las conservaré despues, añadió, con una satisfacción amarga de sus servicios y su inocencia, como un monumento de la recompensa concedida por los hombres á mis trabajos.

Su hijo refiere, igualmente que Las Casas, que Colon fué fiel á esta promesa, que siempre conservó sus cadenas colgadas á su vista en sus moradas, y que en su testamento mandó que fuesen sepultadas con él en su ataud. Como si hubiera querido apelar á Dios de la injusticia y de la ingratitud de sus contemporáneos, y presentar al Cielo las pruebas materiales de la iniquidad y de la crueldad de la tierra.

Lamartine en Colon, part. 3., p. 10—*Civilizador.*

Guadalquivir aún, de Andalucía
Hasta la gran ciudad de Barcelona.
¿Qué honores y qué aplausos, qué corona,
Qué adoracion y culto
No alcanzó este mendigo
De la misma nacion que fué testigo
De tanto menosprecio, tanto insulto,
Con que sabios y grandes se burlaron
De mi fé y mi constancia, de mi ciencia,
Y por tan largos años me dejaron
Vivir con mi ilusion en la indigencia?
Y al mirarme llegar se levantaron
Los católicos Reyes,
Sobre los usos de la Corte y leyes,
No por mi gloria, ni grandeza extrema
Que deslumbrarlos, no, nunca podria;
Pero tal vez un rayo refulgente
De la Deidad suprema
En aquellos instantes cruzaria
Y de su enviado iluminó la frente. [2]

[2.] Isabel y Fernando, informados de su regreso y de su conquista por el mensaje que el almirante habia enviado de Lisboa, le esperaban en Barcelona con triunfos y magnificencias dignas de la grandeza de sus servicios. La nobleza de España acudió allí de todas las provincias para rendirle pleito homena-

**El gozo inmenso que en mi pecho ardiente
Sentí yo entónces, en aquellos dias
De generales, santas alegrías,
Aun alivia mis penas
Y humedece con llanto estas cadenas.**

---

je. Entró como triunfador y como rey de futuras monarquías. Los indios traidos por la escuadra, como una prueba viviente de la existencia de otras razas humanas sobre aquellas tierras descubiertas, marchaban á la cabeza del cortejo con el cuerpo pintado de diferentes colores y adornados de collares de oro y perlas: los animales y las aves, las plantas desconocidas, las piedras preciosas recogidas sobre aquellas riberas, iban colocadas en vasijas de oro, llevadas sobre las cabezas de los esclavos negros. La ansiosa multitud se apiñaba; los rumores fabulosos circulaban por entre los oficiales y compañeros de gloria del almirante. Colon, montado sobre un caballo del rey, ricamente enjaezado, aparecia despues, escoltado por una numerosa cabalgata de cortesanos y caballeros de todas órdenes. Todas las miradas se concentraban en este hombre inspirado de Dios, que fué el primero que descorrió el velo del Océano. Se buscaba en sus facciones el signo visible de su mision y se creía verle allí. La belleza de sus facciones, la majestad de su fisonomía, el vigor de la eterna juventud, junto con la gravedad de los años, el pensamiento bajo la accion, la fuerza bajo sus blancos cabellos, el sentimiento íntimo de su valor, junto con la piedad hacia Dios, que le habia elegido entre todos, el reconocimiento hacia sus soberanos, que le devolvian en honores lo que él les traia en conquistas, convertian en este momento á Colon, dicen los espectadores de su entrada en Barcelona, en una de aquellas fi-

Comparábame yo en mi devaneo
Al triunfador Líeo, [3]
En majestad y juventud y gloria,
Cuando volvió de la India al Occidente
Con tantas prendas de tan gran victoria,
Descubriendo esas tierras y esa gente;

---

guras proféticas y heróicas de la Biblia. El pueblo le arrojaba palmas en señal de adoracion. "Ninguno se medía por él, dicen, todos creian ver al hombre más grande y al hombre más favorecido del Cielo." Isabel y Fernando le recibieron sentados sobre su trono, *y se levantaron al verle, como si se hallaran en la presencia de un enviado del Cielo.* Despues le mandaron sentar al nivel de su trono, y escucharon la relacion solemne y circunstanciada de sus viajes. Al terminar esta relacion, dueños de la elocuencia y la poesía que salian de los labios del almirante, encendieron su santo entusiasmo, el rey y la reina, conmovidos al extremo de verter copiosas lágrimas, cayeron de rodillas y entonaron como una piadosa exclamacion el *Te Deum*, himno de la más grande victoria que el Todopoderoso concedió jamás á ningun soberano. Lamartine, ib., p. 1.

[3.] Lyeo, nombre de Baco, del griego *Luein*, desatar, librar, porque como Dios de la alegría nos libra de los pesares. Baco, el primero, emprendió la conquista de la India, país desconocido para el Occidente, y cuya expedicion maravillosa nos describe elegantemente el poeta Nonno en sus Dionisiacas de la manera siguiente: "Cada caudillo habia guiado sus tropas á la presencia de Baco, quien deslumbrante de magestad, capitaneaba el ejército entero. No llevaba en la pelea escudo, fuerte lanza, ni espada pendiente de rico tahalí; no oprimia su

Y *evohé* en mis oídos resonaba
Y en mis manos el *tirso* contemplaba.
Ya, al oír el hosanna y ver las palmas
Y el entusiasmo de las grandes almas,
Allá á Jerusalem me trasportaba
Y con el Salvador, cuando allí entraba,
Compararme queria......
¡Profanacion! Detente lengua mia....
¡Oh desvanecimiento temerario!

---

cabellera bronceado yelmo para defender su invencible frente: formidable corona de serpientes sujetaba sus cabellos; en vez de borceguíes artísticamente trabajados y altos hasta la rodilla, habia añadido al coturno de púrpura un calzado de plata. La bellosa piel de siervo que cubria su pecho servíale de coraza, matizada como el Cielo estrellado. Llevaba en su mano izquierda hermoso cuerno de oro del que salia en abundancia delicioso vino; con la diestra sostenia el agudo tirso envuelto en hiedra; sus hojas ocultaban la acerada lanza, y de la dorada asta pendia pintada banderola."

Y llegó á la India, y emprendida la guerra mata en singular combate á Deriades su rey, y con su muerte conquista Baco toda la península, sometiendo á su ley á sus príncipes y pueblos, no ménos que á las naciones vecinas; y despues de enseñar á todos el cultivo de la vid y de establecer entre ellos la paz y la abundancia, se volvió á la Grecia en triunfo, adorado como un Dios, y resonando por todas partes en las fiestas y ovaciones el grito sagrado de *evohé*, que recordaba la exclamacion que Júpiter le dirigia en el combate contra los gigantes.

¡Miserable de mí que no veia
Que en el mismo Salem está el Calvario,
Que inconstante doquier, doquier voltario
El pueblo con los grandes de la tierra
Hácenle al mismo Dios infanda guerra!

¡Y ¡pecador de mí! yo me engrandezco
Y en alta voz proclamo mi inocencia,
Yo, que llevo manchada mi conciencia,
Y que las penas que me dan merezco!
Cuanto sufro, Señor, yo te lo ofrezco
En expiacion de mi ambicion mundana
Y las flaquezas de mi edad temprana
Y purificacion de mis intentos.
¿De qué gloriarme yo? Mis pensamientos
Tu inspiración han sido, yo tu enviado.
¿Y mis descubrimientos
Qué fueron sino el curso señalado
En el relox del tiempo, indefectible,
Con que al mundo gobiernas, invisible?

¡Gloria tan sólo á tí, que de la nada
Y á tu sola palabra fué poblada
La inmensidad que miro y me confunde
Y más allá me lleva y me hunde, me hunde!

¡Gloria tan sólo á tí que nos encubres
Lo que ver tu plan veda; y nos descubres
En felicidad nuestra
Lo que te place y tus bondades muestra!
¡Gloria tan sólo á tí! que sin tu mano,
Ciego y perdido en el ignoto Oceano,
Juguete de los vientos y las olas,
Mucho fuera que en costas españolas
Hallado hubieran con espanto grave
Las náufragas reliquias de mi nave!

¡Gloria tan sólo á tí! Tu nombre solo
Y el de mi Salvador de polo á polo
De hoy más adoren estas nuevas gentes
Y otras más que en el tiempo nos presentes.
Y, de prodigio tal siendo testigos,
Póstrense anonadados
Y en tu amor abrasados
Se conviertan á tí, tus enemigos.

Mi gloria nada más tu gloria sea;
Y cuando el fruto recogido vea,
La conversion, la conversion de infieles
Y tesoros acopie, los laureles

Aun no me ceñiré, ni mi divina
Mision daré por terminada y llena,
Hasta el voto cumplir que me enagena,
Mi grande aspiracion ¡La Palestina!
La gran conquista del sepulcro santo:
Que si lograra yo....de gozo tanto
Cierto, mi corazon se desplomara
Y allí con mi Jesus, allí espirara. [4]

[4.] D. Joaquin G. Icazbalceta en su biografía de Colon se explica así sobre ese punto. "Pero la cualidad más notable del carácter de Colon, era el sentimiento religioso, que vivificaba con su purísimo fuego todas las demás prendas de su alma. Profundamente arraigada en su espíritu la conviccion de ser él mismo un instrumento de la Providencia para llevar á cabo sus más altos designios, todo lo referia á Dios, y fortalecido con su omnipotente auxilio no habia empresa que considerase fuera de sus alcances. Hijo de esta conviccion fué su empeño en recobrar el santo sepulcro; proyecto que le habia valido el título de visionario. Colon lo era en efecto; pero cómo no serlo si su primer ensueño, burlado y contradecido por el mundo todo, había hallado tan espléndida realizacion más allá de los inmensos mares? La idea de la cruzada no era tampoco un ensueño; era un resultado de la inspiracion celestial que visitaba su mente; ella venia de Dios y á Dios debia volver; su resultado material y visible habia sido el descubrimiento de un mundo; para volver á su Criador necesitaba tomar tambien una expresion visible, y ningun medio más apto podia hallarse que el hacer triunfar su nombre en los lugares que vieron el cumplimiento de los más altos misterios de nuestra religion."

¡Mi voto cumpliré! La gran Señora
Que venera la España y mi alma adora,
La Reina de las reinas y los reyes,
Que superior á las humanas leyes,
Y abriendo su alma á la mocion divina,
Comprendió mi profética doctrina,
Y en larga mano y con amor profundo
El camino allanó del nuevo mundo;
Ese ángel fiel, que sin cesar bendigo,
Que generoso compartió conmigo
La gloria ó la vergüenza;
Recibiráme con bondad inmensa,
Y, al mirar mis cadenas, los enojos
Harán brotar el llanto de sus ojos. [5]

Cesarán con su amparo mis pesares
Y, confortada mi alma,

[5.] Cuando vieron en Cádiz á aquel anciano que poco ántes habia dado un imperio á su patria, volver de aquel imperio como un vil criminal para expiar el servicio con el oprobio, se exaltaron los corazones contra Bobadilla; Isabel, que á la sazon se hallaba en Granada derramó lágrimas al ver aquella indignidad, mandó que sus hierros fuesen reemplazados por ricos trajes y sus guardas por una escolta de honor. Llamóle á Granada, se echó él á sus piés y sus sollozos de reconocimiento le ahogaron voz. Lamartine en Colon, ib., p. 11.

Y en confusion el enemigo bando,
Estas tierras tan bellas, estos mares,
En borrasca ó en calma,
Seguiré descubriendo y admirando.
En tanto el viejo mundo
En estupor profundo,
Pendiente de mis pasos y mis labios,
Mis progresos loando,
Pagará con sus himnos mis agravios,
Al visionario alzando
Más allá de sus héroes y sus sabios,
Y al gran Dios de Colon y las naciones
Rindiéndole sus tiernas bendiciones.

—◇◇—

SANTA TERESA,

Ó EL

AMOR DIVINO.

FRAGMENTO.

Ahora que recuerdo como un sueño,
Cual si de un otro mundo yo viniera,
Mi juventud primera,
Su seductor beleño;
Ahora que me tienes de tu mano
Y haces que mire la verdad entera,
Tú me darás licencia, dulce dueño,
Para hablar, de manera
Que en lenguaje mundano
Toque asunto profano;

Léjos, muy léjos yo de recrearme,
Que no de tu morada separarme
Quiero ni un solo instante, cual bobilla;
Sólo quiero nomás que el mundo vea
La que en mí obraste grande maravilla,
Y que mi ejemplo sea
En bien de la criatura que se humilla.

Bendito una y mil veces mi piadoso
Padre que, á mi alma atentó más que al mundo,
Resguardó mi inocencia de su inmundo
Hálito, á la par dulce y ponzoñoso.
Cuando mi corazon tan ardoroso
Y tierno se entreábria
Y al rayo del amor se estremecia;
Y con los caballeros yo soñaba
En fiestas y torneos;
Y á embriagarse mi alma comenzaba
Con tantos amoríos y devaneos,
El, él, bendito, con su boca pura
Los peligros de mi alma en mi hermosura
Y mi sensible pecho
Hízome ver en lágrimas deshecho,
Y su raudal de paternal ternura

Me hizo romper los mundanales lazos
Y echarme de Jesus entre los brazos.
¡Bendito, porque ahora mi alma advierte
Que en este mundo, en este mar turbado,
Escollos nada más hubiera hallado,
En vez de vida, muerte!

Hay almas peregrinas
Que no hallan en el mundo sino espinas,
Que ven la luz sin fúlgidos colores,
Los campos mustios, pálidas las flores,
Que viven sin vivir, y no en su centro,
Porque buscan y no hallan en el suelo
El alma hermana que soñó su anhelo;
Que es un prodigio su feliz encuentro.
Corazones de fuego y tal pureza
Que la humana belleza
Satisfacer no puede con su encanto,
Y viven, consumidos de tristeza,
Con su creciente amor y eterno llanto.
Almas privilegiadas
Que, si apartan del mundo sus miradas
Y, enteras, se abren al amor divino,
¡Felices! su inquietud y su amargura
Se cambiará en descanso y en ventura.

Que en ese océano embriagada su alma
En hartura hallarán la ansiada calma.
En otro cielo y luz, como de léjos,
Mirarán de la tierra los reflejos,
Sus abismos; y el único camino
Descubrirán desde tan alta cumbre;
¡Felices! que llenaron su destino:
Hacer brillar esa divina lumbre
En este cuerpo, en esta podredumbre;
Sostener del espíritu el reinado
En el mundo sensual y degradado;
La carne dominar y las pasiones,
A tal punto, con tales perfecciones,
Que en Dios vivan nomás, á el solo quieran,
Que sin sus goces séales tan amarga
La triste vida y tan pesada carga
Que mueran, en verdad, porque no mueran.
Son excepciones á la ley de amores;
Y, cual flor venenosa entre las flores
No impedirá que ellas
Sean siempre entre las plantas las más bellas,
Así en órden al bien hay superiores
Hombres espirituales,
Que ayudan á los buenos y mejores,
Sin trastornar la ley de los sensuales,

En que se apoya el mundo que domina,
Y con que él á su fin siempre camina.

¡Pobre de tí, pobre de tí, Heloísa,
De tu siglo prodigio, que eterniza
Tu inmenso amor y tanta desventura!
Tú, singular criatura,
De tanto ingenio como grande de alma,
Que te llevaste en el saber la palma, [1]
Y mereciste tanto
Que Pedro el Venerable, Pedro el santo
Te abrió su corazon, lloró contigo,
Y más que austero, amigo,
Al Paracleto el mundanal consuelo
Que darte pudo, te llevó en su duelo; [2]

[1.] En una larga carta de pésame que envió á Heloisa Pedro el Venerable, comunicándole la muerte de Abelardo, entre tanta efusion de su ternura y sus santos consuelos, le dice: No solamente habeis vencido y superado en saber á todas las mujeres, sino que tambien habeis superado á casi todos los hombres. [*pene viros universos superasti;*] y la llama mujer verdaderamente filósofa [*veré philosóphica mulier.*]

[2.] La amistad de Pedro el Venerable no se creyó satisfecha hacia su amigo despues de haberle sepultado; entró por su caridad, verdaderamente divina, en la piadosa complicidad de un amor que tanta sangre, arrepentimiento y lágrimas habian

Tú, cuya alma de fuego, alma tan tierna
Bien merecido habria
Hombre tan bello y puro como el dia,
Si consagrado á la belleza eterna
Hubieras tu grande alma,
Apartando los ojos de este suelo,
Anticipado hubiéraste del cielo
En Argenteuil los goces y la calma.
Y entónces ¡oh! qué vida y qué consuelo

---

consagrado á sus ojos; comprendió que su amigo en el cielo y Heloisa en la tierra le pedian el último consuelo de la union, á lo ménos en el sepulcro. No se creyó culpable por condescender, á pesar de su santidad, á estas debilidades ó á esta ilusion del amor, que no habiendo podido confundir dos vidas, quiso al ménos confundir dos cadáveres; pero temiendo la sombra del escándalo, cubrió con el misterio el piadoso robo que hizo él mismo en el cementerio de *San Marcelo*, oratorio dependiente de su abadía, en el cual Abelardo estaba inhumado. A nadie confió el cuidado de acompañar los restos de su amigo para entregarlos á Heloisa; ninguna otra mano era digna de tocar ese depósito sino la mano de un santo y de una esposa. Levantóse durante las tinieblas, exhumó el féretro de Abelardo y le trasladó al Paracleto. El escribió el epitafio de su amigo. "*Pluton de nuestra edad, igual ó superior á todo lo que vivió, soberano del pensamiento, reconocido por todo el universo, sobrepujaba á la humanidad por la fuerza de la idea y por la fuerza de la elocuencia. Su nombre fué Abelardo.* Lamartine en Heloisa, p. 18.

Para tu corazon puro, ardoroso,
Digno nomás del celestial Esposo
Que ni Abelardo comprendió, ni el mundo
Y que amargaron en su seno inmundo!....
Y en visiones hermosas
Y en pláticas divinas y sabrosas
Lo que en suaves delicias tú sentido,
Lo que hubieras oído
¿Qué lengua, ni en qué voz, decirlo puede,
Cuando á lo humano hasta tal punto excede
Que no hay ni puede haber entre los hombres
Para tan altas cosas propios nombres?

Por eso callaré, que en mis moradas
Expresar esos goces quise en vano,
Mis ansias y las llamas regaladas
De ese Bien Soberano.

....

....

Moctezuma, ó la víctima de la civilizacion,

EN EL DÍA DE LA ENTRADA DE LOS

ESPAÑOLES Á TENOCHTITLAN.

¡Y llegaron por fin! ¡Nada pudieron
Con ellos mis presentes, mis amagos!
¡Mis súplicas y halagos
Qué fueron ¡ay! qué fueron,
Sino incentivo á su tenaz empeño!
Súplicas y amenazas, todo hollaron;
¿Y veloces, cual ciervos, no subieron
Nuestras altas montañas y bajaron,
Terribles, á este valle tan risueño?

¡Y aquí los miro y me parece un sueño!
Aquí están, aquí están, los he tocado
Y he sentido un temblor tan desusado
Y en sus formas extrañas tales creces
Que aquí dudando estoy, como otras veces,
Si son hijos de dioses ó mortales
A nosotros iguales.

¿Quién es el gran Señor que del Oriente
Nos ha enviado tan extraña gente?
¿Será de aquel Dios bueno,
Del gran Quetzalcoatl, descendiente?
¿Y estos que se acreditan con el trueno
Y el rayo amenazante,
Estos hombres que traen en su semblante
De su tez la blancura, su belleza
Y su barba flotante,
Y otros rasgos divinos de grandeza,
Son los que en las leyendas populares
Vendrian, se dice, de orientales mares,
No como usurpadores,
A gobernar de nuevo estos lugares,
Como dueños, legítimos señores?
¿Y tal revolucion y tal llegada
No fué, por nuestro mal, no fué anunciada

Con infaustos cometas en el cielo,
Y embravecidos lagos en el suelo,
Y el incendio voraz del templo santo,
Y aquel cono de luz que puso espanto,
Y voces lastimeras y gemidos
En el silencio de la noche oídos? [1]

[1.] Parece que en tiempo de Moctezuma era opinion unánime que habia llegado la época de que volviese el Dios y de que se cumpliesen sus promesas. Se dice que semejante creencia tomó su orígen de ciertas ocurrencias preternaturales, que todos los escritores antiguos refieren con más ó ménos prolijidad. En 1510 la laguna de Tezcoco, sin sobrevenir tempestad, terremoto, ni ninguna otra causa visible, se agitó violentamente, se desbordó y llegando hasta las calles de la ciudad, arrasó en medio de la furia de sus olas una gran parte de los edificios. En 1611 una de las torrecillas del templo mayor se incendió, tambien sin causa aparente, y continuó ardiendo á pesar de todos los esfuerzos que se hicieron para apagar el fuego. En los años siguientes aparecieron tres cometas; y poco ántes de la llegada de los españoles se vió en el Oriente una luz muy extraña, cuya base descansaba sobre el horizonte, y elevándose en la forma piramidal, se iba angostando al acercarse al zenit: parecia una vasta faja de fuego que despedia chispas, ó como se expresa un antiguo escritor, "*abundantemente salpicada de estrellas.*" Al mismo tiempo que esto se veia, se oyeron voces lastimeras y dolorosos quejidos que parecia como que anunciaban alguna extraordinaria y misteriosa calamidad. El monarca azteca aterrado por el fenómeno que habia aparecido en los cielos, consultó con Netzahualpilli, hombre versadísimo en la sutil cien-

¡Oh tú Netzahualpilli, el justiciero, [2]
Y en la ciencia astrológica el primero!
Tú, que en la luz extraña del oriente,
Rasgando el velo del fatal misterio,
Viste flotar esta terrible gente,
Sentiste sus pisadas y furores
Y á sus ecos hundirse nuestro imperio,
Uniendo á los clamores tus clamores;
¡Oh! feliz, muy feliz en tus dolores,
Que espiraste, cual rey, siempre acatado
En tu reino, heredado
De Netzahualcoyotl y tus mayores,
Por tus pueblos bendito y adorado! [3]

---

cia de la astrología; quien envolvió en confusion y espanto el espíritu del monarca, al anunciarle que *él leia en aquellos portentos los agüeros de la próxima ruina del imperio.* Prescott, Historia de la conquista de México, libr. 2, c. 6.

[2.] Tan severo en su justicia que mandó matar á su hijo Huexotzincatzin, á quien amaba en extremo, por haber violado una ley puesta en palacio, requebrando á una de las concubinas de su padre. Torquemada, Monarchia indiana, libr. 2, c. 65.

[3.] Estas desgracias agobiaron pesadamente el espíritu de Netzahualpilli, aumentándose sus pesares con los tétricos agüeros que tuvo de las calamidades en que iba á ser envuelto el país dentro de poco tiempo. Retiróse, pues, á su palacio de Tezcotzinco á llorar en secreto sus pesares. Su salud comenzó

¡Pero infeliz de mí, que avasallado
Viviré y moriré! ¡Cómo la suerte
No me dió en Quauhtemala,
En Cuauhtla ó en Tlaxcala
De Tlacahuepan la gloriosa muerte, [4]
La muerte de los héroes; los honores,
Los himnos y loores

á declinar rápidamente, hasta que al fin murió en 1515. ¡Harto dichoso en haberse libertado con esta muerte oportuna de presenciar el cumplimiento de sus pronósticos, la ruina del país y la extincion para siempre de las dinastías indias!

Sus honras se celebraron con pompa sanguinaria. Sobre su tumba fueron sacrificados doscientos varones y cien mujeres. Su cuerpo fué devorado por las llamas en una pieza funeraria, en medio de un monton de joyas y telas preciosas y de incienso; las cenizas fueron encerradas en una urna de oro y llevadas al templo de Huitzilopochtli, á cuya deidad tenia alguna devocion, no obstante las lecciones de su padre. Prescott. ib. lib. 1, c. 6.

[4.] Tlacahuepan, guerrero insigne que llevó consigo Moctezuma á combatir á los chalcas, que se habian rebelado, quienes fueron vencidos en una sangrienta batalla, muriendo en ella ese guerrero y Tzontemo, los capitanes de más valor y cuenta, nos refiere Torquemada, con otros muchos de grande valor y estima; porque eran los chalcas y lo fueron siempre muy valientes y de mucho corazon. Monarquía indiana, libr. 2, c. 47.

De los grandes patriotas! Mi memoria,
Como la tuya, brillaria en la historia.

Pero aun es tiempo ¡oh patria, patria mia!
Aun Moctezuma soy, y me obedecen
A tal punto mis pueblos, todavía,
Que á mi sola mirada se estremecen,
Y aun árboles y piedras sacudidos
Veránse, si resuenan mis bramidos.

Cuitláhuac nos lo ha dicho: son mortales
Su aparente grandeza nos engaña;
Vencibles son; si en armas desiguales,
Nuestro número es tal que, cual montaña
Que cayendo espantosa en la llanura
No deja de vivientes ni aun señales,
Tal nos despeñaremos; nuestra saña
Hará desparecer la grande España
Hundiéndola en inmensa sepultura.

Sí, todo Anáhuac se alzará conmigo,
Cual si fuera un solo hombre, y aun Tlaxcala,

Que tanto se señala,
Dando á estos hombres amistad y abrigo,
Se verá reducida por el fuerte
Xicotencatl, el héroe, á quien la suerte
Estuvo á punto de colmar de gloria,
Dándole el lauro de una gran victoria:
Que, indomable, persiste en sus rencores,
Y sólo espera, ansia,
Cual leon retenido en sus furores,
Rompa otra vez de la venganza el dia.

Aun no es tarde, no es tarde,
Léjos de mí la nota de cobarde;
Estalle al fin la guerra
Tiemble y retiemble la ultrajada tierra.
Harto de medios, tomaré el extremo,
Que es crímen la prudencia, si no espera
Satisfacer á la ambicion artera....
Más ¿qué digo? ¿Pontífice supremo
No soy tambien, no sólo rey de reyes,
Y así sujeto á superiores leyes,
Leyes que nos dominan la conciencia

Y no se explican por la humana ciencia?
Yo, en comunicacion con nuestros dioses,
Que en el Santuario augusto oigo sus voces,
Enseño que, rendirles obediencia
Antes que al hombre, es un deber sagrado.
¿Cómo entónces, á mí, me seria dado
No respetar las santas tradiciones
De la gente, ya sabia, ya sencilla,
Que estos blancos varones
Hoy realizan con grande maravilla?
¡Ni qué pueden los pueblos y naciones
Contra el órden divino!
Como cede la planta y cede el pino
Al furioso huracan ó gran torrente,
Así la humana gente
Á su inflexible y vencedor destino.
Y si, predestinados,
Vuelven á sus antiguos señoríos
Del dios Quetzalcoatl estos soldados,
Serán nuestros esfuerzos desvaríos,
Y nosotros, impíos,
Seremos, como el polvo, dispersados.
¡Tal situacion en mi grandeza tanta

El bárbaro destino me reserva,
Ser pisoteado por extraña planta,
Como marchita yerba!
No más vacilacion, no más cuidados:
¡Cedamos, fuertes, á los tristes hados!

Pasó mi gloria y divinal grandeza
Desde este infausto dia;
Y ya, descoronada mi cabeza,
Siento en mi alma tan mortal tristeza
Que no vida será, sino agonía
La que soporte mi infeliz bajeza.
Mis gentes y otras gentes maldiciones
Baldon sobre baldones
Echarán sobre mí, porque, menguado,
No hice armas: ¿contra quién? ¿contra los dioses?
No, veloces, veloces
Vengan los ciclos en que sea admirado
Providencial el órden y la mano
Que al universo norma
Y á México trasforma
Y me arrebata á mí, cual polvo vano.

Sí, vendrán esos ciclos, y con ellos
De otras nuevas verdades los destellos
Descubrirán al asombrado mundo
El que encierra misterio tan profundo
Esta revolucion, cuyos horrores
Si espantan mi razon, ella adivina
Que si víctima soy, es por divina
Voluntad de los dioses superiores,
Que no, cual los humanos, nos engañan;
Que, si tambien parece que se ensañan
Con nosotros los míseros mortales,
Vuélvense en bien los aparentes males,
Y el mundo siempre y sin cesar camina
A do su providencia lo destina.
¡Tal vez en lo futuro la gran suma
De bienes sobre Anáhuac derramados
No sólo absuelva al triste Moctezuma,
Sino que aun haga bendecir sus hados!

Con tal resignacion y tal idea
Sufriré yo en silencio, sin que sea
Escándalo á mi pueblo, que no alcanza

Mi profunda piedad y mi esperanza.
¡Cúmplanse las antiguas profecías
Y dispongan los blancos de mi suerte!
¡Cuál sombra pasarán mis breves dias
Y una temprana muerte
Me hunda y acabe con las penas mias!

XICOTENCATL,

Ó LA MUESTRA MÁS FORMIDABLE PARA LOS ESPAÑOLES DEL VALOR Y PATRIOTISMO DEL ANÁHUAC.

¡Por qué fatal destino
Beso las manos y la frente inclino,
Mi corazon rebelde hecho pedazos,
A estos hombres odiosos, cuyos lazos
Con Tlaxcala, mi patria, yo maldigo!
¡Yo, que al verlos llegar, tan insolentes
Con estas pobres, asombradas gentes,
Declaréme su acérrimo enemigo,
Negándoles el paso y nuestro abrigo
Con los pocos patriotas que á mis voces [1]

[1.] Hablando de Xicotencatl, nos dice Prescott; tal vez el temple natural de su alma le hacia no tenerles el mismo terror

La general supersticion hollaron
Y el espanto comun, y abominaron
La impiedad y ambicion de estos atroces
Hombres que en su soberbia se jactaron
Ser progenie de dioses
Y á los pueblos de Anáhuac fascinaron!

. . . . . .

Sobre ellos me lancé, cual fiero rayo,
Yo por tres veces en combate rudo,
Sin que nuestros valientes corazones,
Al ver sus nuevas armas y bridones,
Cayeran en desmayo.
No nos faltó fiereza; y si no pudo
Nuestra Garza arrancarles la victoria, [2]

---

que el vulgo de sus compatriotas, él veía á los invasores, no como á séres sobrenaturales, sino como á hombres enteramente semejantes á él. Las humillaciones que le habian hecho sufrir habian inflamado el odio y el implacable rencor del guerrero, cuya cabeza estaba llena de mil proyectos para recobrar su mancillado honor y vengarse de los invasores de su patria. Historia de la Conquista de México, libr. 3, c. 3.

[2.] El ejército de los tlaxcaltecas presentaba un confuso conjunto de cascos, armas y variadísimas plumas que relumbraban con la luz del sol naciente, y entre las cuales se veían las banderas, sobre todas las cuales se elevaba majestuosa una

Causa el traidor que con tan negro dolo
Con mis huestes dejóme solo, solo,
Aun alzó el vuelo con alguna gloria; [3]
Y si nuestro Senado no dispuesto
Hubiera en negro dia
Hacer la paz con ellos, no depuesto

---

cuya divisa era una *garza* sobre una roca. Era la famosa enseña de la casa de Titcala, la cual así como tambien las listas amarillas y blancas y las mallas del mismo color que llevaban los indios, denotaban que eran los guerreros de Xicotencatl. Prescott, ib., c. 2.

[3.] Con todo y esto, la gran superioridad numérica de los indios hubiera bastado para acabar, aunque fuese á gran costa, con la constancia de los españoles extenuados por sus heridas é incesantes fatigas, á no ser porque se originaron discusiones entre aquellos. Un capitan tlaxcalteca, agraviado de que Xicotencatl le habia acusado ásperamente de haberse conducido con cobardía en la última batalla, desafió á su rival á singular combate, que al fin no tuvo verificativo; pero ardiendo en resentimiento, escogió aquel momento para satisfacerlo, *sacando del campo sus tropas que subian á diez mil hombres, y persuadiendo á otros capitanes á que imitasen su ejemplo.*

Reducido á la mitad de sus fuerzas y muy abatido por las ocurrencias de aquel dia, conoció Xicotencatl que no le era posible disputar el campo por más tiempo á los españoles; así es que *despues de defenderlo con admirable valor por más de cuatro horas*, se retiró y se los abandonó. Prescott, ib., c. 3.

Hubiera ¡oh cielos! de la patria mia
La antigua dignidad y la altiveza,
La indómita fiereza
Con que á todo Anahuac estremecia,
Y hacia temblar al belicoso azteca
Ante el republicano tlaxcalteca,
Trayendo sin cesar á la memoria
De Poyauhtlan nuestra gloriosa historia; [4]

[4.] Torquemada en su Monarquía indiana, libro 3°, c. 9, nos habla en los términos siguientes de esa gran victoria de Poyauhtlan, que alcanzaron los tlaxcaltecas ó teochichimecas, como se llamaron sus antepasados, contra los aztecas y demas tribus coaligadas contra ellos.. "Los teochichimecas, como gente valerosa y esforzada que era, habiendo vivido siempre sobre aviso y con recelo de esto, que ahora pasaba, no estaban á la sazon descuidados, y asi le salieron al encuentro con gran furia y ferocidad á defenderse y resistirse de la muerte que los enemigos les ordenaban; y fué de tal suerte y manera el acometerlos que dicen las historias y cantos antiguos, donde esto se trata, que desde el lugar, donde es ahora el pueblo de Cohuatlichan hasta el de Chimalhuacan y toda aquella marina y orillas de la laguna, no habia otra cosa sino arroyos de sangre y hombres muertos: en tanta manera que toda el agua de aquellas riberas no lo parecia, sino pura sangre; y tanta maña se dieron los teochichimecas que desbarataron á sus enemigos, con grande mengua y afrenta que llevaron, y se volvieron ellos cantando victoria y llenos de gloria vana á su asiento y real de Poyauhtlan."

Si del jóven proféticas las voces
¡Cómo no lo quisieron nuestros dioses!
Escuchado se hubieran y la guerra
Seguido hubiera á conmover la tierra;
¡Oh! más grande Tlaxcala entónces que ántes
El término y la tumba hubiera sido
De aquestos invasores arrogantes
Que humillado nos han y envilecido.

¡Oh mi patria, Tlaxcala,
Despierta de ese sueño que te iguala
Con servidores viles!
¡Revuelve esos tus brazos varoniles
Con los terribles dardos y macana,
Que te hicieron tan libre y soberana,
Contra estos miserables extranjeros
Que invencibles se creen con sus aceros!
¡Invencibles! Recuerda á Moctezuma, [5]

[5.] Despues del advenimiento de Moctezuma, hicieron los mexicanos nuevas y más serias tentativas para subyugar á sus contrarios. Habiendo llevado sus armas vencedoras más allá de los Andes, hasta las remotas provincias de Vera Paz y Nicaragua, se irritaba su vanidad de la resistencia de una republiquilla, cuya extension territorial no excedia de diez leguas de

A Axayacatl y su jactancia suma. [6]
¿Invencibles tambien no se creyeron
Y por tí rotos y vencidos fueron?
Que fué tu buena suerte,

---

ancho y quince de largo. Moctezuma mandó un ejército poderoso á las órdenes de su hijo predilecto, mas aquel fué derrotado y muerto éste. El rabioso y burlado monarca, aprestó otra expedición más formidable: á las tropas de los territorios inmediatos reunió las de su imperio, y con unas y otras formó un formidable ejército con el cual invadió, asolándolos, los principales valles de Tlaxcalan; más los bravos montañeses huyeron á los retiros de sus montañas, y espiando friamente el momento más oportuno se desbordaron como un torrente sobre sus enemigos y los arrojaron con horroroso extrago, de su invadido territorio. Prescott, ib., c. 2.

[6.] En tiempo del ambicioso Axayacatl exigieron los aztecas de los tlaxcaltecas que les pagaran el mismo tributo y obediencia que las demás provincias del país; amenazándoles, si se rehusaban á verificarlo, con arrasar sus ciudades hasta los cimientos, y con entregar el suelo á los enemigos de Tlaxcalan. A estas imperiosas amenazas, contestó altivamente la pequeña república: "que ni ellos, ni sus antepasados habian pagado tributo ú homenaje á ningun extraño, ni lo pagarian jamás: que si se les invadia, ya sabian ellos cómo habian de defender á su patria: que derramarian ahora su sangre en defensa de la libertad con tanta prodigalidad como sus antepasados la habian prodigado allá en lo antiguo, cuando derrotaron á los aztecas en las llanuras de Poyauhtlan. Prescott, ib.

Desde que te asentaste en esa Sierra
Ser libre y respetada y siempre fuerte
Así en paz como en guerra!

. . . .

¿Por qué hoy, por qué tan ciega confianza
En los que de un orígen tan extraño,
Por amigos se venden, cuyo engaño,
Aun no bien encubierto,
Se muestra ya tan cierto?
Rompe esa torpe y afrentosa alianza,
Que, si contra el azteca la venganza,
Tambien envuelve contra tí gran daño.
¿Esperas tú favor de esos crüeles,
En cuya boca se oye: á los infieles
Tratarse puede como á viles perros,
Con trabajo oprimírseles ó hierros?
¿No te llega el rumor, no oyes los gritos
De los pobres isleños que, proscritos,
Vagando están por montes ó por rios,
O en los campos, rendidos, desfallecen,
O míseros perecen

En los antros mineros y sombríos?.... [7]
¿Quién, si no es que los dioses lo han cegado
Y á perdicion lo condenó ya su hado,
Como al vil y cobarde Moctezuma,
Quién hay que no presuma
¡Horror de mí al pensarlo se apodera!
Que de afrentas y males igual suma
A todo, todo Anáhuac se le espera?

¡Oh ciega patria mia!
Paréceme que llega el postrer dia
De tu grandeza y libertad: que el velo
De tu fascinacion descorre el cielo;
Y en toda su fealdad y sus horrores
A estos conquistadores
Sobre nuestros cadáveres y escombros
Alzarse ves al fin. Sobre tus hombros

[7.] Por eso exclamaba conmovido el tierno y grande Heredia, en los *Placeres de la melancolía.*

¡Dó fué la raza candorosa y pura
Que las Antillas habitó! La hiere
Del vencedor el hierro furibundo,
Tiembla, gime, perece,
Y como niebla al sol desaparece.

Miro el yugo tristísimo; en tus manos
Las cadenas que ponen los tiranos;
Derribar nuestros templos con atroces
Blasfemias y con ellos nuestros dioses;
Y en medio de tan bárbaros pesares,
Para que nada falte á tanto insulto,
¡Ay! obligarte á alzar nuevos altares
A sus Deidades y rendirles culto.

¿Y aquesto es amistad, esto es alianza?
No, venganza, venganza,
Venganza sólo, no amistad respiro,
Cuando tanta impiedad, perfidia miro;
Venganza siempre, sí, y odio profundo
Desque los conocí; lo sabe el mundo
Y lo sabe Cortés y mi Senado.
Y si hoy me encuentro, mísero, con ellos:
Erízanse de rabia mis cabellos;
Que voluntario, no, vine obligado
Contra la santa voz de mi conciencia
Que se rebela y sin cesar me grita:
Apártate de raza tan maldita,
Que tu patria, su honor, su independencia,

Deber muy superior al que te obliga
A rendir al Senado tu obediencia,
De ella te apartan... Sí, gente enemiga
Seguirá siendo para mí, lo juro,
Como lo fué desde el infausto dia
En que tuvo el valor y la osadía
De traspasar de Tlaxcalan el muro.

¡A las armas! Volemos, tlaxcaltecas,
Los que sois mis amigos,
De tanto desafuero sois testigos
Y moveis la macana y no las ruecas.
Perezca el que, menguado,
Temblando ante extranjeros enemigos,
Y posponiendo de la pàtria el grito,
Prefiera esclavo ser con el Senado,
Y conmigo no avance
Y al campo del honor no se avalance
Con placer infinito.
¡A Tlaxcala! y allí, de fuego lleno,
Con mi conciencia limpia y voz de trueno,
En patriótico ruego,
Y al sol su claridad pidiendo y lumbre,

Presentaréme ante el Senado ciego,
Y la atemorizada muchedumbre,
Y ante mi padre de rodillas luego:
Levantaré sus adormidos pechos,
Alumbraré su fascinada mente,
Mostrándoles desnudos tantos hechos,
En atropello vil nuestros derechos,
La aversion de esa gente á nuestra gente,
De nuestra gran República el amago
Y su inminente destruccion y estrago;
Y de Cuitláhuac la propuesta alianza
Que, sin Maxixcatzin, realizaremos, [8]

(8.) Habia muerto ya el viejo Maxixcatzin, uno de los cuatro Señores de Tlaxcala, que se habia opuesto á que se celebrara la alianza ofensiva y defensiva, que les habia propuesto Cuitláhuac, despues de la Noche triste, por medio de una embajada solemne, y la que si se hubiera celebrado, como estuvo á pique de verificarse, habria causado infaliblemente la ruina de los españoles. Xicotencatl, en efecto, con otros muchos habia opinado entónces porque se celebrara esa alianza, y tal vez lo hubieran conseguido, á no haber cortado la discusion el anciano Maxixcatzin con un abuso de autoridad. "Porfiaba Xicotencatl, nos dice Torquemada, en que se admitiesen los mexicanos, alegando que los castellanos eran malos; y contradiciéndose los unos á los otros, llegaron á tanto que Maxixcatzin dió á Xicoten-

Tal fuerza nos dará que llegaremos
A alcanzar la más bárbara venganza.
Sí, que entónces nuestra águila, furiosa,
Sobre ellos se echará, su sangre odiosa
Los campos regará, nuestros altares;
Y vencidos al fin por nuestros brazos
Y por todo el Anáhuac sus pedazos
Repartidos, sus restos á los mares
Lleguen, por compasion, á penas duras,
Publicando su rota y desventuras.

Pero si, por tu mal y mi destino,
¡Oh patria, patria mia!
Córteme el paso en tan feliz camino
De tu Gobierno obcecacion impía,
Y se me lleve á vergonzosa muerte:
Yo moriré con la envidiable suerte
De los grandes patriotas que, á despecho
De los envilecidos ciudadanos,

---

catl un empujon, por refrenar su arrogancia, con que lo echó por unas gradas abajo, diciéndole que era malo y traidor á su patria. Y sin tener los mexicanos otra respuesta se volvieron con relacion de lo que pasaba." Monarquía indiana, libr. 4, c. 75.

Oponen, fieros, generoso el pecho
Al embate feroz de los tiranos.

Yo moriré, y á la mansion llegando
Del sol y sus eternos resplandores
Allá en sus coros hallaré cantando
A nuestros gloriosísimos mayores [9]
Que me abrirán sus brazos, y yo en blando
Acento les diré: la patria nuestra,
¡Oh padres triunfadores!
Que tantas veces con heroico brío
Salvasteis vos con la potente diestra,
Salvar quiso tambien el brazo mio:
¡Otro esfuerzo nomás y los hispanos
Hubieran caido en mis robustas manos!
Negáronme los dioses tal victoria,

(9.) "El más alto destino en la vida futura, nos dice Prescott, estaba reservado como en las más naciones guerreras para los que morian en los campos de batalla ó en los sacrificios: su suerte era pasar de una vez á la presencia del sol, y formando coros de canto y baile, acompañarle en su brillante carrera por los cielos: despues de algunos años sus espíritus venian á animar las nubes, los pájaros canoros de bello plumaje, y á vivir entre los ricos colores y deliciosos perfumes de los jardines del paraíso.

Mas no la inmensa gloria
De morir cual valiente,
Libre é independiente;
Y de traidor la mancha que, ilusoria,
El Senado imprimir quiso en mi frente,
Aquí, do la verdad brilla serena,
Conviértese en aureola refulgente;
Y mi nombre inmortal, que ya resuena
En vuestro coro que á los héroes canta,
Y es de justicia la corona santa,
Se verá en lo futuro venerado,
No sólo en este Anáhuac desgraciado,
Mas en Europa, cuya fama espanta.

JUAREZ EN PASO DEL NORTE,

Ó SEA LA LIBERTAD AMERICANA

EN LA MAS HEROICA CONSTANCIA.

¡Si vivieras, Miguel!....tú que conmigo,
La red dejando en la pajiza choza,
Bajaste de la Sierra á la famosa
Oaxaca que nos dió su luz y abrigo:
Al oïr de la patria clamorosa
El grito que doquiera resonaba,
Y de López y Armenta,
De Tinoco y Palacios la sangrienta [1]

[1.] Al estallar la insurreccion se repartieron agentes de Hidalgo por todo el vireinato para sublevar á los pueblos; y para hacerlo en Oaxaca fueron nombrados dos hombres del campo

Historia que arrancaba
Lágrimas de dolor....Vamos, dijimos,
A ilustrar nuestra mente con la ciencia,
A sostener la patria en que nacimos,
Su honor, su libertad é independencia.

---

llamados López y Armenta que sin detenerse marcharon al desempeño de su comisión. El general Allende, que como medida preliminar y preparatoria se habia puesto en comunicacion con todos los empleados de la Acordada, hombres importantes en aquella época, les dió cartas para uno de ellos nombrado Calderon, que residia á poca distancia de Oaxaca en la cuesta de San Juan del Rey, que en otro tiempo habia sido guarida de ladrones. López y Armenta se presentaron á Calderon que los recibió muy bien, y en su compañía se dirigieron á Oaxaca: al entrar á esta ciudad algunos españoles advirtieron por el traje, que no eran de aquella provincia sino de Guanajuato, donde acababa de estallar la insurreccion, y sin otro motivo se les mandó arrestar como sospechosos; pero como de antemano se habian concertado en las respuestas que debian justificar su viaje, en el caso de ser reconvenidos por él, y como por otra parte tampoco se les halló ningun papel que pudiese comprometerlos, se estabá ya en momento de ponerlos en libertad, cuando la imprudencia de Armenta vino á causar la ruina de los tres. Este hombre desconfiando acaso de sus compañeros, creyó que debia esperar más de su confesion que de su silencio, y pidió una audiencia al intendente D. José M. Lazo, á quien declaró la comision con que se hallaba él y su compañero López, la complicidad de Calderon, y por colmo de sus desaciertos le entregó los despachos que llevaba de Hidalgo. Calderon y Ló-

A Antequera llegamos con incierta [2]
Planta, pero de gozo estremecidos,
Pidiendo pan y luz de puerta en puerta.
¡Qué trabajo y sudores, qué fatiga

---

pez que se habian mantenido hasta entónces negativos no pudieron ya rehusarse á confesar la verdad, y á todos se les instruyó causa, en la cual fueron condenados á muerte López y Armenta, salvando Calderon la vida por haberse vuelto loco.

Esta sentencia, la primera de su clase en aquella ciudad, fué ejecutada con un aparato poco comun: hubo retractaciones de los ajusticiados, sermon político y todo cuanto en las guerras civiles se puede poner en uso para reducir al pueblo y atemorizar á la múltitud. En conformidad con la sentencia, las cabezas se colocaron en la cuesta de San Juan del Rey, de donde Morelos las hizo quitar cuando ocupó á Oaxaca, consagrando á su memoria un servicio fúnebre que se celebró en la Catedral de dicha ciudad por el cabildo de la Iglesia.

Una tentativa de revolucion despierta siempre las sospechas de la autoridad, que se hace inexorable para perseguir no sólo las conspiraciones sino hasta los deseos y pensamientos, y así sucedió en Oaxaca; á pocos dias de la ejecucion de López y Armenta, dos jóvenes atolondrados, Tinoco y Palacios, proyectaron una sublevacion, ó por mejor decir hablaron con poca discrecion de las ventajas que de ella resultarian: no fué necesario más para que se les instruyese causa y fuesen condenados á muerte, influyendo en eso poderosamente el Obispo D. Antonio Bergosa y Jordan.—J. M. L. Mora, tom. 4º, p. 327.

[2.] *Antequera.* Nombre primitivo de *Oaxaca*, puesto por los españoles andaluces que la conquistaron, y que se usa aún en la Curia eclesiástica.

Perdonó nuestro afan, nuestra constancia,
Hasta vernos ceñidos,
Y premiadas al fin, en abundancia,
Con los laureles que Minerva amiga
A sus hijos reparte? Tú, el mimado,
Y de nuestra amistad en el exceso
De Santa Cruz llevásteme, á tu lado, [3]
Al plantel del progreso
Que fundaste con sabios liberales,
Donde libre volara el pensamiento,

[3.] *Santa Cruz*, el Seminario conciliar, que tambien lleva ese nombre, por haberse refundido en él el colegio primitivo de Santa Cruz y el de San Bartolomé. En él estudiaron Méndez y Juárez, paisanos y amigos, procedentes de la Sierra de Ixtlan, indios de raza pura, oriundo Juárez de San Pablo Guelatao y Méndez de San Mateo Calpulalpan; en él digo, estudiaron los preparatorios, que estaban reducidos á la gramática latina y á la filosofía del P. Jacquier, y la teología escolástica; sobresaliendo entre sus condiscípulos, Méndez sobre todo que llegó á ser el asombro de ellos y de sus maestros, que tenian que redoblar sus estudios para luchar con tan formidable atleta: siendo fama que uno de ellos, el muy distinguido catedrático de filosofía D. José M. Pando, perdió los dientes á causa de las vigilias que el serrano, su alumno, le ocasionaba.

Y fuera, como ha sido, el gran cimiento
De ideas más avanzadas, radicales. [4]

¡Y qué no debo á tí, genio profundo,
Honor de Ixtlan, oh Sierra, patria mia,
Que hubieras sido admiracion del mundo,

[4.] El Instituto del Estado, que se instaló en Enero de 1827, y al que fué llamado el insigne Méndez para desempeñar la cátedra de Lógica, Matemáticas y Etica; al cual plantel se llevó á Juárez, su paisano, que lo admiraba y obedecia, y que seguia en el seminario la carrera de Teología y de la Iglesia, á que lo habia inclinado su padrino y protector el tercero D. Antonio Salanueva. Ambos allì, hicieron sus cursos de derecho, habiéndose malogrado Méndez, que murió en su tierra natal en la flor de su edad, estando para recibirse de abogado.

Como documento curioso y de interés para la historia literaria de Oaxaca, copiamos el acta de instalacion del Instituto que obra en el primer libro de su archivo.

"Instalacion del Instituto. El dia ocho de Enero de mil ochocientos veintisiete, se instaló en esta capital el Instituto de ciencias y artes del Estado, creado por el primer Congreso constitucional en decreto de veintiseis de Agosto último. Este acto fué muy solemne, pues lo presidió el Excelentìsimo Señor Gobernador, acompañado del Consejo, con asistencia de las autoridades y un numeroso vecindario de todas clases, habiendo pronunciado un discurso elegante el Señor Senador, Consejero Lic. José Juan Canseco; y ántes y despues se tocaron algunas piezas de música por una buena orquesta preparada al efecto.

Como lo fuiste de Oaxaca entera,
Si no hubiera segádote la impía
Parca en tu risueña primavera!
¿No fuiste tú quien, en reunion un dia [5]

El edificio para este establecimiento se ha procurado arreglar y componer bien de modo que esté decente y cómodo para todas las aulas necesarias. Los individuos que lo componen son por ahora los siguientes.—1º Director, M. R. P. M. F. Francisco Aparicio.—2º Profesor en medicina, Dr. Luis Blaquier.—3º Profesor en derecho civil y natural, Lic. José Mariano Fernández Arteaga, ex-ministro de la Corte de Justicia.—4º Profesor en derecho público y de gentes, Vicente Manero Embídes, Administrador de Alcabalas.—5º Profesor en derecho canónico é historia eclesiástica, Lic. José Mariano González, presbítero.—6º Profesor en Cirujía, Dr. Francisco Ponton.—8º Profesor de economía política, estadística etc, Juan N. Bolaños.—8º Profesor de Física y Geografía, Flores Márquez.—9º Profesor de Lógica, Matemáticas y Etica, Miguel Méndez.—10º Profesor de idiomas inglés y francés, Bernardo Aloisi, italiano.—Bibliotecario, Juan María Feraud.—Portero, Santiago Candiani.—José Flores Márquez, Secretario."

[5.] Célebre reunion en la casa de Méndez, á la que concurrieron las personas citadas y otros jóvenes distinguidos en la política y en las letras: y durante el té que se sirvió toma Méndez la palabra, Méndez, tan facundo y elocuente, el liberal más exaltado y á quien se le oia como á un oráculo, reconoce los talentos y aptitudes de sus amigos, los elogia, los alienta y encamina á do su genio los llama; y volviéndose por último hacia Juárez les dice: "*y éste que ven vds. reservado y grave, que pare-*

Con Pérez y Banuet, Manzano, Embídes,
Mimbres nosotros ante tí, palmera,
Anunciaste que en mí se entreveía
Un gran patriota y que tal vez podria
Llegar á ser?....¡Oh Méndez, en las lides
Este recuerdo y prediccion bendita
Qué de lúz y vigor no dió á mi alma!
¡En lontananza la he mirado escrita
En la bandera y triunfadora palma!

Ella encendió mi espíritu rendido
De Veracruz en la borrasca un dia
Cuando mi nave zozobrar se via

---

ce inferior á nosotros, éste será un gran político, se levantará más alto que nosotros, llegará á ser uno de nuestros grandes hombres y la gloria de la patria."

Tal prediccion, y en esos mismos términos, me la refirió en Pochutla, en tiempo del imperio, el ilustrado coronel D. José Eustaquio Manzano, enemigo entónces de Juárez, como reaccionario é imperialista: me la refirió, repito, airado y con asombro al ver que se iba realizando en su antiguo amigo y condiscípulo Juárez el pronóstico que le habia oido á su antiguo amigo, tambien, y condiscípulo Méndez en el té de que me vengo ocupando.

Aun vive y recuerda esa misma prediccion otro contemporáneo y amigo de esos dos célebres personajes, el Sr. D. Ignacio Candiani, actual Director de la Imprenta del Estado.

Y la tripulacion dando un gemido,
Los brazos sobre el pecho, ya aguardaba
El tristísimo fin que se anunciaba....
¡Aun es tiempo, les dije, no descansa
El que un rayo vislumbra de esperanza!....
De salvacion diviso signo cierto
Y llegaremos á felice puerto.

¡Visionario! clamaban, como ahora
Claman, haciendo coro á los desleales,
Aun los más exaltados liberales,
Al verme reducido á este desierto....
¡Recuerden mi constancia vencedora!
¿Qué importa que las huestes imperiales
Recorran de la patria los extremos,
Y que opriman y triunfen con estragos,
Y dejen por doquier de sangre lagos;
Qué importa si doquier, doquier tenemos
Cadenas de montañas
Con sus desfiladeros, sus entrañas,
Desiertos y repechos
Y por doquiera varoniles pechos?

Mira, mira aquel jóven que en oriente
Se alza y espanta á la agitada tierra,
El que adiestró en las armas nuestra Sierra
Que terror fué de Cobos insolente: [6]
Ese será con oaxaqueña gente
Quien dé al coloso la mortal herida,
Coloso que á mis piés caerá en pedazos;
Y la atónita Europa, estremecida,
Ya no nos tenderá pérfidos lazos;
Quedará su ilusion desvanecida,
Comprenderán los vacilantes reyes
Que, de la democracia ante las leyes,
Ya de conquista y de opresion pasaron
Esos nefandos tiempos, que dejaron
Huellas de sangre, que por siempre humea,
Y en nuestro corazon eterno encono;
Que en la América se hunden con su trono
Al pié de los altares do flamea
De libertad el lábaro bendito
Que el porvenir del mundo lleva escrito;
Que el pasado, que allende se desploma,

[6.] El ilustre Porfirio Diaz, actual Presidente de la República, y entónces general en Jefe de la línea de Oriente.

No tiene aquí raíces, ni cimiento;
Que el espíritu nuevo, que ya asoma,
La sociedad moviendo hasta su asiento,
Más ensanche tendrá, más movimiento
En este Nuevo Mundo,
Como en campo más vírgen y fecundo.

Y tú, que mi buen genio siempre has sido
En las borrascas ó la mar en calma,
Acompáñame fiel: llene mi alma,
De la lucha en el fin que veo cercano,
El vigor asombroso, tan subido
Que guió el punzon de Bruto, tan romano,
El puñal de Caton, liberal fiero,
Y el dardo de Guillermo, tan certero:
Y á tan grandes patriotas emulando,
Salve á mi patria, sí, que tanto adoro;
Y, con ella de América salvando
Tal vez sus intereses y decoro,
Llenaré, cual demócrata esforzado,
Mi sagrada mision sobre la tierra.
Del pueblo, para el pueblo, siempre al lado,
Su interés y derechos defendiendo;
Hacer á los tiranos cruda guerra,

La fuerza y los errores combatiendo;
Para que triunfe la razon severa
Y en su amplitud la libertad bendita;
Haciendo esfuerzos por lograr, siquiera,
Cortando abrojos y sembrando flores,
En la tierra maldita
Disminuir las espinas y dolores,
Hasta alcanzar en premio la delicia
Del reinado de paz y de justicia.

Y el nombre humilde de tu amigo Juárez,
Que de San Pablo en el recinto oscuro
Apénas resonaba tristemente,
Traspasando los montes y los mares,
Tal vez en lo futuro
Inmortal volará de gente en gente.
Y sepa el mundo que tu luz me guia,
Que siempre tus ideas seguir procuro,
Tu exaltacion y patriotismo puro,
Y que es tuya tambien la gloria mia.

CATON Y TOLOMEO,

Ó SEA UNA PINTURA DE LA CORRUPCION DE LA REPÚBLICA ROMANA POR CATON, Y SU PRONÓSTICO DE LA REPÚBLICA UNIVERSAL.

DIALOGO.

En la célebre isla, do el coloso
Cual una maravilla admiró el mundo,
Suelo en rosas y mirtos tan fecundo,
Porcio Caton un tiempo hizo reposo.
De Egipto el rey Auletes, anheloso
De conocer á tan frugal romano
Y departir con él sobre altas cosas,

De paso para Roma, mano á mano,
Con él tuvo estas pláticas, no ociosas. [1]

Tolomeo.

Salve ¡oh Caton! pues que la suerte mia
Nos ha reunido aquí, contarte quiero
Mis trabajos y objeto que me guia
Hacia la capital, donde yo espero
En César, en Pompeyo y Senadores
Proteccion encontrar; seguir el hado
De mi hermano yo temo, á los rigores

[1.] Cuando esto pasaba en Egipto iba Auletes á solicitar socorro en Roma. Supo, estando en Rodas, que se hallaba allí Caton, y no se le podia presentar, más á tiempo el medio de instruirse en el estado de las cosas, y en las medidas que debia tomar. Envió el Rey decir á Caton que deseaba hablarle: pensaba que el romano iria apresurado á verle; pero respondió Caton: *que venga.* Fué Auletes, y vió un hombre vestido con la mayor sencillez y en el equipaje más modesto. Le recibió el republicano sin alterarse más que si fuera un hombre ordinario, y le oyó con atencion. No causará molestia al ver la Roma de aquel tiempo pintada por mano de Caton. "¿Cómo es posible, le dice, que abandones el pais más bello de la tierra por ir á sufrir á Roma mil tratamientos indignos de parte de los grandes

De Clodio y del Senado.
¿Tu dictámen oïr me seria dado?

Caton.

Tu temor es muy justo, bien lo veo,
Y el peligro en que estás; más si pudiera
Entre Caton y un rey ¡oh Tolomeo!
Algun acuerdo haber, yo te dijera:
Que más bien te valdria
Al Egipto volver y ser prudente;
A la paz de los tuyos y armonía
Algo sacrificar, independiente,

---

tan avarientos como partidarios? Debo decírtelo con franqueza: todas las riquezas de Egipto no serian capaces de saciar su codicia. Cuenta con que un príncipe que no lleva más que miseria y quejas nada conseguirá de ellos; y si llegas á lograr algunos protectores, hallarás en ellos otros tantos dueños nuevos. Vuélvete á Egipto, y procura con un Gobierno prudente y moderado ganar el afecto de los vasallos que perdiste por tu imprudencia." Se ofreció Caton á acompañarle, y á emplear con los egipcios cuantos medios pudiesen obligarlos á recibirle; pero resolucion tan noble y generosa estaba mal empleada en Auletes. Dudó no obstante, más continuó su viaje á Roma. Anquetil, Historia universal en Tolomeo Auletes.

Y libre en tus Estados soberanos
Que arrastrarte á los piés de esos romanos,
Y á su ambicion, de crímenes preñada,
Ofrecerles la presa codiciada.

Tolomeo.

¿Qué escucho? ¿Tú romano y de tal suerte
Juzgas á Roma?

Caton.

Sí; ¡ya no es aquella
Patria de mis abuelos, patria fuerte
En patriotismo, y en virtud tan bella,
Más del mundo admirada que temida!
¡Patria de los Fabricios do sois ida!
¿Dó están los consulares que lograron [2]
Del galo adoracion? ¿Los Senadores

[2.] Aquellos ochenta patricios de los más respetables que sacrificaron voluntariamente sus vidas á los dioses infernales, esperando que así introducirían la confusion en los enemigos, por una súplica que en su nombre pronunció Fabio, que era Pontífice supremo. Así nos describe Segur esa terrible hecatombe en su Historia universal:

Que á una junta de dioses semejaron? [3]
¿Dó están los generales triunfadores
Que volvieron á honrar el corvo arado?

"Sólo quedó armado el Capitolio, los templos quedaron vacíos y la ciudad desierta: sólo los viejos y los Senadores erraban por ella. Prefiriendo la muerte á la fuga, se visten sus ropas de púrpura y se sientan en sus sillas curules en los vestíbulos de sus casas. Brenno llega: halla los muros indefensos y las puertas patentes; se detiene temiendo alguna asechanza; pero el silencio y la quietud le dan seguridad. Entra en Roma como en un vasto sepulcro. Los galos llegan hasta la plaza pública, sin hallar señales de vida y de guerra, excepto en los muros del Capitolio; colocan guardias y se dispersan por las calles. Todas las casas del pueblo están cerradas, pero hallan abiertas las de los grandes. Entran los bárbaros en ellas y miran con admiracion aquellos ancianos venerables que segun la creencia del siglo se habian consagrado á sí mismos y á los enemigos á las deidades del Averno. Estaban aquellos respetables consulares sentados en sus sillas, con las insignias de su dignidad, silenciosos, inmóviles, apoyados sobre sus báculos de marfil, sin dar señales de sorpresa, ni de espanto. Su aspecto encadenaba la osadía: su noble gravedad inspiraba una veneracion religiosa, y los galos imaginaron al principio que eran dioses. Un bárbaro, más petulante que sus camaradas, se acercó á Marco Papirio y le tomó la barba. Papirio no pudo sufrir esa injuria y le dió con el báculo; y el galo le sepulta la espada en el seno. Esta fué la señal de la carnicería. Aquellos ilustres patricios perecieron todos en sus sillas."

[3.] Así dijo Cineas á Pirro que le habia parecido el Senado romano, cuando trató con él en su embajada infructuosa para negociar la paz.

¡Oh vergüenza! ¡oh dolor! cuál se ha cambiado
Tanta frugalidad y virtud tanta,
De sólido saber tanta prudencia
Por el lujo del Asia, y la que espanta
Molicie griega, por su vana ciencia.
¡El oro corruptor, los vicios viles,
De los Gracos la tea, los varoniles
Y generosos pechos han hundido
En un abismo que la vista asombra....!
De la antigua República una sombra
Apénas hallo, vuelva por doquiera
El ánimo afligido,
Los ojos anhelantes rebuscando......
Por tanto ¡oh rey! irás á la altanera
Corte de nuestros próceres, hollando
Tu dignidad, de adulacion henchido:
Y aunque el Egipto convertido en oro
Verter ante sus piés te fuera dable,
No bastaria tan ideal tesoro
A saciar su avaricia abominable.

Tolomeo.

¡Cielos! y dónde la virtud romana,

Dónde la libertad, que al orbe diéron
Asombro y miedo y esperanza ufana.

Caton.

¡Nombres hoy sólo, las que un tiempo fueron
Vida del pueblo-rey, que parecia
Que de un polo á otro polo
De espíritu y de ejemplo serviria!
Un pueblo sin virtud ¿cómo podria
Guardar su libertad? el *sabio solo*
Es libre, rico, ilustre y soberano.
Sin virtud la República es un vano
De libertad fantasma, que ¡ay! un dia
Pompeyo el Magno ó César el triunfante
Sujetarán á su ambicion impía....!
¡Libertad, libertad! tú que mi guia
Y mi norma constante
Has sido para mí, desque soy hombre;
Tú, cuyo santo y venerando nombre
Me inflama, me engrandece y torna en muro;
Inspírame, revélame el futuro,
Y débate de vate el don, piadosa.

Tolomeo.

Ministro fiel de tan sublime diosa,
Sí, rasga el porvenir; tiemble la tierra;
Tiemblen los tronos á tu acento fiero;
Quiero oírte y temblar, Caton austero.

Caton.

Oye, pues, y sabrás cuánto se encierra
En la palabra libertad: hasta ahora
Mezquina y limitada en su sentido
Abrigó en su regazo al oprimido
Por un rey ó tirano,
Mostrándose tan sólo redentora
Del hombre ciudadano.
¡Pero al mísero esclavo, á los ilotas,
A los parias del Ganges, del Eurotas
Ni un consuelo! ¡desóyense sus voces,
Para ellos no hay ni patria, ley, ni dioses!
Mas ya no tarda, ya se acerca el dia,
Ya lo siento venir, rasgando el velo
De la ignorancia y servidumbre impía.

Viene el *Logos*, vendrá del alto cielo,
E iluminando la razon oscura,
Nos hará libres la verdad hermosa
Y libres nos hará la virtud pura.
Lucirá entónces la igualdad celosa,
La humilde sencillez republicana,
Y la fraternidad su dulce hermana:
De bárbaros será borrado el nombre,
Y por doquiera el hombre igual al hombre.
¡Divina libertad así fundada
En tanto amor, magníficas virtudes!
¡Oh quién viera la tierra libertada
Del vicio y la ignorancia, esclavitudes
Más degradantes aun que las cadenas
Que oprimen, sin quererlo, nuestras venas!
¡Oh tiempos bienhadados,
Santa generacion, siglos dorados!

Tolomeo.

¡Ay de nosotros reyes y tiranos,
Nuestra estrella se extingue en lontananza,
Del pueblo airado en las sangrientas manos
Pronto seremos pasto á su venganza.

Caton.

No temas, rey, que en breve consumada
Esa revolucion inmensa sea:
Veinte siglos y aun más ensangrentada
Será la tierra y cuanto el mar rodea,
Antes que el mundo enarbolarse vea
De libertad el pabellon glorioso.
De hierro y fuego y de venganza armada
La fuerza bruta y el error sañoso,
El ciego fanatismo, el orgulloso
Trono y su apoyo, las soberbias clases
Harán las guerras bárbaras, tenaces....
Hasta que al fin la cólera infinita,
De tanto orgullo y crímenes cansada,
La insolencia del hombre hunda en la nada
Y haga reinar la libertad bendita,
Sobre escombros de cetros asentada,
Tiaras, armas, coronas....! vanidades,
Escoria, que las fúlgidas verdades
Han de barrer del oprimido suelo;
Mostrando que los hombres son hermanos,
Todos hijos de un Dios, el rey del cielo

Y el único *Señor* de los humanos!
Así, rasgado el ominoso velo,
El pueblo redimido, vendrá un dia,
Que acabe al fin con toda tiranía
Y haga la democracia verdadera.
La República entónces por doquiera,
De la alma libertad feliz hechura,
Desplegará su maternal bandera
Y hará del universo la ventura.

Tolomeo.

¡Oh Caton! tu pronóstico dichoso
Bendigo; si en tal tiempo yo viviera,
Con agrado mi título fastuoso
Por el de humilde ciudadano diera.

UN REO DE MUERTE

FILOSOFANDO EN LA

NOCHE DE LA VISPERA DE SU EJECUCION.

INMORTALIDAD DEL ALMA.

¡Mañana no seré! ¡Se me estremece
Bajo mis piés la tierra! Ya la fosa
Abierta, ante mis ojos aparece,
Y, negra, me arrebata
Y caigo en su vorágine espantosa,
Como paja en inmensa catarata.
¡Mañana no seré! Y aquesta hermosa
Luz, que ya palidece en despedida,
Vivífico aqueste aire que respiro

Y todo cuanto miro
Y aun amo en esta pasajera vida,
¿Conmigo muere? ¿O en perenne giro
Se trasforma y, viviendo, se eterniza?
¿Y yo ¡qué horror! miéntras que todo dura,
Yo que domino la materia impura
Vuelvo á la nada al caer en este abismo,
¡Horror! cuando no vuelve la ceniza
De este mi cuerpo mismo?
¡Yo volver á la nada!
¡Yo que penetro con audaz mirada
Al través de los siglos, me confundo
Con Homero y Platon, vivo con ellos
Y en el oscuro porvenir me hundo!
¡Yo que siento en mi frente los destellos
Y en mi pecho el amor del infinito
Que me llama hacia sí: triste proscrito
Que en aqueste banquete de la vida
Vacio tan sólo halla, no hartura,
Y lágrimas bebiendo de amargura,
Suspira por su patria tan querida!
Ese anhelo de un bien perfecto y santo
Que no lo empañe nubecilla ó llanto;

Esa suprema universal belleza
Que lleva el hombre vagamente impresa;
La justicia que en vano busca, espera
Y en su mente divina reverbera;
¿Ese deseo y aspiracion innata
De dó le viene y cómo lo arrebata
A una vida futura que presiente?
¿Quién, la conciencia ó la natura miente?
No tal, no tal me grita soberana,
No mi conciencia, la conciencia humana
Que viene resonando en las edades,
De la verdad los rayos difundiendo
Y en lo moral al mundo dirigiendo;
Esa profunda voz de la natura
Me salva de la nada y me asegura
Que seguiré viviendo eternidades
En la vida futura.

¡Oh creencia bendita! yo te sigo,
Porque tú llenas el vehemente anhelo
Que domina mi ser, más poderoso
Que el espanto y horror de mi castigo
Que, si inmortal no fuera yo, seria
Con el infierno y cielo,
Disipado en aqueste pavoroso
Abismo, donde todo acabaria.

¡Inmortal, inmortal! ¡Bendita sea
Esa feliz consoladora idea
Que abre la eternidad ante mis ojos!
¡Levántate, alma mia,
Que sólo tragará la tumba fria
De tu vida caduca los despojos,
Pero tú, libre, tu prision ya rota,
Tú volarás á la region ignota!

*
* *

¿A dó, Señor, adónde? A tu feliz encuentro,
Al infinito océano de eterna claridad,
Adonde yo suspiro llegar, como á mi centro,
Débil rayo lanzado de aquesa inmensidad.

Yo llegaré de súbito, temblando, hacia la orilla,
Náufrago de este mundo que miro con pavor,
Descuidado piloto que dejó su barquilla
Hundirse en el abismo al golpe de aquilon.

Tendiasme tú la mano en la sirte rugiente,
En las negras borrascas me alumbraba tu luz,

Mas ¡ay! de las pasiones al huracan ardiente
Entregado, gozaba, hollando la virtud.

¡La virtud! ¡dulce nombre, único y fresco abrigo
En aqueste desierto, perenne manantial!
¡Ah! cómo de sus brazos, el momento maldigo,
Me desprendí, cayendo al abismo del mal.

De este abismo tan hondo á tí, Señor, yo clamo,
Tú misericordioso escucharás mi voz,
Tus oídos atentos oirán cómo te llamo
Con voces que del alma tiernos suspiros son.

"Tu gran misericordia, Señor, Señor, me ampare,
Pues derramas benigno inmenso su raudal,
Y, si una sola gota nada más me tocare,
Mi iniquidad que es tanta, borrada quedará.

Lávame tanto, tanto, de mi enorme delito,
Límpiame del pecado, límpiame más y más,
Puesto que reconozco mi culpa, ya contrito,
Y ante mis ojos se alza mi pecado tenaz.

Contra tí, contra el hombre mi carne rebelada,
Contra tí, sobre todo, el crímen perpetré;
Y mis angustias crecen porque sé que, juzgada
Mi maldad, á tus ojos ¡ay de mí! maldad es.

Y así de tu sentencia no quedará ni indicio
De que me haces agravio, que eres justo, mi Dios,
Y si aducidas fueran tus razones en juicio,
Ah! ¿quién podrá negarlo? serias el vencedor.

Mírame ya manchado desde el materno seno,
Desde el punto en que, triste, yo concebido fuí,
Y, al verme desde entónces de enfermedades lleno,
¡Ah! será tu clemencia, no el rigor para mí.

Y puesto que amas tanto la verdad que nos guia
A la virtud ingenua, que está en el corazon,
Grábame verdadera tú la sabiduría
En lo íntimo del alma, imprímela, Señor.

Caigame dulcemente tu celestial rocío,
Y me verás tan limpio, como lo quieres tú;

Me lavarás y entónces quedará el pecho mio
Más blanco que la nieve, mostrando la virtud.

Con júbilo en el alma y alegres los sentidos
Oiré ¡feliz momento! que perdonado fuí;
Y saltarán mis huesos, de gozo estremecidos,
Mis huesos que temblaron cuando airado te ví.

¡Ojalá que en tu aspecto notara que al olvido
Mi conducta pasada echado hubieras ya,
Como con ansias, ruegos y lágrimas te pido!
Borra, Señor, sí, borra toda mi iniquidad,

Mi corazon abrasa y salga de esa prueba,
Cual del crisol el oro, un nuevo corazon;
Y un espíritu firme en mi interior renueva
Que te obedezca siempre y no desmaye, no.

No me mire apartado de tu presencia santa,
Como un objeto inmundo, indigno de tu amor;
Con tu soplo divino mi corazon levanta
Y no lo prives nunca de tu alta inspiracion.

Vuélveme de otros tiempos las santas alegrías,
Cuando de tí esperaba alcanzar mi salud,
Y un espontáneo espíritu en las acciones mias
Me apoye y las dirija con su segura luz.

Patentes al inicuo haré sus extravíos,
Al mostrarle tus sendas de luz y de verdad,
Y á sus bellos fulgores, temblando, los impíos,
Iluminada el alma, á tí se volverán.

Líbrame del reato de la sangre inocente
Que en hora malhadada yo criminal vertí,
Y cantaré gozoso tu justicia clemente,
Pues, fiel á tu palabra, me perdonaste á mí.

Señor, tal me avergüenza de mis culpas el peso
Que si alabarte quiero se me anuda la voz,
Mas abrirás mis labios, si entiendo que en tu exceso
De amor para conmigo alcanzo tu perdon.

Yo tus misericordias cantaré noche y dia,
Pues para tí más gratas las alabanzas son,

Más que los holocaustos que yo te ofreceria,
Y que, si los quisieras, diérate pronto yo.

Para tí el sacrificio que tus delicias forma
Es penitente el alma y fundida en tu amor,
¿Al corazon que humilde, contritó, se trasforma
Cómo has de despreciarlo, si entero á tí se dió?"

LA RESPONSABILIDAD.

¡Por qué, benigno sueño,
Perenne compañero de mi vida,
Me niegas tu dulcísimo beleño
En aquesta mi eterna despedida!
Qué no ves que siquiera
Un beso sólo por la vez postrera,
Un brevísimo instante
Que le des de reposo,
Será apoyo y consuelo en su partida,
A este mi cuerpo frio y vacilante!
Mas, dado fueras tú tan poderoso
A darle tu sopor tras de tu calma,

¡Cómo pudiera recibirlo el alma,
El alma que se agita atormentada
Y de este cuerpo vil tan descuidada,
En tal grado y manera,
Que sus placeres con horror los mira
Ante el supremo instante que la espera,
Ante el supremo bien por quien suspira!

Soñaba yo, despierto,
¡Oh sueño tan dichoso cuanto vano!
Que yo nacido habia
No en áurea cuna, ni en palacio abierto,
Sino en rincon humilde que servia
De morada feliz de un artesano.
Sí, morada dichosa
Do reinaba la paz y la armonía,
Y la virtud, y la virtud hermosa
Mi cunita de fresno meneaba,
En sus ebúrneos brazos me arrullaba
Y en mi frente mil besos imprimia.
Con padres, sí, tan buenos yo crecia
Y en círculo de buenos yo giraba;
Y así entrando en la mar tan borrascosa,
Y tan bella á la par que peligrosa,

Mar de la juventud y las pasiones,
Me salvó de las sirtes y aquilones
La luz de la virtud que me guïaba,
Y siempre que á la playa me acercaba,
Dando gracias al Sér omnipotente,
Sano y salvo llevaba
Paz en el corazón, honra en la frente.
¡Oh sueño, cuanto vano tan dichoso,
Cómo no fuí tal hijo venturoso!

¡Desgraciado de mí, no tan propicio
Para conmigo el cielo, inmundo el vicio,
Al nacer me arrulló! Su pestilente
Aliento, grato para mí inocente,
Me empujaba del crímen por la senda,
Sin que una mano amiga, cariñosa,
Me mostrara piadosa
Su horripilante estrago,
Rasgando de mis ojos la ancha venda
Que el fango y las espinas me cubria,
Me detuviera con su blando halago;
¡Ni una voz santa, dulce y poderosa
Mi pecho endurecido estremecia!

Tan sólo tú, Señor, cuya mirada
Penetra el corazon, su íntima idea,

Signes á la criatura desque nace,
No se te escapa un paso en su jornada,
Ni cuanto en ella influye y la rodea,
Y ya buena ó mejor, criminal la hace;
Que aun ántes de que le hable su conciencia,
Sólo tú sabes con qué triste herencia
De padres pervertidos
Desde el vientre materno viene al mundo..
Tan sólo tú descubres la inocencia.
¡Oh misterio profundo!
¡Oh sábia Providencia Soberana!
¡Jamás sereis, mortales, comprendidos!
¿Siempre un problema la justicia humana?..

Cómo y hasta qué punto responsable
Sea el hombre débil, ciego, miserable;
En la comun batalla hasta qué grado
Su abnegacion y esfuerzos ha llevado
Para hacer frente á la maldad, al vicio,
Huyendo cauto así del precipicio;
Sábelo sólo tu alta inteligencia,
¡Pero el hombre!....Señor....á tu clemencia
Y justicia me acojo, condenado
Por el hombre, Señor, como malvado,

Ante tu tribunal!... Cierre mi boca,
Y no ose murmurar de su sentencia,
Que obedecer y respetar me toca;
De aqueste mundo en el desórden mismo,
Tu inescrutable plan, que es un abismo
De tu justicia santa.
Mi culpa reconozco y, si me espanta,
Tu gran piedad me alienta,
Y confortado á tu presencia llego,
Contrita el alma, con ferviente ruego,
A rendirte tristísima mi cuenta
Y á tu justicia y voluntad me entrego.



EL PORVENIR

Llegó el momento ya de la partida
Y de mi eterno ocaso,
Cuando naturaleza en oriente
Risueña asoma y á gozar convida
En su fresco, dulcísimo regazo.
¡Adios, tú, compañero en mi desvelo,
Pajarillo inocente,

Que fuiste con tus trinos mi consuelo
En esta soledad tan inclemente!
¡Adios por siempre, nacarado cielo,
Que con cambiantes mil de formas bellas
Calmabas mi dolor! Con tus estrellas,
Que en la noche serena y su profundo
Silencio contemplaba de hito en hito,
En pos de lo infinito
Sentíame trasportado de este mundo,
Suspirando con ellas.
¡Adios, criaturas todas, que conmigo
En lazo indefinible habeis formado
Un todo y una vida que bendigo!
Y tú, la más excelsa y la más pura
Y la más infeliz de lo criado,
Hombre desheredado,
Que en tu destierro buscas la ventura,
¡Adios, hermano, Adios!....En tus afanes,
Sigue la lucha eterna, de Titanes,
Con la naturaleza: despedaza
Su seno diamantino
Y sus entrañas hiende;
Prosigue por el éter tu camino,

Descubre mundos mil y los enlaza,
Sus secretos más íntimos sorprende,
Y sujeta á tu ley sus elementos,
Mostrando mil y mil y mil portentos.
En el mundo moral sigue valiente
Descubriendo tristísimas las llagas
Y las funestas plagas
Con que la humanidad gime, inconsciente:
Reformar sin descanso lo presente,
Ligándolo en el bien con lo futuro,
Segun que á tu ejemplar divino cuadre,
Para que seas perfecto como el Padre
Que habita, excelso, el inmortal seguro;
Esta es tu ley, tu aspiracion inmensa,
Tu trabajo y tambien tu recompensa.

¡Ah! ¡Cuántas perfecciones y hermosura
Mis ojos no verán! ¡Cuántos dolores
Cesarán á la luz del nuevo cielo!
Nuestros padres así nuestra ventura
No gozaron tambien. ¡Cuántos horrores,
Que ellos sufrieron con inmenso duelo,
Más felices nosotros, no heredamos,

Desparecieron, sí, con los fulgores
Del perfeccionamiento que alcanzamos!
¡Cómo no había de haber justicia tanta
En tu gobierno, Providencia Santa!

Mis ojos no verán nuevos portentos
Del arte y del vapor que mueve el mundo,
Del electro fecundo
Maravillosos mil y mil inventos.
Mas no tanto por eso mis lamentos....
Quisiera trasformado ver al hombre,
Despues del cataclismo que lo asombre,
Y que se anuncia con horrendo amago....
¿Cómo de entre las ruinas, tanto estrago,
Surgirá la ciudad? ¿Qué inmenso paso
Hacia la perfeccion den los mortales?
¡Qué número, qué número de males
Remediados serán? ¿Será que acaso
Lleguen á comprender Gobierno, Estado,
Lo que deben al pueblo exheredado,
Lo miren con entrañas paternales,
Y no sólo le den armas, escudo,
Sino trabajo, el bienestar querido
Que busca en sociedad el desvalido,

Al hambriento den pan, ropa al desnudo,
Esposa al jóven que, núbil, fecundo
Miembro será á la sociedad, no inmundo?...
¿Llegará á comprenderse que no en vano
Inspira horror la sangre al sér humano,
Y que el monstruo infernal de la impía guerra
Y el infame cadalso y el verdugo,
Que en herencia al pasado darnos plugo,
Deben desparecer de la alma tierra
Que para conservarnos abre el seno
Fértil, fecundo, de delicias lleno?
¿Llegará á ser, lo que jamás ha sido
La sociedad bajo ningun gobierno,
La familia que rige un padre tierno,
No sólo de justicia revestido,
Padre, imágen de Dios, que á todo mire
Su providencia y que bondad respire
En su incesante afan, compadecido
De cuanto necesita el ciudadano,
Ya como tal y con su buen derecho,
Ya como miserable sér humano
Que viene á refugiarse á nuestro techo?...

¡Adios, hermano! Que mis votos sean
La realidad dentro de breve, un hecho;
Y, más felices que nosotros, vean
Los pósteros en todo más propicia
A la Divinidad: que la justicia
Brille en todo, por todos que se alabe,
Como jamás lo fué, con embeleso;
Que suceda un progreso á otro progreso,
¿Hasta qué punto?... Sólo Dios lo sabe.
Yo léjos de vosotros, pero unido
Con lazo eterno en mi mansion futura,
¡Ay! no os daré al olvido,
Ni ajena me será vuestra amargura.
¡Bendeciré, de gozo estremecido,
Desde allí, desde allí vuestra ventura!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

FE DE ERRATAS DEL TOMO I.



PÁGINA 57, LÍNEAS 1 y 14 DE LA NOTA.

Dice: { reconocian en los padre sobre sus hijos,
El nuevo Gobierno era de gusto de todos,

Léase: { reconocian en los padres sobre sus hijos,
El nuevo Gobierno no era de gusto de todos,

PÁGINA 60, LÍNEA 1 DE LA NOTA.

Dice: Tu regere imperio populos, Romanæ, memento;
Léase: Tu regere imperio populos, romane, memento;

PÁGINA 160, LÍNEA 4 DE LA NOTA.

Dice: et quad il fut venu
Léase: et quand il fut venu

PÁGINA 161, LÍNEA 13 DE LA NOTA.

Dice: et que Jerusalem est sans ocune
Léase: et que Jerusalem est sans aucune

PÁGINA 198, LÍNEA 5 DE LA NOTA.

Dice: piel de siervo
Léase: piel de ciervo

PÁGINA 271, LÍNEA 9.

Dice: Tan sólo tú descubres la inocencia.
Léase: Tan sólo tú conoces la inocencia.

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

2

Lic. José María Cortés.

Poesías Varias.

TOMO II.

OAXACA.

IMPRENTA DEL ESTADO, EN LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS,
A cargo de Ignacio Candiani.

1888.

POESIAS VARIAS.

A HIDALGO

EN SU

GLORIOSO GRITO DE DOLORES.

Era la noche y en lo más profundo
De su silencio, en agradable olvido,
Yacia postrado el fatigado mundo;
Y allá en Dolores, de pensar rendido,
Y en grave agitacion hirviendo el pecho,
Un venerable anciano sobre un lecho
Aparece tendido;
En su frente espaciosa se refleja
Un pensamiento grande y atrevido
Que conciliar el sueño no le deja;
Cuando oye un grito de doliente queja,

Sus ojos entreabiertos abre al punto,
Y ve acercarse luego
Un espectro, tristísimo trasunto
De la víctima real que al vivo fuego
Probó, cual en crisol oro precioso,
Su patriotismo hermoso.
Era un jóven gallardo, de alma fiera,
De mirar noble y frente majestuosa,
Encadenadas las robustas manos,
Y los piés consumidos por la hoguera
Que en su codicia loca y espantosa
Encendieron feroces los hispanos.

"¿Y aun viven los tiranos,
Y aun el suelo de Aztlan los alimenta,
Exclama Hidalgo, y esa raza impía,
De nuestra sangre y oro tan sedienta,
Que prolongó tu bárbara agonía,
Prolonga aún la de la patria mia?
Ah! no sea tal, Cuauhtemoctzin; lo juro,
Por las heridas de tu cuerpo bello,
Por el dogal que aun pende de tu cuello,
Por esas tus cadenas, tu inocencia
Y patriotismo puro,
Aztlan recobrará su independencia,

A sus plantas pondrá la tiranía,
Y será libre, cual lo viste un dia.
Déme ¡oh jóven! aliento tu presencia,
Vuelve el vigor á mis cansados brazos,
Mi fé sostenga tu constancia fiera,
Y en un lago de sangre, hechos pedazos,
Nadar verás el cetro, la bandera
De nuestros orgullosos opresores,
El espantajo ibérico deshecho
Y palpitar el adormido pecho,
Al nuevo Sol del pueblo de Dolores"
—"Sí, no tardes, no tardes, gran caudillo,
Redentor de Anahuac. ¿Nó oyes cuál vienen
Los caballos, jadeando, en la carrera
De los viles ministros, que el cuchillo
A hundírtelo, gozosos, se previenen?
¿Nó oyes la risa de la corte impura,
Que en su jactancia espera
Disiparse, cual humo, tu locura
Y lamenta tu triste desventura?
Descubrióse tu plan; si en este instante
No truecas el cayado
Por el hierro terrible y fulminante
¡Ay de tí y de Anahuac!.... ¿Esclavizado,

Este pueblo guerrero
Quién creyera tres siglos há que gime,
Sin que uno de sus hijos, esforzado,
Armando el pecho con valor sublime,
Salte á la lid con vengador acero?....
¡Tú, venerable anciano, sé el primero!
¿Quién, como tú, podrá aliviar la suerte
De la patria oprimida,
Tú, ministro de Aquel que dura muerte
Sufrió para endulzar la amarga vida,
Cristo, de los humanos
Sol, camino y consuelo,
Víctima vengadora de tiranos,
Libertador del oprimido suelo?

Así dijo, y no bien concluido habia,
Cuando el anciano, de celeste llama
Arrebatado, con gentil bravura
Salta del lecho, y con Allende, Aldama,
Al templo del Señor sus pasos guia.
Y allí con una voz robusta y pura
¡Libre sea nuestra patria, libre, exclama!
Sea libre, resonando
Las bóvedas y ricos artesones,

Y *libre sea*, la multitud gritando;
De libertad el fuego y luz divina,
Haciendo palpitar los corazones,
Las abatidas frentes ilumina
Y convierte á los ciervos en leones.

Como rio bramador que inunda el llano,
Y miéntras más avanza, recogiendo
Los riachuelos y arroyos, va creciendo
Y formidable acércase al océano,
Tal de Dolores lánzase rugiendo
La falange de libres; por doquiera
Señala el triunfo su feliz carrera;
Por doquiera despierta á sus hermanos
Que en enjambres acuden con su lanza,
Con hondas y con hierros de labranza
Y en breve son terror de los hispanos.

¡Oh patriotas! ¡salud, pueblo valiente!
Acordaos del valor y la grandeza
Con que un dia dominó la azteca gente.
No desmayeis en tan gloriosa empresa;
Crezca vuestro entusiasmo y justa saña;
Y ni las garras del leon de España,
Su rugido impotente,
Ni los vanos y pérfidos clamores

De los viles cobardes y traidores,
Ni el fiero fanatismo
Que apoya en maridaje al despotismo,
Os aterren y aparten del camino
Que, sembrado de palmas y laureles,
A México señala su destino.
¡Esos verdugos, bárbaros, crüeles
Intentarán en vano
Ahogar en sangre vuestro sacro fuego
Y esfüerzo soberano,
Y reduciros á servil sosiego!
¿Quién extingue, al reïr la primavera,
Fuego que de las selvas se apodera,
Si revuelve aquilon con furia loca
Las ramas y las hojas desprendidas
Y Vulcano las toca?
En las alas del viento conducidas
Formarán las cenizas vivo sulco
De Tampico á Acapulco,
De Coatzacoalcos al famoso Bravo
Y arderá Aztlan de un cabo al otro cabo!

Y tú que te alzas con radiosa frente,
Como el sol en la esfera,

Sobre esa ruda muchedumbre, ardiente,
Que en tí su gloria y libertad espera;
Que á tu patria infeliz, envilecida,
Más amas que á tu vida;
Que tus postreros y preciosos dias
A ella consagras y salvarla ansías,
Porque esas tus entrañas se estremecen
A las quejas que exhala en sus clamores
Que aun á las duras rocas enternecen,
Tú, rayo de Dolores,
Marcha terrible, abate
Ese trono que oprime nuestro suelo....
¡Tal vez la gloria del final combate
No te conceda el cielo!
¡Tal vez corra tu sangre ...y broten de ella
Un Guerrero, un Victoria, un Iturbide,
Que cima den, y con mejor estrella
Alcen en brazos nuestra patria bella!....
Sí, pero quién, ¿quién sino tú preside
A esos héroes ilustres, nuestra gloria?
¿Quién sino tú de la primer victoria,
Que conmovió la tierra adormecida,
Abrió ancha senda de gloriosa vida
Y hermoso porvenir de rayos de oro,

Quién esa palma inmarcesible ostenta,
Quién te disputa ese laurel, que adoro?
No, miéntras haya patria, y libre sienta
En sus venas correr el fuego santo
Que engrandeció tu pecho y puso espanto,
Dándonos libertad por rica herencia,
Bendecirá tu nombre y tu memoria;
¡Hidalgo! el grito sea de independencia,
Hidalgo sea nuestro pendon de gloria.

AL GRAN MORELOS

EN LA INAUGURACION DE LA ESTATUA QUE LE LEVANTÓ MORELIA,

Su patria, en 1887.

¿Quién despues de Chihuahua y la matanza
Pudo exceder á Hidalgo, el inmortal,
Hacer temblar á España en su venganza
Y volver á la patria su esperanza?
Morelos nada más.

¿No ves al huracan que ruje fiero
Y cuanto encuentra destrozar se ve?
¿Quién en el Sur al opresor ibero
Así barrió veloz, feliz guerrero?
Ese *Morelos* fué.

¿Quién con mano robusta y más gran tino
Concierto y órden á sus chusmas dió
Y alcanzó tanto lauro en su camino
Que se auguró de México el destino?
Morelos alcanzó.

¿Quién nos dió sabias leyes, y sin ciencia,
Y el nombre odioso de Fernando holló,
Y á México volvióle su existencia,
Osando proclamar su independencia?
Morelos se atrevió.

¿La actividad de César quién iguala
Y aquel temple de Bruto y de Caton,
De Sixto la virtud, que se señala
Alzándose del polvo á una alta escala?
Morelos igualó.

¿Y la gloria de aquel que no lo aterra
Ni el trono, ni el altar, la inquisicion,
Y cuanto monstruo el fanatismo encierra,
Y audaz prosigue su bendita guerra?
Morelos mereció.

Y esas palmas que el mundo á manos llenas
A sus campeones bienhechores da,
Porque de libertad fuego en sus venas
Dejáronle, rompiendo sus cadenas?
Morelos lleva ya.

¿Y de México ese odio á los tiranos
Reyes, que muestra, mostrará y mostró,
Iturbides ya sean, Maximilianos,
Y amor á una república de hermanos?
Morelos le enseñó.

Sí, Morelos que, humilde en su grandeza
Y gran republicano, se nombró,
Hollando toda sombra de nobleza,
Al desdeñar el título de Alteza,
Siervo de la Nacion.

De México en el cielo que abrillantan
Los astros que admirando el orbe está,
En los altares que en su honor levantan
Y en los himnos, Morelos, que les cantan,
Gran astro, brillarás.

AL ILUSTRE GENERAL

NICOLÁS BRAVO

En su centenario

PARA EL ÁLBUM QUE LE DEDICA CHILPANCINGO, SU PATRIA.

Bendito pueblo aquel que no al olvido,
Ni al soplo de sus vientos desiguales,
Da los hechos gloriosos y el subido
Ejemplo que, fecundo,
Dejáronle sus héroes inmortales;
Pueblo que, con su gloria envanecido
Ante el pasmado mundo,
Se inspira en ella, y á su influjo santo
En las prosperidades se recrea,
Se sostiene con ella en su quebranto,
Con ella se entusiasma en la pelea,

En el mármol y bronce la eterniza,
Y, creyendo que aun no bastante sea,
Adora al héroe al fin, lo diviniza.

¡Bendito pueblo, tú, que de *Guerrero*
Llevas inscrito en tu tostada frente
El nombre que pronuncia reverente
Todo buen mexicano! Tú del fiero,
A la par que clemente,
Galeana también fuiste fértil cuna;
Fértil, pues que contigo la fortuna
Tan generosa se mostró que diera
A la familia que entusiasta alabo
No solamente el sobrenombre *Bravo*,
Sino el valor sublime, de manera
Que á Roma con sus Fabios no envidiaras,
Y el mundo todo con asombro viera
Al jóven Nicolás sobre tus aras.

¡Álzate Chilpancingo de los Bravos!
Alzate á recibir coronas tantas
Que, llegando de Aztlan, de todos cabos,
Ofrécense á las sienes, á las plantas
Del héroe insigne, cuyas glorias cantas.

Yo vengo así con mi cantar sonoro
A unir á tu alabanza mi alabanza
De tanto vate en el solemne coro:
A contemplar al jóven que se lanza
De Chichihualco en el ardiente Mayo
Al combate inmortal, cual fiero rayo;
Miradlo cómo triunfa y cómo avanza
De Chilpancingo á Tixtla y Veladero,
Bizarro, siempre audaz, siempre el primero,
Obedeciendo astuto y afanoso,
Con su corcel brïoso,
Del gran Morelos al clarin guerrero.
Miradlo, en Jefe, en el Palmar... ¿Qué gloria
A la suya es igual en tal victoria?

Tres siglos de rencores,
Tres siglos de opresion colmado habian
Del mexicano el cáliz de dolores;
Y el suelo de Anáhuac estremecian,
Estallando, las iras populares:
Cadáveres doquier, de sangre mares,
Duelo sin tregua y furibunda saña,
Entre el águila nuestra y leon de España;

Venganzas, represalias, anatema,
Era el terrible grito y ley suprema.
¿Quién eximirse de ella, fuerte, pudo
Y qué virtud augusta fué su escudo?

Fresco aún el laurel de la victoria
Con que ciñera su soberbia frente,
Sintiendo aún el corazon ardiente
Los trasportes marciales de la gloria,
El héroe del Palmar gozoso estaba,
Cuando un grito en su campo resonaba,
Lamentando la muerte que, inhumano,
Diera á su padre el opresor tirano.
Como el sordo ruïdo que amedrenta,
Présago de tormenta,
Allá en el bosque umbrío
La parvada de tordos que se mecen
Del agitado ocote en la ancha copa:
Así el murmullo de la airada tropa
Infunde en los vencidos miedo y frio.
Del hijo las entrañas se estremecen
Al comprender el general lamento
Y de la corte la venganza fiera,
Y hace que comparezca, en el momento,
A su vista la turba prisionera.

Tal como la leona, despojada
De sus cachorros, que, rugiendo, gime
Y lanza fuego su feroz mirada
Y ¡ay entónces de aquel que se aproxime!
Así la multitud aprisionada
Al jóven encontrar pensaba, triste;
Suspira el uno, el otro se resiste;
En sus rostros se pinta la pavura
De una muerte segura;
Abrázanse en eterna despedida,
Y emprenden la salida
Resignados, y ya sin esperanza,
A la terrible ley de la venganza.

Sólo la religion darmé podria,
Si digno fuera, su pincel sagrado,
Para pintar al héroe, trasformado
De vengador en ángel de alegría.
Vencer y destrozar en lucha impía,
Luciendo fuerza y derramando el luto,
Triunfo es de la materia, y con el bruto
En esto se confunden los humanos;
Mas vencerse á sí mismo y los insanos
Furores dominar; alzarse ufana

Triunfante la razon, cual soberana,
Hollando con su luz y perfecciones
Los monstruos de la carne y las pasiones,
Propio es del hombre espiritual, divino,
Y ¡oh Bravo! tan feliz fué tu destino.

Os doy la libertad en este instante,
Prorrumpiste, anhelante,
Con el llanto en los ojos, pues sentias
Que la sangre tu mente ya ofuscaba,
Que tu virtud heroica vacilaba,
Y tu alma grande mancillar temias.
¡Y vivieron trescientos prisioneros,
Que cual dios salvador te veneraron,
Y, á tu lado, á la patria sus aceros
Y sus vidas por siempre consagraron!
Ante accion tan gloriosa,
¿Qué exhibirá la antigüedad famosa?
¿Puédese acaso comparar con ella
La de Alejandro en Iso, aunque tan bella,
Accion con la familia de Darío?
¿De César en Farsalia el rasgo pío,
Cuando á las llamas dió tanto secreto,
Para no verse á castigar sujeto?

No, de hecho igual no hay copia ni memoria,
Ceda el mundo de Bravo á la alta gloria.

¡Oh padre de la patria! tú, tú fuiste
De los selectos, con fortuna tanta,
Que de Hidalgo y Morelos la obra santa
Consumaron al fin.... Mas cuando viste,
Tú, gran republicano,
Tú, demócrata excelso y tan humano,
Hollar la libertad, en noche triste,
Y escarnecer al pueblo soberano;
Armado, sacudiste entrambos brazos
Con Santa Anna y Guerrero,
Y ¡ay de Agustin primero!
Y ¡ay de su trono que cayó en pedazos!

¡Oh padre de la patria! ¿Qué loores,
Dignos de tí, podria
De tu gloria á los vívidos fulgores
Agregar con la pobre lira mia?
Mas si su acorde en este fausto dia
Por sí solo perdiérase en el viento,
Armonizando el general contento
Que, en coro con las Náyades del Bravo

Y las de Osumacinta caudaloso,
Hoy resuena de un cabo al otro cabo
De México exaltado y orgulloso;
Alabanza es quizá, digna algun tanto,
De tus grandes hazañas que pregona,
Tal vez digno floron de tu corona
Que el mundo admire y que repita el canto.

¡Oh Bravo insigne! tus ilustres hechos
Grabó la gratitud en nuestros pechos;
Borrarlos no podrá de la memoria,
Ni del eterno libro de la historia,
Del tiempo asolador la fiera mano;
Que aun si llegara á ser en lo futuro
¡Ay! el destino para nos tan duro;
Desapareciera el pueblo mexicano
Y con él de la patria el dulce nombre,
Padeciendo un eclipse tu renombre
En este tu país, ya entónces vario,
Que hoy celebra, feliz, tu centenario
Y á la vez su gloriosa independencia;
De magnanimidad y de clemencia
Bastara entónces el sublime ejemplo

Que, no á México sólo, á todo el mundo,
Dejaste tú, guerrero sin segundo;
Que en todo noble corazon un templo
Siempre alzado tendrás y por doquiera;
Te adorará la humanidad entera,
Cual excelso, entre tantos bienhechores;
Ablandarán tus blancos resplandores
Los pechos con la sangre endurecidos:
Serás luz y terror de vencedores,
Consuelo y esperanza de vencidos.

ODA AL 5 DE MAYO.

Luce de Mayo el memorable dia,
Y por doquiera el general contento,
Y por doquiera de la patria mia
Se alza de gloria el orgulloso acento.
¡Puebla de Zaragoza! es de alegría
El grito general y *Puebla* el viento
Repite, y *Zaragoza* el golfo clama,
Y va cantando hasta el canal de Bahama.

Dame ¡oh sol! de tu fuego un rayo ardiente,
Dame ¡oh cielo! tus vívidos colores,
Y pidiendo sus truenos al torrente
Y á Apolo sus magníficos fulgores
Para inspirar mi enardecida frente,
Y dar eternidad á mis loores,

El combate inmortal cantaré ufano
Del galo audaz y bravo mexicano.

En hora bien fatal para la Francia
Su déspota soñó que grande gloria
A su grande ambicion y su arrogancia
Le presentaba nuestra triste historia.
De laureles ceñido, la inconstancia
De la fortuna escapa á su memoria;
Y envanecido con su empresa loca
Sus escuadras apresta y las provoca:

"Soldados de Magenta y Solferino,
Les dice, caminad al Occidente,
A cumplir de la Francia el gran destino,
Civilizando esa perdida gente.
A vuestra aparicion pierdan el tino,
Y, en carrera triunfal, precisamente
Llevareis nuestra enseña gloriosa
De Veracruz á México la hermosa.

¿Qué resistencia contrastar pudiera
Nuestro plan, nuestro esfuerzo? el mexicano,
Debilitado por discordia fiera,
Si apresta la defensa, será en vano;

Al desplegarse la inmortal bandera
Del más grande y temible soberano,
Del zuavo audaz, ante quien tiembla el mundo,
Lanzará de terror un ¡ay! profundo.

Y extiéndase hasta allí mi vasto imperio,
Y un monarca, mi espíritu llevando,
Haga gustar por todo ese hemisferio
De los tronos de Europa el yugo blando;
Y sojuzgado y caido en vitúperio
El de la democracia monstruo infando,
De la revolucion se calme el fuego,
Y marche el mundo en plácido sosiego.

Bajo un cielo que allí siempre fulgura,
Templadas brisas, perfumado ambiente,
Los campos os darán la mies segura,
La sierra arroyos de metal luciente;
Sílfides bellas, de gentil cintura,
De pié pequeño, de mirada ardiente,
En aquellos magníficos verjeles
Ornarán vuestras frentes de laureles."

Dice, y, dejando los paternos lares,
Tras la gloria corriendo, siervos viles,

Se arrojan presto á los revueltos mares,
Mecidos con sus sueños infantiles.
¡Ay! cuántos desengaños y pesares
Aguardan á esos pechos varoniles
Que en más nobles empresas....su memoria
Fuera á su patria verdadera gloria.

¡Mas cuál su espanto fué, cuánta su pena,
Cuando en vez de cobárdes liberales,
Dignos sin duda de servil cadena,
Al hollar de la patria los umbrales,
Pisando Marte la menuda arena,
Hallan doquier terríficas señales
De patriotismo y de constancia fiera,
Con que arde y se alza la nacion entera!

¡Oh fuego santo que doquier se extiende,
Y de los pueblos las entrañas toca!
Sacros altares por doquiera prende,
Y á muerte gloriosa nos provoca.
Al niño, anciano, á la mujer enciende,
Y hace del débil invencible roca,
Un valor sobrehumano comunica
Y acciones fabulosas multiplica.

Llega el momento, en fin, y ardiente Mayo
Azuza del frances la audacia fiera;
Sobre Puebla se lanza como un rayo,
Seguro de la gloria que le espera....
¡Mas cuál su terror fué, cuál su desmayo,
Cuando, en vez de pisar nuestra bandera,
Advierte que la suya hacen girones
Nuestros bravos y firmes batallones!

Tres veces del züavo la pujanza
En asaltos inútiles se emplea,
Tres veces vió nuestra terrible lanza
Vibrar triunfante en la inmortal pelea.
¡Loreto y Guadalupe remenbranza
De triunfo tan heroico eterna sea,
Y eterno así de Zaragoza el nombre
Al mexicano exalte, al galo asombre!

¡México es libre ya! decid ufanos,
Héroes de Mayo, con clamor rugiente;
La palma que reluce en vuestras manos
Y ese laurel con que ceñis la frente
Redoblan en los pechos mexicanos
Valor, constancia y entusiasmo ardiente;

De Crimea el lauro eclipsarán un tanto,
¡Y ya del galo cesará el espanto!

¡México es libre ya! ¡Qué el terror cese!
Hombres de poca fé, ¿dudais ahora
Que al coloso, invencible, que os parece,
La cólera de un pueblo no devora,
De un pueblo que los tronos aborrece,
De un pueblo libre que entusiasta adora
La libertad con sus brillantes galas,
Y once lustros vivió bajo sus alas?

¡México es libre ya! tiemble el tirano,
Y tiemblen los cobardes y traidores!
Ejércitos sin cuento será en vano
Que nos lance, y que gima á sus horrores,
Teñido en sangre, el suelo mexicano;
De víctimas sin cuento á los clamores
En vano un trono elevarán, rociado
Con sangre y sobre cráneos levantado.

¿No veis doquiera la temible lanza
Del charro audaz, de lazo retorcido?

¿No oís doquiera el grito de venganza
Del tenaz guerrillero, que, escondido,
Del bosque ó la cañada se abalanza,
Cual tigre hambriento con feroz rugido,
Y cae sobre su presa, y parte luego
De sus hermanos á atizar el fuego?

Fuego que arde en ciudades y cabañas,
Y en las sierras y bosques se entretiene;
Del opresor lo ceban las entrañas,
Cuyos ojos abiertos siempre tiene;
Y, en ráfaga constante, en las montañas,
Espada amenazante, se mantiene,
Y de un confin al otro en torbellino
Corre abrasando con furor divino.

Y de un confin al otro, fatigados,
Corren los galos, rebramando en ira;
¡Intentando apagar esos sagrados
Fuegos del patriotismo, que respira
El aire en nuestros campos dilatados!
¡Míseros! ¡morireis en triste pira,
Sin que uno quede que la espada vibre,
Antes que esclavizar un pueblo libre!

Mas no, que destrozados, y rendidos
De la lucha tan larga y tan sangrienta,
Cual del mar irritado los bramidos,
Tal del pueblo el furor los amedrenta;
Y al fin, de su impotencia convencidos,
Recogen las banderas de Magenta,
Y sobre el corazon hecho pedazos
La frente inclinan, crúzanse los brazos.

¿No los veis? ¿no los veis? Rabiosa espuma
Lanzando, ya preparan sus bajeles,
Y del negro dolor que los abruma
Despedazan antiguos sus laureles,
La cara vuelven con vergüenza suma
Hacia nuestros jardines y verjeles,
Y soltando la rienda á sus dolores
Se entregan de la mar á los furores.

¡Oh mar, terrible mar! si es tu destino
Espantar, reprimir con tu fiereza
La fiereza del hombre diamantino,
Vengar á la, que holló, naturaleza;
Tú, cual ministro del furor divino,
Irrita de tus olas la braveza,

Y esa flota sumerge hasta tu asiento....
¡Y sea al mundo de ejemplo y de escarmiento!

Mas si la sabia Providencia ordena
Que, cargados de oprobio y maldiciones,
Volvieren esos vándalos al Sena,
Publiquen á los pueblos y naciones:
Que la América se alza y que está llena
De libres y valientes corazones,
Que no es el pueblo crédulo que un dia
A Cortés y Pizarro se rendia:

Que aquí del despotismo ya no crece
Gigante el árbol, de funestas ramas,
Que en el antiguo mundo se remece
Y brota por doquiera entre las lamas;
Que aquí, cual sol de vida resplandece,
Y nos enciende con sus dulces llamas
La hermosa libertad: y que á sus leyes
¡Tiemblen los tronos, póstrense los reyes!

Que este hemisferio vírgen y fecundo,
De aires más puros y brillante cielo,

¡Tal vez nuevo vigor infunda al mundo!
¡Tal vez alumbre al afligido suelo!
¡Tal vez la Europa, en estupor profundo,
De la América altiva siga el vuelo;
Y en aquestos desiertos se levante
De luz y vida una nacion gigante!

Sí, no os engañe la funesta gloria
De ambicion y conquista, que os fascina;
Con que se halla manchada vuestra historia,
Y que, cual Dios, vuestra nacion domina:
De México acordaos....y esta memoria,
Que á la Europa escarmienta é ilumina,
Os refrene y advierta, que no en vano
Os separa de América el Oceano.

¡Oh terrible leccion! ¡oh hermoso dia!
¡Oh de Mayo magnífica jornada!
¡Oh patria de Morelos, patria mia!
¡Oh Zaragoza, que con ígnea espada
Del frances quebrantaste la osadía!
La América celebra entusiasmada
Tantos honores y victoria tanta,
Y un himno entona y nuestras glorias canta.

¿No la oís? ¿no la veis? Vírgen morena,
De ojos rasgados y mirada ardiente,
Aspecto noble y majestad serena,
Aire marcial y coronada frente.
Cual Citeres se alzó, de gracias llena,
Sobre las olas de la mar hirviente,
Así se alza en el Golfo mexicano,
Y nos saluda con robusta mano;

* * *

"¡Salve, oh pueblo de aztecas valiente!
"¡Gloria ya de esta inmensa region!
"¡Ante el mundo levanta la frente,
"Que la ciñe el laurel del valor!

"No más bella la aurora en Dolores
"Y en Iguala lució para tí,
"Que hóy de Mayo los vivos fulgores
"Que te anuncian feliz porvenir.

"Al blandir Zaragoza su lanza,
"Derribando del muro al francés,
"Hondo grito de guerra y venganza
"Resonó desde Arauco á Quebec.

"De los pueblos hermanos se escucha
"De alabanzas el canto doquier,
"Y te ofrecen su espada en la lucha,
"Que tu suerte es su suerte tambien.

"¡Mas tú solo en la lucha terrible,
"Solo tú con tu heroico valor,
"Te bastaste, te hiciste invencible
"Ante el fiero, tenaz invasor!

"¡Solo tú con tu heroica constancia,
"Solo tú con tu eterno rencor
"A los reyes, heriste de Francia
"Orgullosa sagrado el honor!

"¡Gloria á tí! ¡con mi canto te alabe
"De este golfo incesante el furor,
"Que el contento en mi pecho no cabe,
"Me deslumbra tu ilustre fulgor!

"Del Perú dadme frescas las rosas,
"De Florida traedme arrayan,
"Para ornar esas frentes hermosas
"De los héroes de Tenochtitlan.

"Que del Gila las náyades bellas
"A mi canto su canto unan ya,
"Y las driadas respondan con ellas:
"¿Quién á México no admirará?....

"¡Salve, oh pueblo de aztecas valiente,
"Gloria ya de esta inmensa region!
"¡Digno lauro corona tu frente,
"Fama eterna honrará tu valor!

"¡Yo bendigo tu triunfo! ¡fecundo,
"Te haga grande y dichoso brillar!
"Y si en guerra te admira ya el mundo,
"¡Que te admire tambien en la paz!"

A LA REPUBLICA MEXICANA

EN SU GLORIOSO TRIUNFO SOBRE LA INTERVENCION Y EL IMPERIO EN 1867.



¡Conque el trono cayó, roto en pedazos!
¡Ah! ¿quién del pueblo al formidable empuje
Resiste, si en furor, como leon ruje,
Sacude el cuello y los potentes brazos?

No hay fuerza, no hay valor contra la saña
De un pueblo opreso que á la lid se lanza:
Es torrente que todo en su pujanza
Vence y arrastra, como débil caña.

Cayó el trono que alzaron torpes manos
De un bando vil y mercenaria tropa;
A su estruendo tembló la vieja Europa
Y pálidos temblaron los tiranos.

Cayó el Hapsburgo, y al quedar extinto
Esta voz honda resonó en la esfera:
Pasó ya de aventuras la carrera
El siglo de Cortés y Cárlos quinto.

Pasó el tiempo en que pérfidos los reyes,
Apoyados en fiero fanatismo,
Se entregaban sin rienda al vandalismo,
Oprimiendo á los pueblos como bueyes.

Su justicia y derecho, el soberano
Poder el pueblo, reclamando, alcanza;
Y un porvenir de luz y de esperanza
Se abre del mundo en el revuelto Oceano.

¡Plaza al derecho! que con mano fuerte
La triste humanidad, que opresa gime,
Rompe sus hierros con valor sublime
Y va aliviando su infelice suerte.

¡Plaza á los pueblos que con sabias leyes
Se levantan y marchan firmes, fieros,
Arrollando en su curso viejos fueros,
Dejando nada más sombra de reyes.

¡Al pueblo la victoria y los honores,
Al que, con sangre su salud comprando,
Un faro en cada triunfo va dejando,
Abismo entre la luz y los errores!

¡Plaza á la libertad, hija del cielo,
Plaza á la democracia, hija del Cristo;
De señores y esclavos ese mixto
Monstruoso desparece ya del suelo.

Iguales ante Dios, todos hermanos,
Y ante la ley, que es su razon suprema,
Desparezcan los cetros, la diadema,
Ante la sencillez de los cristianos.

¡República de Anáhuac, te saludo!
¡México libre, de mi lira ardiente
Brota un laurel para ceñir tu frente,
Y á tu triunfo inmortal gozoso acudo!

Quiero cantar tus glorias, porque asombra
Tu constancia y tu triunfo, patria mia,
Porque, en vez de ultrajarte en su osadía,
Más de un rey tal vez tiemble si te nombra.

Porque con tu conciencia y tu derecho,
Sola, contra traidores y extranjeros,
Hiciste frente á espléndidos guerreros,
Con fuerte brazo y con desnudo pecho.

¡Y al fin la iniquidad castiga el cielo!
Al ambicioso príncipe lo ciega....
A tu justicia y tu rigor lo entrega,
Y lava con su sangre nuestro suelo.

¡Oh triunfo, oh gloria pura, como es pura
La libertad de la opresion triunfando!
¡Como es pura la patria sofocando
Entre sus brazos la traicion impura!

¡Pura, como la sangre que á torrentes
De tanto mártir derramó el tirano,
Creyendo, cruel, en su delirio insano,
Que el martirio doblara nuestras frentes!

¡Pura, como los himnos que levanta
En tu loor la América exaltada,
Celebrando tu triunfo enagenada,
Y bendiciendo tu ventura tanta!

¡Pura, cual de Iztacihual los cristales,
Hermosa, cual tus bellos horizontes,
Grande y soberbia como son tus montes,
Fecunda cual tus ricos minerales!

¡Gloria eterna que al alma libre inflama,
Y ha de alumbrar nuestra orgullosa frente,
Y ha de encender en nuestro pecho ardiente,
De patriotismo inextinguible llama!

República triunfante, patria mia,
Yo te saludo enagenada el alma;
De tu gloria inmortal la hermosa palma
Arrebata mi ardiente fantasía.

Del mundo de Colon bello lucero,
Guarda tu libertad; sigue el camino
Que hoy te señala tu feliz destino,
Y brilla entre los pueblos el primero.

***

Despues de negra y hórrida tormenta,
Despues de once años de inmortal pelea,
Limpia, la enseña nacional ondea
Y victoriosa su águila se ostenta.

Entre sus garras la traicion sangrienta
Retuércese vencida y espumea;
Miéntras que en aras de la patria humea
La sangre que á tiranos escarmienta.

¡Salud, patria feliz! sobre tu frente
El sol de libertad brilla fecundo;
La fé del porvenir tu pecho siente;
Hundióse el trono exótico, infecundo.....
¡Marcha! que tu firmeza y vuelo ardiente
Ya los bendice Dios y admira el mundo.

AL C. PRESIDENTE

BENITO JUAREZ

En su entrada triunfal á la Capital de la República

SONETO.

Ya llega, vedlo allí, siempre sencillo,
Modesto, como aquí cuando regia
La sacra Temis; mas la luz del dia
No es más hermosa que su hermoso brillo.

De tiranos y déspotas martillo,
De demagogos roca....¡Patria mia!
Tu nave en la borrasca ya se hundia....
¡Salvóla con su fé tan gran caudillo!

Miéntras ciñan á México los mares,
Y respiren los bravos mexicanos,
Vivirás en su pecho, invicto Juárez.

Temblarán á tu nombre los tiranos,
Y de la libertad en los altares
El ídolo serás de los humanos.

AL ILUSTRE GENERAL

PORFIRIO DIAZ

SONETO.

Al seno vuelves de tu fiel Oaxaca
Que con orgullo su campeon te nombra;
Si no hallas en tu paso regia alfombra,
Lauros sí, de un verdor que no se opaca.

A tu valor ¿qué fué la gloria austriaca
La del belga y frances? ¿No al mundo asombra
Aún el Cerro, do imperial la sombra
Del infeliz Hapsburgo se destaca?

Vuelve á la aura natal, al sol ardiente
Que dió á tu corazon el temple fiero
Del patriotismo y enhestó tu frente.

Cuelga ya, cuelga el triunfador acero,
Y reposa á la sombra, dulcemente,
De tus laureles, inmortal guerrero.

BRINDIS

Al ilustre general Porfirio Diaz en el banquete que le dió el Gobierno de Oaxaca en Febrero de 1868, al arribar á su ciudad natal, triunfante de la intervencion y del imperio

Por tí, por quien respira el alma mia
De la alma libertad el aura pura;
Por tí, que combatiendo noche y dia
Triunfaste al fin de la traicion impura,
Del frances quebrantaste la osadía
Y á mi patria colmaste de ventura;
Por tí brindo, Porfirio, ilustre hermano,
Yo te bendigo y te saludo ufano.

Por tí, leon en la feroz batalla,
Que ruges y á tu voz tiembla la tierra,

Y cae hecha pedazos la muralla,
Y á tu pecho de bronce nada aterra;
Por tí, cuya alma tan sensible se halla,
Cuando cesa el estruendo de la guerra,
Que se abre á los afectos que atesora
Y de amistad en el regazo llora.

Yo te saludo por la vez primera
Y por primera vez tu mano estrecho;
Admirador de tu inmortal carrera
El entusiasmo me conmueve el pecho;
Que liberal cual soy, la lisonjera
Gloria de tus hazañas satisfecho
Deja mi orgullo nacional, é inspira
Y arrebata hoy mi engalanada lira.

Vive y vive feliz y siempre grande,
Y á la patria engrandece que te adora;
Por ella nada más tu espada blande,
Conservándola limpia cual la aurora;
Mas cuando su salud te lo demande,
Esgrímela terrible y vengadora;
Y que tiemble á tu nombre el extranjero,
Tiemble el tirano y demagogo fiero.

HIMNO A LA PATRIA.

CORO.

¡Libertad en el cielo se ostenta,
Ya á mi patria su aliento le da!
Brama el mar y los montes repiten
¡Libertad, Libertad, Libertad!

I.

Por tres siglos ¡oh patria querida!
La ignominia manchara tu frente,
Y á las garras del leon inclemente
El ibero tu sangre vertió.

Sangre pura exclamaba la tierra,
Pura, el eco en las selvas volvia,

Y la sangre venganza pedia,
Levantando hasta el cielo su voz.

II.

Férreo el pecho de Marte conmueve
Penetrante tu ¡ay! de amargura,
Y se arranca la negra armadura
Y á tus hijos la da con furor.

Se estremece tu suelo manchado,
Tu ira santa en Dolores estalla,
Y entre el humo y la ardiente metralla
Vuela roto tu infame eslabon

III.

Cae la España á tus plantas rendida,
Y, de oprobio y de cólera llena,
De la vil y pesada cadena
Los pedazos mordiendo se ve.

¡Gloria á Hidalgo y Allende y Morelos
Y á otros mil que tu afrenta lavaron,
Y del polvo tu frente sacaron
Y de patria te dieron el sér!

IV.

Hoy sus yertas cenizas reaniman
Tus cantares y vivas ardientes,
Y en sus anchas y pálidas frentes
Resplandece la gloria inmortal.

Y si el cóncavo bronce retumba
Al albor de la alegre mañana,
Repercute la lenta campana:
¡Libertad, Libertad, Libertad!

A CINCINATO.

---o---

SONETO.

De Roma allá en los tiempos venturosos,
Cuando era la virtud su fuerza y guía
Y la tierra, gozosa, se entreabria
Bajo manos de Jefes victoriosos;

Cincinato en sus campos deliciosos
De Dictador los haces recibia,
Y, desnudo, en la toga se envolvia,
Sacudiendo los hombros polvorosos.

Gobierna y lucha con felice tino,
Y triunfa en breve de enemigos vanos;
Volviéndose á sus campos, de do vino.

Graba en un árbol: *aprended, humanos,*
Que el amor al trabajo, y no al destino,
Forma libres y grandes ciudadanos.

DESPEDIDA DE SIMON BOLIVAR.

SONETO.

Un soldado feliz fué el rey primero
Que elevó en gratitud un pueblo libre:
Temed, pueblos, temed, prorrumpe el Tibre,
De un Julio César el triunfante acero.

Opresóres ya no hay. ¿Feliz guerrero,
Temiendo estais que yo mi espada vibre
Contra la libertad?.... Que se equilibre
La República nuestra en paz, espero.

Mi juventud, mi sangre, mi fortuna
A vuestra libertad y buena suerte
Dí, colombianos, sin violencia alguna.

¿Hay más? ¡oh patria! Sí, deje de serte
Un amago mi gloria, que desuna....
¡Adios! ¡Antes me expatrio que perderte!

EL POETA.

A MI ILUSTRE AMIGO

CIUDADANO GENERAL

PORFIRIO DIAZ.



¿Quieres que cante yo de la natura
La belleza inmortal? ¿Quières que cante
La gloria del Criador, yo vil criatura,
Y que en sublime vuelo
Sobre las nubes la cerviz levante,
Y pasme luego al suelo,
Revelando en solemne y sacro tono
Cuanto escuchare absorto, embebecido

Mi miserable, mi mortal oído
Del Hacedor ante el excelso trono?

¡Oh! tal hiciera yo cuando lograra
La sacra inspiracion del tracio Orfeo,
De Daniel en el fuego me abrasara,
Y con el harpa del sublime Lino
Feliz me arrebatara,
Y competir pudiera con Museo!
¡Ah! sí, tal es, tal es el gran destino
Del sér que el mundo apellidó poeta,
De ese ángel lleno de furor divino
Que de la carne vil que lo sujeta
Rompe los lazos, y penetra osado
En el oscuro porvenir. Comprende
De la naturaleza la secreta
Y misteriosa voz que sólo es dado
Sentir al corazon. El solo entiende
De la cuitada tórtola el gemido,
La música sublime del torrente,
Del aura el melancólico ruido,
Del arroyo el murmurio y de la fuente,
Del corazon que desgarrado gime
El suspiro que exhala en su agonía,
De la tormenta ese fragor sublime,

El susurrar de la arboleda umbría,
De la alta noche el misterioso encanto,
Del insondable abismo el hondo espanto,
El último suspiro de la tarde,
Y la sonrisa de la blanca aurora
Cuando su rostro en el Oriente se arde
Y en variados matices se colora:
Cuanto naturaleza encantadora
Sublime, bello y delicado esconde,
Del poeta á la voz todo responde.

¿Qué instinto, qué sentido delicado,
Sobre el comun de los sentidos, hace
Que escuche ese concento regalado,
Cuyo vago rumor le satisface
Y absorto lo mantiene y lo embeleza;
Le hace admirar la virginal belleza
Tan aérea, fugaz, deslumbradora,
Más pura sí que la que el mundo adora;
Le hace sentir el místico murmullo,
La harmonïosa undulacion del mundo,
Angelical y delicado arrullo,
De gozo y de dolor raudal fecundo,
Que le ocasiona su fatal martirio....?

¿Y es sueño nada más, vano delirio
Ese noble y divino sentimiento
Que lo puro y perfecto sólo anhela,
Que al espíritu tiene siempre inquieto
Y levanta atrevido el pensamiento
Que á la region del infinito vuela?
¿Tan noble aspiracion no tiene objeto?
¿Es ideal tan sólo, imaginario,
¡Ay! ese mundo en que el poeta vive
Y tras el que suspira su deseo?
No es, gran Dios, solamente devaneo;
Es la verdad que su razon percibe
Al traves de ese velo funerario
Que envolvió la creacion en negro dia:
Es la verdad que siente su alma pura
Que se desprende de la carne impura
Al fuego divinal de la poesía:
Es música real de la natura
Melancólica, suave y misteriosa,
Que en religiosa calma
Tan sólo siente ennoblecida su alma:
Es la imágen purísima y hermosa
De otro mundo más bello é inocente
La que corona su radiosa frente,
La que enciende en amor su alma dichosa.
Por eso solitario, indiferente

Vive del mundo á la comun belleza,
Sus honores hollando y su grandeza,
Atento nada más á la harmonía,
Al goce celestial que lo extasia
Y que en cambio le da naturaleza.

¿Qué del mundo el sarcasmo, y que se ria
Al verlo remontarse á otras regiones,
Si no le faltan nobles corazones
Y se basta á sí mismo en su osadía?
Tal vez lo agobia el mundanal ruïdo,
Tal vez no lo comprende el mundo necio,
Y huyendo su sarcasmo y su desprecio
Busca la soledad ¡oh dulce nido
De las almas sensibles! ¡oh sagrado
Y venturoso asilo,
Do del poeta el corazon tranquilo,
Del mundo y de los hombres olvidado,
Con la naturaleza sólo vive
Y de ella y Dios su inspiracion recibe.

Sí, de ella y Dios tan noble peregrino
Tan sólo puede recibir consuelo,
Que es innoble el espíritu y mezquino

Que reina tristemente en este suelo.
Por eso vemos que en sagrado anhelo
Los primitivos vates, por doquiera,
A la Divinidad se consagraron,
Y su canto primero que entonaron
Se elevó cual incienso á la alta esfera.
¿Y en quién si no es en Dios hallar pudiera
Y en la naturaleza pura y santa
Lo que busca el poeta y que lo encanta;
Ese océano de luz, donde fulgura
La risueña inocencia, tierna y pura,
Del casto amor la límpida belleza,
De la virtud heroica la grandeza,
La palma de los mártires que lloran
Y á la piedad se acogen que les brinda
Esperanzas divinas que atesoran....?
¡Ay del ángel caïdo que se rinda
Al peso del dolor! y en tal trastorno
Vuelva la vista en incesante anhelo
Y gire el mundo indiferente en torno
Y en torno gire indiferente el cielo.
¡Ay de aquel que tan hondo desconsuelo
Sintió en su corazon, y en noche oscura
Se envolvió para siempre en su locura

Y ni un astro brilló sobre su frente,
Ni en su hondo abismo la esperanza pía!
En la tierra desierta é inclemente
Secáronse para él las blancas flores,
Y bebiendo la hiel de su agonía
Va surcando un océano de dolores.
¡Cómo cegaste, impía,
Alma sublime, la sagrada fuente,
La única vida para el alma ardiente,
Tierna y sensible, que el placer hastia,
La santa religion! ¡lazo bendito
De tierra y cielo, el hombre y lo infinito!

Sí, que el divino don de la poesía,
Ese entusiasmo y célica harmonía
Que trasforma al mortal, no le fué dado
Para arrullar al mundo degradado
Con su canto magnífico y divino;
Más alta es su mision; es su destino
Arrebatarlo á la materia impura,
Y de carnal y de feroz criatura
Con su magia dulcísima que encanta
En *hombre* convertirlo: el sér sublime,
El único en la tierra que levanta
Orgulloso la frente, que no oprime

De la materia el peso que sujeta
A toda la creacion. ¡Grande poeta!
Alza á tu hermano, tu mision comprende;
Lo purifica con tu fuego santo;
Sus goces puros con tu lira enciende,
Y ríndele homenaje con tu canto
A su virtud, su sacrificio y gloria;
Haz que adore lo puro, noble y bello,
Sobre lo vil alcance la victoria,
De criminal que lo estremezca el sello;
Y al mirar de la tierra los abrojos,
En su fortuna ó su dolor profundo,
Al Supremo Hacedor vuelva sus ojos.
Así comprenderá frívolo el mundo
Que del vate inmortal el plectro de oro,
Derramando de gracias un tesoro,
No sólo nos deleita y nos fascina,
Sino enseña, ennoblece, nos consuela,
Y en lengua inolvidable, peregrina,
Sus verdades altísimas revela.

Oaxaca, Agosto 28 de 1868.

ODA

LEIDA EN LA SOLEMNE INAUGURACION
DEL "LICEO OAXAQUEÑO," QUE TUVO LUGAR
EL 5 DE FEBRERO DE 1868.

¡Oh tú que riges con potente mano
Los mundos mil que en el espacio brillan,
Publicando tu imperio soberano,
Y que sumisos ante tí se humillan!

Que indeclinable siguen el camino
Que les trazó tu eterno pensamiento,
Y van marchando á su fatal destino,
Cual leve arista que arrebata el viento;

¡Oh tú que al primer hombre en semejanza
De tu imágen divina lo formaste;

Encendiste en su pecho la esperanza
Y con tu luz su frente iluminaste!

Desplegaste á sus ojos la hermosura
Del cielo azul y la tendida tierra;
Diste á su alma la fé de la ventura,
Y en pos de ella se lanza en cruda guerra;

Y nuevas armas sin cesar inventa
De tu soplo abrasado, y se levanta,
Luchando con el mal que lo atormenta,
Y realizando el bien, tu imágen santa;

¡Suprema inteligencia! tú tan sólo
Que eres el sumo bien y la luz pura,
Luz que, rasgando de uno al otro polo
Las densas nieblas del error, fulgura;

Tú sólo puedes despejar la mente
Del hombre ciego en el error hundido,
Que si de la verdad las voces siente
Se las confunde el mundanal ruido;

Preocupaciones mil la mente ofuscan,
Y el polvo de los siglos cubre el cielo:
Tu luz hace tan sólo se trasluzcan
Las verdades que encubre el denso velo.

Danos, pues, de tu ciencia hermosos rayos,
Y partan de este centro por el mundo
Que despierte al oír nuestros ensayos,
Como de un trueno al resonar profundo.

Danos rasgar el velo tenebroso
De la mentira, y con audacia fiera
Perseguiremos al error sañoso,
Descubriremos la verdad sincera.

¿Qué será nuestro afan si tú no ordenas
Que marchen los mortales, siempre inquietos?
Marcas el tiempo y de tu luz nos llenas,
Nos da dócil natura sus secretos.

El genio entónces, tu ministro osado,
Marcha, sin comprenderte, á su destino;
Mas lleno de tu espíritu sagrado
Se abre, cual rayo, su inmortal camino.

Y sumergido en luminoso océano
Los astros mide, al mundo desencanta;
Siente al polo oscilar sobre su mano,
Y la tierra girar bajo su planta.

Ya benéfica estrella del Oriente,
Derramando su luz suave y hermosa,
Venga por los santuarios de Occidente,
Alumbrando la ciencia tenebrosa;

Ya en Maraton y en Iso horrible guerra
Y en Zama y Accio despedace al mundo,
Y retiemblen los ejes de la tierra
Al embate del choque furibundo;

Ya en pórticos y plazas se levante
Osada la razon y tiemble el solio
De Júpiter olímpico, se espante,
Derrumbándose el viejo capitolio;

Ya cual negro huracan del Norte helado
Los bárbaros rugiendo se desprendan,
Y arrollen al imperio degradado
Y larga noche sobre el mundo tiendan;

¡Allí tu mano y luz! Sin ellas ciego
El mundo, devorado de despecho,
Se arrojará cual Hércules al fuego,
Aullando y desgarrándose su pecho.

Compañeros, la América hasta ahora
Sólo ha ostentado su fecundo seno,
Donde tantas riquezas atesora,
Al viejo mundo de codicia lleno.

La Europa toda esclavizó á la hermosa,
La rica vírgen de Colon, nacida
Para tomar venganza de la odiosa
Esclavitud que emponzoñó la vida.

Oprimióla, más dura que los bronces,
Con sangre y fuego sofocó su grita;
Pero sonó la hora fatal y entónces.....
¡Ay de la Europa y su ambicion maldita!

Ella empuñó con juveniles manos
De libertad el ultrajado escudo,
Y tendidos sobre él á los tiranos
Presenta al orbe escarmentado y mudo.

La esclava se alza, ornada de laureles,
Y, libre de tan pérfida tutela,
Que es digna muestra á sus verdugos crueles
Del alma libertad que tanto anhela.

Tiempo es ya que del mundo en la balanza,
No sólo por sus perlas, plata y oro,
Haga brillar su nombre y su pujanza,
Mas descubriendo otro mayor tesoro.

Los dones del saber. ¡Oh patria mia!
Levanta tu razon, sus alas tiende;
Alzate como Grecia en feliz dia,
En el mundo moral brilla y sorprende.

No sólo entre los hielos y la bruma
Del frances, del breton y del germano
Se desarrolla la razon con suma
Actividad y vuelo soberano:

Que el divino Platon, Maron divino
Su inspiracion debieron y su vuelo
Al paraíso que les dió el destino,
Como á nosotros, y á su hermoso cielo.

Que uno es el hombre y la razon es una,
Uno nuestro destino y nuestra suerte:
En lucha con el mal desde la cuna
Y en pos del sumo bien hasta la muerte.

Con larga mano aquí naturaleza
Repartió sus tesoros: las pintadas
Aves canoras de sin par belleza
Por blandas auras siempre regaladas;

Nuestros campos feraces, nuestros montes
Cubiertos de verdura y blanca nieve;
Nuestros limpios y bellos horizontes
Y un cielo azul que el corazon conmueve;

Todo tiene una voz dulce, harmoniosa,
Que agita el plectro y que arrebata el alma,
Que resuena incesante y misteriosa
En nuestro pecho, sin dejarlo en calma.

Con tan bellas escenas, y en raudales
De tan rica y espléndida poesía
Nos dé el genio creaciones celestiales,
Derramando torrentes de harmonía.

Penetre audaz en la mansion sagrada
De la ciencia, y, rasgando el velo espeso,
Haga ver á la tierra esclavizada,
Que donde hay libertad hay más progreso.

Señalar esa senda que florida
Conduce á campos de eternal ventura,
Donde tiene la ciencia su escondida
Mansion de luz inextinguible y pura;

Abrir esos sagrados manantiales
Que de la ciencia á la varilla brotan
De los desconocidos peñascales,
Dan nuevo sér y que jamás se agotan;

Que engrandecen el alma y destruyendo
Los zarzales de este áspero desierto
De apacible verdor lo van vistiendo,
E iluminando el porvenir incierto;

Y á nuestra juventud ávida, ardiente,
Mostrarlos claros y entre guijas de oro;
Que todos en su límpida corriente
Beban dichosos el mejor tesoro;

Tal es nuestra mision, y tal la gloria
Del que á la ciencia consagró su vida;
Ante esa gloria pura otra es escoria,
Otro placer es ilusion perdida.

Tal es nuestra mision; cobrad aliento,
El cielo la bendice, porque es pura;
Alumbrar al humano entendimiento,
Sorprender la verdad en niebla impura:

Encender la razon, y que derrame
Sobre el alma una luz, que á Dios revele,
Que el corazon palpite y que se inflame,
Y deificado al porvenir se vuele.

No desmayemos, que la paz nos llama;
No desmayemos, que la ciencia es bella;
Si el patriotismo nuestro pecho inflama,
Levantemos á México hasta aquella
Altura á que las artes y la ciencia
Tienen ya levantado al viejo mundo,
Y que envidiamos con tenaz desvelo.
Sé grande por tu rica inteligencia
¡Oh cara patria! y tu saber profundo,
Como eres grande por tu opimo suelo!

ODA LEIDA POR SU AUTOR

EN LA FUNCION DE PREMIOS DEL INSTITUTO DE CIENCIAS Y ARTES DEL ESTADO, LA NOCHE DEL 27 DE DICIEMBRE DE 1868.

Tomad conmigo, juventud ardiente,
Del sabio de Salem la acorde lira
Y levantad el canto;
De verde olivo coronad la frente,
Y al templo de Minerva que me inspira,
Respetuosos entrad; y con espanto
Escuchen los profanos
Revelar de la ciencia los arcanos.

¡Ah! ¿qué es el hombre? miserable lodo,
Con la materia inerte se confunde

Y su cuerpo perece;
Se arrastra con el bruto, y á su modo
Busca el placer y en el placer se hunde;
Del apetito esclavo se enfurece
Y en fiera se convierte,
Olvidando su orígen y su suerte.

Pero sobre las piedras, sobre el bruto,
Sobre la cima que los cielos toca
Lo eleva luz divina,
Que hace le rinda general tributo
La tierra toda que, cual rey, lo invoca,
La tierra toda que, cual rey, domina.
¡Mortal, alza la frente,
Que eres grande y eterno cual tu mente!

El hombre es la razon, la inteligencia,
Fuerza criadora, fecundante llama,
De Dios ecó profundo,
Destello hermoso de la eterna ciencia
Que de los siglos al girar se inflama,
Y lentamente iluminando al mundo
Lo trasforma y dirige
Bajo la ley que el universo rige.

¿Y cuál es esa ley, cuál el destino
Del alma humanidad, de la criatura
Más perfecta y sublime,
Que lo vil, lo terreno, lo mezquino
Desdeña; noble, en su feliz locura,
Y por doquiera su grandeza imprime,
Mostrando en su pujanza
De su eterno Hacedor la semejanza?

¿Será que el mundo de luchar cansado
Y en su eterno trabajo consumido,
En trastorno incesante,
Perdiendo vaya su vigor pasado,
Y, de abismo en abismo sumergido,
Ya se aproxime á su postrer instante,
Y por misterios tales
Se expliquen tantos y tan grandes males?

¿Será que siempre en giro sempiterno,
Cayendo y levantando, siempre siga
Por un mismo camino;
Y cual sigue al otoño el cano invierno
Y de Mayo á la flor la rubia espiga,
Él, condenado á tan fatal destino,

Un paso no adelante
En su fatiga y marcha tan constante?

***

No, no, volved los ojos al Oriente,
Do del linage humano está la cuna,
Do la luz se derrama al Occidente;
Y vereis del progreso qué oportuna
Se presenta la ley, siempre creciente,
Ofreciéndonos próspera fortuna.
Artes y ciencias ¿el antiguo mundo
Os conociera en su estupor profundo?....

Ni puede ser que la conciencia humana,
Desde el Celeste Imperio hasta el Poniente,
Lo mismo ahora que en su edad temprana,
Engañarse pudiera en ese ardiente
Anhelo universal con que se afana
Por seguir un progreso indeficiente.
¡Ciega, tal vez de escombros y ruïna
Brotar hace una luz nueva y divina!

Con esa misma fé con que percibe
Que hay un Sumo Hacedor de tierra y cielo,

Con la que cree que el alma eterna vive,
Desprendida del polvo de este suelo,
Y qué castigo ó galardon recibe
Al descorrer la eternidad su velo,
Con esa misma fé marcha atrevida
De adelantos en pos, de mejor vida.

¿Ser podria que la suma inteligencia
Para burlar tan general deseo
Solamente nos diera esa creencia,
En que á la humanidad esperar veo?
¿La obra más grande de la eterna ciencia
Entregada seria á su devaneo?
O si Dios la dirige, ¿quién no espera
Bien y progreso en su mortal carrera?

¡Oh esperanza dulcísima y bendita!
¡Qué sin tí fuera de la vida humana!
¡Sin tí cómo sufrir esa infinita
Suma de males que doquiera mana
Sobre el mundo oprimido que se agita,
Llamando á gritos el feliz mañana
Que ansioso aguarda calme sus dolores
Y le abra un porvenir de blancas flores!

Y ese bien, perfeccion, progreso ansiado
A la vez que real, ¿quién lo concierta,
Obra es de quién? del pensamiento osado,
Poderoso y criador, que en lucha abierta
Con la materia y el error y el hado
De triunfo en triunfo muestra descubierta
La verdad que se oculta á los humanos
Y sólo abre á la ciencia sus arcanos.

¡Oh juventud! la ciencia, sí, la ciencia
Que es la eterna razon, sólo podria
Tal especie mostrar de omnipotencia,
Prodigios de tan alta gerarquía;
Ella sólo tenaz la resistencia
Vence de la natura en su osadía;
Y al mundo iluminar ella tan sólo
Puede cual sol de un polo al otro polo.

Ella es reina absoluta de este mundo
Que en la oscura ignorancia vagueando,
O desde el albañal del vicio inmundo,
A ella se vuelve su esplendor buscando.
Desde el pastor sencillo al furibundo
Hijo de Marte y el tirano infando,

Todos á ella se vuelven y se humillan
Y con su amparo engrandecidos brillan.

Ella da á los patriarcas venerables
La sencilla elocuencia, el santo celo,
Y el sagrado respeto que, inviolables,
Sin ley ninguna, los presenta al suelo.
Ella da á los misterios adorables
De la teocracia el imponente velo
Con que, justificada, dicta leyes
Al espantado pueblo y fieles reyes.

Ella á la democracia turbulenta
Da tal impulso que cual mar se lanza
Sobre la odiosa tiranía, sangrienta,
Que arrebata cual polvo en su pujanza;
Y ella despues de la hórrida tormenta
Aparece, cual íris de bonanza,
En el ensangrentado firmamento,
Dando al mundo la paz y firme asiento.

¿Qué fueron en lo antiguo los pitones,
Las sibilas, profetas y los magos,
A cuya voz temblaban las naciones
Del fatídico acento á los amagos?

¿Qué fueron sino sabios que los dones
De la ciencia elevaron á esos vagos
Espacios misteriosos y sin nombre,
Do los adora confundido el hombre?

¿Qué dió al Egipto nombre tan glorioso
Sino el templo del sol, de do partian
Para el mundo moral, caliginoso,
Los rayos del saber que deshacian
De la ignorancia el velo tenebroso,
Que luz y bien doquiera difundian?....
¡Hierópolis, tu gloria es santa y pura,
Miéntras Ménfis recuerda desventura!

Con sólo esos soberbios monumentos,
Triste padron de multitud cautiva
Que amasó con su sangre los cimientos
Que el tiempo no respeta, y que derriba,
Cual infames y vanos pensamientos
Del orgullo del hombre, Roma altiva,
Ilustre Grecia, ¿vuestra fama fuera
Tan grande, tan gloriosa y duradera?

¿Vuestro dominio y triunfos tan brillantes
Qué fueron sino sombra y polvo vano?

Mas no así los ejemplos palpitantes
Que nos dejasteis del saber humano:
En la ciencia encarnados van triunfantes
Siglos atravesando y el Océano,
Vencedores del tiempo, eco profundo,
Vivirán resonando al fin del mundo.

¡Rico tesoro, inestimable herencia!
¡Bendita una y mil veces, sí, bendita,
Pues con ella se alzó la inteligencia
A esa esfera sublime en que se agita,
Y que vierais vosotras cual demencia
Del ansia de saber que precipita,
Pero que en lucha eterna va venciendo
Y un ancho campo al porvenir abriendo!

¿Qué no oís retemblar toda la tierra,
Del hórrido cañon al estampido?
¡Ah! no es ya Salmoneo quien nos aterra
Con su carro de fuego, estremecido:
Es de Bacon el polvo que se encierra
En tubo de mortífero silbido,
Y en tal progreso lo conduce el arte
Que con el mundo acabará ó con Marte.

¿Qué canto, ni qué lengua tan divina
Será de Guttemberg digna alabanza,
Por quien el mundo todo se ilumina
Y los pueblos recobran su pujanza?
La brújula que alumbra y encamina
Al atrevido que á la mar se lanza,
Fulton, Daguerre y Morse con sus inventos
Son del genio magníficos portentos.

Es verdad que en tan grande movimiento
De mejoras inmensas, de reforma,
Aun no puede el humano pensamiento
Dar al mundo moral su nueva forma;
Aun no puede zanjar el gran cimiento
De donde surja salvadora norma;
¡Ay! ¡cuánta convulsion nos resta y prueba
Para salir del caos criatura nueva!

Para que el mundo renovado quede
Por la fé, y en la fé del Nazareno,
Que en diez y nueve siglos aun no puede
Comprender su palabra y darle el lleno,
Mas esa fé de do su luz procede
Y cuanto encierra el porvenir de bueno,

Esa fé que lo alumbra y lo domina,
Lo salvará de su inminente ruina.

Aqueste porvenir mi vista alcanza,
Pues sé que Cristo es angular la piedra
En que el mundo reposa y se afianza,
En quien vive y respira, crece y medra.
La ciencia humana, que sedienta avanza,
Sólo bajo su amparo, cual la yedra,
Realizar puede ese deseo sublime:
Que un *espíritu solo* al mundo anime.

Tal es el fondo de la fé cristiana:
Que el amor fraternal los hombres una;
Desaparezca esa grandeza vana;
Esa insultante y desigual fortuna;
Del vicio, error y la ignorancia insana,
Las cadenas rompiendo una por una,
Nos haga libres la verdad hermosa
Y vuelva la edad de oro venturosa.

Tal es la aspiracion de la era nueva,
Incrédula como es, indiferente,
Pues que en su corazon y en su alma lleva
El principio fecundo y prepotente

Del cristianismo: el único que eleva
La civilizacion del Occidente;
Unico hasta hoy divinamente humano,
Cual la *filosofía* lo busca en vano.

Tal es ¡oh juventud! la gran tarea,
Tal de vuestros estudios es el peso;
Desentrañar la salvadora idea
Que se halla oculta en el actual progreso;
Hallar el gérmen que tal vez vaguea
Entre el radicalismo y retroceso;
Sacar la sociedad de fluctuaciones;
Fijar su porvenir á las naciones.

Progreso en Dios y en Cristo, que es su Verbo,
Y en su ley que es amor, luz verdadera;
Guardaos de ese progreso que protervo
La humanidad deifica en tal manera,
Que en su gran desarrollo el hombre siervo,
Cual Dios, omnipotente ser espera.
¡Orgullosa impiedad, mortal insano,
Arena vil del infinito Océano!

¡Oh jóvenes! guardaos de esa locura;
Comprended el alcance de la ciencia,

Que, si domina al mundo y la natura,
Cual rayo de la eterna inteligencia,
Envuelta en niebla aún, como criatura,
Es polvo ante la Suma Omnipotencia,
Es espejo no más de aqueste mundo
Que se le oculta en su interior profundo.

INFLUENCIA DEL SABIO.

SONETO.

CRESO.

Siempre en bonanza desde su áurea cuna,
De riquezas inmensas sobrelleno,
Creso bogaba por el mar sereno;
Creyóse el más feliz bajo la luna.

Ciro se lanza, sin que fuerza alguna
Sea á sus conquistas poderoso freno;
Y Sárdes y su Rey miran de lleno
Abismarse su próspera fortuna.

¡Oh Solon! ¡oh Solon! exclama Creso
Cuando á la hórrida hoguera se aproxima,
¡Tarde de tu verdad comprendo el peso!

Ciro lo instable de la vida estima,
Y, al fin triunfando del gran sabio el seso,
Salva al vencido, al vencedor sublima.

ODA LEIDA

EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS

A LAS ALUMNAS DE LA ACADEMIA DE NIÑAS, LA NOCHE DEL 31 DE DICIEMBBE DE 1868.



En el sereno azul no más hermosas
Aparecen brillando las estrellas,
Ni en ameno jardin las frescas rosas
Cual vosotras encantan, niñas bellas.

¡Angeles que á aliviar en dulce nudo
Nuestro penar el Hacedor envia,
Cara mitad del hombre, yo os saludo,
De gozo estremecida el alma mia!

¡Ni cómo, amante del saber, pudiera
Miraros en el templo de la ciencia,
Sin que entusiasta mi laud no hiera,
Sin consagraros pobre mi elocuencia!

Alzaos, hijas hermosas de Antequera;
Con noble orgullo levantad la frente;
Ha comenzado una gloriosa era;
Se os abre un porvenir resplandeciente.

¡La mujer! Quien la llama ángel caïdo,
Autómata no más y lodo inmundo,
No mereció jamás haber nacido
De su seno ternísimo y fecundo.

No mereció jamás haber gozado
De un casto amor la estática dulzura,
Ni en su hermoso regazo haber pasado
Coloquios de suavísima ternura.

¡La mujer! ¡ah! quien la ha llamado esclava
Y como á tal su hermosa frente sella,
Niega la libertad que proclamaba
En sí mismo, que un sér forma con ella.

Sí, porque de su carne fué formada,
Y en misterioso amor con él unida,
Una mano sobre otra sustentada,
Cruzando van el valle de la vida.

Débiles ambos en la red cayeron
Que tenderles el genio del mal quiso;
Desnudos y llorando ambos huyeron
Avergonzados ¡ay! del paraíso.

Y ciegos á la par y tropezando,
Heridos ambos por igual destino,
Su ignorancia y desórden publicando,
Discurren juntos por igual camino.

¡La mujer! De su espíritu los dones
Y de su corazon el sentimiento,
Son, cual del hombre, nobles perfecciones
Y del sér racional propio ornamento.

¿Y tan rico tesoro y dotes bellas
Inútiles serán? ¿El gineceo
Y el vil serrallo acabarán con ellas,
O los duros trabajos de Himeneo....?

¿Sólo por sostener la especie humana
La más bella criatura al mundo vino?
¿Saciar del hombre la pasion liviana,
Vegetar y llorar es su destino....?

No tal; cesad, cesad hombres crüeles....
La dignidad de la hija, de la esposa,
De la madre cantemos: de laureles
Ciñámosle la frente pudorosa.

No solamente recordemos de Eva
La caïda de eterna remembranza
Y la mujer funesta que á Ilion lleva
En su fatal amor ruina y matanza.

¡La madre de los Gracos, Judit fuerte!
¡A la casta Susana quién no admira,
Y á la Roland que generosa vierte
Su sangre por la patria que la inspira!

¡Safo, Corina, Stael, Tula, Hipatía,
Y tantas otras, gloria de la ciencia
Y, en la que sola, celestial María,
Brilla toda virtud, todo excelencia!

En esa vírgen, cándida azucena,
Más pura que el aroma del santuario,
En esa esposa fiel, de gracias llena,
En esa madre, mártir del Calvario;

En esa mujer fuerte, sobrehumana,
De Israel la esperanza lisonjera,
Recobrar pudo la mujer cristiana
Sus títulos de libre y compañera;

Y esa grandeza y dignidad que advierte
Asombrado el idólatra liviano;
Desde entónces cambió su triste suerte
Y el hombre su señor volvióse hermano.

Y desde entónces de su esposo al lado
Marcha en la sociedad cual noble parte;
Mas en círculo estrecho y limitado
Las fatigas del hombre aun no comparte.

Aun no se asocia al grande movimiento;
Aun á la vida pública es negada;
Y duerme aún su estéril pensamiento
En el hogar doméstico encerrada.

¡Ah! de allí salga y la razon triunfando,
Y no la fuerza, ni el orgullo insano,
Su apoyo, sus derechos recobrando,
Nos dé esa parte del linaje humano.

Esa gran parte, libre, inteligente,
Capaz del cetro, de la toga, espada;
Débil, porque la hacemos impotente,
Para nuestro placer sólo guardada.

Débil, porque hace siglos la tenemos
Abismada en el polvo y la tristeza;
Débil, porque ignorante la queremos,
Y en su debilidad nuestra grandeza.

Alzate en fin, mujer, con alma fiera,
De los siglos pasados no te asombre
La lucha formidable que te espera,
Que tú libre serás é igual al hombre.

Alzate, que un nuevo órden aparece;
Filosofía más alta nos domina;
La noche del pasado desparece
Y el sol de la verdad nos ilumina.

Busca esa luz, en ese sol te inflama;
Sal de la oscuridad que te esclaviza;
Que alumbra tu razon la eterna llama
Que nuestro sér exalta y diviniza.

Busca esa luz, y rompe las cadenas
Con que enervó el deleite tu existencia;
Un fuego varonil arda en tus venas,
Recobre su vigor tu inteligencia.

Busca esa luz, y en ella renovada
De esa atmósfera sal voluptüosa,
En que el hombre te tiene enagenada....
Y al aire libre lánzate orgullosa....

Y unidos los dos sexos por la ciencia,
Formando un solo espíritu, un sér solo,
Marche la humanidad sin resistencia
Con paso libre de uno al otro polo.

Tal es el porvenir, tal el destino
Que en el progreso realizarse siento;
Y, si hay verdad en el furor divino,
Mi entusiasmo bendigo y pensamiento.

Por eso aquesta noche, cuando os miro
De Minerva en los fúlgidos umbrales,
Lanzo de gozo un férvido suspiro
Que vuela hacia esos tiempos celestiales.

Por eso vengo con mi lira ardiente
A exaltar vuestro pecho con mi canto,
Colocando un laurel en vuestra frente
Y haciéndoos penetrar al templo santo.

Al templo de la ciencia, hija del cielo,
Ella hará vuestro sexo noble y fuerte;
Vuestra constancia rasgará su velo
Y cambiará vuestra infelice suerte.

Entrad, bebed de esa agua cristalina
Que en lo más hondo del santuario mana,
Con ella cobrareis fuerza divina
Y un nuevo sér os hallareis mañana.

Y con la leche vuestros hijos beban
Del humano saber gotas á gotas
Los tesoros divinos, que nos llevan
De Arctos á Urano, desde el Tajo á Eurótas.

¡Oh venturosa edad, cuando luz sea
Del mundo la mujer, cual lo es el hombre,
Cuando el pueblo filósofo se vea
Y de sabio comun fuere ya el nombre!

¡Oh venturosa edad! ¡yo te bendigo!
Vuela y no tardes siglo bienhadado,
La ventura y la paz vengan contigo,
Y quede el universo renovado.

A UN PÁJARO APRISIONADO.

SONETO.

Tú, olvidado del campo que riente
Con su eterno verdor y su harmonía
Te convidaba al despuntar el dia,
Felice vives, pájaro inocente.

Dichoso tú que con serena frente
Burlas alegre tu prision impía,
Llenando con tus himnos de alegría
El fresco, puro y regalado ambiente.

Canta, canta y bendice la ventura
Con que así tu inocencia premió el cielo,
Miéntras que yo, gimiendo de amargura,

Sigo mi senda en eternal desvelo.
¡Oh si el destino como tú burlara
Y esclavo ó libre como tú cantara!

HIMNO A LA CIENCIA.

De la ciencia en el templo que se ostenta radiante,
Y hacer latir de júbilo y amor el corazon,
Entrad conmigo, jóvenes, y corra vacilante
La mano el blanco velo que á la diosa ocultó.

Mas ¿qué digo? Pasaron los tiempos tenebrosos
En que gimió escondida bajo del sacro altar
La verdad, y sus rayos tan puros, tan hermosos,
Negó cobarde el sabio al mísero mortal.

¡Pasaron! que no en vano el mártir del Calvario
Su doctrina en las plazas y calles predicó,
Y á los suyos en techos, no sólo en el santuario,
Lo que al oído dijo, publicar les mandó.

¡Pasaron! y ¡oh vergüenza que príncipes cristianos
En deshonor del Gólgota, do fué la esclavitud,
El libre pensamiento esclavizar, ¡insanos!
Quisieran de la hoguera á la espantosa luz!

¡Pasaron! ¡Me estremecen los bárbaros horrores
De príncipes y reyes y ministros de paz....!
¡Recibid nuestras lágrimas y fúnebres honores,
Víctimas venerandas de esa infeliz edad!

¡Anaxágoras *Nous*, Sócrates venerable,
Y tantos otros mártires de la excelsa verdad,
Vuestro genio bendice y constancia admirable,
Postrada á vuestras plantas, la triste humanidad!

¡Cómo olvidar pudiéramos vuestros esfuerzos santos
Vuestras largas vigilias y sacrificios mil,
Para legarnos pródigos frutos tales y tantos
Que iluminan el mundo de uno al otro confin!

No, si yo lenguas ciento y bocas cien tuviera,
No podria vuestras obras, sin número, encomiar;
Pero de siglo en siglo la fama pregonera
Las eterniza y guarda como un don celestial.

¡Bendita la era nueva y el diez y nueve siglo,
En que, libre la ciencia, domina como el sol,
Sin que de tiara ó cetro el hórrido vestiglo
En su camino se alce, sofocando su voz!

¡Bendita la era nueva y los grandes campeones
Que, rompiendo los hierros, nos dieron libertad,
Y libre el pensamiento, libres los corazones,
Vida libre vivimos en libre claridad!

***

Salve ¡oh tú que de lo alto del cielo,
Ciencia augusta, magnífico don,
Descendiste á alumbrar nuestro suelo
Y á elevar nuestras almas á Dios!

De su númen divino destello,
Tú del hombre la frente mortal
Divinizas, le imprimes un sello,
Como aureola de luz eternal.

Tú lo acercas al ángel y puros
Pensamientos del ángel le das,
Y traspasa los lindes impuros
De este mundo y se va más allá.

Y contempla la esencia divina,
Y oye acordes de místico són,
Y no puede su lengua mezquina
Expresar lo que vió, lo que oyó.

Mas mil astros descubre y sujeta
A una ley que su genio dictó,
Y le traza su curso al planeta
Que se mueve obediente hácia el sol.

Salve ¡oh ciencia del orbe señora!
Todo cede á tu imperio feliz,
Y los montes, la mar bramadora,
Y aun el rayo se rinden á tí.

A tu soplo creador y fecundo
La luz vuelve del mágico eden,
Y á tu paso renace en el mundo
Nueva flor, un progreso del bien.

Tú descorres el velo al pasado,
Y, desnudo, sus llagas se ven,
Y confúndese el hombre engañado
Cuando, crédulo, ve lo que fué.

Tú al profeta y ministro analizas
Y al que rige á los pueblos, cual grey,
Y tu fragua convierte en cenizas
La impostura, la fuerza ó la ley.

Y cual lenguas de fuego, surgiendo,
De esa fragua se miran salir
Las ideas redentoras, rompiendo
Los que encuentran obstáculos mil.

¡Ah! no hay fuerza ó poder en la tierra
Que tu impulso detenga ó tu voz;

Y entre mares de sangre, en la guerra,
Se alza y triunfa tu rojo pendon.

E insensato el fanático osado,
Y la torpe ignorancia tambien
En tinieblas se agitan, y su hado
No comprenden, rugiendo á tus piés.

Tú del tiempo en la cima, entretanto,
Luz derramas y aliento nos das,
Y entrevemos con mágico encanto
Del futuro, aunque vaga, la faz.

Y ese aliento y bendita esperanza
Y esa luz de feliz porvenir,
Nos sostiene y dirige y nos lanza
De progreso en progreso sin fin.

¡Ah! si no la absoluta ventura
Darnos puedes y eterna la paz,
Y en eden trasformar ¡desventura!
Este valle de lágrimas ya;

¡Qué de penas y agudos dolores,
Qué inquietudes y cuánto de mal,
Qué de sombras y cuánto de horrores
Nos ahuyenta tu luz celestial!

La ataraxia nos das y avecinas
A la dicha del sér inmortal....!
¿Cuánto ¡oh ciencia! de bien nos destinas
En los siglos que están por llegar?

¿A qué punto trasformes el mundo
Y renueves del hombre su sér....?
¿Quién lo puede alcanzar? Me confundo,
Pero tengo en tu fuerza gran fé.

Gran fé tengo en que vayas venciendo
La materia que, impura, es el mal,
Y el espíritu triunfe, extendiendo
Tu reinado de luz y verdad.

Es mi fé que del hombre no en vano
La razon es la imágen de Dios;
Y si tiene poder sobrehumano,
De hallar tiene ventura mayor.

Salve ¡oh ciencia del orbe señora
Que tan dulce esperanza nos das!
¡Sea bendita tu luz bienhechora
Que hace un dios del mezquino mortal!

1876.

ODA A LA CIENCIA.

Aquí, desde esta cumbre refulgente,
Do la ciencia inmortal reina, y domina
La humilde y baja tierra y la ilumina,
Y, cual si fuera un punto, trasparente,
La muestra y la examina;
Un piélago de luz baña mi frente,
De noble orgullo el corazon palpita,
Porque siente una fuerza sobrehumana,
Porque es Dios quien lo inspira, quien lo agita;
Porque la ciencia que se llama humana
Algo de celestial y de infinita
Nos descubre, por más que nos asombre.
¡Ah! y es preciso, ó deificar al hombre
Al cantar los progresos de la ciencia,

O, postrados humildes en el suelo,
Hacerla descender del alto cielo,
Cual luz de la suprema Inteligencia.

Musa de la verdad, solemne Clio,
Dame tu entonacion y tus colores
Y pueda describir tantos dolores
De la alma humanidad el labio mio,
Y ensalzar á esos genios bienhechores
Que en sus esfuerzos y bendita guerra
Van trasformando el mundo,
Y ahuyentando por siempre de la tierra
Las tinieblas y el mal y el vicio inmundo.

Evocad de los siglos que pasaron
Los manes venerandos
De míseros mortales que sellaron
Con su afrenta y su sangre los infandos
Crímenes de esa edad....¡Ay! ¡infelices!
En su ignorancia suma ellos doblaron
Humildes sus cervices
Y sus potentes manos
Al ciego fanatismo, á los tiranos,
A bárbaros errores, torpes leyes,

A clases insolentes, fieros reyes,
Arrastrando una vida de dolores
En la orgía de ministros y señores.

Mas una luz asoma en el Oriente,
Más hermosa y divina
Que la del astro–rey, cuando naciente
Dora la tierra mustia y la ilumina:
Luz que alumbra las almas y la mente,
Y así domina la materia impura,
Les revela sus leyes y secretos
Y guia nuestros espíritus inquietos
Do inaccesible la verdad fulgura.

En la Jonia esa luz sus resplandores,
Que en Asia y en Egipto en lo profundo
De los templos guardaban los doctores,
Hace admirar estupefacto al mundo.
Tales cogitabundo
Mira palidecer y en noche umbría
Hundirse, hundirse el luminar del dia;
Anuncia á los profanos su sorpresa
Y el desconcierto y la pavura cesa.

El politeismo que reinaba impuro,
De la razon la corrupcion profunda
Eran á la virtud opuesto muro
Y hacian de Grecia sociedad inmunda;
Mas al tocar del Justo el labio puro
La copa envenenada, retemblaron
Los templos de los dioses amenguados,
Huyeron los sofistas espantados,
Y la virtud y la verdad triunfaron;
Triunfó con ellas la moral más pura
Y alcanzó el mundo la mayor ventura.

Alzarse un genio allá en la Italia veo,
Más grande que Josué, pues que á su acento
Párase el sol, y en perdurable asiento
Enclávalo por siempre Galileo.
Sus secretos revela el firmamento
A Képlero y á Newton que atrevidos
Por el éter se lanzan, y rendidos
Los astros les descubren sus caminos
Y las leyes que rigen sus destinos.

Y tú, jóven América, que encierras
El porvenir del mundo,
Cuyas vírgenes tierras

Y cuyo suelo fértil y fecundo
Dan á la Europa movimiento y vida:
Largamente por Dios enaltecida,
Tu seno rico no tan sólo ostentas,
Si que tambien presentas
Frutos de tu lozana inteligencia,
Que dilatan los campos de la ciencia.
¡Un siglo nada más y que no inventas
Con Franklin, Fulton, Morse!.... El rayo fiero
Encadenado yace; el mar sañudo
Humilde cede al bergantín ligero,
Y en el alambre eléctrico un saludo
Cámbianse en mutuo giro
La América y la Europa en un suspiro.

¡Ah y ese monstruo que contempla el mundo,
Cual semidios, en estupor profundo,
Que una invencion tras otra y otra y ciento
Nos da su inagotable pensamiento!
¡Edison poderoso! sus arcanos
Te siga revelando la natura,
Dócil, cediendo á tu inmortal deseo:
Revuelve la materia entre tus manos
Y una nueva criatura
Haz salir, como nuevo Prometeo.

¡Oh poder admirable de la ciencia,
Cuántas preocupaciones y dolores
Han desaparecido á tus fulgores,
Ménos penosa haciendo la existencia!
¡Bendita sea tu luz y tu inflüencia
Y bendito el Creador que á tí te envía
A este mundo grosero, y compadece
Nuestra mísera vida!....
Pero tu alta mision no está cumplida
Con el progreso material que crece
Y la materia bruta desafía.
No, ¿cómo ser podria,
Siendo tú la verdad, vivo destello
De la ciencia infinita, eterna y pura,
Que del órden moral tan santo y bello
Oscurecer dejaras la hermosura,
Y que todo progrese
Miéntras que la virtud desaparece?

¡Ah! ¡qué importa que el lente poderoso
Más y más nos acerque al mundo etéreo,
Que el potente vapor y que el aéreo
Alambre prodigioso
Hagan desparecer distancia tanta;
Si aquestas y las otras invenciones

Con que el mundo en lo físico adelanta
En asombrosa suerte,
No curan los humanos corazones,
La injusticia y maldad, con que de muerte
La humanidad herida,
En medio del progreso, en su dolencia,
Para el alma atencion pide á la ciencia,
Para alcanzar la verdadera vida!

Sí, tal es el clamor, la sed ardiente
Del verdadero sabio, de los buenos:
La ciencia, que es el bien, no indiferente,
Que esos clamores no le son ajenos,
Será, que en las escuelas ya se siente
Pudoroso desvío
Contra el materialismo inerte y frio....
Recobrará el espíritu su imperio
Y libre el hombre, puro, sublimado,
Romperá el vergonzoso cautiverio
Donde el error lo tiene encadenado.

¡Oh jóvenes alumnos de la ciencia!
Sabed que ella es la espiritual criatura,
Emanacion de la divina esencia,
Que en este mundo material fulgura.

Sus campos son de luz, donde murmura
La virtud sus suavísimos amores,
Do la verdad esquiva y misteriosa,
Acariciada por Favonio puro,
Oculta vive entre las blancas flores.
¡Qué fatigas, vigilias y sudores
Aguardan al mortal que asalta el muro
De ese jardin donde Minerva impera!
Trabajad sin descanso en la carrera
Gloriosa que emprendisteis, noche y dia,
Y, pues sois la esperanza,
Sereis la gloria de la patria mia.
La humanidad, la humanidad que avanza,
Su bienestar y porvenir confía
A vuestra abnegacion y celo ardiente;
Ella os colme de bienes y favores,
Ciñendo al fin vuestra gloriosa frente
Con el laurel eterno y refulgente
De los genios benditos, bienhechores.

1879.

HIMNO
DE LAS MUSAS

Cantado por las alumnas de la Academia.

CORO.

Dadnos, dadnos tu fuego divino,
Padre Apolo; retumbe Helicon:
Que del arte y la ciencia el destino
Cante osada y feliz nuestra voz.

Clio.

Voraz el tiempo en vano
Sepulta pueblos, reyes,
Monumentos y leyes
En su abismo fatal;

Que en mi trompa resuenan
De la historia en el templo,
En enseñanza, ejemplo,
Luz de la humanidad.

Coro.

Erato.

De mi arco no temais las flechas de oro
Que rasgan blandamente el tierno pecho,
Que de aromas y rosas en un lecho
Deslízase la vida del amor.

Yo alzaré con mi lira el pensamiento,
Y no absorba el deleite vuestra vida:
Que de la ciencia en la region querida
Sólo vive feliz el corazon.

Coro.

Terpsícore.

No el meditar profundo,
Ni el razonar severo
Es para mí, prefiero
La cítara al compas.

Que en los ligeros juegos
Mi espíritu descansa;

Con músicas y danza
Quiero sólo gozar.
Seguidme y tregua, hermanas,
Al pensamiento dad.

Coro.

Polimnia.

Pedid al mar su eterno movimiento,
Al sol su fuego, al rayo su violencia,
Al campo sus matices y su esencia
A la muy bella y delicada flor.

Y armados de ese encanto irresistible,
Y de mi inspiracion sintiendo el fuego,
Al pueblo arrebatado arrastre ciego
La atronadora y elocuente voz.

Coro.

Urania.

Yo en más sublime vuelo
Me remonto altanera
A la celeste esfera
Del infinito en pos.



Y desde allí descubro
A los tristes humanos
Las leyes, los arcanos
De los astros y el sol.

Coro.

Caliope.

Venid á mí los que sentis la llama
Del cantor de Iliön y del Mantuano;
Los que siguiendo el vuelo soberano
Del águila mirais de frente al sol.

El ronco grito del feroz guerrero,
Del amor desgraciado el ay profundo;
Cuanto sublime encierra el bello mundo
Os dará mi solemne inspiracion.

Coro.

Talía.

¿Y extrañarán que rígida,
Juguetona y amena,
Me presente en la escena
Con látigo y disfraz?

Miéntras al mundo mírelo
Avieso no me abstengo;
De castigarlo tengo,
Lo tengo de enseñar.

Coro.

Melpómene.

¡Maldito el hombre cuyo pecho impío
De mezquino interes amurallado,
Cerró su corazon al desgraciado
Y la heroica virtud nunca sintió!

Quien á la humanidad su vida entrega,
Y superior al tiempo y á la muerte,
Incontrastable, se levanta y fuerte,
Ese es el hombre que presento yo.

Coro.

Euterpe.

Esta es la lira del tracio Orfeo,
La dulce lira de la armonía,
Con que las fieras estremecia,
Con que los mares suspensos vió.

Arte divino, música célica,
Del universo tú eres el alma;
Tú nos enciendes, nos das la calma;
Tú eres la vida del corazon.

Dadnos, dadnos tu fuego divino,
Padre Apolo; retumbe Helicon:
Que del arte y la ciencia el destino
Cante osada y feliz nuestra voz.

Diciembre 31 de 1868.

TRADUCCIONES DE HORACIO.

ODA 10 DEL LIBRO 2.

RECTIUS VIVES....

¡Cuánto es mejor, Licinio, ni la fiera
Y alta mar anhelar, ni huyendo, cauto,
De borrascas, la pérfida ribera
Irla buscando!

A quien preciosa medianía guarece
Ni el techo temerá de casa inmunda,
Y, sobrio, á airada envidia no le ofrece
Rica columna.

Con el pino elevado más se ensaña
El viento, y la alta torre con estrago

Más grave cae; soberbia la montaña
Hiérela el rayo.

En la adversa fortuna el sabio espera
El cambio, y en la próspera lo teme,
Que el mismo Jove nos envia y modera
Rígidas nieves.

No: si hoy sufres, mañana tu destino
Se cambiará. De Apolo el dulce canto
A la musa despierta, ni contino
Tiende su arco.

En las borrascas muéstrate esforzado,
Y cuando el viento próspero te sea,
Sabio, desfogarás las demasiado
Túrgidas velas.

ODA 16 DEL LIBRO 2.

OTIUM DIVOS ROGAT.........

Pide á los dioses quietud quien mira
Del Egeo en medio nubarron pardo
Cubrir la luna, y que el marino
Duda del astro.

La quietud pide guerrero el tracio,
Pídela el medo de rica aljaba,
Que no con púrpura, rubíes, ni oro
Cómprase calma.

No las riquezas, ni el lictor grave
De turbaciones libran al alma,
Ni de cuidados que en torno vuelan
De ínclito alcázar.

Beato quien poco desea y en mesa
Pobre, heredado, salero mira,
Dulce su sueño no le interrumpe
Miedo ó codicia.

Breve es la vida, ¿por qué con tantas
Cosas te afanas? ¿Por qué otro suelo
Buscas? ¿El cambio de patria, piensas,
Muda de afectos?

Sube á las naves negro el cuidado,
Sigue allí, Grosfe, al caballero,
Que en ligereza cédele el euro,
Cédele el ciervo.

Deja el mañana, si el bien presente
Gozas, modere la suerte adversa
Risa templada, que no hay del todo
Dicha perfecta.

Jóven á Aquíles siega la parca,
Inmortal, llora Titon postrado;
Lo que á tí niegue, eso á mí el tiempo
Démelo acaso.

Grey numerosa, trinacrios bueyes
Mugen en torno de tí; relincha
Yegua de Tiro; tus paños tiñe
Púrpura rica.

A mí la parca veraz tan sólo
Dióme un pequeño campo y escaso
Don de la musa griega, y al vulgo
Frívolo hollarlo.



A HEREDIA.

SONETO.

Bajo este cielo de la patria mia,
Vestido siempre de ópalo y de grana,
¡Cómo se heló tu juventud temprana
Y se apagó tu ardiente fantasía!

¡Do la alma libertad te sonreia,
Do brilla la hermosura siempre ufana,
Do eterna primavera se engalana,
Donde todo es amor y poesía!

¡Ay! en vano la vírgen de Occidente
Te acariciaba con su seno blando,
De tus padres y patria estando ausente.

Su servidumbre sin cesar llorando,
El genio del dolor veló tu frente,
Sus pavorosas alas desplegando.

ODA 1ª DEL LIBRO 3.



ODI PROFANUM VULGUS.........

Aborrezco y aparto á los profanos;
¡Silencio! y aplicad vuestros sentidos;
De las musas ministro, soberanos
Versos dictados por el sacro Apolo
Voy á cantar, hasta hoy jamás oidos,
Para niños y vírgenes tan sólo.

Sobre los pueblos y los mismos reyes
De Júpiter se extiende el señorío
Desde que á los gigantes á sus leyes
Sometió con su brazo omnipotente,
Y todo el universo á su albedrío
Conmueve al arrugar la sacra frente.

Hay quien más que otro en surcos numerosos
Arboles plante; candidato osado,
Este al campo de Marte con gloriosos
Timbres desciende; quien con mejor fama
Disputa; miéntras otro, rodëado
De una turba mayor de clientes, clama.

Sí, la fortuna injusta y caprichosa
Alza y humilla á su placer al hombre;
Mas con justicia igual la imperïosa
Parca al grande y humilde lo sortea;
Y la urna fatal cualquiera nombre
Igualmente contiénelo y menea.

Quien sobre su cerviz desnuda espada
De un hilo nada más pendiente mira
Ni saborear podrá la celebrada
Comida de Sicilia, ni del ave
El dulce canto, ni la acorde lira
Conciliarle podrá sueño süave.

Mas al ángulo humilde de la choza
Del labrador el sueño no desdeña,
Ni del arroyo la ribera umbrosa,
Ni al Tempe fertilísimo, agitado

Por el céfiro suave, que se empeña
En hacerlo más dulce y regalado.

¡Feliz aquel que nada más desea
Lo que le basta! Ni del mar se cura
Cuando lo agita y de él se enseñorea,
Al ocultarse, Arturo fulgoroso,
Ni cuando en Orïente se conjura
Erictonio en su carro tempestuoso.

Ni lo apenan las viñas que el helado
Granizo destrozó, ni aquel, que engaña
Su esperanza, terreno cultivado
Que culpa, ya á las aguas abundantes,
Ya de los astros el calor y saña,
Ya de invierno los hielos abrasantes.

Moles inmensas á la mar echadas
Hacen que suban á la flor los peces;
De ciervos las catervas, avivadas
Por el Señor, que ya la tierra hastia,
A los cimientos dan rápidas creces,
Y el lujo insano en breve se sacia:

Mas allá van con él, donde se abrigue,
Y su ambicion lo eleve, los temores;
El insomne cuidado lo persigue
En el trireme, que el metal sujeta,
Y no de caballero los honores
Libertarlo podrán de su saeta.

Si, pues, ni de la Frigia el mármol raro,
Ni la púrpura hermosa, que rutila
Más que la estrella, servirán de amparo
Contra los males, ni el falerno vino,
Ni el aroma precioso que destila
El costo de la Persia peregrino:

¿Por qué he de fabricar palacio altivo
Con postes do la envidia se atormente,
Y con estilo extraño é inventivo?
¿Por qué mi campo humilde con sus aves
He de cambiar por arteson luciente,
Donde se anidan los cuidados graves?



ODA SEGUNDA DE ANACREONTE



Physis kérata taurois . . . .

TRADUCCION.

Armó naturaleza
Con sus agudos cuernos
Al toro; dió las piernas
A la liebre; al caballo
Sus cascos; sus aletas
Al peje; al pajarillo
Su raudo vuelo; horrenda
Boca al leon; al hombre
Dotólo de prudencia;
Y á la mujer ¿qué dióle?
¡Oh! le dió la belleza,
En vez de aguda espada,
De escudos y de flechas;
Y con esa arma sólo
Tanto vale y puede ella
Que no hay acero duro,
Ni fuego que no venza.

A ESPRONCEDA EN "JARIFA."

Jarifa, como tú, de suerte impía
Sufre la maldicion y el fiero amago,
Y, como tú, de sentimiento vago
Víctima gime de la noche al dia.

Insensible ya el pecho, el alma fria
Del dulce amor al seductor halago,
Cual tú, lamenta su espantoso estrago,
Cúbrela, como á tí, niebla sombría.

Perdió el mundo su luz, ni un solo encanto
Tiene ya para tí, y, en vez de flores,
Espinas sólo por doquier y llanto.

Jarifa, como tú, sin luz ni amores,
Al alma helada causarán espanto,
Al alma ardiente causarán dolores.

LA INDIFERENCIA.

(Traduccion de la anacreóntica de Parini.—*Offeso un giorno Amore.*)

Airado Amor un dia
En contra de un amante,
A la madre al instante
Juró se vengaria,
Dando un ejemplo eterno.
Baja luego al infierno
Y al cruel monarca dice:
—"Si alguna vez yo te hice
En mi lecho de flores
Estremecer de amores
Con goces delicados,
Oye ahora mis cuidados.
En tu mansion oscura,

¿Qué pena es la más dura,
Cuál es la más terrible
Al amante sensible?
Esa dame en castigo
De un mortal enemigo."
—"Cúmplase tu escarmiento,"
Dijo Pluton tirano;
Y haciendo con la mano
Una seña, al momento
Por las sombras oscuras
Saltan las amarguras
Y los negros cuidados
Que tienen desgarrados
A los tristes amantes.
Allí están anhelantes
El rigor indiscreto,
Allí el capricho inquieto
Y la ira amenazante,
El desprecio humillante,
La inconstancia dudosa,
La lontananza ansiosa,
El *no* tenaz, odioso,
Y el destierro forzoso.
En tan horrible fila
Incierto Amor vacila.

Pluton se sonreia
Y al niño le decia:
"Hábil por cierto eres
Para escoger placeres
Al mortal los más caros;
Mas hallar los más raros
Suplicios entre aquestos
Que á tu eleccion son puestos
No es para tí. ¿No has visto
En ese escuadron listo
Con tranquila apariencia
A la fria Indiferencia?
Ella es la que asegura
Al ánimo constante,
Y es la pena más dura
Del delicado amante."
Entónces ¡ah! tremendo
Amor asió al horrendo
Monstruo, y con mano airada
Y respirando enojos,
En los graciosos ojos
Lo puso de la amada.
El desgraciado amante
Sufrido habria constante
El rigor indiscreto,

Con el capricho inquieto
Y la ira amenazante,
El desprecio humillante,
La inconstancia dudosa,
La lontananza ansiosa,
El *no* tenaz, odioso,
Y el destierro forzoso;
Pero sufrir no pudo
La tranquila apariencia,
Y murió al golpe rudo
De la fria Indiferencia.

A MI BUEN AMIGO

D. Francisco Apodaca,

EN SU LAMENTABLE MUERTE.

¡Conque no es más que sombra pasajera
La miserable vida!
¡Exhalacion perdida,
Relámpago que cruza por la esfera!
¡Ay! no de otra manera
Cruzaste, amigo, esta infeliz morada;
Y hoy, presa de la muerte,
Vengo, mísero, á verte
Partida el alma, la razon turbada.

¡Tu pecho, do virtió la cruel fortuna
La amarga hiel de su rigor insano,

Con encono tenaz desde la cuna,
Ya no palpita y lo sacude en vano!
Tu frente espacïosa que, oprimida
De la tristeza por la negra mano,
Insomne se agitaba, ya extendida
Como triste desierto, yace ahora
En reposo sagrado;
La nube abrumadora
Y los negros, tenaces pensamientos,
Desechos de la muerte al soplo helado,
Por siempre la dejaron,
Poniendo ya su fin á los tormentos,
Que tu alma sin cesar despedazaron.

¡Fatalidad, fatalidad, decia
El mundo deslumbrado, que en tu frente
Y tu mirada ardiente
Los fulgores del genio descubría!
Y las musas amables, á porfía
Desplegando sus gracias y belleza,
Cual favorito del crinado Apolo,
¡Cómo te acariciaban! tu tristeza
Queriendo convertir en alegría.

¡Vano afan! Ni un dia solo
Lució sereno para tí; la bruma
De tus acerbas penas se extendia
Y los bellos celajes te ocultaba.
¡Cuántas veces ví yo que la áurea pluma
De tus manos caia
Al soplo de terríficas visiones,
Cuando fácil al mundo revelaba
De tu mente las altas concepciones!

De tu vida un secreto
Misterioso y tirano,
Sobre las penas y opresion del mundo
Que cargaron en tí con férrea mano,
Consumió tu existir. Cuando profundo
Dolor te desgarraba, víte inquieto
Muchas veces abrirme ya tu seno,
Miéntras yo, fiel y de ternura lleno,
Mi corazon llagado te ofrecia,
A compartir el corruptor veneno;
Mas ¡ay! del labio trémulo volvia,
Rebosando, hacia el pecho lastimado,
Y más hondo quedaba sepultado.

¿Osaré revelarlo, si algun dia
Leí tu corazon? Un sentimiento,

El más dulce y más santo,
Que á cada hora y momento
En un suspiro fiel se descubria,
Fué eterno manantial de tu tormento.

Amar al sér que con dolor y llanto
Te hiciera ver la luz, y, no distante
Objeto tan sagrado,
No haber visto jamas de su semblante
Los rasgos propios de tu fiel traslado,
Ni sus dulces caricias disfrutado!
¡Vivir con tal anhelo y tal vacío
Y vivir y morir sin que la suerte,
En su rigor impío,
Con ella ¡oh Pancho! te dejara verte....
Esta fué de tu vida la amargura
Que colmó tu perenne desventura.

Por eso aquel misterio, que envolvia
Tu mísera existencia, y te entregaba
En brazos de letal melancolía
Que su amarga dulzura te brindaba,
Y con su blando y pérfido gemido
Tu corazon sensible adormecia.

¡Qué desgracia mayor que haber nacido
Tierno, sensible con exceso y grave,
En este mundo en que la brisa, el ave
Nos estremece el alma y el sentido!
Mas ¡ay! tambien de aquel en quien no cabe
Conmoverse y llorar; que sólo vive
De la vida de solo el pensamiento,
Que sofoca la voz del sentimiento,
Y, helado el corazon, no se apercibe
De lo bello y sublime en la armonía
Que enlaza misteriosa tierra y cielo,
Y es para el hombre fuente de consuelo
Y manantial divino de alegría.

Todo lucha en el mundo, y tal parece
Que al desnivel camina;
Sin la mano de Dios que restablece
Constantemente el equilibrio, en ruina
Se hundiera el universo dislocado.
Y el hombre, sér excelso, ¿no domina
En su imperio en sí mismo señalado?
¿Mas á todos es dado
Poner el equilibrio, que es la vida,
Entre el sentir y el pensamiento osado?

¿Una alma cual la tuya, combatida,
Y entre duras cadenas, pudo fiera
Alzarse, señoreando los dolores,
Y embotar su aguijon con los fulgores
De la razon severa?
Esta es la gloria, sí....¡Mas dónde me hallo,
Del alma en la alta ciencia que confusa
Necesita vigor! ¡Ni cómo el fallo
Del misterioso corazon daria!
Deten tu vuelo, oh musa,
Y deja que un instante el alma mia
Desfallezca al dolor; de tono muda
Y deja que mi llanto al duelo acuda.
Tu grande inspiracion, tu rudo acento
Y tu lenguaje osado
Guarda, para tronar contra el malvado,
Y sacar de su vil abatimiento
Al hombre, en el error aletargado.
Dame tan sólo ahora de natura
Los gemidos y voces de amargura;
Dame tu negro velo,
Y ya no miren mis nublados ojos
Sino aquestos despojos;
Y de ellos me hable entristecido el cielo

Y ocupen sólo mi agitada mente;
Descíñete el laurel que orna tu frente,
Y, suelto al aire tu cabello de oro,
Acompaña mi cántico doliente
Con la fúnebre lira,
Derramando conmigo largo lloro;
Y en alas de la brisa que suspira
Suba mi triste endecha,
Como adelfa deshecha,
Signo de amargo luto,
Y de mi fiel tributo
Á mi más caro amigo,
Cuya memoria dulce y lazo estrecho
Grabados quedan de mi triste pecho
En lo más hondo, y morirán conmigo.

Noviembre de 1857.

AL AGUA, EN UN ARROYO.

SONETO.

Tan sólo esa agua cristalina y pura
Que da el arroyo y mana de la fuente
Apagar puede nuestra sed ardiente,
Porque salió de manos de natura.

Ese licor que el hombre en su locura
En copa hercúlea bébese impaciente
Es regalo de Baco que, impotente,
Nuestra sed no la calma, nos la apura.

¡Oh vanidad del hombre soberano!
De todo nos colmó naturaleza
Con liberal y sacrosanta mano.

Mas despreciamos su eternal riqueza,
Y de nuestra impotencia el fruto en vano
Pretende competir con su grandeza.

ELEGIA

Á LA MUERTE

DEL LIC. MANUEL ITURRIBARRIA,

Leída por su autor en la funcion literaria que le dedicó el Colegio Católico de esta Capital, como á su fundador y primer director.



Justus autem, quasi leo confidens, absque terrore erit. Prov. 28, v. 1.

No sólo la amistad, la amistad pura
Que con su lazo y tiernas emociones,
En nuestra juventud, edad florida,
En que cede el dolor á la ventura,
Unió nuestros sensibles corazones,
Endulzando la vida,
Me trae doliente ante tu losa fria,
Transido de quebranto;
Tambien á nombre de la patria mia
Vengo, no á derramar estéril llanto,

Sino un encomio, de tí digno un tanto;
Vengo á esparcir las flores inmortales
Que exhalan, sí, de tu virtud las sales,
Su aroma que en herencia nos dejaste
Con que al mundo enseñaste
Y son de tu justicia las señales.

Del mundo en el estruendo y sus amores,
Cuando tu juventud se deslizaba
Sobre campos de césped y de flores,
Y el aura popular te acariciaba
Con altos puestos, cívicos honores,
Llamado por tu vasta inteligencia,
Como alumno mimado de la ciencia,
Por los que la honra patria en tí veian;
Las pavorosas alas
Del viajero del Ganges se extendian,
Estremeciendo al mundo que envolvian,
Tronchando vidas, marchitando galas,
Convirtiendo sus locas vanidades
En ayes, plañimientos, soledades;
Y tu alma entónces, tu razon severa
En su estremecimiento percibieron
Las ráfagas de luz de la sincera
Verdad, y con fé entera
A la virtud, á la virtud se abrieron.

Feliz quien, como tú, sabio cual fuerte,
Ante el inmenso abismo de la tumba
Vuelve al cielo los ojos y suspira;
Y contemplando su futura suerte
Los ídolos del mundo allí derrumba,
Su vanidad desprecia y su mentira;
Y confundido y con asombro mira
¡Cuánto el hombre se tarda
En ver la realidad, y en su locura
Cómo no pésa ¡oh Dios! la que le aguarda
Inmensa desventura!

Feliz quien, como tú, de la inocencia
Que la calumnia oprime
É injua desafía;
De la orfandad que con su pingüe herencia
En la miseria gime,
Víctima triste de avaricia impía;
Del que en prisiones la injusticia llora,
De los hijos que adora,
De la madre y esposa
La suerte trabajosa;
Se muestra defensor; y con robusta
Firme palabra y con serena frente
Ni del juez teme la su faz adusta,

La amenaza y las iras del potente,
Ni del malvado su puñal lo asusta.
Quien, igual, al mendigo y á los reyes
Su amparo da; quien usa de las leyes
Con tan grande respeto y tal decoro
Que ni el aplauso busca, ni el vil oro,
Sino lo recto, su mayor delicia:
¡Cómo enaltece el turbulento foro
Cual sacerdote fiel de la justicia!
¡De bienes y de luz qué grande suma
Para el hombre privado
Y venturoso Estado
No mana de su boca y de su pluma!

Así tú, tu existencia, toda entera,
De tus hermanos al servicio dada,
Pasaste, como estrella por la esfera,
Alumbrando esta lóbrega morada,
Marcando por doquiera
Con luz y bienes tu mortal carrera.
La niñez inocente
Y la estudiosa juventud, naciente,
¡Qué no debieron á tu grande celo
Por la enseñanza y la instruccion! Tu mano
Que, ántes que todo, les mostraba el cielo

Y su eterno destino,
Las ricas fuentes del saber humano
Descubriáles, el áspero camino
De la virtud, y ponzoñosas flores
Con que el vicio engalana sus amores.
Con tan sabias lecciones
Formaste tú los tiernos corazones
Que á la patria ya rinden en tributo,
En gloria tuya, su precioso fruto.

¡La virtud! ¡qué alma noble no suspira
Por ella en este valle de dolores,
Y bañada en sus santos resplandores
Aura más dulce y celestial no aspira!
¿Quién es el que no admira
Al justo que, cual roble, se levanta
En la continua agitacion y tanta
Tempestad que en la tierra
Al hombre tiene en afliccion y guerra;
Que cruza venturoso
Este mar borrascoso
Con la frente serena y firme pecho,
Al puerto salvo llega,
Y al contemplar su suerte asegurada,

En lágrimas dulcísimas deshecho,
Vuelta la vista á la eternal morada,
A un júbilo santísimo se entrega?
¡A quién no encanta y en lograr se afana
Tanta grandeza en la miseria humana!

¿Quién hay, sino la impura gente, impía,
Que, cual huérfano triste y sin consuelo,
No lance hondo gemido, si del suelo
En malhadado dia
Para siempre se ausenta
Un justo, que es un astro que nos guía
Y nuestra débil voluntad alienta....?

Nó, Oaxaca, tu patria, que lamenta
Tu desaparicion y que de duelo
En este dia se viste,
No olvidará, Manuel, el santo anhelo
Que por su honra y su bien siempre tuviste;
Siempre dirá que tú modelo fuiste
De abogados, cumplido ciudadano,
Buen esposo, buen padre, buen cristiano
Y que el nombre de justo mereciste.

Diciembre de 1886.

A UN AMIGO

EN

En la muerte súbita de su hija única.

¡Cómo no respetó la Parca fiera
Las llagas de tu pecho, destrozado
Por la suerte crüel! Con mano artera
Acercóse á tu lado,
Y el solo bien, el único consuelo
Que por piedad del cielo,
Para calmar tus penas y dolores,
Te habia quedado aún, de tus amores,
Cubiertos siempre de tristeza y luto,
El más precioso fruto,
Tu tierna, bella y celestial María
¡Ay! te la arrebató con mano impía.

¡Y ni el consuelo te quedó siquiera
De estrechar á tu seno el moribundo
Seno de tu hija amada, y con tu aliento
Reanimar de su vida la postrera
Llama por un momento;
De recoger el último suspiro
Con que en eterno adios se deja el mundo,
Ni de sus bellos ojos
La débil luz con que en errante giro
Se apagan al morir! Yertos despojos,
Yerto á la par y mudo,
Tan sólo ¡oh Dios! entre tus brazos viste
Cuando el lecho de tu hija percibiste
Envuelto con las sombras de la muerte
Y la alzaste ¡infeliz! Tú la besabas
Y á su pecho tu oído le ponias
Y con voces del alma la llamabas
Y sus manos ternísimas cogias!....
Mas ¡ah! tan sólo hielo
Tocabas con tus manos y mejillas,
Que ya estaba, cual ángel, en el cielo,
Loando del Señor las maravillas!
¡Tan hondo desconsuelo,

Tan dolorosa muerte
Sólo pudo sufrir tu pecho fuerte!

Un desierto abrasado, caro amigo,
Es nuestra vida, donde en sed ardiente
Nos consumimos, sin hallar abrigo.
Brota una flor, descúbrese una fuente
En el seco arenal y la esperanza
Nos halaga un momento
Con su voluble faz y venturanza.
Mas ¡ah! que luego asolador el viento
Nos arranca la flor, la fuente ciega,
Nos envuelve en oscuro torbellino
Y, á merced de su soplo impetüoso,
Nos arroja por áspero camino,
Y á llanto más crüel ¡ay! nos entrega
Sin encontrar reposo.

Así la única flor que te ofrecia
Embalsamar tu ambiente emponzoñado
Al abrirse murió. Llora, no es dado
El dolor reprimir al pecho amante,
Ni el fiel raudal que siempre lo acompaña
Y nubla aún el varonil semblante.

Llora y los restos baña
De tu hija idolatrada. Noche y dia
Te seguirá su imágen por doquiera;
Sus gracias y sus juegos y caricias
Tu tormento serán y tus delicias;
Y de hoy más ella sola en tu carrera
Hará tu compañía.
Llórala.... mas advierte
Que vive aún en la mansion segura
Libre ya del dolor y de la muerte.
¡Qué envidiable ventura!
¡Oh qué dichosa suerte!

AL GRAN TRIBUNO

EMILIO CASTELAR.

Ven ¡oh mi lira! ven y alza tu canto,
Que ya mi pecho ardiente
Estremecido, arrebatarse siente
De inspiracion y de entusiasmo santo.
Volemos á las cántabras regiones,
Allí donde hubo un tiempo las legiones
De Augusto, el más feliz de los tiranos,
Burladas vieron sus potentes manos;
Allí donde Sagunto, do Numancia
Cebaron con sus pechos aquel fuego
De patriotismo y varonil constancia,

Cuyas cenizas encendieron luego
De Viriato invencible, de Pelayo
Y de Rodrigo de Vivar el rayo;
Allí do tantas veces alumbraron
De libertad los fúlgidos albores,
Donde en lagos de sangre se secaron
Las plantas de tenaces invasores
Y fué estigmatizada su demencia....
Al clásico país de independencia
Volemos, lira; al horizonte hispano,
Do de la humanidad se alza un gigante,
Relampaguea su faz amenazante
Y su incansable, su robusta mano
Rayos fulmina al despotismo insano.

Salud ¡oh Castelar! gloria de España,
Del mundo admiracion. ¡Oh si me diera
El gran Quintana, que inspiró tu mente,
Su fuego humanitario y justa saña,
Con que su musa vigorosa y fiera
Al error obstinado, al inclemente
Fanatismo y sangrienta tiranía
Valiente combatió, de muerte heria,
Rayos lanzando á los soberbios tronos,
¡Cuán dignos fueran mis humildes tonos

De tu alabanza, Emilio! que mi acento
Siga, empero, mi grave pensamiento,
Que no tanto el raudal de la armonía
Mi musa filosófica ya ansía
Como cantar lo que en mi pecho siento.

No de un conquistador la gloria impura,
Con crímenes y sangre mancillada,
Mi santa admiracion cantar procura.
No, del genio la gloria inmaculada,
Como la nube de carmin y nieve
A la luz pura sus cambiantes debe,
Así ella á la razon, á la conciencia,
Al sentimiento místico y divino
Su orígen debe y á la humana ciencia;
Y tal es tu magnífico destino,
Tal es tu gloria que mi musa inspira
Y hace tronar las cuerdas de mi lira.

Genio sublime, te contempla el mundo
En éxtasis profundo,
Tendiendo audaz el poderoso vuelo
Sobre las alas de la fé cristiana,
La paz pidiendo al irritado cielo
Para la raza miserable humana.

¡Paz entre la razon y la creencia!
¿La razon, esta antorcha sobrehumana
Que en diez y nueve siglos se ha nutrido
Del cristianismo con la rica esencia,
De cuya madurez frutos han sido
La civilizacion y actual progreso
Que el sello divinal llevan impreso;
La humanidad y el Verbo que la ha criado
Y con su sangre la ha regenerado
Podrán ser espectáculo á la tierra
De eterna desunion y eterna guerra?

Nô tal tu voz profética asegura,
De la historia inspirada en los arcanos.
Es condicion de la humanal natura
Que en su marcha y esfuerzos soberanos
Por entre abismos, convulsiones, guerra,
Sólo alcance la paz y la ventura
Que en sus palacios de diamante encierra
Avaro el porvenir. Tu audaz mirada,
Cual la del águila altanera, ha visto
Allí sentado en albo trono á Cristo.
La libertad de sangre salpicada
Llégase á él intrépida, abrazada
Del insomne progreso;

Y el Dios, libertador de los humanos,
Hacia ellos tiende sus sagradas manos
Y en sus frentes imprime un dulce beso.
¡Qué concierto y divinas armonías
Resonaron entónces! ¡Cómo á tu alma
Volvió la fé, la religiosa calma
En medio de tan santas alegrías!

La libertad su escudo diamantino
Colgó en tu brazo, y en tu pecho ardiente
Prendió la llama del amor divino:
Y de entónces, ministro prepotente
De reconciliacion y de armonía,
Desatóse tu lengua en celestiales
Limpísimos raudales
De mística doctrina y poesía.
Pasmados te escuchamos los mortales:
Ora de tu piedad el vivo celo
Purifique feliz nuestras entrañas;
Ora te lances en sublime vuelo
A regiones altísimas y extrañas,
Para seguir en su mortal carrera
Y contemplar la humanidad entera;
Ya en las plazas tu voz atronadora
Arrastre á la espantada muchedumbre;

Ya confunda en las cortes, vencedora,
Al partido de añeja servidumbre;
Ya en alas de Aqüilon trasponga mares,
De risco en risco retumbando crezca,
A los reyes fatídica estremezca,
Y de América libre en los altares
Venga á avivar el fuego sacrosanto
Para purificarla en sangre y llanto.
Por doquiera tu voz: cual los cantares
Ya del zenzontli en el florido Mayo,
Cual suspiro de amor, cual fiero rayo,
Cual vívida tormenta
Que pasma al corazon y lo amedrenta,
Cual límpido arroyuelo que murmura
Y al ánima suspende su hermosura;
Voz poderosa, limpia, encantadora,
Ya en los abismos del saber nos hunda,
Ya el corazon humano nos desplegue,
Ya los matices de la blanca aurora
Sobre sus cuadros nítidos difunda
Y con sus galas y esplendor nos ciegue;
¿Quién hay, dueño de sí, que no se entregue
A ese mágico canto de sirena
Que del mundo en los ámbitos resuena?

Sí, tal es tu mision en este mundo,
Con sólo tu palabra y la pujanza
De tu saber altísimo y fecundo
Encender en las almas la esperanza,
La caridad en los humanos pechos,
En la frente feroz de los tiranos
Grabar con fuego tus robustas manos
Del pueblo envilecido los derechos;
Destruir de la impiedad el fruto acerbo
Volviendo al hombre hacia su Dios y al Verbo.

¡Alzar la humanidad! ¡Oh tú terrible
Rayo del retroceso,
Obrero infatigable del progreso,
Del porvenir antorcha inextinguible!
¡Alzar la humanidad! Es imposible,
Clama tu voz que al universo asombra,
Si no la recostamos á la sombra
De la alma libertad, del siglo diosa:
Solamente su mano cariñosa
Curar podrá sus seculares llagas;
Su aliento sólo ahuyentará las plagas
Del error, fanatismo y tiranía;
Sólo la caridad ardiente y pía

Que rebosa en su pecho y en sus venas
Romper puede una á una sus cadenas.

Por eso, Emilio, tú, cual nuevo Alcídes
Corres y extiendes los robustos brazos,
Y en incesantes y terribles lides
Sofocas y hundes en el negro abismo,
Haciendo mil pedazos,
A los monstruos del fiero despotismo.
Los palacios retiemblan á tus gritos,
Caen tronos, escudos y blasones,
Y cruzan por los atrios y salones
Fantasmas coronados y malditos,
Lanzando ayes que escuchan desmayados
Los monarcas precitos!....
Los pueblos á tu voz regenerados,
Como las olas de la mar se agitan,
Y del lábaro en pos se precipitan
Que con entrambas manos tú levantas
Entre hosannas y férvidos cantares
Que atruenan las montañas y los mares,
Y desde Cádiz á Cantabria plantas.

¡Dé libertad la enseña! ¡Oh dulce nombre,
Que es tu fuego y tu luz, tu vida y gloria!
¡La libertad que de hoy más es el hombre
Y ha de sér su sangrienta y rica historia!...
Ella te dé la espléndida victoria
Que augura al universo tu indomable
Valor y tu firmeza inquebrantable,
Tu actividad inmensa cual fecunda,
El aura popular que te circunda,
Tu republicanismo santo y puro,
Limpio cual sol, cual de diamante muro,
Y ese fuego divino, sin segundo,
Que ilumina tu faz y orna tu frente
Y brota de tus labios cual torrente
Para abrasar y redimir al mundo.

¡En tu pecho temor caber no puede,
Ni desmayo en tu empresa, ni de aliento
Necesita tu fé, ni tu ardimiento
Que del Supremo Ordenador procede!
Sí, que eres su ministro, sólo atento
A derramar el bien, luz y consuelo;
Y no de un pueblo ingrato y temerario
Te arredra la cicuta, ni el calvario;

Que redentor del hombre es tuyo el cielo,
Tuya la humanidad y sus altares,
Tuya su adoracion y sus cantares,
Tuya la dicha que conquiste el suelo.

A LA ESCLARECIDA ARTISTA

SRITA.

LUISA MARCHETTI.

Ven, dulce lira, y de tus cuerdas de oro
Haz que broten raudales de armonía,
Y de los vates al divino coro,
Que á las regiones del Olimpo guia
De Italia al ruiseñor, une tu canto;
Pero digno, grandioso, cual si fuera
A resonar de la celeste esfera
En el concierto santo!
Suave, como el suspiro de la brisa
Que en el huerto aromático resbala
Y sus cristales riza;
Tan puro y delicado cual se exhala

De su pecho ese canto que electriza,
Del pecho ebúrneo de la bella Luisa.

Ave canora que del Tibre undoso
Dejaste las balsámicas riberas,
Donde aun resuena tu cantar sabroso
Y suspiran tus tristes compañeras;
Y tendiendo tu vuelo
Fugaz recorres de la patria mia
Sus campos ricos, su esplendente cielo;
Si sientes de la ausencia el desconsuelo,
¿No hallas aquí el encanto, la armonía,
Las risas, los amores,
De Italia melodiosa la dulzura,
En los blancos torrentes bramadores,
En el susurro de la selva umbría,
En el alto volcan de nieve pura,
En los valles y pájaros y flores
Y en las almas sensibles que estremeces
Cuando en la escena, mágica, apareces....?

No hay verso, ni palabra, no hay acento
Que traducir ó remedar un tanto
Pueda siquiera tu divino canto.
Lo que puede alcanzar el pensamiento
En alas de la música sonora;
Lo que en el alma mística resuena

Si se embebece en la deidad que adora
Y de un concierto celestial se llena;
Lo que apénas se siente,
Como un vago recuerdo de otros dias;
Lo que soñamos con turbada mente
Cual lejanas, fugaces melodías;
La voz querida que acaricia al alma
Y que la aduerme en deliciosa calma,
Es el canto, es la voz, son los raudales
Que brotan de tus labios celestiales.

Ora cantes de amor el dulce fuego,
O la hiel de su cáliz te quebrante,
Ya desfallezcas en humilde ruego,
O la rabia del celo te levante,
Tu voz divina nos enciende luego:
Contigo ¡oh Luisa! el corazon palpita
Y, de entusiasmo y de delicia lleno,
En pos de su ilusion se precipita
Si conmueve el amor tu ebúrneo seno,
Y en un suspiro hasta el azul sereno
Te remontas dulcísima, trinando,
Y nos alzas extáticos, gozando
En maravilla tanta
Del grandioso poder de tu garganta.

¡Oh admirable poder de la armonía!
¡Oh prodigio del canto!

¿Y qué mucho que al hombre hechice tanto
Si rinde al bruto y la materia fria;
Si el Universo y la extension vacía
Llenos están de místicos cantares;
Si la brisa y las selvas y los mares,
Las fuentes, los arroyos y los ríos
Y cuanto existe y muévese en los frios
Desiertos miserables de este suelo,
A número y medida está sujeto
Y en armonioso y divinal secreto
Vive con los espíritus del cielo....?
¡Sí, que es el canto la cadena de oro
Que une la tierra al encumbrado coro!

Bellísima sirena,
Que de la vida en el revuelto océano
Calmas la tempestad, tornas serena
La atmósfera agitada, y al tirano
Dolor y tormentosas las pasiones
Suspendes algun tanto
Con tu armonioso canto
Y nos llevas á un mundo de ilusiones....
Canta, canta y alegra transitoria
Nuestra existencia triste, que se inflama
Con tu mágica voz, miéntras la fama,
Pregonera de tantas maravillas,
Centuplica los lauros de tu gloria;

Y de mi admiracion estas sencillas
Alabanzas recibe, bondadosa;
Y doquiera que vayas, la memoria
Te siga siempre de Oaxaca hermosa
Y de la juventud que aquí te admira
Y lleva su entusiasmo hasta el delirio.
¡Que la cuna de Juárez y Porfirio,
Cuna es de libertad, do se respira
El ambiente de grandes corazones,
Do el genio y la virtud hallan su palma,
Y donde vive abandonada el alma
Al impulso de gratas emociones!

Julio 19 de 1874.

A LA ROSA.

SONETO.

No bien abres el seno perfumado
A la risueña aurora, incauta rosa,
Arrullada del aura cariñosa
Y enamorada del florido prado;

Cuando luego ya el sol despide airado
En el alto zenit su lumbre odiosa,
Y para no ver más su faz hermosa
Caes sobre el tallo, como tú, abrasado.

Así yo, ufano, en plácidas canciones
Saludé la alborada de mi vida
Y adoré sus mentidas ilusiones.

Mas luego la tormenta embravecida
Arrebató mis fúlgidas visiones
Y deshojó mi juventud florida.

Á UNA TÓRTOLA.

¿Por qué en lo más repuesto
Del escondido bosque
Exhalas, tortolilla,
Tus ayes y clamores?

Ven al verjel ameno
Y entre árboles escoge
Donde aspirar del aura
Balsámicos olores.

Deja ese asilo oculto
Para el que triste llore
Algun fiero delito
Que el pecho le destroce;

Para el que penitente
Al retiro se acoge,

A expïar de sus culpas
La pesadumbre enorme.

Tú eres de la inocencia
El emblema más noble;
¿Por qué tanto lamento
Tu existencia carcome?

¿Será tal vez que á solas
Lloras tus sinsabores
Para que no tus quejas
Turben de otros los goces?

A solas ¡ah! más vale
Llorar nuestros dolores
Que no entre séres viles
Que del triste se mofen.

¿Por tu amado suspiras?
¿O temes algun golpe
Que la mano traidora
Te aseste de los hombres?

Ni te alegra la aurora
Ni del sol los fulgores;
Estás triste si nace,
Y triste si se pone.

Tu gemir incesante
El corazon me rompe,
Sin que de tu tristeza
Los arcanos ahonde.

Tal vez en el silencio
Profundo de la noche
Tu delicado oido
Atento reconoce

En la suave armonía
Que en gemidos acordes
Murmura el arroyuelo
Y susurran los bosques

El ¡ay! de la natura
Que á tus quejas responde,
Y la agonía del mundo
Lamentas con tus voces;

El ¡ay! que á los sensibles
Y tiernos corazones
Hunde en fiera tristeza
Y los consume y roe;

Pero qué en los placeres
Del mundo y confusiones
Los hombres embriagados
Insensatos desoyen.

Por eso tú comprendes
El misterio que esconden
La risa y los placeres
Que goza el hombre torpe.

¡Ah! te ha enviado el cielo
A despertar al hombre
Del letargo en que yace
Con tus dolientes voces.

Por eso en lo repuesto
Del escondido bosque
Exhalas, tortolilla,
Tus ayes y clamores.

***

Mas no creas que sola
Entre todos los séres
La víctima tú eres
Del infando dolor.
Esa deidad, terrible
Y respirando enojos,
Abrasa con sus ojos
Toda la creacion.

Hiel derrama su boca,
Y de su airada mano
No hay corazon que sano
Llegue al fin á quedar.
En sus negros altares,
De la inocencia al lado,
Allí llora postrado
El duro criminal.

Bajo sus alas todo
Lo que es mortal respira
Y á otra region aspira,
A otro mundo mejor.
Que es su mision divina
Agitarnos en guerra,
Para así de la tierra
Desviar el corazon.

Yo, pues, que así comprendo
La mundanal ventura,
Te vengo en la espesura,
Tórtola triste, á oïr.
Porque en vez de la dicha
Que busco fatigado,

Sólo hallo ¡desgraciado!
Pena y llanto sin fin.

Por eso en tu tristeza,
Por eso en tu aislamiento,
Melancólico acento
Y quebrantada voz,
La verdad de la vida
Encuentra el alma mia....
¡Tu dulce compañía
Por eso busco yo!

A MI QUERIDO AMIGO

Dr. Francisco Rincon

En el nacimiento de su hija Dolores.

¿Qué podré yo desear á tu Dolores
Que hoy llega á las riberas de la vida,
Ornada con los vívidos fulgores
De la naturaleza embellecida,
Aspirando el aroma de las flores
Con que Mayo risueño nos convida,
Y con cándida risa, placentera,
Saludando la alegre primavera?

¡Que la halaguen los zéfiros vernales!
¡Que las rosas coloren sus mejillas!
¡Que la arrullen los tersos manantiales!
¡Que le canten parleras avecillas!
¡Que de Febo los rayos matinales
Le esmalten de la vida las orillas,
Y en alas de apacible y puro ambiente
Cruce este mar alborotado, hirviente!

¡Cuánto fuera felice tu hija tierna,
Si la estacion que su natal preside
Y aroma y dicha por doquier despide,
No pasará jamas, si fuera eterna;
Si el Hacedor, que nuestros pasos mide
Y con severas leyes nos gobierna,
Suspendiera del Cancro los ardores
Y de invierno los bárbaros rigores.

Mas ¡ay! la niebla, el huracan y el trueno
Hacen al hombre eterna compañía;
Vístese el campo de verdor ameno,
Y asoladora llama el sol envia;

El cielo apénas nos sonrie sereno,
Y ya lo cubre tempestad sombría;
Orea apénas el aura nuestra frente
Y ya la azota el ábrego inclemente.

Tranquilo lago de luciente plata
Con ondas de zafir, ópalo y grana,
Do la risueña aurora se retrata,
Es de la vida la primer mañana.
Manso viento lo agita y lo dilata
Y ardiente juventud navega ufana;
Mas ¡ay! temed el engañoso halago,
Que en mar furioso se convierte el lago.

*
* *

¡Pobre niña inocente, que aun ignora
La márgen que pisó,
Y que su rostro, que la luz colora,
Marchitará el dolor!

En puertas de oro, espléndido y risueño,
Mayo la recibió.

¡Ojalá al despertar del breve sueño
No se le nuble el sol!

Hoy tu casa se llena de alegría
Con tu feliz natal;
Mañana de lamentos, niña mía,
Tal vez se llenará.

Hoy el mundo te rie y te bendice
Como ángel del Señor;
Temé, niña infelice,
Las iras de este mundo engañador.

Témelas, niña; sus miradas teme,
Su torpe bacanal,
No sea que el fuego que respira, queme
Tu seno virginal.

Guarda, guarda la flor de tu inocencia
Que la seca su amor;

Guarda esa pura y celestial esencia
Que el hombre disipó.

Y suba en alas de oracion ferviente
Al trono del Criador,
Y de la tierra el deletéreo ambiente
Perfume con su olor.

***

Eleva, oh, niña, tu alabanza pura
Al Dios hecho hombre, de la tierra luz,
Que rasgó el velo de la noche oscura
Al extender sus brazos en la cruz.

Que derramó su dulce mansedumbre
En el del hombre duro corazon,
Y rompió la ominosa servidumbre
Que de tu sexo la beldad ajó.

Templó del alma el amoroso fuego,
Dió á los sentidos rigorosa ley,

Y no del hombre y su entusiasmo ciego
Fué ya juguete la infeliz mujer.

"Ante una ara tan sólo arda y se inflame
La llama pura del voluble amor;
Un solo corazon el hombre ame,
Sólo aspire el aroma de una flor.

Y aparte sus miradas envidiosas
Del ajeno y magnífico pensil,
No emponzoñe las brisas olorosas,
Que arrullen blandas al mortal feliz.

Se ajará de la esposa la hermosura
Al declinar su bella juventud,
Mas no se agotará de su alma pura
El raudal de castísima virtud.

Dichoso aquel que en tan perenne fuente
El dulce néctar del amor bebió,

Jamas lo acosará la sed ardiente
Del que sólo deleites anheló!"

Dijo Jesus, y la mujer esclava,
Enhestando su cuello de marfil,
A la diestra del hombre se sentaba,
Y el cetro de su imperio recobraba,
Púdica y llena de esperanzas mil.

Eleva, oh niña, tu alabanza pura
Al que es del mundo la esperanza y fué,
Que, apurando la copa de amargura,
Nos abrió manantiales de ventura,
Volvió su cetro á la infeliz mujer.

AL SABINO DEL TULE.

SONETO.

¡Salud, del Anahuac árbol gigante,
Del mundo de Colón gran maravilla!
¿Quién al verte, pasmado, no se humilla
Y al Supremo Hacedor tiene delante?

¡De cuántos siglos tú, siempre triunfante,
Pasar has visto la feroz cuchilla,
Mirando cómo entre ruïnas brilla
Tu verde cabellera trepidante!

¿Te plantó acaso el primitivo olmeca?
¿Al mexica abrigaste, cuando bronco
Avasalló la raza zapoteca?

Cuando el turbion del Norte zumbe ronco...
¡Ay! á este pueblo, que el destino obceca,
Sirva de escudo tu anchuroso tronco.

AL CAUDILLO DE LA REVOLUCION DE TUXTEPEC,

C. General

PORFIRIO DIAZ,

Al hallarse en su cumpleaños en su tierra natal,
15 de Setiembre de 1876.

SONETO.

Nuevo Moisés que del airado océano,
Do el hado te arrojó, salvo saliste;
Y una vez y otra vez burlar supiste
Puñal y afan de tu enemigo insano.

Rival de Leandro, que admiró el pagano,
¡Cómo nuestra ansiedad cesar hiciste
Cuando vímoste aquí.... te sacudiste
Las arenas del golfo mexicano!

Yergue, Oaxaca, la guerrera frente
Al celebrar en este fausto dia
El natal de Porfirio prepotente.

La Providencia nos lo guarda y guia
Para salvar la mexicana gente
Y hacer grande y féliz la patria mia.

AL TIEMPO.

Tiempo cruël que en venturosos dias
Las ilusiones de mi tersa frente
Arrebatabas en tu vuelo ardiente
Y otras mil y otras mil tú me ofrecias;

Hoy no te dueles de las penas mias,
Y arrastrando tus alas lentamente
Eternizas tus horas, inclemente,
Y prolongas mis crudas agonias.

Desdichado de aquel que saboreando
La copa del placer feliz se llama,
Si cree que siempre vivirá gozando.

Pero feliz si la virtud lo inflama
Y, los ojos al cielo levantando,
Sólo allí existe la ventura, exclama.

A MOISES.

SONETO.

Salvado del furor del ancho Nilo,
De Faraon en el Palacio crece
Y en las artes y ciencias se engrandece
El niño á quien Thermútis diólo asilo.

Si su hijo llora, fiero el cocodrilo
No más presto se lanza y se embravece
Que, al ver su pueblo opreso, se enfurece
Moisés y esgrime su encorvado filo.

Se entrega á su Jehová y huye al desierto,
Donde recibe su mision sublime;
Preséntase á Faraon que queda yerto.

Al cautivo Israel salva y redime:
Le da una ley que, mientras todo ha muerto,
Eterna vive y su grandeza exprime.

El Poeta.

SONETO.

Plugo á una musa alegre é indiscreta
Darme un lugar, aunque en la triste falda
Del soberano Pindo, y de esmeralda
El gran lauro ceñirme de poeta.

No sé si lo seré. Mucho me inquieta
Que me pidan un verso, me dan calda,
Pues que para pintar de rojo y gualda
Tiene apénas mezquina mi paleta.

¡Oh! si cierto estuviera exclamaría
¡Soy vate! como Heredia en su despecho,
Y á fé que el lienzo no me desmentia.

Mas ¡ah! que el mundo con mejor derecho
Con Homero mendigo me diria:
¿Qué esperas, miéntras vivas, de provecho?

EN EL ALBUM DE UNA MADRE.

SONETO.

Volaste, Emilio, á la eternal ventura
Y me dejaste en la mansion de duelo;
Te llevaste mi dicha y mi consuelo,
Y quedóme tan sólo mi amargura.

Engalánase en vano la natura
Y en vano al ruido mundanal apelo.
¡Sola con mi dolor y mi desvelo
Busco en vano doquier tu imágen pura!

¡Mas una voz dulcísima me advierte
Que aun vives y me esperas, que conmigo
Quieres partir tu venturosa suerte!

Tal me dice mi fé. ¡Yo la bendigo!
Ya no soy infeliz: volveré á verte
Y en mejor vida he de vivir contigo!

LA TEMPESTAD.

SONETO.

Súbita oscuridad enluta el cielo,
Corre bramando el huracan sombrío,
Despedaza la tierra el rayo impío,
Se enfurece la mar, retiembla el suelo.

Brilla doquiera el denegrido velo,
Y un trueno y otros mil en el vacío
Retumban pavorosos; ancho el rio
Inunda el campo, en espantoso duelo.

Tiembla la gente y en su horror profundo
El dia final aguarda y se arrodilla;
Que el rostro de Jehová teme iracundo.

Mas ya en el íris la sonrisa brilla
Del benigno Hacedor. . ¡cálmate, oh mundo,
Y adora su poder, tu frente humilla!

LA SOLEDAD.

SONETO.

¡Qué me place á la márgen de una fuente,
O á la orilla de un claro y manso rio,
Rienda dar al dolor del pecho mio
Y gemir con la brisa blandamente!

¡Acompañar de tórtola doliente
Las dulces quejas en el bosque umbrío,
Y llorar de la luna al rayo frio
Bañada con su luz mi triste frente!

Goce el jóven feliz sus sueños de oro,
Tiernos placeres y sus dulces dejos
Del mundo alegre en el ruidoso coro;

Miéntras yo triste, de los hombres léjos,
En grata soledad me quejo y lloro
De mi sol moribundo á los reflejos.

A LA NOCHE.

SONETO.

Tiende, tiende tu negra vestidura,
Para envolver mi atormentada frente,
Y calma de mi pecho el ansia ardiente
Con tus sombras de mágica dulzura.

Anhelen los felices la luz pura,
Vueltos sus ojos al rosado Oriente;
Yo me gozo al morir en Occidente
La lumbre que tu vuelta me asegura.

¡Ah! ¿qué me importa el venidero dia,
Si no ha de disipar del triste suelo
La que empaña mi alma niebla umbría?

Por eso ¡oh noche! tu venida anhelo,
Porque acompañas la tristeza mia
Con tu silencio y enlutado cielo.

DESENCANTO.

EN LA MUERTE DE UNA JOVEN.

El fúnebre clamor de la campana
Despierta aletargados mis sentidos,
Al despuntar risueña la mañana;
Y el eco, resonando en mis oídos,
Toca mi corazon que estaba en calma;
Y no existe, no existe
Repitiéndome está dentro del alma.

¡Conque no existe la feliz criatura
Que rebosando juventud y vida
Admiré ayer! La abierta sepultura
La tragará y, al polvo restituida,

Tan sólo quedará su yerta losa,
Una cruz solitaria
Y una lámpara opaca y temblorosa.

Y tan jóven, hermosa é inocente,
Cual perfume de cándida azucena,
Como rosa gentil al sol naciente,
Cual caricia de el aura en noche amena!
Púdica flor, que embalsamaste el prado,
No al cierzo resististe,
Sólo queda tu aroma regalado.

Y ni valdrán las quejas de su amante
Sus profundos suspiros y gemidos,
Las lágrimas que surcan su semblante
Y que queman sus párpados hundidos.
Atropos despiadada no lo escucha,
Y el infeliz en vano
Contra el rigor de su infortunio lucha.

¡Inexorable parca, parca impía,
Qué bárbaro placer lleva tu mano
A trozar el pimpollo que ofrecia
Tanta delicia en su verdor lozano!
¡Ay! que ciega descarga su guadaña,

Sobre el robusto pino
Contra el cándido lirio y débil caña.

¡Esta es la vida, oh Dios! y no lo advierte
El mísero mortal que corre ciego
Tras la dicha fugaz, que se convierte
En humo leve, disipado luego!
¡Esta es la vida y anhelamos tanto
Sus fútiles placeres,
Su mentida ilusion, su falso encanto!

¡Gloria, belleza, amor, ilusion vana!
Hermosas flores con que el hado riega
La senda de la vida en la mañana
Y que en la tarde al aquilon entrega,
¡Gloria, belleza, amor y venturanza
Sólo sois devaneo,
Ensueño sólo sois de la esperanza!

Halague vuestra luz fascinadora
A la risueña y candorosa infancia,
Esparcid vuestras rosas y fragancia
Sobre el lecho de aquel que en feliz hora
Y en brazos de su vírgen, tierna esposa,
Se aduerme bendiciendo
Sus sueños de oro y su ilusion dichosa.

Y no á mí que en el alma llevo abierta
Del desengaño la profunda herida;
Por encontrados vientos sacudida
Yace mi juventud marchita y yerta.
No me halagueis á mí, con triste lira:
Espiraré cantando
Cuanto el llagado corazon me inspira.

***

Pasad, delirios, ilusiones bellas,
No atormenteis mi frente dolorida
Con vuestra blanca luz; dejadla hundida
En su profunda y triste lobreguez!

No vengais con ensueños venturosos,
Embellecidos con el bien pasado,
A conmover mi corazon helado
Que apura del dolor amarga hiel.

Que en este fango de la humana vida,
A impulso de la fiel naturaleza
La ventura buscando y la belleza,
Vanidad, vanidad tan sólo halló.

Y vosotros fantasmas vaporosos,
Que brotais de la tierra á los ardores,

No llenareis de mi alma los amores,
Pues son más puros los que busco yo.

Del desencanto pálido á la sombra
Dejad que me consuma la tristeza,
Negro crespon envuelva mi cabeza
Y vuestra falsa luz no vea jamas.

Cansado de sufrir tan sólo anhelo
Del desengaño la indolente calma,
¡No turbeis el reposo de mi alma
Ilusiones de amor, volad, volad!!

A mi muy querido amigo

Dr. Francisco Rincon.

SONETO.

¿Qué es de mi vida, dices? ¡Cosa extraña!
Padre conscripto soy, por San Clemente,
¿Hay conducta más clara y trasparente,
Clara, como esta luz que ahora nos baña?

Istmo, recursos, bulas, la maraña
De tan sabios proyectos que, impaciente,
En los diarios leerás, esto mi mente
Ocupa, la divierte, me la empaña.

Las doce dan, con paso majestuoso
A la Cámara llego, entro, me apunto,
Fumo, charlo, me siento silencioso.

Ábrese la sesion, comienza el punto,
Yo, arrebatado de estro luminoso,
A mi musa me entrego, y no al asunto.

En tanto el vigoroso
Retintin me recuerda que yo vote,
¿Y qué podré decir de este estrambote?

México, 1852.

EL ULTIMO ADIOS.

¡Y llegó al fin el lastimoso instante
Que tantas veces me anunciara el hado,
Cuando con mano férrea de tu lado
Arrancó tantas veces á tu amante!

¡Cuando mil veces enlutó la aurora
Del que anhelamos suspirado dia,
Y nuestro ardiente corazon cubria
Con niebla, del olvido precursora!

¡Cuando, mil monstruos levantando airado,
Turbó de nuestro amor la faz serena,

Y para hacer eterna nuestra pena
Volvió á encender el pecho atormentado!

¡Y no hay engaño ya, que en otros brazos,
Y para siempre de mi amor ajena,
Te miro ¡oh cielos! de ventura llena,
Romper de nuestro amor los dulces lazos!

¡Cómo pudiste de tu pecho herido
Borrar la imágen del amor primero,
Cómo tu tierno corazon, sincero,
Dió las promesas á eternal olvido!

¡Cómo olvidaste de inefable encanto
Las dulces horas, por mi mal pasadas,
Las ansias é ilusiones regaladas,
Tantos suspiros y misterio tanto!

¡Ah! no eres tú la que mi suerte sella
Y me condena á perennal martirio;

Lo reconozco aún en mi delirio,
Y sólo culpo á mi fatal estrella.

No, tú éres inocente, y se estremece
Mi corazon, y me rebosa el llanto
Al recordar tu amor, tan puro y santo,
Tanta ternura, que ilusion parece.

¡Despues de larga é injuriosa ausencia
Cuántas veces tu amor temí ofendido!
Mas para darlo todo á eterno olvido
Bastábate tan sólo mi presencia.

¡Oh! si mi labio revelar pudiera
Las bondades de tu alma, mujer pura,
Modelo de constancia y de ternura
En tí el mundo entusiasmado viera.

¡Yo fuí tan sólo el despiadado y duro,
Yo que no comprendí tu amor ardiente,

Yo que, agostada de mi amor la fuente,
Envenené el raudal de tu amor puro!

Cuántas veces con mano cariñosa
Halagaste mi frente mustia y fria,
Y yo, insensible, deslizarse via
Por tus mejillas lágrima preciosa.

¡Ah! yo no sé qué misteriosa mano
Heló mi corazon por tantas veces,
Que sentí renacer tu amor con creces
Y fué mi afan, en conservarlo, vano.

Yo te amé con delirio, tú sentias
Latir mi corazon y arder mi frente,
Y olvidada del mundo mi alma ardiente
Pasar contigo venturosos dias.

Con la luna y sus dulces ilusiones,
O del prado tendido en la verdura,

Gocé contigo celestial ventura
Embebido en ternísimas canciones.

Yo te amé, cual amé mujer ninguna,
Creïme sólo con tu amor dichoso;
Mas implacable mi crüel fortuna
Me arrancó siempre de tu seno hermoso.

Y jamas olvidarte pudo el alma
En medio de los goces y placeres;
Ni hubo encanto, belleza de mujeres
Que le volvieran la anhelada calma.

Tu imágen siempre en la memoria mia
Acibarado ha mis dulces horas,
Risueña, en el fulgor de las auroras
Se alza, y terrible con la noche umbría.

Suena tu dulce habla en mis oïdos,
Rómpenme el corazon tus tiernas quejas,
Y ni un instante descansar me dejas
Con mil recuerdos de placer perdidos.

Tú serás, pues, de mi existir cuitado
La fatal ilusion y cruel tormento,
Y borrarte podrá del pensamiento
La parca sólo con su soplo helado.

¡Adios, mujer! si la fortuna impía
Negóme á mí la dicha deseada,
Concédatela á tí, de mí apartada,
Y sé feliz en la desdicha mia.

De la noche te pido que en la calma,
Cuando la luna en la mitad del cielo
Acompaña del triste el desconsuelo
Y en recuerdos de amor se exhala el alma,

No olvides que hay un hombre malhadado
Que por tí gime y en tu amor se goza,
Un suspiro conságrale piadosa
Y deséale la paz que le has robado.

A CELIA.

No de Mavorte fiero
Cantar quiero las glorias,
No canto sus victorias,
Ni sus conquistas yo.
De tus celestes ojos
Ensalzo, Celia mia,
La victoria que un dia
Mi dicha coronó.

Mi dicha, que á tus plantas
Encadenado y ciego,
En amoroso fuego
De tus ojos bebí.
De tan feliz cadena
Aprieta el lazo de oro

Y su crujir sonoro
Resuéneme sin fin.

Si del dulce Batilo
La musa me inspirara,
Su fuego me bañara,
Templara mi laúd,
¡Oh! ¡cómo cantaria
De tus ojos hermosos
Los fuegos amorosos,
La mágica virtud!

Es bella la mañana
Cuando el sol en Oriente
Alza la rubia frente
Del lecho de carmin;
Pero son aun más bellos
Que tan dulces fulgores
Tus ojos brilladores,
Volviéndose hacia mí.

La perla de rocío
En la purpúrea rosa
No brilla más hermosa
A la dorada luz
Que el cristal de tus ojos
En tu faz encendida,

Cuando de amor herida
Dulce me miras tú.

Ni es más tierna Lucina
En la mitad del cielo,
Tras purísimo velo
Mirando á Endimïon,
Que cuando tú, bien mio,
Me miras con ternura
Y en tus ojos fulgura
La lágrima de amor.

Bella es la blanca luna
En cerco renegrido,
Ostentando el bruñido
Disco fascinador;
Pero son más hermosas
Tus fúlgidas estrellas,
Bajo esas cejas bellas
Que el ébano envidió.

No cantaré aquel fuego
Que brota de tus ojos
Cuando te causo enojos
Y airada tú me ves:
Yo puedo ver la nube
Que lanza el rayo fiero,

Mas tu ceño severo
Resistirlo no sé.

Canto aquel dulce fuego
Que en tus ojos centella
Cuando mi boca sella
Tu boca de carmin.
Ese fuego süave
Que aduerme mis sentidos
Y calma los latidos
Del corazon feliz.

Aquella luz divina
Que brotan á raudales
Tus ojos celestiales
Tras ausencia infeliz,
Cuando volando llego
¡Oh Celia! á tu presencia
Y el sol de mi existencia
Me luce junto á tí.

Esa luz que colora
Las rosas de mi vida
Y que brilla encendida
En la frente del sol,
Que la noche abrillanta....
¡Oh Celia! yo deliro....!

Un profundo suspiro
Me arranca el corazon.

¡Ay! tus ojos divinos
Bríllenme eternamente,
Bañen mi triste frente
Con suave resplandor,
Y nunca largo llanto
Torne en sangre su nieve,
Ni la tristeza aleve
Empañe su fulgor.

Y cuando noche lóbrega
Suceda al dia sereno
Y me lleve á su seno
El genio del dolor;
Séanme tus bellos ojos
Blanquísimos luceros
Que alumbren los senderos
Donde me pierda yo.

MI JUVENTUD.

SONETO.

Cuando la juventud me sonreia
Y en sus alas de fuego me abrasaba,
Y en torno de mi frente acumulaba
Imágenes de amor y de alegría;

Cuánto la primavera me lucia
Y sus purpúreas rosas me brindaba,
Y con ellas mi frente coronaba
Y el ámbar de sus auras recogia.

Hoy todo se trocó; ya indiferente
Piso las flores del jardin ameno
Y enturbio con mis lágrimas su fuente.

¡Qué me importa el pensil, de gracias lleno,
Si un velo funeral cubre mi frente
Y un agudo puñal hiere mi seno!

A DELIA, CANTANDO.

Qué es lo que siento yo, decir no puedo,
No hay palabra, ni acento, ni suspiro,
Para expresar la dicha que respiro
Cuando te oigo esa férvida canción;
Cuando á mi lado y á la faz del cielo,
Al fulgor de la mágica Lucina,
De mi cítara al són tu voz divina
Se despliega en sus cánticos de amor.

Cuando se exhala de tu boca pura
Y de tu corazón sencillo y tierno
Esa protesta de un amor eterno
Acompañada de suspiros mil;
Y se conmueve tu sensible pecho
Y se encienden tus ojos celestiales

Y palpitan tus labios virginales
Y un dulce fuego siento junto á tí.

Entónces ¡ay! en mi ilusion dichosa
Te miro y te contemplo embebecido,
Y de tu grato aliento suspendido
Al influjo me rindo de tu voz.
Con mi aliento recojo tus suspiros,
Y bebo de tus ojos las centellas,
Mis entrañas abrásanse con ellas
Y desfallezco trémulo de amor.

Y lánguido, te estrecho entre mis brazos
Y siento palpitar tu ardiente seno
Y de delicia inefable lleno
Se me salta de gozo el corazon.
¿Es aquesto verdad? ¡O el aura dulce
Que me haces respirar de ventura
Me engañará tal vez, y mi esperanza
Es sólo sueño que acaricio yo?

¿Esa ternura de tus bellos ojos,
Esos suspiros que los aires hienden,
Esos latidos que tu pecho encienden
A quién consagras y por quién serán?
Serán por mí que con mirada ardiente

Te inspiro la pasion del pecho mío,
Y los suspiros mil que yo te envío
Tal vez en tu alma resonando están?

¡Ah! disipa las sombras de esa duda
Que oscurecen mis blancas ilusiones,
Déjame adivinar en tus canciones
Que á mi pasion responde tu pasion.
Y al esplendor de la apacible luna,
Enagenado, cante mi ventura,
Feliz bebiendo de tu boca pura
El dulcísimo aliento, abrasador.

Mi juventud.

SONETO.

Perdiendo va su luz el claro dia,
Su fuego el sol, su brillo las estrellas,
Su aroma y su color las flores bellas,
La hermosura su encanto y lozanía.

En vez de aquellos himnos de alegría,
Oigo tan sólo lúgubres querellas,
Y sólo miro ensangrentadas huellas
En la senda que rosas me ofrecia.

¿Es de naturaleza conmovida
Súbita variacion, mudanza cierta
Lo que mira mi alma estremecida?

No, que es mi juventud marchita y yerta,
Insensible á los goces de la vida,
Y al dolor, al dolor sólo despierta.

A TEODOSIA

EN SU CUMPLEAÑOS.

¡Conque no quiso darnos la fortuna
Los fugaces momentos de alegría
Que pensamos gozar, amiga mía,
Al sol ardiente y á la fresca luna,
En campo abierto, sin zozobra alguna,
Al celebrar de tu natal el día!
Allá de San Felipe en los jardines,
Coronados de mirtos y de rosas,
En sencillo convite, no en festines,
Respirando las auras olorosas,
Pensamos olvidar nuestra amargura
Y gozar un instante de ventura.
Pero estamos aquí siempre contigo;
Y aunque en salón estrecho
Y una pobre morada

Mi juventud.

SONETO.

Perdiendo va su luz el claro dia,
Su fuego el sol, su brillo las estrellas,
Su aroma y su color las flores bellas,
La hermosura su encanto y lozanía.

En vez de aquellos himnos de alegría,
Oigo tan sólo lúgubres querellas,
Y sólo miro ensangrentadas huellas
En la senda que rosas me ofrecia.

¿Es de naturaleza conmovida
Súbita variacion, mudanza cierta
Lo que mira mi alma estremecida?

No, que es mi juventud marchita y yerta,
Insensible á los goces de la vida,
Y al dolor, al dolor sólo despierta.

A TEODOSIA

EN SU CUMPLEAÑOS.

¡Conque no quiso darnos la fortuna
Los fugaces momentos de alegría
Que pensamos gozar, amiga mía,
Al sol ardiente y á la fresca luna,
En campo abierto, sin zozobra alguna,
Al celebrar de tu natal el día!
Allá de San Felipe en los jardines,
Coronados de mirtos y de rosas,
En sencillo convite, no en festines,
Respirando las auras olorosas,
Pensamos olvidar nuestra amargura
Y gozar un instante de ventura.
Pero estamos aquí siempre contigo;
Y aunque en salón estrecho
Y una pobre morada

Un gozo puro inunda nuestro pecho
Y sentimos el alma enagenada!
¡Dulcísima amistad, yo te bendigo!
Pero estamos aquí los que te amamos,
Los que vemos, gozosos, tu cumpleaños,
En tu felicidad nos embriagamos;
No hay falso amor, ni pérfidos extraños
Que turben el unísono contento
Que rebosa del alma entusiasmada.
Aquí tan sólo oirás el dulce acento
De la amistad más íntima y sagrada.
Mira, Teodosia, y gózate, rodeada
De tus buenos amigos y parientes
Que en tí se gozan, sienten lo que sientes.

Ya resuenan las copas; ya se escucha
Cual murmurar de cristalina fuente
El bríndis que arrebata dulcemente
De la ingeniosa y apacible Chucha;
Ya el dulce acento de la tierna Elena
Que en un suspiro blando
Alegre exhala su amorosa pena.
Ya Enrique se levanta, arrebatando
Con su elocuente y ardoroso canto.
Carmita entusiasmada, improvisando,
Ora tierna y sensible, ora graciosa,
Cuanto le inspira su placer y cuanto
Le sugiere su musa bulliciosa;
Ni un punto deja desmayar las frentes

Que sostiene ardorosas y rientes.
Y la fiel Nela, resignada y sola....
Mírala cuál se enciende y cómo olvida
La pena que la abate y que la inmola,
Y nos alegra y al placer convida.
¡Todo es animacion, todo contento!
Así corra y deslícese tu vida
Entre risas y músicas y flores,
Burlando del destino los rigores
Con pecho firme y grave pensamiento.
Y el recuerdo feliz de este momento,
De tu tierna amistad, placeres tantos
Borrarlo no podrán ni los quebrantos,
Ni los caprichos de voluble suerte,
Y vivirá conmigo hasta la muerte.

Mayo 29 de 1868.

A SU LIRA.

SONETO.

Ven, lira del amor, que mi alma ansía,
Que sola tú mi corazon comprendes,
Sus latidos, su voz tú sola entiendes
Y traduces en grata melodía.

Lo que torpe mi labio no diria
De tus sensibles cuerdas lo desprendes,
Y en dulcísimas notas tú lo ofrendes
Al objeto que adora el alma mia.

¡Si tus mágicos tonos encendieran
De Delia el corazon y los sonrojos
De su nevada faz la estremecieran!

¡De amor el fuego brillaria en sus ojos,
Y, palpitando y trémula, me dieran
El sí sus labios entreabiertos, rojos!

LA MUDANZA.

SONETO.

¿Por qué me niegas de tus ojos bellos
La hermosa luz con que encendiste un dia
Mi pobre corazon que arder sentia
De tu fuego á los mágicos destellos?

¡En dónde están ¡oh Dios! en dónde aquellos
Fugaces, sí, momentos de alegría,
Mas que un tanto aliviaban mi agonía
Y de gozo morir creyera en ellos!

¡Oh mudanza crüel, ni una mirada,
Ni una sola que alivie mi tormento,
Mirando mi alma por tu amor llagada!

¡Qué espero sin tu luz y sin tu aliento
Cuando eres para mí, Delia adorada,
Mi mundo y vida y sólo pensamiento!

LA ESPERANZA.

SONETO.

¿Soñando estoy ¡oh Dios! ó es cierto que ella,
La que encendió en mi pecho amor ardiente,
La que era á mi penar indiferente
Ya blanda escucha mi tenaz querella?

Ahora cual ángel, amorosa y bella,
Mírola sonreír, y dulcemente
Fija sus ojos en mi triste frente
Y ahuyenta con su luz mi negra estrella.

Sí, Delia hermosa y á la vez sensible,
Déjame delirar con tal mudanza,
Pues que para el amor no hay imposible.

Yo miro en tu sonrisa mi esperanza,
Como el marino en la tormenta horrible
Mira el lucero que su vista alcanza.

LA INDIFERENCIA.

SONETO.

¡Dónde está Delia hermosa que no mira
A su infeliz amante, sollozando,
Bajo esta verde sombra, aquí cantando
Su indiferencia con mi triste lira!

¡Si oyera las endechas que me inspira,
Tiernas mis quejas á los vientos dando,
Y lágrimas copiosas derramando
Cuando á su nombre el corazon suspira!

Mas ¡ah! la ingrata, fijo el pensamiento
En otro amor, su pecho endureciendo,
Mis lágrimas desprecia y mi tormento.

Y, miéntras por su amor yo estoy muriendo,
Tal vez regala con su dulce acento
Al que de su pasion se está riendo.

LA QUEJA.

SONETO.

¿Por qué, Delia, me traes en tus rigores
A esta campiña, de delicias llena,
Para hacer más sensible la honda pena
Que me dan tus desdenes punzadores?

¡Cuando árboles y plantas, mieses, flores,
Bajo bóveda azul limpia y serena,
Y el aura matinal que blanda suena,
Todo es amor, todo respira amores!

Amor el jilguerillo en dulce trino
Canta y el cabritillo y tierno el toro,
Bendiciendo felices su destino.

Miéntras que yo á tu lado gimo y lloro,
Buscando ¡oh Dios! en tu mirar divino
La lágrima de amor que amante imploro.

EL RECLAMO.

SONETO.

¡Oh si me amaras como yo te amo,
Y las ansias sintieras que yo siento,
Te hiriera el corazon tierno mi acento,
Y el fuego te abrasara, en que me inflamo!

¡Me oyeras suspirar cuando te llamo
Y suspirar conmigo el manso viento,
Y las lágrimas vieras que sin cuento
Vierto al considerar que en vano clamo!

Ven á la márgen de esta clara fuente,
Donde vengo á mirar tu imágen bella
Que llevo impresa en mi abrasada frente.

Ven, de mi amor advertirás la huella
En mi llanto que enturbia su corriente,
En mis canciones que repite ella.



A las brisas de Abril.

SONETO.

Plácidas brisas del Abril florido,
Que acariciais mi frente pesarosa,
Volad, volad y á mi adorada hermosa
Llevadle este dulcísimo gemido.

Recoged su cabello que esparcido
Cubre la nieve de su tez de rosa,
Y enjugadle la lágrima preciosa
Que esté vertiendo por su bien querido.

Decidle que ni el campo que ya ostenta
Toda su pompa entre esmeraldas y oro
Mi desolado corazon alienta.

Que sólo vibra mi laúd sonoro
Endecha triste que mi mal aumenta
Y que acompaña mi continuo lloro.



UN RECUERDO FELIZ.

SONETO.

Bendito aquel instante y fausto dia
En que brilló á mis ojos tu hermosura,
Como fúlgida estrella en noche oscura,
Cual íris bello en la tormenta mia.

Y bendita la brisa y selva umbría
Que recogieron de tu boca pura
Las voces de tu amor y mi ventura
Que en mi alma resuenan todavía.

Bríllenme siempre tus celestes ojos,
Y en dulce paz mi corazon respire,
Libre de celos, de temor y enojos.

Siempre á mi lado sonreír te mire,
Y beba el néctar de tus labios rojos
Y el blando aliento de tu boca aspire.

LA PROTESTA.

SONETO.

Yo la amo y la he de amar en faz del cielo,
Que una vez encendida el alma mia
Es volcan que despide noche y dia
Ardiente lava que abrasara el suelo.

¡Ah! si sensible Célida á mi duelo
Escuchara mis quejas tierna y pía,
Entónces mi pasion comprenderia
Y se rindiera á mi amoroso anhelo.

Mas ¡ah! que ignora aún que llamas hecho
Mi corazon por su beldad suspira,
En amorosas lágrimas deshecho.

Si me falta la voz, ven, dulce lira,
Revélale las ansias de mi pecho,
Y cuál es mi pasion tú se la inspira.

UN SUSPIRO.

SONETO.

¿No ves cuál brotan por doquier las flores?
Ahora es de Mayo la estacion amada,
Cuando naturaleza engalanada
Sonrie doquiera, respirando amores.

Amor cantan los dulces ruiseñores,
Amor suspira el aura perfumada,
Amor la fuente, el bosque, y la alborada
Nos enciende en amor con sus fulgores.

¿Y miéntras todo abrásase tú en calma,
¡Oh Celia! esquivarás del niño ciego
Los besos mil con victoriosa palma?

¡Oh lágrimas! corred, llevad el fuego
De mi alma, oh mis suspiros, hasta su alma,
Y blanda escuche mi amoroso ruego.

La ausencia.

SONETO.

Estos los sitios son que Celia bella
Iluminaba en venturoso dia,
Cuando su blanca faz resplandecia
Y Vénus misma se gozaba en ella.

Eran sus ojos fulgorosa estrella,
Érame su habla dulce la ambrosía,
Y el ámbar de su aliento difundia
Donde estampaba su preciosa huella.

Vosotras lo direis, purpúreas rosas,
Que engalanasteis su nevado seno
Y encendidas caísteis más hermosas.

Hoy léjos de ella, miserable, peno,
Y en alas de las brisas vagarosas
Le envio un suspiro de perfumes lleno.

ÉL CONSUELO.

SONETO.

¡Qué de mí fuera sin tu dulce arrimo
De mi vida en el áspero desierto,
Si al soplo de aquilon, cansado y yerto,
Cual débil caña, vacilante gimo!

¡Ay! si mis labios en tu frente imprimo
Y amargo lloro en tus mejillas vierto
En palidez su rosicler convierto,
Hielo tu faz, tu corazon oprimo.

En vano al mundo mi dolor le cuento,
Insensible á mi grito dolorido,
Y á la dicha y placer tan sólo atento.

Ven, no te apartes de mi pecho herido,
Tú sola sabes su tenaz tormento,
Tú sola escucha su letal quejido.

UN RECUERDO.

SONETO.

Adios, Ixtlan, la más preciada rosa
De aquesta alegre sierra; tal vez sea
La vez postrera que tus flores vea,
Tus flores que sembró mi Celia hermosa.

Mi vida ya tan triste y trabajosa
Tan sólo en estos campos se recrea,
Y la nube fatal que me sombrea
Se ahuyenta sólo con tu luz preciosa.

¡Ah! cuando queme riguroso estío
La verdura del mundo, yo abrasado,
Tus sombras buscaré, tu manso rio.

Y una memoria de mi bien pasado
Me aduerma en brazos del dolor impío,
Al dulce arrullo de tu verde prado.

A LA LUNA.

SONETO.

Dichosa tú que desde el alto cielo
La vista extiendes del Ocaso á Oriente,
Y no hay monte, ni mar, ni rio, ni gente
Que se te esconda en el profundo suelo.

Mirando estás al ángel de mi anhelo
E iluminando la su faz doliente;
¡Y tal vez, como yo, de tí pendiente,
Estará suspirando sin consuelo!

¡Oh fuego del amor! ¡Qué importa el muro
De la ausencia fatal, si misterioso
Lo traspasa tu rayo hermoso y puro!

Lleva ¡oh Luna! mi canto lastimoso
A la que en alas de la brisa errante
Un ay envia á su infeliz amante.

A CELIA.

SONETO.

Sér de mi sér, mitad del alma mia,
Único encanto de mi opaco cielo,
Único aroma que me exhala el suelo,
Única luz de mi mansion umbría.

Aparta, aparta de mi faz sombría
Tus negros ojos que marchita el hielo
Que respirando estoy; remonta el vuelo
Ángel de luz que el Hacedor me envia.

Y no te envuelva el negro torbellino
Que ruge en torno de mi triste frente
Y me impele por áspero camino.

Mas ¡ah! te arrastra mi pasion ardiente,
Y vagas á merced de mi destino,
Víctima del amor, Celia inocente.

Para el álbum de una jóven.

¿Por qué lágrima tierna siempre asoma
En el cristal de tus hermosos ojos,
Miro palidecer tus labios rojos,
Tu pecho palpitar, cual de paloma?

Ni la cítara dulce, cual solia,
Reanima ya tu corazon sensible,
Y del canto el lenguaje irresistible
El imperio perdió que en tí tenia.

¡Ah! que el amor en su pensil florido
Con dulce arrullo te adurmió, su dardo
Clavó en tu pecho, y espinoso cardo,
En vez de flor, dejó en tu seno herido.

Y, de tí indigno, desprenderlo quieres
Y el engaño lamentas ruborosa,
Anhelas recobrar la paz hermosa,
Y temes, peligrosos, los placeres.

Témelos siempre: cuando el sol se abisma
El cielo borda nube de oro y rosa,
Mas en el mismo instante, en que se goza,
Truécase en negra mancha el bello prisma.

Y un suspiro le arranca absorto al pecho
La mudanza, tan súbita que asombra;
Tiende luego la noche espesa sombra
Y el mundo inmenso panteon es hecho.

Tal de la vida el goce se convierte
De súbito en dolor; la dicha es nada;
O la fortuna nos persigue airada,
O si cambia su faz viene la muerte.

LA JUVENTUD.

¡Qué breve se desliza
La cándida niñez con su sonrisa,
La juventud con sus borrascas fieras,
Por la dorada senda de la vida!
Y con males tamaños
Vienen en pos los tristes desengaños
A emponzoñar la juventud florida.

Pasaron ya mis veinticinco abriles
Con su frescura y perfumado ambiente;
Y sus rosas gentiles,
Azotadas por ábrego inclemente,

Se agostan, suspirando,
Seca mi mustia frente
Y seco el corazon tambien dejando.

¡Por qué de la ilusion el blanco velo
Se rasga de la vida en la mañana,
Se nubla el sol y se oscurece el cielo,
Cuando en pos de la dicha corre ufana
La ardiente juventud con vivo anhelo!
¡Y amargo desconsuelo
Y triste desencanto
El fuego apagan que la animan tanto!
¡Ah! si la cruel fortuna
Tanto engaño reserva y sinsabores,
Mas valiera morir en los albores
De la inocente cuna.
¡Millevoye, Galvan, Heredia y Espronceda,
Pechos sensibles, al dolor nacidos,
Agostados en flor, y consumidos
Por el crüel, devorador hastío,
Vosotros lo direis! ¿Quién hay que pueda,
Si no nació con pecho de diamante,
Vuestros cantos oïr, vuestros gemidos,
Que no sienta correr por su semblante

De lágrimas un rio?
Si revelar pudiera el labio mio
De vuestras almas el dolor profundo
Y perpetua agonía
Se estremeciera el insensato mundo
Y no de vuestro mal se burlaria.

Mas ¡ah! que el vulgo ignora
Los misterios del alma y de la vida,
Lo que busca el poeta y por qué llora:
El rosicler de la risueña aurora,
Que á gozar lo convida,
No sus lágrimas, ve; del mundo vano
Ensordecido con el ruido insano,
No escucha, recogido, en grata calma,
Los suspiros dulcísimos del alma
Y noble aspiracion; del sol hermoso
Contempla alegre el carro majestuoso
Elevarse al zenit, cuando todo arde
En viva agitacion; mas en la tarde,
Cuando ya fatigado se adormece
En el lejano y trémulo horizonte,
Y el bello panorama desparece,
Y con sus rayos lánguidos suspiran

Los valles y las selvas y las aves
Y el encumbrado monte,
Que apoderarse miran
De la bella creacion las sombras graves,
Indiferente mira, en su alegría,
Tan imponente transicion: ¡no advierte,
Que es nuestra vida el breve y bello dia,
Y es la noche la imágen de la muerte!

¡Ah! ¡qué dichosa indiferencia, y cuánta
Agitacion y pena y decepciones
Evita á los sencillos corazones
Esa ignorancia santa,
Que busca sólo el pan que la sustenta!
Mas ¡ay del alma, de saber sedienta,
Dé purísimos goces anhelosa....!
¿Qué puede en esta cárcel tenebrosa
Alcanzar en su vuelo,
Ni qué espera gozar en este suelo
De lucha eterna y perennal vacío....?
Detente ¡oh juventud! que con tu brío
Salvar quieres el límite que, extremo,
Puso á tu fuerza el Hacedor Supremo.
Ven ¡oh Piedad! Sosten el pecho mio
Que ya sucumbe en la borrasca fiera;

AL MAR.

¡Omnipotente Dios, tu auxilio imploro
Ante esta inmensidad que me anonada
Y me confunde con menuda arena!
¡Mi espíritu sosten! La lira de oro,
De tu soplo agitada,
De sacra inspiracion mi pecho llena;
Y del vate inmortal el don divino,
Purificado de profano aliento,
Vuelve otra vez á su primer destino,
Elevando hacia tí mi pensamiento.

¿Y qué mortal podria,
A no ser de otra masa y no tu hechura,

Impávido fijar la planta dura,
Tender la vista con mirada fria
Por esta montuosísima llanura,
Sin escuchar tu voz, sentir tu mano,
Y palpitante el pecho y reverente,
De las profundidades de este Océano
Alzar á tí la confundida frente?

En vano eleva contra tí el impío
Sañudo su semblante,
Cuando intenta vivir á su albedrío
Y niega tu justicia amenazante:
Vendrá el terrible instante,
Y en medio de esta inmensidad sombría,
Cuando súbita noche se levante
Y se extienda, robando al claro dia,
Sentado el insensato en frágil leño,
Despertarlo han de su profundo sueño
Sacudidos del mundo los cimientos
Y el horrible fragor: tronará el rayo
En su pálida faz, y en frio desmayo
Oirá tu voz al rebramar los vientos,
Verá tu majestad cruzar la esfera,
Estremecida por tu carro ardiente;

Y helada de pavor su lengua fiera
Osará pronunciar tu dulce nombre,
Que pegado á su labio balbuciente
Quede tal vez.... y en hondo desconsuelo
Terror doquiera y muerte que lo asombre
Le ofrecerá este abismo, airado el cielo.

No, jamas en mi pecho habia sentido
El santo horror que ahora me estremece
De tu presencia herido;
Y de todo mi sér, que desfallece,
Se exhala un himno puro en un gemido.
Ni jamas con la ciencia,
Como ahora, conocer podido hubiera
Tu suma omnipotencia.
Si es verdad que doquiera
Que revuelva mis ojos miro escrita
Tu grandeza infinita,
Aquí, la siento, ¡oh Dios!....y si mil bocas,
Si del ángel la mente yo tuviera,
No pudiera explicar cómo me tocas,
Ni cómo llenas mi razon entera.

Contemplo aquella noche que cubria
La tierra y cielo, cuando abismo horrible

Era tan sólo esta region vacía.
Sólo tú luz entónces.... invisiblo
Tu espíritu á las aguas descendia,
La masa informe y muerta se agitaba,
Bajo tu inmensidad se fecundaba,
Y el caos aparecia
Al primer rayo del hermoso dia.
Tiendes tu mano poderosa, entónces,
Y despliégase azul el firmamento,
Dividiendo las aguas; sobre bronces
El árida aparece sustentada;
Y al agua que la baña, replegada
En un profundo y perdúrable asiento,
"Hasta aquí, le dijiste: deleznable
Esta playa ha de ser grada inviolable
Del trono de tu rey que en breve alzado
Verás sobre la tierra, dominando
Cuanto mi mano crió. De mi reflejo
Con una aureola eterna coronado,
Sobre tu inmenso espejo
Mi imágen contemplando,
Absorto lo verás. Sobre su frente
La paz y la ventura,
Y de su alma en el fondo trasparente
La adoracion más pura.

Respeta su inocencia; tu horror guarda
Y majestad bravía
Para el fatal instante, que no tarda,
En que á violar se atreva la ley mia."
¡Tal fué, oh mar, el destino
Que del mio inseparable te convino!

¡Y llegar pudo ese fatal instante
En que la paz, oh mar, huyó del suelo
Y el desórden doquier se alzó triunfante!
¡En que la lucha y el eterno duelo
Al orbe desgarraron!.... tu reposo
Perdiste con el hombre, y borrascoso,
Como su corazon, de penas lleno,
Se hinchó y trocó tu dilatado seno:
Que de uno y otro polo desatados
Y desde entónces encontrados vientos
Revuelven tus asientos;
Y tus campos azules, agitados
En maneras constantes, pero extrañas,
Aquí se elevan, por allá se abaten;
Ora forman colinas, ya montañas;
Aquí abismos hirvientes, y rebaten
Al risco allí con espantoso estrago;

Aquí se aduermen cual hermoso lago;
Miéntras mil olas por saltar la valla,
En órden de batalla,
Lánzanse rebramando desde adentro;
La arena vil inútilmente azotan,
Estremeciendo tu profundo centro;
Sus fuerzas y furor jamas se agotan,
Y, respirando apénas,
Vuelven y siguen sus eternas penas.

¡Tal es la humanidad! en incesante
Agitacion y lucha ella camina
Sin saber dónde va! ciega, inconstante,
Ya avanza y vuelve atras; ya asoladora
Se extiende, cual incendio que calcina,
Y sobre los escombros gime y llora;
Cual águila real, ya se levanta,
Dominando frenética la tierra
Que con sus garras y mirada espanta;
Ya harta de sangre y de venganza y guerra
Se postra á reposar; pero es en vano,
Que misteriosa mano
Siempre la empuja tras mentida sombra
Que persigue con ansia y dicha nombra.

Es que ella, inmensa como tú, rebrama
Al mirarse oprimida en cerco estrecho,
Y siente sofocado el débil pecho
Por una inmortal llama.
Tú te abalanzas, y de tu hondo lecho
El orbe contemplando cual un punto,
Bajo de tí abrazarlo todo junto
Es tu insensato anhelo,
Y tocar otra vez con tu alba frente
El que llenaste confundido cielo.

Así tambien la humanidad se siente
Agitada de vértigo profundo
Y de inmenso deseo; ¿caber pudiera
Su espíritu inmortal en este mundo,
De su dicha una sombra hallar siquiera
Y su reposo en este seno inmundo?....
Por eso, aquesta escoria con su planta
Hollando, en ígneas alas se levanta,
Y perdida en el piélago sombrío
Del inmenso vacío,
Suspira en pos del eternal destello;
Mas cuanto toca y mira y lleva escrito
En su lengua mortal, ¡ah! no es aquello

Que busca y sólo siente, sin que pueda
Concebirlo jamas!.... el Infinito!
Es un vago recuerdo que le queda
De su orígen divino y la grandeza
De la eterna belleza.

Sigamos, entre tanto, oh mar inquieto,
Nuestra marcha constante y borrascosa,
Rendidos de la mano poderosa
Al eterno decreto.
¿Quién puede conocer el fin secreto
Que en nuestro movimiento nos destina?...
En la suprema, universal ruïna
¿Qué suerte, oh mar, nos estará guardada?
¿Será tu inmensidad vuelta á la nada,
O, su furor saciando, al fin quebrante
El dique de diamante,
Y apagando tus olas vencedoras
Las cenizas y llamas vengadoras
En la tierra desierta duermas luego
En eterno sosiego?....
¡Quién sabe! De mí sé que de esta oscura
Cárcel en que me agito atormentado,

He de volar en breve, desatado,
Al Océano de luz y de ventura.
Por eso al contemplarte,
Inefable criatura,
Mi lengua se desata, aunque sin arte,
Cantando del Criador la bondad suma,
Su gloria y su poder. ¡Oh si lograra
Que mi pobre laúd contigo alzara
Un himno, puro, cual tu blanca espuma;
Bello, cual tu cristal cuando en Oriente
Asoma Febo la radiosa frente;
Como tu campo, inmenso;
Como tu voz atronadora, intenso;
Como tu eco, profundo;
Solemne, cual tu tono, é iracundo;
Terrible, cual tu trueno,
Cuando azota aquilon tu hinchado seno;
Entónces, penetrando mis rugidos
El corazon del mundo que, olvidado
Del Supremo Hacedor, en tus bramidos
No comprende ni escucha el acordado
Coro de la creacion ¡cuál lo inflamara,
Y de piedad ardiente arrebatado,
Su trueno con tu trueno resonara!

Y de tu rey, entónces digno, oyendo
El canto universal en homenaje,
Tú tal vez suspendiendo
Esta armonía salvaje,
Y sosegando tu llanura inquieta,
Rindieras el tributo á su armonía;
Y entónces yo feliz, digno poeta,
Mi sagrada mision cumplido habria.



MEDITACION EN EL CAMPO.

Léjos del mundo y su ruïdo insano,
En este dulce y solitario asilo,
Donde del lujo y la ambicion el vano
Polvo no llega, ni su torpe aliento,
A solas meditar quiero tranquilo,
De verdades sediento;
En donde Heredia ardiente,
El divino Platon y sabios tantos
Abrieron su alma entera á los encantos
De la naturaleza, y en su mente
Sopló la inspiracion. ¡Celeste llama
Que arrebata mi espíritu, lo inflama
Y me impele á cantar! Suba mi acento
Hasta el trono de Dios y, en grata calma,

Pueda libre volar el pensamiento
Y libre pueda respirar el alma.

¿Quién es Dios? ¿Dónde está, dice el impío,
Que mis ojos lo buscan y se esconde,
É indiferente y frio
Jamas al ruego del mortal responde?

¿Quién es Dios? ¿Y su excelso poderío
Que brilla, dulce, en la risueña aurora
Y en el océano inmenso que colora;
Que, terrible, se ostenta
Cuando lanza á la tierra una mirada,
Y enciende la tormenta
Y gime la creacion amedrentada?
¿Quién es Dios? ¿y no escuchas el concento
Que en misterioso y elocuente idioma
Eleva la natura al firmamento,
Cual suavísimo aroma?
¿Quién es Dios? ¿y la vida, el movimiento
De la creacion, el general contento,
El órden, la unidad y la armonía
En tanta variedad, belleza tanta,
Que nos asombra, encanta,

A la vívida luz del claro dia
Y en noche melancólica y sombría,
Quién lo da, lo sostiene y lo concierta?
Ven al campo, ¡infeliz! ven, y despierta
De tu sueño profundo;
Deja el placer con que te embarga el mundo,
Y aquí en la soledad ¡con qué embeleso
Del aura juguetona el dulce beso;
El arroyo y la fuente,
Corriendo mansamente,
Con su místico arrullo;
Del bosque el melancólico murmullo;
Los suspiros del pájaro canoro,
Que extasïado en el celeste coro,
Trémulo, levantando la cabeza,
Arrebatarse siente
Hacia la eterna y divinal belleza;
Y el bramador torrente
Que retumba en la peña y se quebranta;
Tu espíritu arrancando de la tierra
Y elevándolo al cielo, en su armonía,
Te dirán quién es Dios, á quién le canta
Cuanto en su seno el universo encierra
Y cuanto alumbra el luminar del dia!

¿Quién es Dios? Si no sientes en tu alma
En momentos solemnes y de calma,
En la noche serena y silenciosa,
O en la mar agitada y borrascosa,
Su inspiracion, su voz, su luz divina,
En vano, en vano tu razon mezquina
Intenta concebirlo. ¿Por ventura
En un grano de arena el mar cabria....?
Y aun concebir aquesto, todavía,
Fuérale más posible á la creatura,
Pues que ella y grano y mar, todo es finito,
Que concebir jamas al Infinito.

El es quien es; y ante El, anonadada,
Póstrese la razon, y el pensamiento
Que ceda, confundido, al sentimiento
Y á los ojos del alma enamorada,
Que lo mira doquier, doquier lo siente....
Póstrese la razon, tan impotente,
Antes y ahora y siempre en lo futuro
Para salvar aquel inmenso muro
Con que abate el Excelso su bajeza.
¿Qué de naturaleza
Ha podido alcanzar, infatigable

En lo que busca y sin cesar descubre?
El velo alzar apénas que la encubre,
Y divisar tan sólo el insondable
Abismo que la espanta,
Exclamando con Newton venerable
A la orilla del mar: ¡Oh verdad santa!
¡Somos niños, es juego nuestra ciencia,
Y ciega nuestra humana inteligencia!

Por eso vengo aquí, desengañado,
A confortar mi espíritu agitado
En este augusto seno que, sencilla,
Me abre naturaleza,
Espejo fiel de la eternal grandeza,
Ante la cual todo mi sér se humilla;
A confundirme en este asilo oculto,
Mi adoracion rindiéndole y mi culto,
Con el polvo, la planta y la paloma.
Vengo á unir mi cantar á tus cantares
Y á quemar en tus rústicos altares
De mi alma purísimo el aroma,
A bendecir tu sumision entera
Al Supremo Hacedor y Rey de reyes,

¡Oh bosque! ¡oh fuente! ¡oh rio!
¡Ojalá que, dejando el desvarío,
Y tan fiel como tú, siempre siguiera
Su voluntad y sacrosantas leyes!
Al dejar estas selvas y estas flores
Mi espíritu inmortal, ¡cuál volaria
Sin susto, sin temores,
A cantar el hosanna, entre loores,
En la eterna mansion de la alegría!

SALMO 118.

Traduccion libre de los versículos desde el 33—*Legem pone mihi Domine* hasta el 48—*Et levavi manus meas ad mandata tua quæ dilexi*, inclusive.

De tus mandatos que la senda vea,
Como mi ley primera,
Dáme, Señor; siempre la busque, y sea
Mi antorcha verdadera.

Despeja con tu luz mi entendimiento;
Y pueda en dulce calma
Escudriñar tu ley, guardarla atento
En el fondo de mi alma.

Pon, Señor, de tu ley en el camino
Mi descarriada planta;
Porque es todo mi afan vivir contino
De tu voluntad santa.

Señor, mi pobre corazon inclina
A tu ley veneranda;
Pues que si tú me faltas, él camina
A la avaricia infanda.

Aparta tú mis ojos de este vano
Placer que me deslumbra;
Vivifica mi espíritu mundano;
Mis sentidos alumbra.

Afirma á este tu siervo en la fé, rica
De promesas sin cuento;
De tu santo temor que vivifica
Jamas se mire exento.

Líbrame del oprobio del pecado
Que temo en mi castigo;
Pues que vivo en tus juicios arrobado,
Gozándome contigo.

Tus mandamientos son y siempre han sido
Mi más constante anhelo.
Si he de vivir, Señor, sea consumido
De tu ley en el celo.

De tu misericordia el gran tesoro
Vierte en mí cual amigo;
De tus promesas que gozoso adoro
La salud sea conmigo.

Y entónces ya podré con faz serena
Y segura confianza,
Decir al que me injuria y me da pena
Que eres tú mi esperanza.

¡Ah! no permitas huyan de mis labios
De verdad los acentos;
Porque siempre te amé y amé tus sabios
Y santos mandamientos.

Y como que es tu ley toda mi gloria
Y mi puerto seguro,
La guardaré en la vida transitoria
Y en el siglo futuro.

Marchaba en tus caminos con holgura
Y de confianza lleno;
Porque tu ley, estrella de ventura,
La llevaba en mi seno.

Delante de los sátrapas y reyes
Me ví como testigo
De tu verdad y de tus santas leyes,
Sin temer su castigo.

Y no sólo ante el mundo se gozaba
Contigo el alma mia;
Que en mi oculto retiro meditaba
En tu ley noche y dia.

Puse en obra tus leyes ¡oh Dios mio!
Que las amé y las amo;
Y en ellas viviré, que en tí confio,
Pues que Padre te llamo.

——o——

Traduccion del Salmo 50.

Miserere mei, Deus.

Tu gran misericordia, Señor, Señor, me ampare,
Pues derramas benigno, inmenso su raudal;
Y si una sola gota nada más me tocare,
Mi iniquidad, que es tanta, borrada quedará.

Lávame tanto, tanto, de mi enorme delito;
Límpiame del pecado, límpiame más y más,
Puesto que reconozco mi culpa, ya contrito,
Y ante mis ojos se alza mi pecado tenaz.

Contra tí, contra el hombre mi carne rebelada,
Contra tí, sobre todo, el crímen perpetré;
Y crecen mis angustias, porque sé que juzgada
Mi maldad, á tus ojos, ¡ay de mí! madald es.

Y así de tu sentencia no quedará ni indicio
De que me haces agravio, que eres justo, mi Dios;
Y si aducidas fueran tus razones en juicio,
¡Ah! ¿quién podrá negarlo? Serias el vencedor.

Mírame ya manchado desde el materno seno,
Desde el punto en que, triste, yo concebido fuí;
Y al verme, desde entónces, de iniquidades lleno,
¡Ah! será tu clemencia, no el rigor, para mí.

Y puesto que amas tanto la verdad que nos guía
A la virtud ingenua, que está en el corazon,
Grábame verdadera tú la sabiduría
En lo íntimo del alma, imprímela, Señor.

Cáigame dulcemente tu celestial rocío
Y me verás tan limpio, como lo quieres tú;
Me lavarás, y entónces quedará el pecho mio
Más blanco que la nieve, mostrando la virtud.

Con júbilo en el alma y alegres los sentidos
Oiré ¡feliz momento! que perdonado fuí;
Y saltarán mis huesos, de gozo estremecidos,
Mis huesos que temblaron cuando airado te ví.

¡Ojalá que en tu aspecto notara que al olvido
Mi conducta pasada echado hubieras ya,

Como con ansias, ruegos y lágrimas te pido!
Borra, Señor, sí, borra toda mi iniquidad.

Mi corazon abrasa y salga de esa prueba,
Cual del crisol el oro, un nuevo corazon;
Y un espíritu firme en mi interior renueva,
Que te obedezca siempre y no desmaye, nó.

No me mire apartado de tu presencia santa,
Como un objeto inmundo, indigno de tu amor;
Con tu soplo divino mi corazon levanta,
Y no me prives nunca de tu alta inspiracion.

Vuélveme de otros tiempos las santas alegrías,
Cuando de tí esperaba alcanzar la salud,
Y un espontáneo espíritu en las acciones mias
Me apoye, y las dirija con su segura luz.

Patentes al inicuo haré sus extravíos,
Mostrándole tus sendas de luz y de verdad,
Y á tan vivos fulgores, temblando, los impíos,
Iluminada el alma, á tí se volverán.

Líbrame del reato de la sangre inocente
Que en hora malhadada yo criminal vertí,
Y cantaré gozoso tu justicia clemente,
Pues, fiel á tu palabra, me perdonaste á mí.

Señor, tal me avergüenza de mis culpas el peso
Que si alabarte quiero, se me anuda la voz;
Mas abrirás mis labios, si entiendo que, en tu exceso
De amor para conmigo, alcanzo tu perdon.

Yo tus misericordias cantaré noche y dia,
Pues para tí más gratas las alabanzas son,
Más que los holocaustos que yo te ofreceria,
Y que si los quisieras, diérate pronto yo.

Para tí el sacrificio, que tus delicias forma,
Es penitente el alma y fundida en tu amor:
Al corazon que humilde, contrito, se trasforma,
¿Cómo has de despreciarlo, si entero á tí se dió?

Ya que benignamente á Sïon has mirado,
Realiza, lleva á cabo tu buena voluntad;
Repárense los muros y, todo renovado,
Publique tus bondades tan excelsa ciudad.

Y los que hoy desdeñas sacrificios vulgares,
Entónces, puros, dignos ¡con qué agrado verás!
Ofrendas, holocaustos ornarán tus altares,
Y todo realce entónces tu gloria y majestad.



A LA DIVINA PROVIDENCIA.

SONETO.

Tú, que diriges del mortal la planta
Por asperezas ó florida senda,
Sin que la oscura y misteriosa venda
Pueda rasgar de tu justicia santa;

Mi espíritu sosten, que se quebranta
Al peso del dolor; en él se encienda
Tu fé consoladora y me defienda
De caer en el abismo que me espanta.

Para unos, de placer perenne fuente,
Para mí, nada más amargo lloro,
Eterno padecer y una ansia ardiente.

Por eso en mi dolor clamo y te imploro,
Postro ante tí mi atormentada frente
Y tu rigor y tu justicia adoro.

A Jesus en el Huerto.

SONETO.

¿Vision ès ó verdad lo que mirando
En Gethsémani estoy? ¡oh maravilla!
¡El cordero de Dios tiembla, se humilla
Y las gotas de sangre está sudando!

¿Y vive el mundo el Verbo agonizando?
¿Su rostro se oscurece, y la luz brilla?
¿Postra en tierra su frente sin mancilla,
Y se alza el brazo del inicuo bando?

Entra el cielo en congojas y le envía
Un ángel que sostenga sus quebrantos
Y consuele penosa su agonía....

Y en tal angustia el Santo de los santos,
¿Qué hace la humana gente? ¡Colma impía
Amargo el cáliz con delitos tantos!

JESUS

EN EL

Camino del Gólgota.

Del Justo de Israel la muerte canto,
Núblese el Sol y que suspire el viento,
Dad cielos á mi voz profundo acento,
Acompañad mi llanto.

Venid, hijos de Adan, venid os digo,
Al Gólgota venid y alzad la frente;
Mirad cuál va la víctima inocente
Y seguidla conmigo.

Es el Justo, es el Santo de los santos,
Del mundo la verdad, la luz y vida,
De quien fué decantada la venida
Por vaticinios tantos.

Es de David el hijo, á quien los Reyes
Y el pueblo con hosannas acudieron,
A quien los elementos se rindieron,
Y al mar impuso leyes.

El que dió luz y movimiento y vida
Al ciego, al paralítico y al muerto,
El que dejó á la turba en el desierto
Saciada y conmovida.

¿Lo veis? entre las armas y el gentío,
Por entre el polvo que oscurece el cielo:
Su rostro no busqueis, que besa el suelo,
Mirad el leño impío.

Esa carga mirad que al Justo abruma;
¡Ah! si airado la echara de sus brazos,
Viérais volar el Orbe, hecho pedazos,
Como ligera pluma.

¡Y aquesto sufre un Dios y no confunde
Tanta impiedad con solo un movimiento!
¡Cómo no se desploma el firmamento
Y la tierra se hunde!

Miradlo, empero, de la turba dura,
Humilde, soportando los furores,
¡Con qué resignacion en sus dolores!
¡Qué sublime dulzura!

Ya la fatiga y el cansancio crece,
Su cuerpo desangrado cae en tierra,
El golpe duro al legionario aterra
Y el monte se estremece.

¡Una mujer! por entre el pueblo opreso
Para llegar á él cuánto batalla,

Límpiale el rostro con su blanca toalla
Y el rostro queda impreso.

Vedlo, ya llega á la ominosa cumbre;
Sobre él se arroja como buitre airado,
Y desnuda su cuerpo aniquilado
La fiera muchedumbre.

Ya lo empuja y lo tiende en el madero
Y con befas é insultos lo provoca....
Y ni un solo ¡ay! exhala de su boca
Mansísimo el Cordero.

¡Ya lo clava!.... Salem, Salem maldita,
Tente y escucha el présago lamento
Que resuena en el muro y llena el viento....
Vuelve á tu Dios, precita.

¡Un instante, Israel! Desde esa altura
A la Santa ciudad vuelve los ojos,
¿No la ves, desolada, entre despojos,
Llorando de amargura?

¿No ves cuál vagan sin hallar consuelo
Sus ministros, sus vírgenes y ancianos,
Alzando en su dolor las yertas manos
Al irritado cielo?

¿No ves de los romanos en el muro
Cómo brillan los cascos y el acero?
¿No te llega del hambre el lastimero
Grito y aliento impuro?

¿No miras cómo las voraces llamas
Del aquilon se extienden al empuje,
Las torres desplomarse y cómo cruje
El templo que tanto amas?

Y el arca de la alianza en el santuario
Devorada será, cuando todo arde:
Vuela, vuela Israel.... ¿Llegarás tarde
Oh pueblo temerario?

¿La Ciudad arrasar no ves, y cuanto
Vive nadar de sangre en ancho lago,
Y tanta ruina y espantoso estrago
Que arranca á Tito el llanto?

¿No miras á los pueblos de la tierra
Sobre tí despeñarse, cual torrente,
Y armados del talion, diente por diente,
Hacerte eterna guerra?

¡¡Tente Israel!! ¡Ah! ciego, furibundo....
¡Ay de tí! ¡Consumaste el atentado!
¡El Orbe se estremece horrorizado!
¡¡Redimido está el mundo!!

A Jesus en la Cruz.

SONETO.

¿Es posible, Jesus, que pueda verte
Por mis culpas en esa cruz clavado,
Sin que no sienta el corazon rasgado
Al mirar tus angustias y tu muerte?

¿No conmoviste tú la roca fuerte
Y el alma dura del crüel soldado,
Y no ablandaste el pecho del malvado
Que quiso estar contigo y merecerte?

¡No permitas, Señor, que llegue á tanto
La dureza de mi alma y su ruïna,
Que sólo para tí no tenga llanto!

Mi corazon seca ántes y calcina,
Si no lo mueve tu mortal quebranto,
Si no lo hiere tu pasion divina.

Á LA VÍRGEN MARÍA

AL PIE DE LA CRUZ.

SONETO.

Es justo tu dolor, justo es que llores
Al ver á tu hijo en esa cruz clavado,
Cuando en Bethlem lo vistes adorado
De reyes poderosos y pastores:

Cuando en medio á la turba y sus furores
Lo aclamara inocente el magistrado,
Y al consumarse el hórrido atentado
El sol veló sus limpios resplandores.

Es justo tu dolor, pero se calma,
Que cierta estás de que te espera el cielo
Y de que á tu hijo se unirá tu alma.

¡Feliz quien como tú gime en el suelo,
Seguro de alcanzar la eterna palma
Y de unirse á Jesus, nuestro consuelo!

AL DISCÍPULO AMADO.

SONETO.

No en vano el Maestro te llamó el querido
Y te dejó á su madre por herencia,
Para calmar en su fatal ausencia
El profundo dolor del bien perdido.

Dispersóse el rebaño pavorido
Al oïr de Jesus la cruel sentencia,
Y solo tú sostienes la inocencia
Y firme estás con el pastor herido.

¡En la céna, en el huerto, en el madero
Allí con Él estás, sufriendo tanto,
Y apurando con Él el cáliz fiero!

Una lágrima sólo de tu llanto
Dáme ¡oh Juan! y tu amor puro y sincero,
Para ser como tú dichoso y santo.

A LA CRUZ.

SONETO.

En otro tiempo el criminal te vía,
Y de pavor ante tu pié temblaba,
Crispábase su cuerpo y desmayaba
Y de oprobio su frente se cubria.

Muere en tus brazos la inocencia un dia,
Y con su sangre nuestra culpa lava;
Y la infamia que tanto te afëaba
Vuélvese objeto que el mortal ansia.

No eres ya ¡oh Cruz! azote de venganza,
Eres de vida la perenne fuente
Y de eterna salud nuestra esperanza.

Hoy á tí llega el triste delincuente,
Te abraza y gime con piadoso anhelo
Y tal vez limpio se remonta al cielo.

A LA PECADORA DEL EVANGÉLIO.

SONETO.

¿Qué sientes ¡oh mujer! que de tus ojos
Irradia un fuego puro, que me inflama,
Y en nada se asemeja á la otra llama
Que una vez abrasó tus labios rojos?

No es llanto que descubra tus sonrojos
Ese que amargamente se derrama,
Ni el oro de tus trenzas se esparrama
Para prender de amor vanos despojos;

No, que al mirar la celestial grandeza,
En tu alma no quedó de la hermosura
Del mundo y de su amor sino pavesa.

Y, saboreando la inmortal ventura,
Nada humano contemplo en tu belleza,
Sino de un serafin la imágen pura.

A la Pecadora del Evangelio.

SONETO.

Deslumbrada de el mundo, corres ciega
Por sus abismos y ásperos abrojos,
Cuando súbita luz hiere tus ojos
Y sientes un afan que no sosiega.

Lo que ántes era tu placer te aniega
En lágrimas de hiel, te causa enojos.....
Hasta aquel santo hogar, en que de hinojos
Al tesoro inmortal tu alma se entrega.

Delante allí de la Bondad divina
Te horroriza el pasado, brota el llanto,
Y el peso del dolor tu frente inclina.

¡Pecadora feliz, cese el quebranto,
Que estás del sacro amor en la piscina
Y limpia tú saldrás, porque amas tanto!

A LA SRITA.

María de Jesus Fernandez.

LA CRUZ.

¡Bendita inspiracion! ¿Quieres que cante
Del árbol de salud las maravillas,
Y que con voces tiernas y sencillas
En mística armonía tu alma levante?

¿Quieres que pulse mi olvidada lira
Que en el polvo arrojó dolor infando,
Y que más puro, misterioso y blando
Suene mi acento que la cruz me inspira?

¡Bendita inspiracion! ¡Dichosa el alma
Que en Jesus vive y que su cruz adora!

¡Qué riqueza en sus males atesora
Para alcanzar la inmarcesible palma!

¡La Cruz! ¡oh nombre dulce y misterioso
Que me revela al mundo renovado,
Desnudo de las sombras del pecado,
Cual despues de tormenta el sol, hermoso!

Al pié de aquese leño bendecido
Postróse el universo suspirando,
Y, su viejo ropaje abandonando,
Ciñóse un nuevo y cándido vestido.

Allí brotó la eterna y rica fuente
De las gracias de un Dios anonadado,
Y el hombre vil, con ellas sublimado,
Pudo alzar limpia la abatida frente.

Allí Adan, los Patriarcas y Profetas,
Al ver llegado el suspirado dia,
Alzaron dulces himnos de alegría
Con las de justos mil turbas inquietas.

¡Signo de redencion! un brazo tiendes
Para salvar en él al viejo mundo;

Con el otro, de la ira del profundo
Los nuevos hijos de Jesus defiendes.

Los triunfos de ese signo venerando
Cuenta la historia y el infierno ruje:
De siglos diez y nueve el rudo empuje
Mil trofeos le va sólo amontonando.

¡No! si mil bocas y si el arpa santa
Dada me fuera del real Profeta,
Nunca pudiera, mísero poeta,
Numerar de la cruz victoria tanta.

Desde que en ella derramó el Leon fuerte
Su sangre preciosísima, y vestida
Quedó con esa púrpura temida,
Y triunfó del infierno y de la muerte;

En vano pueblos y soberbios reyes,
Con toda su pujanza, y cuanta encierra
Astucia el orco, le promueven guerra
Y acometen destruir sus sabias leyes.

Ella resiste. El huracan tan sólo
El polvo de los siglos que la empaña

Robarle puede; y miéntras más se ensaña,
Se alza más pura de uno al otro polo.

Así las olas con violencia suma
Contra el escollo lánzanse bramando,
Y, vencidas, regresan suspirando,
Miéntras él brilla con la blanca espuma.

¡Bendita inspiracion! ¡Dichosa el alma
Que en Jesus vive y que su cruz adora,
Que tan sólo con ella goza y llora
Y tan sólo en su amor halla la calma!

Con ella sólo el perseguido hermano,
Allá en los tiempos de infeliz memoria,
Burlando los furores del tirano,
Despreciando la dicha transitoria,
En honda catacumba el soberano
Bien contemplando y verdadera gloria;
Con ella sólo en himnos se extasiaba
Y el sueño de los justos alcanzaba.

Con ella nada más y un casco humano
Y férrea disciplina el cenobita,
Léjos del mundo y su rüido insano,
Sus misterios altísimos medita:

Y el que era de la tierra vil gusano
Comienza ya á gozar dicha infinita,
No siente el peso de su carne inmunda,
Que una aura celestial su espírtu inunda.

Con ella nada más y sus cadenas
Llora el cautivo por revueltos mares,
Con ella nada más calma sus penas
Y entona melancólicos cantares,
Con ella nada más en las serenas
Noches suspira por sus patrios lares,
Y con ella en el pecho noche y dia
El fin espera de su suerte impía.

Allá en tiempos de fé, cuando altanera
A la Cruz insultó la Media Luna,
Ese signo sagrado fué bandera
Que arrastró pueblos, sin igual fortuna;
El entusiasmo de los hombres èra
Tanto, y tanta la union, como ninguna,
Que la mar se ocultó con sus bajeles
Y la tierra gimió con sus corceles.

¡Oh edad de generosos sentimientos,
Cuando la fé, el honor y la hermosura
Guiaban del corazon los ardimientos
Y no de vil metal la sed impura;

Cuando pueblos y reyes sólo atentos
A extender de la Cruz la moral pura,
Cual los astros de Febo al rojo solio,
Giraban al redor del Capitolio!

Tiene ese signo lengua misteriosa
Que entienden sólo el justo, el moribundo;
Aquel, cuando se eleva en fervorosa
Oracion y une el cielo con el mundo;
Este, cuando contempla la espantosa
Eternidad, y en el horror profundo,
La Cruz agarra con tan vivo anhelo
Que con ella volar pretende al cielo.

¡Qué no se siente en noche pavorosa
Al entrar en piadoso cementerio,
Viendo la Cruz que se alza majestuosa,
Proclamando eternal sólo su imperio!
¿Quién, si oyó de la brisa querellosa
Voces indefinibles de misterio,
Ante esa Cruz, quién no cayó de hinojos
Y bebió orando el llanto de sus ojos?

A la vírgen pregunta, pura y santa,
Que abrasada de amor la Cruz implora,
Cuando la voz se apaga en su garganta
Y en éxtasis divino gime y llora;

¿Qué dulcísima voz su pecho encanta?
¿Qué vision celestial su alma enamora
Que se eleva, cual ángel, arrobada,
Fijos los ojos en la Cruz amada?

¡La Cruz! De ese árbol á la sombra grata
Encuentra refrigerio el peregrino,
A quien el sol del infortunio mata
Y en el valle del mal no halla camino:
Allí arroyuelos de luciente plata
Calman su ardiente sed, y cual divino
Cantar, dulce susurro le acompaña,
Y despierta otro sér con dicha extraña.

Bajo esa sombra el sol tiempla su rayo,
Y jamas quema, ni la faz marchita;
Allí no llega en el florido Mayo
Furor citéreo que al placer incita;
Quiébrase allí con lánguido desmayo
Del mar del mundo la ola que lo agita;
Desde ese puerto vése con tristura
El naufragio del hombre y su locura.

¡Ah! nunca dejes tan seguro puerto,
Que es de las almas venturoso asilo;

No te engañe el oásis del desierto,
Ni falaz te convide el mar tranquilo;
Teme del mundo el laberinto incierto,
Que uno entre mil pudo encontrar el hilo;
De pérfida sirena teme el canto,
Y abrázate á la Cruz con tierno llanto.

Con ella nada más y su frescura
Hallar puede la paz tu pecho ardiente;
En ella sólo encuentra tu ternura
El raudal de un amor indeficiente;
Ella cambiar en gozo tu amargura
Tan sólo puede y serenar tu frente.
Tu tierno corazon hecho pedazos
¡Sólo halla alivio en sus amantes brazos!

FIN.

INDICE

De las poesías contenidas en este segundo tomo.

Páginas.

ÍNDICE.

ÍNDICE.








UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3025262930
0 5917 3025262930